



HENRY KAMEN

El enigma
del Escorial
El sueño de un rey



Lectulandia

Ensayo sobre uno de los principales símbolos de la Monarquía hispánica en su etapa de máximo esplendor. El autor analiza aspectos del poder de Felipe II relacionados con el papel del edificio, así como la vinculación entre el Escorial y la identidad de España. Una aproximación subjetiva al tema, que aborda el carácter simbólico del conjunto más allá de su interpretación histórica y artística. ¿Existe una idea secreta tras la construcción del Escorial? ¿Qué mensaje esconde? ¿Cuál es el código para descifrar su misterio? ¿Por qué se erigió?

Las respuestas a estas preguntas desembocan en controversia, y la literatura acerca de la correcta interpretación del edificio es muy abundante. Solo un aspecto resulta incuestionable: la magnificencia del conjunto. Es un libro de divulgación histórica, que combina rigor y amenidad, la personalidad de Felipe II... de la mano de Henry Kamen, hispanista de relevancia internacional.

Lectulandia

Henry Kamen

El enigma del Escorial

El sueño de un rey

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2018

Título original: *Título*

Henry Kamen, 2009

Traducción: Eulalia Alexander

Ilustraciones: Archivo Espasa, Álbum-AMG-Oronoz, R. G. Everts, Duran, Verdugo

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Imágenes de cubierta. *Monasterio de San Lorenzo de El Escorial* (anónimo, siglo XVII) y *Retrato de Felipe II*, por Sofonisba de Anguissola. Archivo Oronoz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Al mirar este imponente monumento uno puede inferir que Felipe II, a pesar de ser un hombre pequeño, tenía pensamientos de gigante, para dejar tan enorme mole de piedra a la posteridad con el fin de que pudiera ser contemplada y admirada en su memoria.

JAMES HOWELL (1623)

ÍNDICE

PREFACIO

1. GÉNESIS

El felicísimo viaje.

Un interludio en Alemania.

El joven rey de Inglaterra

2. LA BATALLA

La campaña de San Quintín

San Quintín, Tiziano y la Sábana Santa de Turín

3. LA FUNDACIÓN

Motivos de la fundación: la batalla

Elección de la sede del monasterio

El rey como constructor de palacios

Motivos de la fundación: devoción filial y el supuesto panteón

El contexto básico: el rey como jardinero

El rey, sus arquitectos y sus ideas para el Escorial

El Escorial como repositorio de arte

4. EL TEMPLO MÁGICO DE LA SABIDURÍA

El legendario templo de Salomón

El templo de la sabiduría

La ciencia y el Escorial

5. EL PRISIONERO DEL ESCORIAL

¿Un rey que solo conocía España?

«Un rey sombrío nacido para ser inquisidor»

El prisionero del Escorial

Un símbolo del aislamiento de España del mundo exterior

6. UN PAR DE ÁGUILAS: IMÁGENES DEL PODER Y DE LA MONARQUÍA

El Escorial y el absolutismo real

El Escorial y la iconografía del poder real

La reina Isabel y el rey Felipe: un par de águilas

7. LA SALA DE BATALLAS

Un Escorial no de la victoria, sino de la paz

Gloria y catástrofe en el mar: Lepanto y la Armada

La pintura de la Sala de Batallas

8. LA FUENTE DE ENERGÍA DE LA FE

El Escorial como símbolo de la religión española

¿El rey-sacerdote del Escorial?

¿La fuente de energía de la Contrarreforma?

Símbolo de severidad: el Escorial y la Inquisición

Símbolo de superstición: las reliquias

La Biblia Real del Escorial

9. INVENTANDO EL ESCORIAL

¿Por qué los contemporáneos criticaban el Escorial de Felipe II?

La ideología del siglo XIX y el Escorial

CRONOLOGÍA

FUENTES

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Notas

PREFACIO

Son muy pocos los edificios que, como el monasterio-palacio de San Lorenzo del Escorial, han desempeñado un papel central en la historia de España. Construido durante la era de la grandeza imperial española, desde sus orígenes constituyó un desafío y una provocación. Hubo protestas en contra de su elevado costo, su aislamiento y sus privilegios. El rey que lo construyó también recibió parte de estas críticas. Los comentaristas de una generación posterior consideraron su creación como un símbolo de la superstición y la opresión. Los críticos dominaron la opinión pública y ahogaron las escasas voces que calificaban el monumento de «maravilla del mundo». Esta polémica ha proseguido hasta nuestros tiempos. Para algunos, el edificio encarna la fe y el poder de un pasado histórico. Por el contrario, un artículo de la revista Time escrito hace algunas décadas calificaba el Escorial como un «símbolo del espíritu español que se resistía a los cambios», «un bastión impenetrable a las nuevas doctrinas, en el cual el Trono y la Religión pudieron tomar refugio con la seguridad de que ni una sola idea de las que estaban sacudiendo al mundo alcanzaría a penetrar sus paredes»^[1]. La imponente vastedad del gran monasterio-palacio condujo a que la revista lo denominase un «dogma hecho de piedra».

Tal vez el Escorial sea el único entre los edificios europeos de principios de la era moderna capaz de plantearnos un reto con su inmovilidad de esfinge. Despierta preguntas a las que no parece haber respuestas simples. ¿Por qué se construyó? ¿Se ocultaba alguna idea secreta detrás de su construcción? ¿Qué pretendía expresar? ¿Qué se deseaba alcanzar? Las respuestas siempre generan discrepancias, aunque no las hay acerca de la magnificencia del resultado. El tema se prolonga hasta la saciedad, y muchos son los que alegan que el edificio contiene secretos ocultos que aguardan ser revelados. Un estudioso ha afirmado que el Escorial es «un mensaje a la espera de ser descifrado»^[2]. Aunque puede que esto sea cierto, ¿qué mensaje intentaba comunicar y dónde se encuentra su clave? Se han publicado miles de palabras acerca de cómo debería explicarse e interpretarse este edificio. Palacios como los de Hampton Court, Versalles o Sanssouci, que se construyeron en la misma época histórica, nunca han suscitado semejante controversia. ¿Por qué, de todos los monumentos reales creados en Europa al inicio de la era moderna, el Escorial es el único que parece necesitar una «explicación»?

Casi todas las preguntas centran nuestra atención en los motivos y propósitos del hombre que lo creó, Felipe II. El edificio, sugiere un historiador de hoy en día, «simboliza perfectamente al hombre y su tiempo». Esto coincide con el punto de vista de un monje del monasterio del siglo XIX, José de Quevedo, quien declaró que «es el retrato fiel de la nación española y del monarca que la gobernaba». ¿Sin embargo, es posible interpretar a través del imponente perfil del Escorial la realidad

de un rey y de la época en la que vivió? En el presente libro se cuestionan estas suposiciones. Identificar a un hombre con un edificio y a un edificio con un hombre no es necesariamente un procedimiento fiable, y no siempre explica el sentido de los hechos. No nos queda más remedio que estar de acuerdo con la opinión del escritor Unamuno (que casualmente no era un admirador del rey), quien sentía que «casi todos los que a ver El Escorial se llegan, van con antojeras, con prejuicios políticos y religiosos. Van a buscar la sombra de Felipe II, mal conocido también y peor comprendido, y si no la encuentran se la fingen»^[3].

En estas páginas se intentan disipar algunas de las dudas relacionadas con el «enigma» del Escorial, observando no simplemente su arte o arquitectura, sino esencialmente el papel de su creador. A cada paso, el visitante se encuentra con un edificio que ha sido interpretado en un sentido que guarda muy poca relación con los propósitos de su fundador. En realidad, como veremos, Felipe II nunca tuvo la intención de pregonar sus victorias militares, construir un panteón para su familia, alzar un monumento en honor de su poder, proclamar los triunfos de la fe, imitar el templo de Jerusalén o encerrarse prisionero en una celda lúgubre como un anacoreta. Tampoco sus propósitos fueron necesariamente reflejo del alma de España. El Escorial es un edificio en el que la piedra y la madera peninsulares fueron labradas gracias al sudor de los trabajadores españoles, pero también fue inspirado por experiencias europeas y construido y decorado por hombres con una visión internacional; se trata de un nido de águila donde el clamor de la caza y la música folclórica se entremezclaban con los cantos de los frailes, y donde el galope de los caballos de estirpe árabe competía con el berrido de los elefantes de la India.

Dada la escasa atención prestada aquí al arte y la arquitectura, estoy enormemente en deuda con los muchos estudiosos que, en especial en los últimos cincuenta años, se han dedicado a explorar cada rincón y grieta de este monasterio-palacio de eternas incógnitas, y el libro nunca hubiera podido materializarse sin contar con sus arduas investigaciones. Sin embargo, la pura historia del arte desempeña en la obra un papel secundario para el análisis de la actuación de Felipe II. Como ya señalaba en mi biografía del rey de 1997, Felipe pasó ocho años enteros de su vida como príncipe en el norte de Europa (principalmente en Alemania, los Países Bajos e Inglaterra), una prolongada beca Rhodes de la que ningún otro monarca se ha beneficiado nunca. Estos ocho años de formación hicieron de él un hombre de Estado y un esteta, y constituyen la base fundamental para aproximarse a sus actividades culturales en España. Esta obra, pues, no pretende ser un perfil artístico del Escorial, ni tampoco una guía turística de sus salas y corredores, sino más bien algo diferente, un ensayo sobre el vínculo que unió al edificio, su creador y la época en la que coexistieron. Algunas cuestiones se han omitido por completo, mientras que otras se han tocado de forma somera, y he tratado de no repetir en exceso información que puede encontrarse fácilmente en otras partes.

En varias ocasiones he usado material relevante extraído de mi biografía de 1997 sobre el rey. Los lectores deberán tomar nota de que uso la forma «San Lorenzo» en general para referirme al edificio que es el tema de este libro, y al que Felipe II y otros contemporáneos suyos se referían como «San Lorenzo del Escorial»^[4] a fin de distinguirlo del pueblo de El Escorial.

Lake Oconee, Georgia

1

GÉNESIS

En toda la historia de España, nunca antes se había intentado nada semejante^[1]: Las grandiosas y majestuosas catedrales que se alzaban imponentes sobre las ciudades se habían construido con lentitud, generación tras generación, y con una obstinada fortaleza de ánimo por parte del clero y sus fieles, que habían tenido la paciencia de esperar y confiar. El clero, asimismo, había contribuido concienzudamente a la construcción de ambiciosos monasterios confinados en los campos, como el de Guadalupe, en Extremadura, o erguidos desafiantes en picos como Montserrat, en Cataluña. Se trataba de la realización de los sueños de las órdenes religiosas medievales, la rama militante de la Iglesia católica en Europa occidental. Tras una época de intensa actividad constructiva, llegó la calma. La nobleza, cuyas ambiciones se limitaban al ámbito de sus territorios y cuya visión no abarcaba el sueño de, erigir edificios eternos consagrados a Dios, se las ingeniaba de vez en cuando para levantar castillos de considerable magnitud, pero más con el propósito de alejar a los enemigos que con el de atraer a visitantes. Fuera de España, ya desde el siglo XIV habían empezado a concebirse nuevas ideas acerca de cómo construir, pero no llegaron a germinar en la Península. Incluso a finales del XV, cuando tuvo lugar la ambiciosa unión de monarquías peninsulares, los nuevos soberanos —Fernando de Aragón e Isabel de Castilla— no mostraron ningún interés en la construcción de catedrales o palacios.

La erección del Escorial, a mediados del siglo XVI, era, por tanto, para España, un acontecimiento sin precedentes. Más aún, resultaba algo insólito, puesto que no había sido el producto de las aspiraciones del clero ni de las ambiciones de la nobleza. Al contrario que otros grandes edificios históricos de Europa, fue concebido en la mente de un hombre, al que permanecería indeleblemente vinculado. Cada detalle de su construcción puede remontarse a toda una vida de su acumulada experiencia.

Nacido en 1527, el príncipe Felipe tenía dieciséis años cuando su padre, el emperador Carlos V, marchó a Alemania y lo nombró regente de España^[2]. Con poder efectivo en la toma de decisiones en casi todas las áreas, Felipe era ahora el nuevo monarca. Treinta años después no dudaba en declarar: «Yo comencé a gobernar el año de 1543»^[3]. Hasta aquel momento, había viajado mucho por el país y conocía la mayor parte de su arte y su arquitectura. Obviamente, estaba familiarizado con las residencias reales, en particular con las fincas de caza del centro de Castilla, y había visitado la mayoría de las principales poblaciones del centro de la Península. A esta experiencia vino a agregarse una nueva perspectiva cuando, entre mayo y diciembre de 1542, realizó el primer viaje de largo recorrido de su carrera política, una visita real (en compañía de su padre) a través de Navarra, Aragón, Cataluña y

Valencia, a fin de jurar fidelidad a los fueros de dichos reinos. Para cuando tomó el poder, en 1543, contaba ya con un conocimiento personal de la mayor parte de su reino, a excepción de la parte meridional —islámica—, que había sido arrebatada a los musulmanes apenas medio siglo antes. La ausencia de contacto con el sur, que finalmente visitó en 1570, ejerció una indudable influencia en sus futuras preferencias culturales.

Dichas preferencias resultarían, después de todo, más relacionadas con el ámbito europeo que con el sur de la Península. Durante los veinte años siguientes, sus gustos se inclinaron, en gran medida, hacia lo que había aprendido durante sus viajes por el continente. Los críticos europeos de generaciones posteriores lo calificaron de «típico español» (poseían una visión peculiar, inevitablemente desfavorable, de lo que era un español)^[4]. Es posible que Felipe se convirtiera en uno de ellos, pero irónicamente en la Península era constantemente criticado —hasta el mismo día de hoy— por no haber sido lo suficientemente español^[5]. Carlos V, temeroso de que la formación educativa del príncipe fuese demasiado limitada, se esforzó en inculcar a su hijo una percepción más europea de las cosas. Cuatro años después de que el príncipe asumiera el poder en España, en la primavera de 1547, el emperador reclamó su presencia en el norte, en unos momentos en los que habían acontecido grandes cambios en la política europea. En 1546 murió el líder protestante alemán Martín Lutero; poco después, en 1547, falleció Enrique VIII de Inglaterra, seguido un mes más tarde por Francisco I de Francia. La necesidad de preparar a Felipe para el nuevo escenario político europeo apremiaba. Por suerte, los tiempos habían devenido más pacíficos^[6]. La victoria de Carlos sobre los príncipes luteranos alemanes durante la batalla de Mühlberg, en abril de 1547, restableció una cierta tranquilidad en Europa central. El príncipe podía por fin viajar a salvo al extranjero. Se iniciaron los preparativos para que visitara Alemania y, en Augsburgo, Carlos impartió instrucciones al duque de Alba para que acudiera a España y acompañase al príncipe de vuelta al norte.

El mes de febrero de 1548 Felipe convocó las Cortes de Castilla en Valladolid e informó de su inminente partida, pero su mensaje no fue bien recibido. Los castellanos ya habían vivido casi seis años sin un rey, y ahora estaban a punto de perder también a su príncipe. Solicitaron a Felipe que no abandonara el reino y enviaron una carta de protesta a Carlos. No obstante, los preparativos se llevaron a cabo. En septiembre, el sobrino de Carlos, el archiduque Maximiliano, al que se había encomendado la regencia durante la ausencia de Felipe, llegó desde Viena acompañado de su séquito. El matrimonio de conveniencia entre él y María, hermana de Felipe, se celebró dos días después de su llegada. Al alba del 2 de octubre, la corte de Felipe partió de Valladolid con destino a Barcelona.

El séquito real estaba compuesto por un amplio grupo de distinguidas personalidades, entre las que figuraban autoridades de la nobleza (incluido el duque de Alba), así como miembros del clero y el cuerpo administrativo de Felipe,

integrado por el secretario, Gonzalo Pérez, Honorato Juan, como tutor, y Cristóbal Calvete^[7] de Estrella, cronista. El grupo de extranjeros incluía al cardenal alemán de Trento, que acompañó a Felipe durante toda la duración del viaje. También fueron con el príncipe sus músicos, entre los que figuraban su maestro de guitarra, Luis Narváez, y el compositor ciego Antonio de Cabezón. El mayordomo, Vicente Alvarez, se agregó a los anteriores para supervisar la organización de las comidas y, en su tiempo libre, se dedicó a escribir un diario del viaje. El grupo salió de Barcelona el 18 de octubre y se dirigió al norte por el puerto de Rosas, desde donde zarpó el 2 de noviembre una flota compuesta por cincuenta y ocho galeras comandada por el gran almirante genovés, el príncipe Andrea Doria^[8].

EL FELICÍSIMO VIAJE

El viaje del príncipe —al que Calvete se refería en su reveladora crónica como el «Felicísimo Viaje»— duró en total tres años y tuvo un impacto más profundo sobre Felipe y sobre España de lo que nadie hubiese imaginado. Algunos escritores han tratado de minimizar la relevancia de dicha expedición en el reinado de Felipe, puesto que ello interfiere con la imagen convencional del monarca, un español de miras estrechas —sugieren— que se negó a aprender de otras culturas, que demostró una mentalidad cerrada en cuestiones políticas y religiosas, que odiaba las diversiones y a las mujeres y que, por encima de todo, detestaba viajar al extranjero. Por fortuna, ninguno de estos aspectos de su imagen resulta ser cierto. El carácter de Felipe emerge con claridad a partir de las fuentes de información disponibles, puesto que el viaje de 1548 a 1551 fue documentado minuciosamente por los propios acompañantes del príncipe y por él mismo a través de sus cartas. El personaje de la realeza que partió hacia el extranjero en 1548 fue, después de todo, según confirman dichos datos, un joven de mentalidad abierta y con un apetito insaciable por aprender. Parte de la información que absorbió se refleja en las claras influencias que tan importante papel desempeñarían luego en la construcción del Escorial. En vez de proceder al relato de su viaje, será preferible tratar de identificar los sucesos que contribuyeron en modo más relevante a la creación del monasterio.

El primero de estos acontecimientos tuvo lugar en el norte de Italia; la emoción de Felipe acerca de este viaje por mar se refleja en sus cartas^[9]. El desembarco se llevó a cabo en Savona, donde participó con entusiasmo en las fiestas, danzas y torneos organizados en su honor por la acaudalada familia Spínola, una poderosa aliada de España. El viaje concluyó el 25 de noviembre, cuando toda la flota se dirigió por mar hasta el puerto de Genova. Como huésped del príncipe Andrea Doria, Felipe se alojó en su palacio de las afueras de la ciudad durante dieciséis días. El séquito salió de Genova el 11 de diciembre, un día de frío y nieve. Empezó la ruta a través de Alessandria y Pavía, ciudades que recorrió y cuyas fortificaciones tuvo

oportunidad de admirar. En el transcurso de aquellas semanas la atención de Felipe pareció centrarse en la arquitectura militar y en los jardines que los príncipes italianos empezaban a construir. En Genova, el nuevo palacio del príncipe Doria reflejaba el estilo, el esplendor y la ornamentación que prodigaban los nobles europeos. La creación de jardines, en particular, era una novedad renacentista todavía desconocida en España, y los huertos escalonados de la colina de Granarolo, al norte del palacio, habrían suscitado la curiosidad de Felipe.

Unos días después, el 19 de diciembre, el séquito real se encaminó hacia Milán, donde se encontró con el duque de Saboya, Carlos III, que acompañó al grupo hasta la ciudad. Felipe tenía el título de duque de Milán (concedido por su padre)^[10] y era, por tanto, monarca de dicho territorio. A su llegada, recibió una merecida y triunfante bienvenida. Su estancia, que duró casi tres semanas, estuvo colmada de recorridos turísticos, festejos y banquetes, torneos, obras de teatro y bailes de etiqueta. Como siempre, Felipe tomó parte en todas estas celebraciones. El día de año nuevo, el gobernador, Ferrante Gonzaga, organizó una gran fiesta seguida de un baile. Pero su estancia fue más que un mero acto de cortesía: Felipe visitó los edificios más importantes de la ciudad y dispuso de tiempo libre para conocer al pintor favorito de su padre, el maestro Tiziano, a quien encargó algunos retratos^[11]. También entró en contacto por vez primera con el escultor Leone Leoni, que sería requerido para unirse al séquito y acompañar al príncipe a los Países Bajos. Fue el principio de una de las colaboraciones artísticas más fructíferas de todos los tiempos y demostró ser un hecho de crucial importancia para el Escorial. Entre los colegas de Leoni figuraba el escultor y medallista Jacopo da Trezzo, que también viajó a los Países Bajos al servicio de Felipe.

Los siguientes acontecimientos de relevancia conciernen al primer contacto que tuvo el príncipe con la Iglesia católica internacional. La primera semana de enero los viajeros reanudaron su marcha desde Milán, siguiendo una ruta que les llevó a través de Cremona hasta Mantua (donde realizaron una parada de cuatro días, como invitados del duque de Ferrara). Desde allí iniciaron el ascenso por el montañoso valle del río Adige. Tras abandonar lo que entonces era Italia, se adentraron en territorio del Sacro Imperio Romano, y el día 24 de dicho mes llegaron a la ciudad de Trento. Una vez allí, Felipe recibió la bienvenida de los cardenales de Trento y Augsburgo, y del joven aliado de Carlos V, el protestante elector de Sajonia, Mauricio^[12]. Las calles estaban repletas de arcos de triunfo. Trento era el centro de atención mundial debido al concilio eclesiástico, que debía estar reunido en la ciudad. En 1547, sin embargo, los prelados habían recibido del papa instrucciones para trasladarse de manera provisional a Bolonia, debido a un brote de peste en Trento. Solamente los que dependían de Carlos V —los alemanes y los españoles— desobedecieron al pontífice y permanecieron en la ciudad. Fue este pequeño grupo el que participó en la bienvenida al príncipe de España.

Felipe mantuvo conversaciones con los obispos acerca del tema de la Reforma, una de sus inquietudes políticas (véase capítulo 8). También tuvo tiempo para el ocio; cada noche se celebraba un banquete. La primera noche, «la cena fue jovial y muy alemana, porque se bebió mucho; terminó a las diez y luego se reanudaron las celebraciones»^[13]. Durante las dos noches siguientes, las del viernes y el sábado, el príncipe cenó a solas. Se trataba de un ejercicio de autodisciplina que había practicado durante muchos años y que continuó realizando durante el resto de su vida. Visto con la perspectiva histórica, se puede percibir como un hábito altamente significativo, pues demuestra que Felipe cultivó durante cierto tiempo la austeridad, la vida contemplativa y la soledad, pero que a la vez fue capaz de combinar estas virtudes con una actividad social decididamente intensa. Veinte años más tarde, un embajador informaba de que Felipe todavía mantenía la costumbre de refugiarse en su soledad dos noches por semana^[14]. El aparente aislamiento que acabó marcando su existencia en el Escorial era algo que, evidentemente, había cultivado durante toda su vida adulta, pero que nunca interfirió en sus obligaciones sociales habituales. Durante esos primeros años, su personalidad supo asumir con éxito ambos papeles, el contemplativo y el cortesano. La última de las cinco noches en las que el grupo pernoctó en Trento se celebró un baile de máscaras que duró casi hasta el amanecer. El príncipe, el elector Mauricio y los demás nobles también estaban disfrazados. El alborozo fue tan general que hasta los cardenales de Trento y Augsburgo bailaron con las damas^[15].

El recorrido hacia el norte de Europa duró seis meses completos; un prolongado viaje de placer que también tuvo un propósito educativo. A medida que avanzaban se iniciaban los preparativos para el frío y las nieves de los Alpes. Los compañeros de Felipe pudieron observar el bienestar que reinaba entre la población del Tirol, los crucifijos al borde de los caminos, la belleza de las mujeres y la paulatina desaparición de las viñas. El 3 de febrero coronaron el paso del Brennero y desde allí descendieron hacia Innsbruck, donde llegaron un día después. A partir de ese momento, el cardenal de Trento actuó como intérprete, traduciendo del alemán para Felipe. Después de descansar en Innsbruck, donde Felipe dedicó una jornada entera a cazar en los bosques, todo el séquito embarcó con la intención de navegar por el río Eno hasta Rosenheim. Fue un viaje relajante que interrumpían cada noche para dormir en tierra firme. Desde Rosenheim continuaron por tierra y pasaron la noche en la *abadía* de Ebersberg. El 13 de febrero, el grupo llegó a Munich, donde fue recibido cordialmente por el duque Alberto de Baviera y su familia. A los españoles les impresionó de inmediato la belleza de la ciudad, con sus casas pequeñas y sus calles immaculadas. Casi cada noche se celebró un banquete. El segundo día salieron de caza por los bosques de los alrededores y disfrutaron de una abundante comida campestre. Baviera fue el territorio alemán que mejores recuerdos dejó en Felipe; los meses que pasó allí tendrían una importancia vital en la configuración de sus ideas.

Felipe procedía de una parte de Europa donde ni los reyes ni los nobles o prelados se habían dedicado a construir grandes palacios ni a diseñar opulentos jardines. Con la excepción de unas pocas fortalezas erigidas tiempo atrás para defenderse de los musulmanes, la España del siglo XVI carecía de una arquitectura principesca propiamente dicha^[16]. Como era de esperar, a medida que Felipe recorría el sur de Alemania y Renania iba registrando en su memoria los impresionantes castillos, monasterios y jardines que contemplaba. Dicha visita abrió sus ojos y despertó su imaginación, además de prepararlo para las maravillas que todavía le quedaban por descubrir en los Países Bajos.

Dos días después de abandonar Munich, el grupo, al que, desde Trento, se había unido Mauricio de Sajonia, llegó a Augsburgo. Era el 21 de febrero y, por primera vez, Felipe descubrió lo que significaba vivir entre «herejes», pues la región era en su mayor parte luterana. Pero ello no influyó en su conducta. Durante décadas, su padre, aunque renuente, había prestado apoyo a la política de coexistencia con los luteranos, y acababa de aprobar un decreto imperial de tolerancia (el famoso ínterin de 1548). Felipe lo aceptó sin protestas y, al menos durante los diez años siguientes, asumió el hecho de que la tolerancia por razones políticas podía ser deseable si no había más remedio. Aquellos que tiendan a verlo como un fanático religioso se sorprenderán de su conducta en Alemania, sobre todo porque Mauricio de Sajonia, su compañero más cercano durante dicho viaje, era un activo luterano y aliado principal del emperador. Augsburgo, donde Felipe permaneció durante cuatro días, también era, como se ha indicado, una ciudad en buena parte protestante. El príncipe aprovechó la oportunidad para visitar el suntuoso palacio de la familia Fugger, banqueros que se habían enriquecido prestando dinero a su padre. Un día después de salir de Augsburgo, el elector Mauricio se despidió para regresar a Sajonia. La siguiente escala importante para los viajeros fue Ulm; Felipe atravesaba ya el territorio firmemente luterano de Wurtemberg. Desde allí se dirigieron al norte, hacia el Rin. En Vaihingen fueron recibidos por el gran maestre de la Orden Teutónica, el duque luterano Alberto de Hohenzollern, con una escolta militar que los acompañaría hasta Espira. Todavía no era este un periodo en el que las diferencias religiosas entre los príncipes europeos pudieran ser motivo de conflicto. Ciertamente, la capacidad de Felipe de coexistir con los príncipes luteranos alemanes fue la razón por la que muchos europeos, entre ellos el cardenal Pole de Inglaterra, al que mencionamos más adelante (en el capítulo 3), lo consideraron como un posible continuador de las políticas pacificadoras de su padre.

El séquito real llegó a Heidelberg, capital del palatinado del Rin, el 7 de marzo. Esta notable ciudad, construida en una montaña con vistas panorámicas de los bosques del río Neckar, era en aquella época un área católica rodeada de estados luteranos. Felipe pasó cuatro días allí, alojado en un magnífico castillo circundado por algunos de los jardines palaciegos más impresionantes del continente^[17]. El segundo día salió de caza por las montañas y merendó en el bosque. El tercero se organizó una justa en el patio porticado del castillo, seguida de un baile y un

banquete. Al igual que había hecho en los demás festines celebrados durante su viaje, el príncipe se esforzó por seguir los hábitos de consumo de alcohol de los alemanes. Hubo varios brindis, y en cada uno de ellos, cumplidamente, levantó su vaso y bebió el vino. Sin embargo, «eso fue peligroso, puesto que Su Alteza no se hallaba acostumbrada a estas prácticas»^[18]. Pero Felipe no podía haberse sentido más feliz. Desde Heidelberg le escribió a Ferrante Gonzaga, gobernador de Milán, diciendo: «He sido muy bien recibido por todas estas ciudades y príncipes alemanes, donde me han expresado grandes muestras de afecto»^[19]. No mencionó en absoluto ningún asunto religioso. El grupo partió el día 11 y llegó esa misma noche a la ciudad de Espira, situada en el Rin. Allí se encontró con una escolta militar de los Países Bajos, al mando del duque de Aerschot, y con el arzobispo de Maguncia, que se desplazó río abajo para recibir al príncipe. Desde este punto se encaminaron hacia el oeste, en vez de proseguir por el valle del Rin. Tras atravesar Kaiserslautern y Saarbrücken, llegaron a Luxemburgo al anochecer del 21 de marzo. Felipe permaneció un solo día en la ciudad. La mayor parte del tiempo estuvo inspeccionando las murallas y las fortificaciones. El príncipe tenía un apasionado interés por las fortalezas militares y había reconocido las defensas de cada una de las ciudades por las que había pasado durante su viaje. Ahora se hallaba en terreno propio, en los estados de los Países Bajos sobre los que regía su padre. El séquito pasó los tres últimos días de marzo en Namur.

Al anochecer del 1 de abril, el príncipe hizo su entrada oficial en Bruselas. Las calles se hallaban brillantemente decoradas e iluminadas; en todas partes había arcos y antorchas en las ventanas. Más de cincuenta mil personas —afirmó un testigo con evidente exageración— se habían reunido en el centro de la ciudad para darle la bienvenida^[20]. Felipe se encaminó hacia el palacio real, donde fue recibido oficialmente por María de Hungría, hermana del emperador y regente de los Países Bajos, y por su hermana Leonor, reina de Francia. Las reinas lo acompañaron hasta una estancia donde le aguardaba el emperador. Ambos se dieron un abrazo. Felipe había visto a su padre por última vez seis años antes.

Durante los primeros tres meses y medio, en parte debido a la salud del emperador, Felipe permaneció en Bruselas, desde donde el embajador francés había informado, en el mes de febrero de 1549, de que Carlos tenía «los ojos cansados, una boca pálida, y un rostro que parecía más muerto que vivo, con un habla débil, corto de aliento, y la espalda encorvada»^[21]. No obstante, se las arregló para hacer agradable la visita de su hijo. «Durante ese periodo hubo excelentes celebraciones, banquetes, danzas, elegantes bailes de máscaras, expediciones de caza y torneos»^[22]. Sin embargo, Felipe no podía evitar el trabajo. El emperador lo hacía ir «cada día durante dos o tres horas a su estudio para instruirle de persona a persona»^[23]. El 12 de julio, en compañía de su hijo, Carlos emprendió un recorrido a través del territorio, cuyo propósito era el juramento del príncipe de España como heredero de cada provincia. La intención del emperador era que Felipe empezara a aprender acerca de

sus futuros intereses en el norte. Durante los meses siguientes, las ciudades compitieron mutuamente por la complejidad de sus arcos triunfales y la magnificencia de todo tipo de celebraciones. Entre el séquito real figuraban los miembros de la familia imperial, el príncipe, María de Hungría y lo más destacado de la nobleza. El viaje se dividió en dos etapas. Los meses de julio y agosto de 1549 visitaron las provincias del sur, y después regresaron a Bruselas; luego, en septiembre y octubre, se dirigieron a las provincias del norte. Al igual que sucedió en el recorrido por Alemania, hubo grandes maravillas que admirar.

Los castillos y jardines que visitó proporcionaron al príncipe sus recuerdos visuales más impactantes. El momento más destacado de la primera parte de este viaje fue la celebración con la que María de Hungría agasajó a sus huéspedes la última semana de agosto de 1549 en su residencia de Binche. María había convertido el viejo castillo en uno de los palacios renacentistas más espectaculares del norte de Europa. Su estancia allí dejó una huella inolvidable en la persona de Felipe, que más tarde imitaría en sus palacios de España la decoración y el mobiliario de los aposentos que ocupó en Binche. La pequeña capilla contenía el cuadro *El Descendimiento de la Cruz* del pintor Roger van der Weyden, tan admirado por Felipe, quien en 1574 lo compró para el Escorial, después de haber encargado, en 1569, una copia de la obra a otro artista flamenco: Michel Coxcie. El 24 de agosto el patio del palacio fue escenario de un gran torneo en el que participó el propio príncipe. Durante los dos días siguientes, la reina ofreció una fiesta soberbia y se puso en escena el popular libro de caballería *Amadís de Gaula*. Los caballeros (uno de los cuales era el propio Felipe) tuvieron que superar varios obstáculos a fin de ganar acceso a la Torre Oscura, liberar a los prisioneros y, a continuación, dirigirse a las Islas Afortunadas. El día 29 los huéspedes participaron en diversas celebraciones y asistieron a otro torneo cerca del castillo de María, en Mariemont. Un día más tarde, en Binche, un nuevo torneo contó con la participación de sesenta caballeros. Años después, en sus residencias de Valsaín y el Escorial, Felipe gustó de recrear los ritos de caballería que había contemplado por vez primera en los Países Bajos, durante su estancia en el castillo de María de Hungría. Tras permanecer nueve días en Binche, Felipe prosiguió su trayecto, y esta vez se dirigió al norte^[24].

El 11 de septiembre el príncipe hizo su entrada oficial en Amberes, metrópolis comercial del norte de Europa. Allí se le confirió el privilegio de una suntuosa «entrada jovial», denominación de la ceremonia de bienvenida. Por desgracia, un intenso aguacero estropeó el evento^[25]. A los visitantes les maravilló en particular la opulencia de la urbe, «que con buena razón podía llamarse el mercado del mundo». Los españoles prestaron también especial atención a Rotterdam, ciudad que visitaron el 27 de septiembre. Se trataba del lugar de nacimiento del humanista Erasmo, el más famoso de los intelectuales europeos. Felipe, que había estudiado sus obras con su tutor, en un momento en el que España tenía al pensador en gran estima, acudió expresamente a una misa celebrada en una iglesia cercana al hogar familiar de

Erasmus, y «los principales nobles y caballeros de la corte» entraron en la casa para prestarle tributo^[26].

Este largo y agotador viaje terminó con el regreso a Bruselas el 26 de octubre. Felipe había visitado cada rincón de las diecisiete provincias y prestado juramento en cada ciudad principal. Entonces tomó un descanso para centrarse en otros asuntos. Consultó con el emperador sobre la posibilidad de convocar una reunión de los miembros de la familia Habsburgo. Escribió a España para felicitar a su hermana María por el nacimiento de su primer hijo, y de paso urgió a Maximiliano a que se trasladara a Alemania para asistir a dicha reunión^[27]. Se reanudaron las celebraciones, las cacerías, los torneos y los bailes.

UN INTERLUDIO EN ALEMANIA

El 31 de marzo de 1550 Felipe partió con el emperador rumbo a Augsburgo, donde debían asistir a la Dieta Imperial (la asamblea compuesta por las ciudades y príncipes alemanes). Atravesaron Maastricht, y el 8 de junio llegaron a Aquisgrán, donde el príncipe se dedicó a admirar la abundancia de reliquias de santos de la catedral y visitó la tumba del emperador Carlomagno. El día 10 llegaron a Colonia, y allí permanecieron cuatro días. A los españoles les deslumbró esta ciudad grande, hermosa y próspera, «las espléndidas campiñas a lo largo del Rin»^[28], y los campos verdes de maíz que se extendían en la distancia^[29].

La mayoría de las numerosas reliquias de la ciudad se puso a la venta y fue cumplidamente adquirida por los visitantes. Al príncipe le impresionó tanto su calidad que a partir de ese momento siempre recurrió al mercado alemán para aumentar su colección. «Mañana», le escribía a Maximiliano el 12 de junio, «comentaré las cagas de Alemania que son las mejores de ninguna otra parte. Quisiera mucho azer compañía en ellas a Vuestra Alteza»^[30]. Los viajeros salieron de Colonia y llegaron a Bonn el día 14. Una vez allí cambiaron de medio de transporte; en Bonn les aguardaba una pequeña flota de embarcaciones fluviales. Al emperador y a Felipe se les asignó un barco grande y espacioso. El convoy partió el día 15, y durante las siguientes cuatro jornadas navegó a través de los espectaculares desfiladeros del río Rin, acariciado por el sol de verano. El emperador se relajó en la cubierta mientras disfrutaba de la brisa y dictaba sus memorias (en francés) a sus secretarios^[31]. Cada noche pernoctaban en tierra y gozaban de la hospitalidad y las diversiones que les brindaban los residentes. De esta manera alcanzaron Maguncia, donde el emperador y Felipe permanecieron como huéspedes del arzobispo.

El resto del viaje se realizó por tierra. Partieron de Maguncia el 21 de junio y se dirigieron rumbo al sur, hacia Worms y Espira. Después de pasar tres días en Espira reemprendieron el camino, siguiendo la ruta que tan bien conocía Felipe a raíz de su viaje anterior. Poco después alcanzaron por fin su objetivo, la ciudad imperial de

Augsburgo, que atravesaron el 8 de julio de 1550. La Dieta Imperial había sido convocada allí por el emperador, y aunque los delegados ya comenzaban a congregarse, las sesiones no empezaron oficialmente hasta la última semana del mes. Al emperador le preocupaba obtener el apoyo de la asamblea frente a la amenaza de una invasión turca en el Danubio. Por su parte, a la mayoría de los delegados les interesaba aclarar la situación religiosa en Alemania. Felipe pudo observar de primera mano las idas y venidas entre los protestantes y los príncipes católicos. El ambiente se beneficiaba de la libertad religiosa establecida por el tolerante decreto de Carlos, el ínterin de 1548.

Felipe permaneció el año entero en Alemania. Fue uno de los periodos más relevantes para su formación, aunque curiosamente solo se refirió a esta etapa años más tarde, de manera indirecta y nunca con detalle. Trató de avenirse con los jóvenes nobles alemanes, cuyas maneras encontraba ordinarias. «Nuestro príncipe hace lo mejor que puede», se dijo de él. «Con frecuencia se les une para participar en acontecimientos deportivos, y el próximo jueves competirá en un torneo»^[32]. Sin embargo, esta prolongada convivencia se alejaba bastante de los placeres casuales a los que estaba acostumbrado durante sus viajes. Si el punto de vista de Felipe coincidía con el expresado por su mayordomo Vicente Alvarez, probablemente encontraba a los alemanes excesivamente inquietos, dados a la violencia, la bebida y las modas pasajeras. En comparación con los conflictos alemanes, España parecía un mar de tranquilidad^[33]. Aparte de los placeres sociales, el príncipe se mantenía ocupado con el arte. En septiembre escribió al embajador español en Venecia para cerciorarse de que Tiziano iría a Augsburgo. El artista debía llegar «tan pronto como pudiese ser»^[34]. Cuando efectivamente llegó, Felipe le hizo uno de sus encargos más importantes, una serie de cuadros mitológicos conocida como «Poésies» (Las Poesías). En Augsburgo el artista pintó un retrato de Felipe, que se convirtió en su favorito (y que colgó de su estudio en Castilla), en el que aparecía vestido con su armadura y con una mano descansando en el casco; en la actualidad, la obra se halla en el Museo del Prado. El príncipe también le dedicó tiempo a la arquitectura. En el transcurso de las mismas semanas supervisó los planos diseñados por un ingeniero italiano enviado por Ferrante Gonzaga con el fin de reconstruir la fortaleza de la ciudad italiana de Siena^[35], que en aquellos momentos era el epicentro de una amarga contienda política.

Es difícil exagerar la importancia que aquellos apacibles meses de verano y otoño de 1550 tuvieron en la formación del joven príncipe. Su larga estancia en Alemania, de la que, desgraciadamente, tenemos poca información, ejerció una gran influencia en los subsiguientes planes de Felipe para el Escorial, puesto que fue en Augsburgo donde descubrió las riquezas de la famosa biblioteca Fugger, la mayor colección privada de la época, que albergaba la mansión homónima. Cuando se produjo aquella visita, el cabeza de familia y benefactor de la biblioteca era Anton Fugger (†1560), dueño de una rica colección compuesta por más de diez mil manuscritos y libros,

«principalmente de interés intelectual y estético, con preciosos manuscritos, una remarcable colección de textos extraídos de autores griegos, romanos y patrísticos, y obras de la escuela humanista»^[36]. En Augsburgo, el príncipe también se permitió el lujo de elegir una armadura de exquisita calidad que se le hizo a medida. Como gran entusiasta de los torneos medievales, que habían sido su pasatiempo principal en Castilla desde al menos 1544, se benefició en el Imperio de los servicios de algunos de los diseñadores de armaduras más famosos de Europa (véase capítulo 6).

Las ideas de Felipe sobre política y religión desempeñaron, sin duda, un papel importante en su concepción del Escorial; es relevante, asimismo, tener en cuenta cómo evolucionaron sus actitudes en Alemania. Para Carlos, el siguiente asunto prioritario en su agenda, después de la Dieta Imperial, era su reunión con la familia Habsburgo. Fue un momento clave en la experiencia del príncipe, que quizá por primera vez llegó a comprender la enorme relevancia política de sus lazos de sangre. Carlos esperaba dejarle algún día a Felipe toda su herencia, pero para ello necesitaba contar con el apoyo de otros miembros de su familia. La cuestión se reveló extremadamente complicada; de hecho, resultaría finalmente imposible. Los principales miembros del clan de los Habsburgo se reunieron en la ciudad, donde por espacio de más de seis meses debatieron el asunto. En el transcurso de los años, Carlos había consolidado el control de los territorios heredados de los Habsburgo —principalmente Austria y Bohemia— en manos de su hermano Fernando. Este, que contaba con el firme apoyo de la mayoría del pueblo alemán, deseaba que el sucesor de la corona imperial fuese su primogénito, Maximiliano, rey de Bohemia, regente en España durante la ausencia de Felipe. Alemania —declaró el cardenal de Augsburgo en noviembre— solamente podía ser gobernada por un alemán. Según informó un embajador^[37], los príncipes preferían al turco antes que a Felipe. Fernando insistió a su hermano para que Maximiliano se desplazara desde España para expresar sus puntos de vista. María de Hungría fue a propósito desde Bruselas, en septiembre, con la intención de prestar su apoyo a Carlos. Los debates, que se desarrollaron en francés —Felipe era el único que hablaba en español—, parecieron por un momento apaciguarse, y María regresó a los Países Bajos después de dos semanas. Maximiliano llegó procedente de España a principios de diciembre y reivindicó sus derechos con firmeza. Aunque la Dieta Imperial se clausuró a mediados de febrero de 1551, las disputas familiares prosiguieron.

Cuando quedó claro que sería imposible llegar a un acuerdo total, Carlos decidió imponer un arreglo. El obispo Antoine Perrenot redactó una declaración en su nombre, el 9 de marzo de 1551^[38], que fue firmada por todas las partes. En dicho documento^[39] se declaraba que la corona imperial pasaría a Felipe tras recaer previamente en Fernando; después de Felipe quedaría en manos de Maximiliano. Aunque la familia aceptó este acuerdo, más adelante se hizo obvio que Fernando tenía muy pocas intenciones de acatarlo. Maximiliano, en desacuerdo durante mucho tiempo con Carlos acerca de numerosas cuestiones, estaba todavía menos dispuesto a

cooperar. Transcurridos los años (véase capítulo 6), Felipe decidió que no era aconsejable para él insistir en los deseos de su padre, y de manera oficial abandonó toda pretensión sobre la corona imperial. No fue solamente en este aspecto donde los puntos de vista de Felipe divergieron de los de Carlos. La discrepancia más notable, que tardó años en madurar, fue a propósito de la religión.

Durante los meses que permaneció en Augsburgo, el príncipe acompañó al emperador en las sesiones de la Dieta y prestó su apoyo a la política religiosa de Carlos. Al concluir aquella, Carlos garantizó el respeto a la fe luterana en Alemania y dejó en manos del juicio del concilio de Trento las insuperables desavenencias religiosas. Ni en esos momentos, ni tampoco más tarde, expresó Felipe discrepancia alguna con su decisión. De hecho, en aquellos momentos, este acuerdo tácito con su padre extendió la idea de que Felipe apoyaba sin vacilaciones una política de compromiso como método para resolver los diferentes puntos de vista entre los cristianos. Cuando el español Felipe de la Torre (véase capítulo 4) le dedicó un libro a Felipe en 1556, lo mencionó específicamente como continuador de las políticas liberales de su padre. De hecho, es muy probable que Felipe aceptara la posibilidad de una coexistencia religiosa, siempre y cuando los disidentes de la Dieta pudieran garantizar su lealtad política. Durante los más de dos años que pasó en el imperio, mantuvo un contacto muy estrecho con los luteranos. Asistió a cenas y bailes con ellos, compitió en justas hombro con hombro y salió de excursión en su compañía. Fue algo que nunca le molestó, y con razón. En estas primeras etapas de la Reforma, los nobles de Alemania, los Países Bajos, Francia e Inglaterra siguieron tratándose con mutuo respeto aun cuando sus creencias diferían. Todos los luteranos que conocía eran en esos momentos aliados del emperador. Si su lealtad política quedaba preservada, las cuestiones religiosas podían resolverse con el tiempo. Todavía las guerras y revueltas religiosas no estaban a la orden del día en la política europea. No fue hasta mucho después de la década de 1550, precisamente cuando estaba meditando sus planes para el Escorial, cuando Felipe se convirtió en partidario de la intransigencia religiosa.

En mayo de 1551, el príncipe inició los preparativos para salir de Alemania rumbo a España. La tarde del día 25, Carlos se ausentó de Augsburgo para realizar una breve visita a Munich. Esa misma noche, Felipe salió de la ciudad con una pequeña escolta que incluía al duque de Saboya^[40]. Como parte del séquito figuraba el violinista flamenco Frans Massi, que tenía a su cuidado (por orden del emperador) a un niño de cinco años al que se mantuvo en el anonimato como un mero paje de la corte, pero que más tarde, ya como don Juan de Austria, desempeñaría un importante papel en la carrera del desprevenido Felipe. Un grupo independiente, que incluía a Maximiliano, emprendió una ruta distinta. El grupo de Felipe *avanzó* sin prisas a través de los hermosos valles circundados de montañas del sur de Baviera. Siguieron el itinerario tradicional, que en la actualidad se ha convertido en una vía principal para el tráfico de vehículos. La primera noche pernoctaron en la ciudad de Landsberg.

El día 26 encontraron alojamiento en Schongau. El día 27, en las aldeas de Ammergau (uno de los pueblos de la región, Oberammergau, es desde entonces famoso por su representación teatral de la Pasión de Semana Santa, que tiene lugar cada año). Puesto que el día siguiente, el 28, era «la festividad de Dios»^[41] —Corpus Christi—, el príncipe decidió detenerse y celebrar con tranquilidad esta fiesta religiosa.

No parece haber ningún documento que lo confirme, pero con certeza habría asistido a la misa que se celebró en la abadía benedictina de Ettal, que se encontraba solo a unos cinco kilómetros de distancia. Se trataba de la principal institución religiosa de la región, y era el lugar más lógico para que el séquito real asistiera al culto. Este monasterio de estilo gótico tardío lo mandó construir el duque Luis IV de Baviera (también emperador del Sacro Imperio Romano) y, una vez terminado, en 1370, su apariencia cambió en repetidas ocasiones. En 1744, tanto la abadía como su iglesia sufrieron daños a consecuencia de un incendio; luego, el conjunto fue reconstruido en un estilo barroco italiano que es el que presenta en la actualidad. Su impresionante cúpula sigue siendo la característica más sobresaliente del monasterio; es probable que, cuando Felipe cruzó la región, existiera ya en una versión comparable a la actual, que sería la que más adelante empezaría a emplearse en el Renacimiento italiano. Las cúpulas eran populares en los edificios eclesiásticos alemanes de la Baja Edad Media, y esta popularidad se vio incrementada durante la época del Barroco^[42]. Por desgracia, no quedan representaciones de la imagen precisa de Ettal a mediados del siglo XVI, un poco antes de que pasara de la orden de los benedictinos a la de los jesuitas. En Castilla había edificios de similar majestuosidad, entre los cuales cabe destacar el monasterio habitado por los frailes de la orden de los Jerónimos en Guadalupe, Extremadura. Pero esta abadía era diferente. Su asombroso aspecto actual no deja lugar a dudas; Ettal era espectacular. Erigida en la ladera de un pico montañoso, estaba rodeada de verdes bosques que resaltaban la perfección de su cúpula resplandeciente, inserta en un amplio claustro enmarcado en tres de sus laterales por ventanales que se fundían en el paisaje circundante. Bajo el radiante sol de primavera, entre la hierba del valle y con los Alpes como magnífico paisaje de fondo, esta abadía tuvo que dejar un recuerdo indeleble en los viajeros. Cuatro años más tarde, cuando por primera vez Felipe tomó la decisión consciente de construir un monasterio para su propio deleite, su imaginación debió de evocar la imagen inolvidable que contempló por primera vez en las montañas pobladas de árboles de la región de Baviera. Después de asistir a misa en Ettal, el grupo regresó para pasar la noche en Ammergau, y desde allí reanudó su camino hacia el sur, hasta llegar el día 29 a Mittenwald, y a Innsbruck al día siguiente, ya muy tarde^[43].

La siguiente etapa del viaje también fue enormemente decisiva para Felipe y resulta fundamental para nuestra comprensión del Escorial. Escribió desde Innsbruck, donde pasó tres días, para decirle a su padre que se encontraba bien. Poco después, la noche del 6 de junio, los viajeros llegaron a Trento. El famoso concilio había

superado, con la aprobación del papa, sus diferencias internas previas. El 1 de mayo había comenzado una segunda sesión, con la totalidad de los delegados. El concilio entraba en su fase más significativa con el apoyo absoluto tanto del príncipe como del emperador. Se desencadenaron acontecimientos sorprendentes, entre los que cabe destacar la presencia de delegados protestantes, algunos de los cuales contaban con el auspicio de Mauricio de Sajonia. El derecho de los protestantes de acudir al concilio fue defendido con firmeza por los representantes del emperador, sobre todo por los españoles Francisco de Vargas y Francisco de Toledo^[44]. Cuando los historiadores católicos de fechas posteriores escribieron acerca del concilio, la mayoría se las ingenió para evitar referirse al papel de Vargas y Toledo, que para ellos había sido vergonzoso. Sin embargo, incluso entonces eran muchos los cristianos, tanto católicos como protestantes, que creían que sus diferencias eran menos importantes que los puntos de vista que ambos grupos compartían. Es justo observar que Felipe no era uno de ellos. Aunque siempre fue cortés con los protestantes, como, por ejemplo, a lo largo de los meses que permaneció en Alemania o durante su estancia en Inglaterra cuatro años más tarde, nunca les hizo concesiones.

Las reuniones del concilio merecieron la completa atención del príncipe, quien intercambió puntos de vista con el arzobispo Guerrero de Granada, cabeza de la delegación española. Durante estas sesiones, Felipe conoció al teólogo Alfonso de Castro, al que años después nombró su confesor. También tuvo la oportunidad de entrar en contacto con el dominico Bartolomé Carranza, al que designó capellán personal cuando el fraile regresó a Valladolid en 1553. Al amanecer del 9 de junio, Felipe salió de Trento. Durante los meses siguientes continuó demostrando un interés activo en lo referente a la contribución española al concilio, aunque la política general estaba decididamente dirigida por su padre. Sus dos visitas a Trento dejaron en él una huella indeleble. Tuvieron un carácter enormemente relevante, puesto que era el único dirigente español que jamás había comparecido en un concilio eclesiástico y el único príncipe europeo de su talla que honraba Trento con su presencia. Estas visitas explican por qué durante su largo reinado se identificó profunda y personalmente con Trento (véase capítulo 8) y con la causa de la reforma religiosa.

El séquito de Felipe atravesó Lombardía, pasó un par de días en Mantua y luego llegó a Milán. El gobernador, Ferrante Gonzaga, le dio la bienvenida y guió a Felipe a través de un nuevo recorrido por las fortalezas militares. «El príncipe», informaba su cronista, «permaneció cuatro días en Milán durante los cuales visitó el castillo y las fortificaciones de la ciudad»^[45]. Es posible también que en el transcurso de dicha estancia, si no antes, el príncipe hubiese visitado el Ospedale Maggiore, una imponente obra arquitectónica que fue construida un siglo antes y que, al parecer, desempeñó un importante papel en su concepción final del Escorial (véase capítulo 2). Desde aquí, el séquito real atravesó Padua y el 1 de julio llegó a Genova, donde se unieron Maximiliano y su comitiva. El 6 de julio todo el grupo zarpó en una enorme

flota bajo el mando de Andrea Doria. Las treinta y ocho embarcaciones incluían, además de las naves de Doria, las de Nápoles, al mando de García de Toledo, y las de España, capitaneadas por Bernardino de Mendoza. Tras una breve escala en Niza, pusieron rumbo al puerto de Barcelona, en el que desembarcaron el 12 de julio de 1551. Felipe escribió al duque de Saboya para decirle que «había tenido el viaje más perfecto que jamás hubiera podido desear»^[46].

Más tarde, un embajador de Venecia calificó todo este viaje de desastroso. El comportamiento del príncipe, según él, «fue de poco agrado para los italianos, detestado por los flamencos, y aborrecido por los alemanes»^[47]. La postura antiespañola del embajador la aprovecharon con entusiasmo los historiadores protestantes, ansiosos por demostrar el fracaso de Felipe; sin embargo, esta imagen no coincide con la realidad de lo sucedido. Dentro de los límites de las expectativas que el príncipe podía haber tenido para un viaje tan largo, no existen motivos para una visión negativa. Tanto él como sus cortesanos españoles lo percibieron sin duda alguna como un éxito. Es posible que Felipe cometiera errores, pero con certeza aprendió mucho y amplió sus horizontes en todos los sentidos. No hay riesgo de exagerar la experiencia que adquirió. Los estudiosos de hoy no tienen ninguna duda acerca de «los años de la formación del gusto artístico del futuro Felipe II, a través de sus viajes a Italia, Flandes y Alemania»^[48]. Cuando se empiezan a analizar las múltiples ideas que culminaron en la construcción del Escorial, queda claro que el primer gran viaje del príncipe al extranjero desempeñó un papel crucial en su formación. Sus viajes fueron la génesis de su creatividad como rey.

EL JOVEN REY DE INGLATERRA

Felipe realizó su segundo viaje de largo recorrido apenas tres años después, lo que permite afirmar que existió una auténtica continuidad entre ambos periplos. De regreso a Valladolid, en el otoño de 1551, prestó su inmediata atención a los asuntos familiares. Estas cuestiones, normalmente, tuvieron preferencia frente a todas las demás inquietudes del príncipe, desempeñaron un papel muy relevante en su labor como gobernante y llegaron a constituir una razón fundamental en su decisión de construir el Escorial. La semana posterior a su llegada marchó a Tordesillas para la acostumbrada visita a su abuela, la reina Juana la Loca. Estas entrevistas constituían una obligación dolorosa. Juana no siempre reconocía a los que iban a verla. Durante años se había negado a ir a misa, a confesarse o a tomar la comunión. Para ella todos cuantos la rodeaban eran demonios. Su conversación parecía normal hasta que, de repente, decía algo que demostraba su falta de cordura^[49]. Tras el encuentro, Felipe decidió quedarse con su hermana Juana en su palacio de Toro, «adonde me pienso holgaré unos ocho o diez días para irme después a trabajar a Madrid»^[50]. De hecho, permaneció más de un mes en Toro. Durante su estancia organizó un torneo, en

Torrelobatón, en el que se enfrentaron entre sí dos grupos, cada uno compuesto por sesenta caballeros^[51]. Este torneo de finales de septiembre duró dos semanas enteras^[52]. De vez en cuando, en años sucesivos, repetiría este ejercicio. El culto a la caballería propio del Renacimiento era un rito prácticamente desconocido en España, pero Felipe hizo todo lo posible por cultivarlo y llegó a convertirse en una de sus ocupaciones preferidas. Esta afición quedó patente en sus colecciones de armas y armaduras y, por encima de todo, en sus lecturas. A pesar de la emoción causada por los torneos, Felipe se sentía triste. Regresó a casa e inmediatamente tuvo que separarse de su hermana María —a la que siempre se había sentido especialmente unido—, que se vio obligada a acompañar a su esposo Maximiliano, rey de Bohemia, de vuelta a Praga. Después del torneo, Felipe le escribía a Maximiliano desde Medina del Campo, «me alié tan desalentado que luego me salí del [...]. He partido oy de Toro con grandissima soledad»^[53].

El resto del año transcurrió entre Madrid y Aranjuez. Felipe pasó las Navidades de 1551 en Toro. El día después de Año Nuevo le decía a Maximiliano en una carta: «E benido aquí esta Pascua y en passando me bolveré a Madrid. Y antes se desposará my hermana»^[54]. La menor de sus hermanas, Juana, de dieciséis años y muy atractiva, tenía que casarse con el príncipe Juan de Portugal. Puesto que estaba a punto de perderla también, Felipe se aseguró de pasar la mayor parte del tiempo en su compañía. «Me voy esta Pascua a Toro», escribía en abril^[55]. La correspondencia del príncipe durante esos meses confirma los lazos íntimos que unían a los miembros de la familia real. Toda su vida, Felipe anheló con vehemencia la proximidad de los suyos, pero la realidad política dispuso de otro modo y distancias insuperables solían mantenerlo separado de sus seres queridos.

Los desesperantes achaques de salud del emperador tuvieron precedencia sobre todo lo demás en 1553. Carlos estaba decidido a abdicar, y deseaba que dicho acto tuviera lugar en su tierra natal, los Países Bajos. Resolver la situación matrimonial de Felipe se tornó más importante que nunca. Felipe se había casado en 1543 con la princesa de Portugal, María, quien dio a luz a un hijo, Carlos, el 8 de julio de 1545. Durante el parto, María sufrió una grave hemorragia que ocasionó su fallecimiento cuatro días más tarde. Apenas acababa de cumplir los diecisiete años. La propuesta de que Felipe se volviera a casar con otra princesa de Portugal no se materializó, en favor de una posibilidad mucho más tentadora. El mes de julio de 1553 murió el joven rey Eduardo VI de Inglaterra. La sucesión de un país todavía eminentemente católico quedó en manos de su hermana mayor María. Fue una oportunidad caída del cielo para la creación de una alianza anglo-imperial contra Francia. Años atrás, el mismo Carlos se había comprometido en matrimonio con María, compromiso que permaneció en vigor por breve tiempo; ahora el emperador pretendía que se casara con Felipe.

El príncipe aceptó la propuesta como una maniobra meramente política. Aunque no le entusiasmaba la idea, claudicó ante los deseos de su padre. Dio su conformidad

incluso antes de haber recibido el retrato de ella, el mismo que ahora se exhibe en el Museo del Prado, obra de Antonio Moro. En 1553, Felipe tenía veintiséis años de edad, era once años más joven que María, y había permanecido soltero durante ocho años. El acuerdo matrimonial, fechado el 12 de enero de 1554, era un intento de aliviar los temores de Inglaterra. Felipe compartiría las responsabilidades y títulos con María, conforme a todas las leyes y costumbres de Inglaterra, no admitiría a ningún extranjero en el Gobierno de la isla y nunca implicaría a los ingleses en las guerras de sus otros reinos. En caso de que María falleciera antes que él, Felipe cedería sus poderes. Finalmente, el 2 de abril el Parlamento aprobó el matrimonio. Se hicieron los arreglos necesarios para que Juana, la hermana más pequeña de Felipe, fuera regente de España, ya que su esposo, el príncipe de Portugal, había fallecido el 2 de enero, tres semanas después de que ella diera a luz a su hijo Sebastián. Las Cortes de Castilla se reunieron en Valladolid bajo su presidencia, mientras Felipe y su séquito salían de la ciudad el 16 de mayo.

La flota real zarpó de La Coruña la tarde del 13 de julio, y una semana más tarde fue recibida en la isla de Wight por buques armados ingleses bajo el mando de lord Howard de Effingham. Desembarcaron en Southampton la tarde del 20 de julio, donde el príncipe descansó un par de días antes de proseguir hacia Winchester. Llegó a esta ciudad el día 23 con numerosa compañía, «montado sobre un caballo blanco y vestido con una capa tejida de oro y una pluma blanca en el sombrero»^[56]. El obispo Stephen Gardiner lo recibió en la catedral y fue escoltado ante María. Él habló en español, y María, en francés. María, aunque era hija de una española, entendía la lengua pero no la hablaba correctamente^[57]. La boda tuvo lugar, con el boato esperado, en la catedral de Winchester, el 25 de julio, día de Santiago, patrón de España^[58]. Al día siguiente, Felipe se levantó a las siete de la mañana y permaneció ocupado en varios negocios (relacionados con Flandes e Italia) hasta las once. En un carta a Juana, pocos días más tarde de sus nupcias, Felipe le informaba de que «después venimos a Londres donde fui recibido con toda buena demostración de amor y contentamiento de todos». El 18 de agosto la pareja real navegó por el Támesis, pasó por debajo del puente de Westminster y desembarcó en el corazón de la ciudad. «Y habiendo estado en aquella ciudad seis o siete días», proseguía el recuento personal de Felipe acerca de Hampton Court, «venimos a passar lo que queda del verano en esta casa»^[59]. Hampton Court, el palacio real más reciente y emblemático de la arquitectura Tudor, combinaba la gracia de una sede real con el encanto de un albergue a orillas del río, embellecido con elegantes jardines. No fue este el único palacio que Felipe llegó a conocer. En Londres se alojó en el palacio de Whitehall, sin duda, una de las residencias reales más impresionantes de la ciudad.

Durante los meses posteriores a la boda, Felipe se abstuvo escrupulosamente de interferir en los asuntos domésticos de Inglaterra^[60] y supervisó de cerca las cuestiones políticas de España, Italia y América. En pocas de estas áreas coincidieron sus opiniones con las de su padre. Felipe había aceptado obediente la propuesta de

Carlos sobre su matrimonio inglés. Sin embargo, en asuntos de gobierno, de los que llevaba ocupándose ya diez años, su perspectiva era radicalmente distinta e independiente. En cuanto a lo relacionado con las tendencias religiosas de Inglaterra —lo que más tarde se denominó la Reforma—, la actitud de Felipe seguía siendo el reflejo de la de su padre. Carlos no tenía ninguna simpatía por la Reforma, pero se las arregló, como en Alemania, para llegar a compromisos con el fin de evitar mayores conflictos. Felipe siguió esta política a rajatabla. A finales de 1554, algunos tribunales episcopales —la reforma de Eduardo VI había revertido y todos los obispos eran, una vez más, católicos— iniciaron procedimientos contra ciertas personas acusadas de herejía. El 1 de febrero de 1555 murió en la hoguera la primera víctima de esta persecución. Muchos observadores europeos en Londres, convencidos por propia experiencia de que la hoguera no era la solución, se manifestaban horrorizados. El rey, sin embargo, carecía de poder para intervenir en los tribunales eclesiásticos. Decidió enfocar el problema de otra forma. El siguiente domingo, 10 de febrero, su confesor, fray Alfonso de Castro, pronunció un sermón en presencia de la corte real en el que «vehementemente protestó contra los obispos por llevar hombres a la hoguera, y manifestó simplemente que ninguna escritura hablaba de quemar por el bien de la conciencia; sino que por el contrario dichos hombres deberían vivir y ser convertidos»^[61]. Las ejecuciones se detuvieron durante lo que restaba de mes, posiblemente a raíz de la prédica. La primera respuesta directa de Felipe al problema de la persecución religiosa fue evidentemente moderada. Era obvio que no estaba en desacuerdo con las palabras de Castro, a quien poco después designaría para ocupar el segundo obispado más importante de España, el de Santiago^[62]. El rey y sus consejeros preferían apaciguar antes que agitar la situación religiosa.

La estancia de Felipe en Inglaterra duró poco más de un año, lo suficiente para dedicarse a hacer un poco de turismo y a familiarizarse con aquellas tierras. Pero los apremiantes asuntos del emperador hicieron necesario que abandonara el país y a su reina. El 4 de septiembre de 1555 él y su séquito salieron de Dover y tres horas más tarde llegaron a Calais. En la tarde del 25 de octubre tuvo lugar la trascendente abdicación de Carlos, en el gran vestíbulo del palacio real de Bruselas^[63]. El vestíbulo se hallaba repleto de gente. Con paso lento, el emperador hizo su entrada. Con la mano izquierda se apoyaba en un bastón, y con la derecha, en el hombro del príncipe de Orange. Detrás se encontraban Felipe, María de Hungría y el duque de Saboya, los caballeros del Toisón de Oro y los altos dignatarios de Borgoña. El emperador se dirigió al estrado y tomó asiento. Felipe se sentó a su derecha y María a su izquierda. Uno de los cortesanos empezó a describir brevemente a los dignatarios reunidos el propósito de la sesión. Luego, el emperador, que permanecía sentado debido a sus dolencias, se puso sus anteojos y echó un rápido vistazo a algunas notas que tenía en la mano. Levantó la cabeza y empezó su alocución. Mientras hablaba, observó el emisario inglés, «no hubo un solo hombre en la asamblea que no derramara abundantes lágrimas». Sobrecogido por una oleada de emoción, Carlos

también empezó a sollozar. El emperador rogó a su hijo que se arrodillase frente a él, le pidió la mano y lo abrazó. Colocó ambas manos sobre la cabeza de Felipe y lo bendijo. Entonces el príncipe se levantó y aceptó las responsabilidades que le habían sido encomendadas. Limitó su intervención a unas breves disculpas, que balbuceó en francés, por no saber hablar el idioma oficial de los Estados Generales^[64]. El obispo de Arras, dijo él, hablaría en su nombre. Después de Felipe, María pronunció también unas palabras. Al final de la ceremonia, Carlos invistió oficialmente a su hijo como nuevo soberano de los Países Bajos. Los restantes actos de abdicación se prolongaron durante los meses siguientes.

En septiembre de 1556, Carlos V zarpó de Flesinga rumbo a España, acompañado de sus dos hermanas, María de Hungría y Leonor de Francia. Fuertes vientos forzaron el regreso de las naves, de modo que Felipe tuvo oportunidad de subir a bordo el 19 de septiembre, para despedirse por segunda vez. Fue la última ocasión en la que vio a su padre. El día 28 la pequeña flota llegó a Laredo y el séquito imperial avanzó lentamente hacia el sur, para llegar, a finales de noviembre, al monasterio de Yuste, en Extremadura. Cerca de allí se estaba construyendo un pequeño palacio para Carlos. Se trasladó a sus aposentos en febrero de 1557, y falleció al alba del 21 de septiembre de 1558.

Para las personalidades ilustres de los Países Bajos, el acontecimiento crucial del año 1557 fue la batalla de San Quintín (véase capítulo 2). A la campaña militar siguieron rápidamente las negociaciones de paz. Más tarde, asuntos políticos retuvieron a Felipe en los Países Bajos, pero también la necesidad de poner en orden su vida personal, tras la muerte de su padre, el emperador, y de su propia esposa, María Tudor. En 1559, finalizados los preparativos para su viaje a España, fijó como fecha de partida el 8 de agosto, «expresando, siempre que hablaba de ello, una calidez y deseo de regresar a su tierra natal»^[65].

Para Felipe fue una estancia fructífera, tal vez aún más que la de diez años antes. Desde luego, la ansiedad de Felipe por marcharse no brotó de una actitud de desprecio hacia los Países Bajos. En el norte se había sentido inquieto en muchos aspectos, pero también es cierto que llegó a encariñarse con la cultura, que desempeñó un papel fundamental en sus futuros planes para el Escorial. Apreciaba el entorno humanista, y eligió a propósito como tutor de su hijo al filósofo español Sebastián Fox Morcillo, que por aquel entonces era profesor en Lovaina. Pero lo que cautivaba sus sentidos era sobre todo la creatividad del norte. Si su primer viaje había resultado decisivo en la determinación de sus gustos y preferencias, el segundo confirmó su predilección por todo lo flamenco^[66].

Hacía tiempo que el arte flamenco estaba de moda en la Península. Alcanzó notable auge durante el reinado de Fernando e Isabel, y Carlos V, inevitablemente, afianzó el gusto por todo lo que procedía del norte^[67]. Ahora Felipe tenía la oportunidad de materializar su entusiasmo personal llevando consigo a España tanto cuadros como artistas. Fue, además, el primero en introducir en el país los parques

ajardinados de Flandes. El conocimiento de los edificios del norte enriqueció sus ideas acerca de lo que podía hacerse en España. De forma constante, durante los años que duró su ausencia, envió instrucciones y sugerencias para la reconstrucción de los palacios peninsulares. En agosto de 1559, desde Gante, firmó una carta dirigida a Juan Bautista de Toledo, de origen español y residente en Nápoles, en la que lo invitaba a Madrid para convertirse en su principal arquitecto. Durante su infancia había tenido la oportunidad de familiarizarse con la música neerlandesa, que su padre había impuesto como norma en la corte española. En esta ocasión, Felipe fue más lejos y llevó consigo a Castilla a sus coristas flamencos. A partir de entonces, siempre tuvo dos capillas separadas, la flamenca y la española. El contacto con el norte fue para él una experiencia positiva que supo apreciar en toda su magnitud, sin que una sola vez pronunciara una crítica. «Sin lugar a dudas», observa Jonathan Brown, «los viajes de Felipe —las cosas que vio y la gente que conoció— transformaron sus preferencias y su comprensión de las artes visuales, lo que significó el lanzamiento de su carrera como patrón de las artes [...]. El resultado de su viaje solamente puede calificarse de sobrecogedor. Un espacio de tiempo de pocos años y el espacio físico de unos pocos países internacionalizaron los gustos del príncipe»^[68].

Su ansiedad por regresar a España, sin embargo, es comprensible. Le entusiasmaba la idea de volver a una tierra cuyo clima, idioma y gente conocía; «y lo que anhelaba por encima de todo era descansar y relajarse en su tierra natal»^[69]. Con demasiada frecuencia no hemos sabido apreciar el hecho de que su estancia en el norte de Europa —ocho años en total— debió de ejercer un profundo impacto en la formación y el talante de un joven cultivado y siempre dispuesto a aprender. De los dieciséis años transcurridos desde el momento en que comenzara a ocuparse de los asuntos de España, en 1543, ocho los había pasado fuera del país, visitando el norte de Italia, los Alpes, el sur de Alemania, Renania, los Países Bajos, parte de Francia y el sur de Inglaterra. Para él, Augsburgo, Milán, Londres, Colonia, Amberes, Munich y Trento no eran lugares remotos, sino ciudades cuyas calles había frecuentado. Con la salvedad de su padre, ningún dirigente europeo de aquella época había viajado y visto tanto ni acumulado tanta experiencia práctica en relaciones internacionales. Había vivido de cerca el problema protestante en Alemania, había sido testigo del castigo a la herejía en Inglaterra e incluso había estado presente en el campo de batalla contra Francia. Se había reunido personalmente, tanto en tiempos de paz como de guerra, con prominentes personalidades de su época. En los años sucesivos toda esta experiencia acumulada había de filtrarse en sus cartas e influir en su toma de decisiones. Durante el tiempo transcurrido en el extranjero, su incapacidad para aprender otros idiomas —conocía el español y el latín— tal vez limitó sus contactos y reforzó la impresión de una personalidad reconcentrada. Sin embargo, la agudeza y sensibilidad de sus sentidos lo absorbieron todo, y supo devorar con avidez aquello que le complacía y rechazar todo lo que no encajaba con su temperamento. Aunque fue criado en Castilla, los horizontes castellanos jamás lo contuvieron. Ciertamente,

el nuevo rey de España, que regresó a casa en 1559, era un europeo con sofisticados gustos europeos. Su regreso no significaba en absoluto un aislamiento de Europa. Durante generaciones, las élites habían cultivado el contacto con los países extranjeros, y Felipe siguió fielmente esta inclinación. El hecho de que los Países Bajos y muchos estados italianos estuvieran ahora gobernados por un monarca español vino a desarrollar esta tendencia. El arte italiano, su música y su teatro, su poesía, su arquitectura y su religión se infiltraron y contagiaron el alma de los españoles. Los Países Bajos fueron una fuente primordial para el arte, la música y el pensamiento místico y religioso; el rey contribuyó todavía más a este proceso^[70]. Se encargó de llevar consigo a cuantos habían permanecido a su servicio durante su estancia en el norte. En el campo de la música, regresó en compañía de los artistas flamencos de su capilla. En el ámbito del arte, viajó con él Antonio Moro, quien permaneció con el rey durante un año, hasta su regreso a Utrecht^[71]. Llevó a España tapices y pinturas, y tampoco se olvidó de sus consejeros del norte, como Charles de Tisnacq y Josse de Courtewille, funcionarios del Consejo de Estado de los Países Bajos^[72]. Con respecto al Escorial, regresó con sus planes, su visión y sus ideas, y con todo el equipo de trabajo.

El séquito real atracó en Flesinga el 11 de agosto de 1559. Felipe se había ausentado de España durante más de cinco años: «tantos años que yo estoy ausente», escribía a su padre mientras aguardaba que los vientos se aplacaran en el puerto^[73]. Después de cenar, el miércoles 23, se trasladó a su camarote. El día 25, temprano, comenzó su despedida oficial. A media tarde, el emisario inglés en los Países Bajos informaba de lo siguiente: «El rey ha embarcado con su flota entera hacia España con un viento del este, tan apacible que es casi una calma chicha [...]. El número de embarcaciones fue de veinte españolas, treinta holandesas y otras de índole menor»^[74]. El viaje transcurrió sin incidencias. Alcanzaron Laredo la noche del 8 de septiembre, y el rey desembarcó. Un día después, antes de que los pertrechos hubieran sido descargados, una tormenta azotó la costa. Algunos de los barcos zozobraron y hubo pérdidas de hombres, propiedades (incluidos valiosos tapices) y documentos. Tras un descanso, Felipe partió hacia Valladolid. El 14 de septiembre entró en la ciudad, que le aguardaba engalanada y con arcos triunfales.

2 LA BATALLA

LA CAMPAÑA DE SAN QUINTÍN

En su Carta de Fundación del Escorial, emitida el 22 de abril de 1567, cuatro años después de haberse iniciado su construcción, el rey Felipe II declaró que dicho edificio estaría dedicado a san Lorenzo, en cuya festividad^[1], el 10 de agosto de 1557, sus fuerzas habían obtenido una famosa victoria. Por esta razón, la iglesia del Escorial fue consagrada a san Lorenzo, y la primera reliquia importante depositada en su altar fue una pierna del santo. Este acontecimiento militar merece una especial atención, al menos por tres importantes razones. Tuvo lugar lejos de España, y en una guerra en la que no se vieron involucrados directamente los intereses ni la seguridad del país. Esto es ya un hecho notable por sí solo. Pero lo que todavía es más digno de atención —teniendo en cuenta que la gesta le fue atribuida en repetidas ocasiones a España— es el escaso número de tropas y oficiales españoles involucrados en la batalla. En realidad, la campaña fue un acontecimiento memorable porque Felipe, que participó en ella durante las etapas finales, fue el último rey de España que intervino personalmente en una acción militar. Estos hechos confieren una significación única a dicha acción, a sus consecuencias y al papel que desempeñó en la historia posterior de la monarquía.

Son dos, y bastante diferentes, los acontecimientos relacionados con San Quintín y Felipe II: un enfrentamiento armado y la toma de una ciudad. Sabemos muy poco acerca de esta famosa batalla, que repetidas veces ha sido declarada como una de las victorias militares más destacadas de España, pero que curiosamente ni un solo historiador español ha estudiado^[2]. Aparte de la descripción ofrecida en la biografía de Felipe II, escrita por Cabrera de Córdoba en 1609^[3] aproximadamente una década después del fallecimiento del rey, y que no se publicó como una obra completa hasta el siglo XIX, dicha batalla ha sido relegada al olvido como acontecimiento histórico y solo se ha invocado con propósitos ideológicos. A Cabrera, como se menciona más adelante, le interesaba por razones personales. Los historiadores que carecían de estas motivaciones, simplemente omitieron cualquier mención al evento. Muchos siglos más tarde, en 1966^[4], un general español que decidió dedicarle unas cuantas páginas al tema lo hizo con el único y específico propósito de elogiar a «Felipe II y su glorioso ejército». Los ejércitos del rey, alegaba colmado de orgullo, salían «casi siempre victoriosos». Fue incapaz de brindar ninguna información adecuada acerca de la batalla, pues extrajo datos exclusivamente de una biografía sobre el soberano, publicada en francés en 1880, y de una historia de la guerra, publicada en inglés en 1937^[5]. Es obvio que la mera mención de esta batalla como un acontecimiento servía

para corroborar la imagen ficticia de una nación que había subyugado a Europa con sus ejércitos. Por desgracia, el célebre enfrentamiento armado sigue siendo ignorado en España. Recientemente se celebró en Madrid un congreso dedicado a las guerras españolas del siglo XVI, cuyas actas se publicaron en dos extensos volúmenes. En las dos mil páginas de discursos impresos no hubo una sola referencia indexada a la victoria de San Quintín^[6]. Los no españoles, lógicamente, no contribuyeron mucho a paliar este olvido. El recuento más fidedigno de dichos acontecimientos, escrito en inglés, sigue siendo el publicado por el historiador estadounidense Prescott, cuyo texto se remonta al año 1855^[7]. El único análisis importante y detallado de San Quintín no se publicó hasta 1896, en francés^[8], pero es prácticamente desconocido incluso para los estudiosos del tema.

La campaña militar que condujo a la batalla de San Quintín la heredó Felipe de su padre, el emperador. Como ya hemos visto, a finales de 1555 Carlos V anunció en Bruselas su intención de abdicar de sus reinos. En enero de 1556, y durante las semanas siguientes, España y otros territorios fueron transferidos oficialmente a Felipe II. A partir de la primavera de 1556, Felipe gobernó el imperio más extenso del mundo, que comprendía España, Inglaterra, América, los Países Bajos, con el Franco Condado, y la mitad de Italia. Con la excepción de América, estos estados no «perteneían» a España, sino que compartían el mismo rey. Dicha herencia, sin embargo, conllevaba conflictos que tenían su origen en los tiempos de Carlos V. El mes de diciembre de 1555, el rey de Francia, Enrique II, estableció una alianza militar con el papa Pablo IV. En febrero de 1556 se firmó un breve acuerdo de paz con Francia, pero el problema seguía siendo Italia, donde el duque de Alba era virrey de Nápoles y encabezaba una fuerza militar que intentaba resolver las diferencias con el papado. A principios de 1557, Pablo IV, convencido antiespañol, invitó a las tropas francesas dirigidas por el duque de Guisa a entrar en sus estados para que lo defendieran. Al duque de Alba no le agradaba la idea de comprometer los ejércitos papales en dicha batalla, y adoptó la estrategia de retirarse, lo que logró desgastar a los invasores franceses, alejados de sus bases de suministro. En el mes de junio se las ingenió igualmente para dispersar una pequeña fuerza papal. A principios de verano de 1557 el duque se hallaba en posición favorable para penetrar en los estados papales y dirigirse hacia Roma, donde, en septiembre, pudo obtener un acuerdo de paz con el consternado pontífice.

Aunque había terminado la campaña italiana, Felipe tuvo que enfrentarse a una renovada amenaza francesa en los Países Bajos. En febrero de 1557 envió a su consejero Ruy Gómez de vuelta a España para informarse de cuánto dinero se disponía ante la expectativa de una guerra inminente. También era importante obtener la ayuda militar de los ingleses. En el mes de marzo zarpó rumbo a Inglaterra desde Calais, y el día de San Jorge celebró una ceremonia de la Orden de la Jarretera. Finalmente, en el mes de junio, el consejo privado de Inglaterra fue persuadido para declarar la guerra a Francia. Felipe albergaba la esperanza de que con la ayuda de los

ingleses podría poner fin a este conflicto. No tenía ninguna reclamación contra Francia, y menos aún contra el papado. «Sabe muy bien», declaraba su embajador en Inglaterra, «que la guerra en Italia es contraria a sus intereses, puesto que si pierde, también pierde sus estados, y si sale victorioso no conquista nada», ya que el papado era intocable^[9]. Se llegó a un acuerdo en cuanto a la ayuda militar que brindarían los ingleses. Felipe se ausentó, una vez más, la primera semana de julio. María lo acompañó hasta Sittingbourne, donde pernoctaron. El 6 de julio zarpó desde Dover, justo antes del amanecer. Fue la última vez que vio Inglaterra y a la reina.

En Bruselas se sumió plenamente en la guerra. Carlos V se había asegurado de que su hijo fuese criado como un soldado. El completo adiestramiento de Felipe, su familiaridad con los torneos y los juegos de guerra, y su destreza como cazador eran prueba de que podía adaptarse fácilmente a la actividad militar. Sin embargo, a pesar de ello, jamás había participado en el combate. El emperador, por su parte, se jactaba de considerar la guerra como una dimensión más de sus habilidades personales, y había intervenido en campañas y sitios. Sin embargo, en este, como en muchos otros aspectos, Felipe difería de su padre. Prefería seguir el patrón de su bisabuelo Fernando el Católico, que había dirigido ejércitos pero sin comprometer su propia persona^[10]. Al menos esa era su opinión en 1555. También es posible que el entusiasmo del verano de 1557 le hiciese olvidarlo. Los jóvenes nobles que se reunieron en Bruselas estaban deseosos de acción. Felipe tenía exactamente treinta años. El regente de los Países Bajos y comandante de sus fuerzas, Emanuel Filiberto, su primo carnal, tenía veintiocho, y recientemente, en 1553, había heredado de su padre el título de duque de Saboya. De figura esbelta y austera, carácter alborotado y presencia imponente^[11], Saboya era un exiliado de su tierra natal, ocupada por los franceses. Estaba ansioso por atacar al enemigo, y la oportunidad de hacerlo no se hizo esperar.

Los franceses decidieron emprender un ataque en los pueblos fronterizos de los Países Bajos, con un inmenso ejército en el que militaban los más ilustres aristócratas del país. Las fuerzas estaban dirigidas por el condestable de Francia, Anne de Montmorency, que contaba con el apoyo del almirante de Francia, Gaspard de Coligny, y el mariscal Saint-André. Entre sus mandos figuraban duques y príncipes, como Montpensier, Nevers, Enghien y Conde. Para mediados de julio, Felipe había organizado una fuerza de choque de treinta y cinco mil hombres a las órdenes del duque de Saboya, secundado por el príncipe de Orange y todos los nobles de los Países Bajos. La caballería le fue confiada a Lamoral, conde de Egmont. Entre los demás comandantes se contaban Ernst, el duque de Brunswick (un protestante) y Hilmar von Munchhausen, todos alemanes.

En Bruselas, Felipe desempeñó los papeles de jefe de Estado Mayor y contable general. Se encargó de organizar el transporte de todas las tropas y sus suministros, planificar la estrategia con un consejo de guerra y dosificar escrupulosamente el escaso dinero disponible para la campaña. Su correspondencia durante esas semanas

(buena parte de la cual nunca ha sido consultada por los estudiosos) demuestra un impresionante dominio de todos los aspectos de la situación, incluida la distribución geográfica de los soldados. El hecho es que la participación de las tropas de Carlos V fue posible gracias a la acertada y directa coordinación de los hombres y recursos disponibles por parte de Felipe. Tras unos días de indecisa campaña en las zonas fronterizas de Francia y los Países Bajos, se decidió arrostrar un enfrentamiento abierto contra las tropas invasoras. En un principio, Felipe y sus consejeros pensaron llevarlo a cabo en el cercano pueblo de Rocroi, pero el duque de Saboya logró disuadirlos. «Visto lo que a ambos parece», le escribía el rey al duque, «y las dificultades que ay en lo de Rocroi, según escribis, y lo que aviendose platicado acá se offresce, queso resuelto en que lo más conveniente y a proposito es ponernos sobre San Quentin»^[12]. Esta pequeña ciudad colindante con la frontera francesa fue defendida por tropas comandadas por Coligny. Por un capricho del destino, prácticamente un siglo más tarde Rocroi sería el escenario de una victoria histórica por parte de Francia sobre el Ejército español.

La toma de San Quintín se percibía como una maniobra crucial, tanto para bloquear la acometida francesa como para despejar el camino y avanzar hacia París. El rey se aplicó con energía a la campaña^[13]. Durante la última semana de julio se hallaba ocupado organizando las tropas dispersas de alemanes e italianos bajo su mando, con la intención de reunirías frente a San Quintín. Mientras tanto, informaba al duque de Saboya de que «por essa carta vereys como el conde de Pembroke queda en Calais con parte de la gente, y el resto passara mañana»^[14]. En cuanto al duque, la mejor solución, por ahora, era aguardar en el campamento, «hasta que se juntasse el resto de la otra gente que vaya caminando, y les hago dar toda la priessa possible»^[15]. También organizó escrupulosamente la llegada de suministros, municiones y alimentos. La primera semana de agosto se hizo apremiante contraatacar. Felipe canceló sus otros planes y decidió: «Passaré derecho a Cambray donde pienso ser el sábado. Yo seré sin falta en Cambray el sábado, por dar priessa en todo, y espero que el lunes estará esta gente donde convenga y que asi lo estaréis vos»^[16]. Con posterioridad envió instrucciones al duque diciendo: «Nos havemos resuelto en que deveis partir el jueves, y yros a poner sobre San Quintín, que hazemos cuenta lo podreys hazer el lunes primero, y porque importaria mucho que esotra gente llegase con vos el mismo dia, por que la pudiesedes sitiar por todas partes. Scrivimos a los capitanes de la caballería alemana y a los coroneles de la infantería, enviándoles personas propias a darles prisa».

Ya había pasado una semana en Cambrai, tal y como informaba a Saboya el 6 de agosto de su propia mano, y todavía estaba esperando que se reunieran con él las tropas inglesas bajo el mando del conde de Pembroke. Tras sus esfuerzos por obtener la ayuda de Inglaterra, era un acto de cortesía no iniciar la acción militar sin contar con la presencia de estos soldados. Por desgracia, acababa de recibir noticias de que no llegarían hasta el 10 de agosto, lo que, a su modo de ver, sería ya demasiado tarde.

Por tanto, expresó su deseo de salir al frente de inmediato «sin los ingleses», pero (añadía Felipe) «me pareció diferirlo por solo oy, con speranza que se llegase aquel regimiento». Aprovechó esta demora para organizar la llegada de más caballerías y cañones y para que las cocinas del campamento preparasen más pan para las tropas. Todo ello, según sus cálculos, tomaría lamentablemente un par de días. «Mucho me ha pesado», escribía hacia el final de su misiva, «de no ir oy como lo pensaba. Y por no detener de enbiaros esta gente no boy, sino esperaré la gente y llebaré el resto de la artillería»^[17].

Al día siguiente, el sábado 7, se sentía sumamente preocupado. Siempre que se encontraba en este estado de ánimo escribía cartas de su propia mano, y así lo hizo entonces para el duque de Saboya. Las misivas que redactó durante la campaña, la mayoría de las cuales siguen aún sin publicarse, revelan —para un hombre que nunca había intervenido en una acción militar— un dominio sorprendente de la situación. «Yo estoy muy descontento de no aver ido ni poder ir tan presto, porque los ingleses me han escrito que no llegaran aqui hasta el martes, aunque he embiado a darles mas priesa». Aún hubo otras tropas, las alemanas, que no pudieron acudir antes del día 10. «Yo estoy desesperado desto»^[18]. En cualquier caso, si Saboya podía pasar sin ellas, deseaba que el duque lo esperase en Honcourt el lunes siguiente con «un regimiento de alemanes y un tercio de españoles y dos otros mil caballos para que la misma noche yo baya a tenerla (llevando toda la artillería que queda acá) en Oncourt. Y otro dia a buena ora ser ay con vos. Por que si esto no se haze, yo temo mucho que han de venir los que espero el martes tan espaciosos que han de querer descansar el miércoles, y desta manera no podría ser yo ay hasta el viernes, pues la artillería no me dexará ir en un dia. Yo vine aquí antier, jueves, con intención de ir ay ayer». Con tanta demora, según su cálculo, el rey no podría unirse a las fuerzas de Saboya hasta el 13 de agosto.

Es obvio que Felipe hacía todo lo posible por llegar al frente, pero su partida se estaba retrasando debido a la reacción tardía de sus aliados. El domingo día 8 le escribía a Saboya: «para el miércoles en la noche embiareys a Beaurevoir la escolta que os pareciere con que no sea menos de asta 1.500 cavallos y 500 o 600 arcabuceros valones con los quales y con los Ingleses y el regimiento de Munchhausen que será aquí el martes, yré»^[19]. El lunes 9 recibió por fin noticias de que los ingleses estaban a punto de llegar, aunque necesitarían un día para descansar. «Partiré el miércoles», con los arqueros ingleses, alemanes y belgas. «Procureys que el jueves por la mañana cavalguen otros 1.500 y que vengán a encontrarme a medio del camino».

Era consciente, sin embargo, de que la llegada de tropas de auxilio francesas a la ciudad podría provocar una acción militar por parte de Saboya. Por tanto, le encareció al duque: «En ninguna manera conviene que vengáis ni os apartey de ay. Quanto a lo que apuntays de darles la batalla en caso que lo viniesen a hazer, lo que puedo dezir es que lo primero de todo ha de ser atender a que no socorran la tierra. Y no siendo

menester por estorbar el socorro, *deveys excusar de darles la batalla hasta que yo llegue*, que veremos lo que convendrá hazerse». Si, en cualquier caso, no quedara más remedio, Saboya tendría que decidir lo que le pareciera mejor. El temor persistente de que empezara la batalla sin él le hizo agregar de su propia mano lo siguiente: «Si esto de pelear no se pudiese excusar hasta que yo fuese, yo os encargo quanto puedo, me aviséis volando dello con grandisima diligencia y a ser de manera y a tiempo que con la misma pueda yo llegar a tiempo. Y pues sé que no queréis dejar de tener my compañía en tal coyuntura, y viendo lo que me iría en ello, no os lo quiero encarezer mas, y para esto os ruego mucho que de noche y de dia hagáis tener caballos sueltos que puedan avisar»^[20].

«Cuanto a la venida de V. Magd», escribía Saboya de vuelta el día 8, «pues por la tardanca de Munchhausen con su regimiento ha sido forçado differirla asta que vengan los Ingleses, no sabria qué dezir mas de que conviene infinito que V. Magd la abrevie todo lo posible»^[21]. «Dé alia», también escribió a su secretario Eraso, «toda la prisa possible a que Su Magd se venga luego»^[22].

Los acontecimientos se desencadenaron tal y como el rey temía. El día 9 por la tarde se enteró de que Montmorency había partido con una potente fuerza para socorrer San Quintín. Sin saber el lugar preciso donde se encontraban las tropas francesas, Felipe no se atrevía a moverse. Envió un mensaje urgente a Saboya diciendo que —en caso de que Saboya lo ignorase— se había enterado por boca de un prisionero francés de que el condestable contaba con dieciocho mil hombres. El martes 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo, el condestable, con un contingente de infantería y caballería de aproximadamente veintidós mil hombres, avanzó hacia las posiciones de Saboya frente a San Quintín. En una acción breve pero sangrienta, el Ejército de Flandes, bajo el mando de Saboya y Egmont, infligió una derrota aplastante a las fuerzas del condestable. Un contemporáneo estimaba la cifra de muertos del ejército francés en 5.200, y posiblemente en 7.000 la de prisioneros. Aparentemente, en el ejército de Saboya solo quinientos hombres habían perdido la vida. La inusual cantidad de franceses muertos fue atestiguada por el médico Ambroise Paré, enviado al lugar por el propio rey de Francia para que atendiese a los heridos:

Vimos más de media legua de terreno cubierto por la muerte; y prácticamente ni nos detuvimos debido al hedor que despedían los hombres muertos y sus caballos; había tantas moscas azules y verdes emergiendo de sus cadáveres, fecundadas por la humedad y el calor del sol, que cuando se remontaban en el aire ocultaban el sol. Era fascinante oír su zumbido; y cuando se asentaron infectaron el aire y llevaron consigo la plaga^[23].

Tuvo que transcurrir cierto tiempo para apreciar la magnitud real de esta victoria. Felipe se enteró de ello a las once de esa misma noche. Puesto que los primeros informes podían ser poco fiables, permaneció despierto hasta alrededor de las tres de la madrugada y durante ese lapso recibió más mensajes. A primeras horas del día 11,

acampado en la aldea de Beaurevoir, escribió finalmente al emperador para confirmar las noticias. En una de las cartas más importantes de su carrera, Felipe expresaba, excepcionalmente de su propia mano, palabras de júbilo y esperanza. Su escritura, perfectamente legible^[24], reflejaba lo profundo de sus emociones^[25]:

A la once de la noche vino un correo del campo y dixo que los enemigos heran rotos y preso el Condestable, a la una vino uno que dixo el rompimiento mas no lo del Condestable, a las dos vino el marques de Vergas que se hallo en el negocio y dixo lo que VMd verá por la relación que enbio. Tanpoco afirmaba lo del Condestable. Oy he venido aqui para ser mañana en el campo y he hallado aqui un recado de mi primo [Savoya] que me afirma aver bisto al Condestable y ser presos los demás que VMd entenderá por la memoria que va con esta. Y pues yo no me hallé alli, de que me pesa lo que VMd puede pensar, no puedo dar relación de lo que pasó sino de oydas. Pero no quedándole al rey gente VMd puede pensar, si se toma San Quentin como lo espero, lo que se podria hazer en Francia si no falta dinero. Y pues el negocio está en tan buenos términos yo suplico a VMd quan humilmente puedo que sea servido de hazer de manera que yo sea socorrido de dinero.

El significado de las dos últimas frases (que un poco más adelante comentaremos) es suficientemente claro: si San Quintín cayera, quedaría abierto el camino a Francia, puesto que el rey francés carecería de ejército para defenderse a sí mismo, y con la cantidad de dinero adecuada podría aprovecharse esta oportunidad.

Los vencedores no estaban seguros de quién había sido capturado. Cuando recibieron los detalles, apenas podían creerlo. Entre los prisioneros figuraban Montmorency y tres de sus hijos, junto con el mariscal Saint-André, el duque de Montpensier, el príncipe de Conde y el duque de Longueville. Entre los franceses muertos se contaban el duque de Enghien y el vizconde de Turenne. El rey, acompañado por las tropas inglesas, tres mil belgas y quinientos españoles^[26], llegó al campamento el día 13, pero sin mostrar indicios de sentirse defraudado. Se le había entregado en mano una de las victorias militares más brillantes de su tiempo. En el campo de batalla, frente a San Quintín, «acompañado por los príncipes y comandantes de su ejército ataviados con sus galas militares» (según un testigo) y flanqueado por los estandartes franceses capturados, procedió despacio entre dos largas filas de distinguidos prisioneros y mostró su respeto a cada uno de ellos^[27].

Una leyenda creada mucho tiempo después por escritores españoles proclamaba como propia dicha victoria. Nada más lejos de la realidad^[28]. Esta batalla no se entabló en nombre de España, que no se encontraba en guerra con Francia. Se entabló en nombre del soberano de los Países Bajos. El control de la campaña no se depositó en manos de España ni de su Consejo de Guerra, sino del Consejo de los Países Bajos, que, según demuestran los documentos, tomó las decisiones. El rey consultó con oficiales de Bruselas y siguió sus directrices; el Consejo de Guerra de España no intervino. Es más, el presupuesto para la campaña lo controló Bruselas, en vez de España. Los españoles, sin embargo, desempeñaron un papel relevante, como elemento humano y en lo relativo a las finanzas, puesto que formaron parte del mismo esfuerzo militar. De los 48.000 hombres que componían el total del ejército de Felipe —de los cuales no todos participaron en la batalla— aproximadamente el 12%

eran españoles. Pero casi el 90% de los soldados no procedía de España. Un 53% eran alemanes, el 23% neerlandeses y el 12% ingleses. Ninguno de los jefes de Estado Mayor era de origen español: ni Saboya, ni Egmont, ni el duque Eric de Brunswick, ni el barón Von Munchhausen. La victoria ciertamente correspondía al rey, en cuyo honor se había obtenido, pero como soberano de los Países Bajos. Cabrera de Córdoba, casi medio siglo más tarde, hacía un recuento de la batalla y calificaba a los miembros del ejército de Felipe como «los de España», quimera esta que a partir de entonces se ha sostenido en todos los libros de texto españoles. Cuando Antón van den Wijngaerde dibujó con maestría el curso de la batalla ese mismo año, lo hizo por encargo del rey Felipe, pero invirtió su talento no en favor de los españoles, sino de su país natal, los Países Bajos.

Una semana después de la contienda, Ruy Gómez, que acababa de regresar de España, hizo hincapié en que la victoria había sido resultado de la voluntad de Dios, puesto que se había ganado «sin experiencia, sin tropas, y sin dinero»^[29]. Este comentario reflejaba un problema real que condicionaba cuál podría ser el siguiente paso. Felipe, aconsejado por su amigo íntimo, el gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga^[30], estaba a favor de aprovecharse de inmediato del éxito y avanzar hacia París. Los demás miembros del Consejo de Estado de los Países Bajos se oponían a ello. El embajador veneciano Suriano, que se encontraba en Bruselas en esos momentos, confirmó lo que era un punto de vista prácticamente unánime^[31]. No quedaba dinero para financiar otra campaña, los neerlandeses estaban poco dispuestos a emprender una ofensiva y Francia poseía más fuerzas de reserva. Se aseguró a Felipe que no había nada más honroso que retirarse tras la victoria. Esta línea de razonamiento parecía irrefutable. El monarca aceptó cumplidamente el consejo y regresó a Bruselas «sensato, contento, lleno de gloria, y de una satisfacción universal»^[32]. Cuando su propio consejo le dijo pocas semanas después que no se podía hacer nada más, Felipe replicó enojado: «Sí, ahora no se puede hacer nada, pero en esos momentos tal vez se hubiese podido hacer algo»^[33].

Los investigadores del siglo XIX, inspirados tal vez por el historiador americano Prescott, seguían insistiendo, sin un solo documento que lo corroborase, en una versión de los hechos según la cual el rey habría sido demasiado cobarde para sacarle provecho a su triunfo y temió emprender otro avance militar. Sin embargo, no hubo el menor rastro de cobardía, ni de cólera por parte de Carlos V cuando recibió las noticias de la acción^[34]. La propia carta que Felipe le escribió a su padre, y que citamos con anterioridad, demuestra de modo irrefutable que él deseaba avanzar hacia Francia, pero que carecía del dinero para hacerlo. En octubre le comentaba tristemente a Saboya que era inevitable que «el ejército se viniese a despedir en fin deste mes porque hasta allí se hizo la cuenta del dinero. Ha crecido, ha montado más de lo que se pensó. No veo forma de poderlo proveer»^[35].

El rey demostró que era todo menos un cobarde cuando, apenas dos semanas después de la victoria, dirigió personalmente un asalto a San Quintín, defendido por

una pequeña fuerza bajo el mando del almirante Coligny. Era la segunda batalla librada en la plaza, una ciudad de ocho mil habitantes que llevaba sitiada desde el 3 de agosto y en la que Coligny, que había penetrado con una exigua tropa, estableció sus defensas. El equilibrio desigual de fuerzas no dejaba duda alguna sobre los resultados. «Llegué a mi campo a los 13 de mañana», escribía Felipe a su tío el archiduque Fernando, «y con la diligencia que desde entonces se ha puesto se apretó de suerte que a los 27 en la tarde se entró en él por fuerza y se tomó, habiendo sido tal que se conoce bien ser obra de nuestro Señor». En un recuento detallado que dictó a su secretario, describía la acción en tercera persona: «a los 27 en la tarde, cuasi a dos horas de la tarde se comenzó el asalto por mandado de S. M. hasta tanto que el fin se hizo tal esfuerzo por los nuestros que en espacio poco mas de una hora se entró en la tierra por todas partes, matando toda la gente que la primera furia e ímpetu pudo alcanzar»^[36]. Se trataba de su primera experiencia directa en la brutal carnicería de la guerra. «SM mandó proveer luego lo que convenía para el buen recaudo y conservación de las iglesias, monasteries, mugeres y niños». A pesar de los esfuerzos por parte del rey para reducir el número de bajas, la ciudad fue saqueada por los mercenarios alemanes, los cuales, informaba el conde de Bedford, que acompañaba a los vencedores, «demostraron una crueldad nunca vista; se le prendió fuego a la ciudad y una gran parte de ella se quemó; las mujeres y los niños gritaban con tanto lamento que a cualquier cristiano se le hubiese partido el corazón»^[37]. El almirante Coligny fue hecho prisionero.

El historiador Cabrera de Córdoba, que tenía un vínculo muy personal con este acontecimiento, puesto que su padre y su abuelo fallecieron durante el primer asalto a la ciudad, no vaciló en atribuirles la victoria exclusivamente a los «españoles». En su relato de los hechos no había tropas procedentes de otras naciones^[38]. Sin embargo, fueron muy pocos los españoles que se identificaron con la famosa victoria, además del propio rey. La presencia de Felipe en la campaña fue atestiguada solamente por artistas alemanes, italianos y neerlandeses. Los españoles tuvieron que aguardar treinta años para que la imaginación de un pintor italiano, Luca Cambiaso, recrease el campamento real a través de una serie de atractivas escenas pintadas para decorar la galería del soberano en el Escorial (véase capítulo 7).

Con el condestable y el almirante —los dos nobles más prominentes de Francia— en su poder, Felipe tenía una baza negociadora muy fuerte. Además, según expresaba, había «conseguido lustre» y, tal y como informaba a la regente de España, su hermana Juana, «Nuestro Señor por su bondad ha querido darme estas victorias en tan pocos dias y a principios de mi reinado, de que se me sigue tanto honor y reputación»^[39]. Para el soberano, se trataba de una intensa experiencia de triunfo personal. La prueba más directa de su sentimiento de orgullo por la victoria es el extraordinario retrato pintado casi inmediatamente después por el artista neerlandés Antonio Moro. En dicho cuadro aparecía ataviado con una magnífica coraza adornada de flecos dorados y con un cetro en la mano derecha, mientras su mano

izquierda descansaba en su espada y su rostro reflejaba una expresión solemne muy apropiada para un general que acababa de alcanzar un objetivo tan notable. Felipe era la imagen viviente de un líder. El retrato rezaba así: «La manera que andava quando la guerra de Sant Quintín». El indudable orgullo del rey ante esta obra lo confirma el hecho de que fue trasladada en 1575 al Escorial, donde se exhibe en la actualidad. El pintor Alonso Sánchez Coello hizo una copia del cuadro nueve años más tarde^[40].

En octubre, las tropas inglesas regresaron a casa y el rey se preparó para abandonar la campaña. Los gastos de la guerra, no solamente de los Países Bajos, sino también de Italia, eran ya intolerables. Por fortuna, la lucha era favorable. En el mes de septiembre Alba obligó al pontífice a firmar un acuerdo de paz, que para el resto del siglo vinculó el papado a España^[41]. Pero todavía era demasiado pronto para prepararse para la paz. En Francia, el duque de Guisa, que acababa de regresar de su infructuosa campaña en Italia, reclutó a un nuevo ejército. Se presentó frente a Calais el día de Año Nuevo de 1558. La ciudad, que era la última posesión de Inglaterra en la Europa continental, cayó esa misma semana. Su pérdida enfureció a los ingleses y el disgusto aceleró la muerte de su reina.

Felipe se vio obligado a revisar su estrategia. En las cartas que le escribió al duque de Saboya en enero, y que demostraban un perfecto conocimiento geográfico de los Países Bajos y el norte de Francia^[42], el rey intentaba controlar la situación. Las fuerzas francesas siguieron atacando a través de la frontera. A mediados de julio de 1558 sufrieron otra derrota aplastante en Gravelinas, a manos de un ejército dirigido por el conde de Egmont. Las conversaciones de paz se hicieron inevitables.

SAN QUINTÍN, TIZIANO Y LA SÁBANA SANTA DE TURÍN

Gracias a las victorias de San Quintín y Gravelinas se puso freno al poderío francés en Europa occidental. En octubre de 1558, los plenipotenciarios de ambos monarcas se reunieron cerca de Cambrai. De parte de Felipe intervinieron en la negociación el príncipe de Orange, Alba, el obispo de Arras, Ruy Gómez y Viglius, presidente del Consejo de Estado de Bruselas. De parte de Enrique II acudieron el condestable, Saint-André y tres miembros más. El acuerdo final de paz entre los Habsburgo y Francia se firmó el 3 de abril de 1559, en la pequeña aldea fronteriza de Cateau-Cambrésis. Fue uno de los tratados más decisivos de la historia de Occidente. Satisfizo a Francia, que a pesar de los reveses militares mantuvo Calais y tres fortalezas clave en Renania. También brindó seguridad a los Países Bajos, siempre temerosos de la invasión de los franceses, y sirvió para fortalecer notablemente a España, lo que se hizo patente en su dominio de Italia. Al duque de Saboya le fue devuelto su ducado y se le concedió la mano de la hermana del rey de Francia, Margarita. Se restauró la paz en Europa. La enemistad dinástica entre los Valois de Francia y los Habsburgo se dejó a un lado. El acercamiento entre España y Francia

fue sellado por Felipe cuando acordó casarse con Isabel de Valois, la primogénita de Enrique II y Catalina de Médici. Sus embajadores de paz, Alba, Orange y Egmont, llegaron a París el 15 de junio de 1559, y llevaban como obsequio una joya que formalizaba la propuesta de matrimonio. Justamente siete días después se celebró una suntuosa boda por poderes en la catedral de Notre Dame, donde Alba representó al rey.

La pompa y las celebraciones tuvieron escaso impacto en España, donde una victoria en un país lejano, en una guerra que no parecía implicar directamente los intereses españoles y en la que solo habían participado unos pocos soldados castellanos, carecía de trascendencia. En toda la generación de artistas españoles posterior a la batalla de San Quintín no hubo uno solo que pintara un cuadro acerca del tema. Por el contrario, los artistas neerlandeses, como por ejemplo Van den Wijngaerde, eran muy conscientes de la forma en que el hecho había repercutido en su destino. El único artista de renombre que realizó un cuadro inspirado en la contienda fue Tiziano, uno de los pintores oficiales de Felipe, que se lo encargó para conmemorar la ocasión. A petición del soberano, pintó (1559) un retrato estilizado de san Lorenzo, al que más tarde se adjudicó un lugar prominente en el altar de la basílica del Escorial.

Tiziano conservó en Italia una versión del mismo cuadro. Esta obra, fechada aproximadamente entre 1557 y 1559, permanece hoy en la iglesia de los Jesuitas, en Venecia; en lo esencial, se trata de una copia del tema tradicional del martirio de san Lorenzo. En ambos lienzos, su muerte se ilustra conforme a los relatos de antiguas leyendas sobre el santo que fue quemado vivo en una parrilla (más tarde se asumió, sin prueba alguna, que la forma de la parrilla había servido de inspiración para los planos del Escorial) y que desafió la tortura afirmando: «Asado estoy, denme vuelta y coman».

Aunque probablemente el nombre de san Lorenzo fue mencionado ya en las primeras misas oficiadas en el Escorial, la primera misa mayor oficial en su honor no se celebró hasta 1571, como dedicatoria a la nueva iglesia del monasterio. A partir de entonces, el rey trató de estar presente cada año en las misas conmemorativas de la fiesta del santo. Concluida la basílica y consagrado su altar mayor, el tema de san Lorenzo ocupó un lugar principal en las ceremonias y la imaginería. Una sección central del retablo de dicho altar fue dedicada al santo por el artista italiano Pellegrino Tibaldi, que ya estaba a cargo de una gran parte de la decoración de la iglesia. Tibaldi murió cuatro años más tarde, poco después de regresar a su hogar en Milán. El estilo manierista propio del pintor era del gusto del rey.

La gran atención que el santo *asado* mereció entre los italianos demuestra que en el mundo católico los temas religiosos no despertaban un interés meramente regional. De igual forma, ya hemos visto que la batalla de San Quintín no se percibió como una victoria únicamente española. Muchos otros países —hecho este que suele olvidarse— tenían razones igualmente válidas para conmemorarla. Ya se ha mencionado que

fue decisiva en los acontecimientos sucesivos, tanto en los Países Bajos como en Francia, pero para Italia sus consecuencias tuvieron aún mayor trascendencia.

La primera reacción personal a la batalla, por parte tanto de Felipe como del duque de Saboya, fue el reconocimiento de que se había tratado de una gracia concedida por Dios. Ninguno de ellos se demoró, pues, en expresarle su gratitud. El rey inició poco después la fundación de su monasterio en honor al santo en cuyo día se había obtenido la victoria. El duque Emanuel Filiberto regresó pronto (en 1563) al territorio que era, de nuevo, su hogar, gracias a los términos del tratado de paz de Cateau-Cambrésis. De manera similar, como muestra de agradecimiento, decidió restaurar y dedicar a san Lorenzo la antigua capilla ducal de Santa María del Presepe, en Turín, también conocida como la Madonna della Nevé. Por esa misma época transfirió su capital desde Chambéry, ciudad de habla francesa, a la urbe italiana de Turín. Se trataba de una maniobra de profundo significado, pues implicaba por primera vez la decisión de hacer que fuera el italiano, en vez del francés, la lengua oficial del nuevo ducado. Al mismo tiempo, el duque promovió de forma activa los vínculos con los aristócratas de la península italiana; algunos de ellos fueron invitados a convertirse en miembros de la orden de caballería saboyana, la Ordine dell'Annunziata. Finalmente, en 1578, Emanuel Filiberto trasladó la reliquia más sagrada de su ducado, la Sábana Santa de Cristo, desde su sede anterior en Chambéry (donde se había exhibido de modo intermitente desde 1502) a la mencionada iglesia de San Lorenzo. Solemnes ceremonias que se celebraron en octubre de ese año, presididas por el duque y por el obispo de Milán, Carlo Borromeo, otorgaron a la sábana su destino definitivo. Milán era, como ya mencionamos, una posesión ducal de Felipe II, de modo que dichos acontecimientos vinieron a confirmar la amistad entre ambos duques.

En los años ulteriores, tanto Saboya como España (y por supuesto los Países Bajos) siguieron desconfiando de Francia, su principal enemigo. El lazo común que unía a estos dos príncipes victoriosos se volvió aún más estrecho cuando, en 1585, sellaron una alianza de sangre a través del matrimonio del hijo del duque con la hija más joven de Felipe, la infanta Catalina. Es posible que fuera durante la visita realizada por el duque a España a raíz de la ceremonia nupcial, que se celebró en Zaragoza, cuando se le entregara a Felipe II una pequeña copia pintada de la Sábana Santa, que al parecer colgó de su habitación en el Escorial^[43]. Turín, que gracias a la batalla de San Quintín se convirtió en la sede de esta reliquia, confirmó así sus pretensiones de liderazgo espiritual entre los italianos y el patrocinio político de lo que, incluso entonces, no se consideraba un sueño demasiado extravagante, la consolidación de una nueva Italia unificada. El Escorial se convirtió en un eslabón más, aunque pequeño no poco importante, de la cadena política que unía a los estados católicos del Mediterráneo.

3 LA FUNDACIÓN

MOTIVOS DE LA FUNDACIÓN: LA BATALLA

La intención del rey de construir el Escorial podía haberse concretado en cualquier momento después de mediados de siglo, cuando ya habían terminado sus viajes por el continente. Aunque, más adelante, él mismo otorgaba una importancia específica a las circunstancias de la victoria de San Quintín —de las que hablaremos más adelante—, la batalla no fue necesariamente el motivo de su decisión, sino un mero desencadenante. Hubo muchos otros acontecimientos y fuentes de inspiración (fruto de su estancia en los Países Bajos y el norte de Europa) que también contribuyeron a perfilar la forma en la que se desarrolló su idea de la fundación. Cada influencia de Europa estaba estrechamente relacionada con un contexto general con raíces en España, por lo que es necesario aunar las experiencias europeas y españolas, a fin de entender lo que representaba este edificio. Por supuesto, todos los aspectos —tanto europeos como españoles— estaban arraigados en la mente del rey, que por sí solo tomó las decisiones más importantes relativas a la planificación. Tiene sentido, pues, considerar las palabras del rey como punto de partida. Es bastante posible que no se explicara con la suficiente claridad para satisfacer nuestra mente inquisitiva, pero sus palabras prevalecen y tenemos la obligación de respetar lo que él mismo expresó como su propósito.

En una declaración de intenciones que envió a la orden de los Jerónimos en 1561, el rey afirmaba claramente: «En reconocimiento de la victoria que Nuestro Señor fue servido de darme el día de San Lorenzo del año pasado de 1557, tengo determinado de edificar y dotar un monasterio»^[1]. El primer gran motivo, pues, fue San Quintín. Cada relato sobre el Escorial escrito durante los últimos tres siglos ha señalado el hecho de que el rey se proponía celebrar la victoria sobre los franceses en San Quintín, que tuvo lugar el 10 de agosto, festividad de San Lorenzo. Aproximadamente diez años después de haberse tomado las decisiones principales, y a los cuatro años de haberse colocado la primera piedra, el 22 de abril de 1567, Felipe emitió la Carta de Fundación oficial, que es de crucial importancia, ya que en ella se describen sus motivos con un énfasis ligeramente distinto. Empieza por reafirmar que la iglesia estará dedicada a san Lorenzo, debido a su «particular devoción» al santo, «en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad de Dios comentamos a recibir. E otrosí le fundamos de la orden de san Gerónimo, por la particular affection y devoción que a esta orden tenemos, y le tuvo el Emperador y Rey mi señor»^[2].

El rey menciona de manera específica las «victorias», y se refiere no solo al campo de batalla, en el cual no estuvo presente, sino —con más seguridad— al asalto de la ciudad, que aconteció unos días después (véase capítulo 2), un episodio en el que tuvo afortuna presencia y sobre el que envió un detallado informe de su propia mano a su hermana Juana, regente de España, y también a su cuñado Fernando. Hubo, en resumidas cuentas, dos victorias, no una. La interpretación de la victoria como una «merced» es interesante. Casi un siglo más tarde, el jefe de Estado inglés, Oliver Cromwell, también utilizaría la palabra «merced» al referirse a los triunfos militares concedidos por Dios^[3]. Felipe tenía una razón especial para referirse a esta victoria como milagrosa, puesto que —como observó su amigo Ruy Gómez— era completamente inesperada. Ese mismo año, sus ejércitos se habían enfrentado tanto a Francia como al papa, y el resultado en ambos casos había sido un éxito. Era especialmente consciente del fracaso de la invasión del duque de Guisa en el sur de Italia, donde Alba había dirigido a las tropas españolas. Fue el carácter absoluto del éxito alcanzado durante el verano de 1557 lo que convenció al rey. ¿Dedicaría a esta cuestión los dos días de sus habituales ejercicios espirituales del Corpus Christi? ¿Es posible que, en su aislamiento, rogara a Dios que le concediera la victoria en los conflictos militares que lo amenazaban? Tal y como informaba a su hermana Juana, los acontecimientos de dichas semanas confirmaron que Dios le había bendecido en su mandato sucesivo. «Nuestro Señor por su bondad ha querido darme estas victorias en tan pocos días y a principios de mi reinado, de que se me sigue tanto honor y reputación»^[4]. La cuestión acerca de la supuesta promesa a san Lorenzo, que algunos comentaristas mencionaron después, no aparece en la carta ni en ningún recuento sobre el asunto, y reviste, evidentemente, menor importancia. «Todo el mundo sabe», escribía Teófilo Gautier con firme convencimiento en 1845, «que el Escorial se construyó como resultado de la promesa que hizo Felipe II durante el sitio de San Quintín, donde se vio obligado a bombardear una iglesia de San Lorenzo»^[5]. Sin embargo, mucho tiempo antes, fray José de Sigüenza, bibliotecario del Escorial y primer historiador de la orden de los Jerónimos y del propio monasterio, había descartado como mito esta idea de la promesa^[6].

La «devoción especial» del rey por san Lorenzo aún está rodeada de más misterio. Sigüenza alegaba que desde siempre el rey había demostrado este particular apego. Sin embargo, no existe una razón conocida que justifique interés alguno en este santo oscuro, cuyos orígenes míticos se remontan al tercer siglo de la era cristiana y se sitúan en Huesca, Aragón, y hacia el cual no parece que el monarca sintiera ninguna inclinación antes de la famosa batalla. Es más lógico concluir que dicha devoción estaba exclusivamente relacionada con el día en que tuvo lugar la victoria. Aunque podemos descartar con seguridad que fuera un *motivo* fundamental en la construcción del monasterio, sí cabe destacar el indudable papel que desempeñó en la conmemoración del citado triunfo, tal y como vimos a partir de las reacciones (véase capítulo 2) tanto del rey de España como del duque de Saboya. Cinco años

después de iniciadas las obras de construcción del monasterio, el rey organizó el traslado, desde Huesca hasta el Escorial, de los —supuestos— restos mortales de los padres del santo. A fin de evitar el consecuente alboroto en Huesca, ordenó que se hiciera «con el menor ruydo que fuere possible»^[7]. Y aunque en efecto hubo alboroto, fue breve.

ELECCIÓN DE LA SEDE DEL MONASTERIO

Como observamos antes, el rey había empezado a elaborar un proyecto de construcción mucho antes de emprender sus viajes al extranjero. Durante su última estancia en los Países Bajos, llevó a término dichos planes. Ya en 1556 había enviado a los capataces de las obras de Aranjuez y Aceca^[8] el diseño de jardines y edificios que había trazado personalmente. Felipe ordenó la construcción de residencias más pequeñas que servirían de albergue o, simplemente, como pabellones de caza. Entre ellas figuraban las de los sitios de Fuenfría, La Fresneda, Galapagar, El Monesterio y Torrelodones. En Vaciamadrid y Aceca se habían construido casas de mayor entidad, que cabría considerar auténticos palacios. Estos palacios y albergues iban conformando una auténtica red que se organizaba lentamente en los alrededores de la capital y, en conjunto, constituían un complejo de residencias reales sin igual en Europa. Durante esos meses empezó a adquirir forma en la mente del rey otro plan osado y completamente innovador. Desde la victoria de San Quintín había considerado la posibilidad de fundar un monasterio en honor de sus éxitos militares del año 1557. El primer paso definitivo se dio cuando, en 1559, mandó trasladarse desde Italia a Juan Bautista. El arquitecto llegó a España a principios de 1560 (en circunstancias increíblemente trágicas, que contribuirían a su muerte prematura)^[9], y recibió las siguientes instrucciones: pensar en una nueva fundación y, mientras tanto, aplicarse con diligencia a las obras de Aranjuez, Madrid y Aceca. A continuación, Felipe se puso en contacto con la orden de los Jerónimos, destinada a ocupar el nuevo monasterio. Los frailes celebraron varias reuniones con el arquitecto y con el secretario de obras del rey, Pedro de Hoyo. En enero de 1561 un bosquejo básico, elaborado por Juan Bautista, sirvió de punto de partida.

Por aquel entonces todavía no se había elegido una sede. Felipe deseaba que el monasterio estuviera cerca de sus otros palacios, de modo que ya tenía en mente una idea general del lugar. Puesto que no había ciudades de tamaño importante en la región —Toledo, que se hallaba en el extremo sur, era probablemente la más grande—, su deseo de encontrar una zona rural como emplazamiento pudo cumplirse fácilmente. La principal dificultad radicaba en hallar un paraje que pudiera compararse en belleza al que había contemplado en Ettal años atrás, con un valle, bosques y montañas como marco de fondo.

La prioridad evidente de Felipe era, como se ha indicado, encontrar un área completamente rural. Para entender sus preferencias basta con imaginar no solo Ettal, tal como debía de ser en aquella época, sino también el paisaje de Valsain representado por Antón van den Wijngaerde en 1562, al que nos referimos más adelante. La representación artística del dibujante holandés muestra una hermosa casa de campo rodeada de infinitas colinas y bosques^[10]; la clase de entorno que el rey deseaba reproducir en su monasterio.

Para encontrar el lugar idóneo, contó con la ayuda de una «comisión compuesta de arquitectos, médicos y filósofos»^[11], cuya primera selección fue un paraje cercano al monasterio de Guisando, en la sierra de Gredos, dentro de la provincia de Ávila. Este lugar hubiese sido del agrado del rey, por tratarse de un entorno rural, e ideal también para los monjes, cuya orden residía precisamente en el citado monasterio, pero Felipe consideraba excesiva la distancia a los palacios. La búsqueda del enclave adecuado continuó hasta que, a finales de 1561, se tomó la decisión en favor de un lugar situado en la sierra de Guadarrama, cerca de la pequeña aldea de El Escorial, que, sin embargo, estaba lejos de ser considerada un paraje de ensueño. Un monje y bibliotecario del Escorial comentó que se trataba de una aldehuela miserable, en donde «no había ni una chimenea ni una sola ventana»^[12]; un auténtico *agujero*. La población de la aldea podía ser trasladada, una práctica que no era infrecuente por aquel entonces entre los nobles europeos que deseaban usar áreas residenciales para otros objetivos. Sin embargo, el rey decidió utilizar el lugar como base a partir del cual empezar a trabajar en el monasterio, hasta el punto de que se alojaría allí provisionalmente en una fecha posterior. Durante 1562 se llevaron a cabo tareas de limpieza del área para la construcción del edificio propuesto; para marzo de aquel año, Juan Bautista ya tenía sus planos preparados. Felipe estaba impaciente: «Cuando la acabe me la traiga y si fuese mañana será lo mejor»^[13]. La siguiente etapa fue la realización de una maqueta, que se terminó en diciembre, tras diversos desacuerdos.

Los planes del rey durante esta etapa los resume bien fray José de Sigüenza. Felipe tenía pensado —dijo Sigüenza— construir un monasterio que alojase a unos cincuenta frailes y, junto a él, un lugar de residencia para sí mismo, la familia real y parte de su séquito. Entre ambos conjuntos se edificaría una iglesia. Muy pronto esta idea original se vio alterada y se modificó el proyecto, si bien por aquel entonces todavía no se había concebido la construcción de una biblioteca y un colegio. Con todo, las obras se pusieron en marcha. El 23 de abril de 1563 se colocó la primera piedra del edificio dedicado a san Lorenzo, el santo en cuya festividad se había ganado la batalla de San Quintín.

El progreso y la planificación del edificio —aspectos que no trataremos aquí— se han descrito minuciosamente en muchos libros, entre los que cabe resaltar el del estudioso estadounidense George Kubler. No se sabe cuándo surgió la leyenda de que, en el transcurso de las obras de construcción, el rey solía subirse a las colinas circundantes de vez en cuando para calibrar el avance de la empresa con perspectiva.

Se sentaba, o por lo menos así se alega, en el risco de una ladera que hoy día se denomina, como reclamo para los visitantes, la «Silla de Felipe II». Una guía turística moderna nos informa de que «la Silla de Felipe II se encuentra a unos 2,5 kilómetros al sur de San Lorenzo de El Escorial y constituye un observatorio privilegiado, desde donde el monarca gustaba de contemplar el panorama y, a sus pies, los progresos en las obras. Se trata de unos riscos de granito en una elevación sobre el bosque de la Herrería, lindando con la finca de los Ermitaños». Sin embargo, no existen registros escritos que confirmen siquiera la presencia del rey allí. Más recientemente, una profesora universitaria de Madrid, la doctora Alicia Canto, ha realizado una exhaustiva investigación sobre el terreno y, al visitar este sitio, ha declarado que el rey nunca podría haber visto el Escorial desde ese punto.

EL REY COMO CONSTRUCTOR DE PALACIOS

Felipe dispuso del suficiente tiempo libre para desarrollar lo que iba a convertirse en una de sus mayores aficiones, el interés por la arquitectura. Carlos V había planeado durante años la restauración y reconstrucción de varios palacios reales que se encontraban semiabandonados, entre los que cabe destacar los alcázares (fortalezas medievales) de Madrid y Toledo. En Toledo, la tarea de remodelar el Alcázar le fue confiada en 1537 a Alonso de Covarrubias, y mientras se desarrollaban las obras el emperador y su esposa ocuparon el palacio de Fuensalida, cerca de San Juan de los Reyes, donde, en 1539, murió la emperatriz. En 1543 Carlos encargó a su arquitecto Luis de Vega la erección de un palacio sobre un pabellón de caza en El Pardo. Sus ausencias obligaron a que la responsabilidad de la construcción recayera en manos de Felipe. En el mes de mayo de 1545, el príncipe estableció un departamento especial, la Junta de Obras y Bosques, destinado a supervisar las residencias reales y a administrar justicia en las fincas de la *realeza*. Con el transcurso del tiempo se convirtió en un destacado organismo gubernamental. En agosto de 1548, Felipe ordenó un informe sobre el Alcázar de Madrid y el palacio de El Pardo. «Infórmeos bien desto y acordádmelo», reza uno de sus comentarios marginales de ese año que figura en uno de los documentos relacionados con los palacios^[14]. El Pardo es el primer edificio que evidencia el interés directo de Felipe por el diseño y la arquitectura. Su empeño se remonta a una incómoda noche en la que padre e hijo tuvieron que compartir un espacio muy pequeño en este lugar. Cuando Felipe expresó sus quejas al emperador, Carlos replicó que «los Reyes no avían de tener casas»^[15]. Esta frase, por muy memorable y significativa que ahora nos parezca a nosotros, no satisfizo a Felipe. Unos días más tarde empezó a hacer planes para la construcción del palacio. Casi inmediatamente después, como ya hemos visto, se hallaba haciendo los preparativos para ausentarse del país y emprender una visita histórica a Italia, Alemania y los Países Bajos.

A su regreso de Alemania, en 1551, Felipe se dedicó aún con más entusiasmo a sus planos arquitectónicos. No nos cabe la menor duda de que su cabeza hervía con las ideas que había recogido durante su vasta experiencia en los mejores palacios del continente europeo. Cuando, en 1552, se publicó en Toledo un tratado del arquitecto italiano Serlio, el traductor —Francisco de Villalpando, que también era arquitecto— admitió que el príncipe era «aficionado a la arquitectura»^[16]. Sebastiano Serlio (1475-1554) era uno de los tratadistas italianos entendidos en el tema. El primero de los cuatro volúmenes de su *De Architectura* fue publicado en Venecia el año 1537; los últimos aparecieron en París, en 1545. Lo más atrayente de su obra era la inclusión de minuciosos dibujos e ilustraciones que facilitaban la comprensión de sus descripciones de los lugares, sin necesidad de visitarlos personalmente. Es muy posible que a Felipe le impresionara en particular el tercer volumen de dicha obra, dedicado a los edificios antiguos de Roma e Italia, cuya primera sección estaba consagrada en su totalidad a las cúpulas y, concretamente, al Panteón, un antiguo edificio cuya distintiva cúpula sirvió de inspiración para muchos arquitectos de la época barroca^[17]. Ciertamente, el análisis de Serlio sobre el Panteón debió de haber estado en la mente de los arquitectos que en esos momentos diseñaban la iglesia de San Pedro, en Roma, y que muy pronto iban a discutir la idea de Felipe sobre el Escorial. Más de un siglo después, uno de los más notables estudiosos de España, Juan de Caramuel, confiaba lo suficiente en la competencia de Felipe como para mencionar al rey, el Panteón y el propio Escorial en un mismo párrafo^[18]:

Estudió Felipe con toda perfección las Matemáticas, y muy en particular la Arquitectura; y para instruir a la posteridad quiso que, como el Panteón de Roma era el libro en que estudiaba Michelangelo, así en Castilla la Vieja el templo y palacio de San Lorenzo, que se llama el Escorial, fuese el libro en que las ideas las mirase y admirase la posteridad puestas en obra.

Ahora, el príncipe estaba preparado para llevar a ejecución los planos de su edificio. En 1553 Francisco de Villalpando reemplazó a Covarrubias como maestro de obras; asimismo, Felipe hizo planes para que, en un futuro cercano, Juan Bautista de Toledo se desplazara desde Nápoles^[19]. La idea de convocar a este último nos sugiere que el príncipe ya tenía la firme intención de proseguir con su decisión —tomada probablemente entre los años 1551 y 1553— de construir un monasterio que también sirviera como lugar de reposo para los miembros de su familia. Estas fueron algunas de las últimas disposiciones que tomó en 1554, antes de su inesperada ausencia de España, que se prolongaría por espacio de cinco años. El conjunto de estas iniciativas demuestra que deberíamos ser cautelosos antes de presentar al príncipe como un aficionado sin conocimientos a quien el propósito de construir no se le habría ocurrido hasta 1559, cuando por fin regresó a la Península^[20]. Las ideas acerca del posible edificio habían germinado en su mente varios años antes de que se pusiera la primera piedra. Para él, tal y como se ha resumido con acierto, «la construcción de

sus palacios no fue solamente un desahogo psicológico sino uno de los más serios asuntos de gobierno»^[21].

La declaración de Carlos en la que aseguraba que no eran necesarias las residencias para los reyes puede parecer extraña a la vista del tiempo y el dinero invertidos en el nuevo palacio real de Granada. La construcción de este edificio comenzó en 1527, inmediatamente después de la luna de miel que Carlos e Isabel pasaron en esta ciudad. Constituyó parte del programa de reformas iniciado en la antigua ciudad musulmana (la nueva catedral se empezó en 1528). Sin embargo, irónicamente, Carlos nunca residió en el nuevo palacio, que, debido a los compromisos del emperador en el norte de Europa, estuvo destinado al abandono casi tan pronto como empezó su edificación. Como ya hemos comentado, esto impidió que Granada, con su notable herencia islámica, siguiera siendo el principal centro de atención, y proporcionó otra perspectiva al proyecto de construcción del que pronto se encargarían los Habsburgo. La situación de la arquitectura real cambió radicalmente cuando Felipe llegó al trono. El nuevo rey se tomaba en serio este aspecto y no malgastaba el dinero en la construcción de frívolas residencias que nunca esperaba ocupar.

La permanencia de Felipe en la Península después de 1559 introdujo cambios decisivos; trajo consigo un caudal de ideas y planos. Como soberano de los Países Bajos y de la mayor parte de Italia, tenía acceso a los principales humanistas y artistas de la época. Como rey de Inglaterra, había conocido de primera mano las mejores realizaciones que la arquitectura Tudor había brindado, y sabía que la monarquía española carecía de palacios adecuados a su dignidad. A pesar de las deudas del Estado, había reservado grandes sumas para sus planes culturales. En la década de 1560 puso en marcha un laborioso e impresionante programa. Tras haber visto los grandes palacios y jardines de Italia, el sur de Alemania, Inglaterra y los Países Bajos, sabía que España tenía que competir con ellos. Había que crear una nueva corte, que debía ser dignificada como residencia real y contar con un entorno artístico y musical que estuviese a la altura. Más aún, la monarquía debería percibirse como promotora activa de la ciencia y la sabiduría. Como tutores de su hijo, Felipe eligió a humanistas. Humanista de renombre era su secretario mayor, Gonzalo Pérez. Los beneficios del humanismo deberían difundirse por medio de la reforma de los planes de estudio en las universidades y de la publicación de una nueva versión multilingüe de la Biblia. Resultaba imprescindible la realización de «inventarios» de cuanto se sabía hasta la fecha, algo que se consideró de especial importancia en el caso de las Indias. Cronistas e historiadores pasaron a ocupar cargos oficiales.

Entre todos los Estados europeos, España se encontraba en una posición privilegiada para poner en marcha el programa descrito. Además de sus contactos con Italia y los Países Bajos, la Península podía beneficiarse de su propia experiencia interna: la cultura de los judíos y los árabes. El compromiso de Felipe con la ortodoxia católica era incuestionable. Sin embargo, más allá de ello, mantuvo su

interés por todas las ramas del saber, incluido lo exótico o lo informal. Nunca escribió un esbozo de sus ideas. En algún momento de la década de 1560, sin embargo, tomó decisiones que tuvieron como propósito poner en marcha todo este programa. Si observamos la amplia gama de aspectos implicados, es inevitable sentirse admirado por su energía y motivación. Al mismo tiempo, existían graves obstáculos de los que era perfectamente consciente. Aunque había excepciones prominentes, como clase, la élite española, tanto la nobleza como el clero, carecía del suficiente grado de sofisticación cultural^[22]. Un embajador imperial en Madrid comentaba en la década de 1570 que cuando los nobles hablaban de ciertos temas lo hacían de la misma forma que un ciego habla de los colores. Viajaban con poca frecuencia fuera de España, decía, y, por tanto, carecían de la perspectiva necesaria para emitir valoraciones^[23]. Era improbable que pudieran contribuir demasiado a la creación de una nueva cultura cortesana. La industria de la imprenta en la Península era rudimentaria^[24], y estaba en gran parte en manos de extranjeros. Los buenos libros deberían proceder del extranjero. De hecho, el problema era la necesidad de importar prácticamente todo si se quería progresar en España. El rey insistió incluso en traer de fuera el papel en el que escribía^[25], puesto que encontraba el castellano demasiado basto.

La monarquía española, había que reconocerlo, llegaba tarde en comparación con otras cortes. En el siglo xv, el Renacimiento europeo convirtió a Italia en el principal centro de atracción para estudiosos, escritores y artistas, que llevaron las nuevas ideas de vuelta a las cortes nobles y principescas de Francia, Alemania, Borgoña e Inglaterra. Se creó un círculo de intercambio cultural, pero España permaneció al margen. En los tiempos de Fernando e Isabel, unos cuantos estudiosos llevaron consigo de Italia ideas que arraigaron en los círculos cortesanos de la nobleza y de la reina Isabel. Al mismo tiempo, la estrecha relación con los Países Bajos facilitó la influencia del arte flamenco y, más tarde, de las ideas de Erasmo. Sin embargo, la falta de unión política entre las regiones, la inexistencia de una corte real fija, así como las frecuentes ausencias del emperador, impidieron que dichas influencias se afianzaran.

Poco después de su regreso de los Países Bajos en 1559, el rey tuvo que enfrentarse al problema de acomodar a su nueva corte, constituida no solamente por españoles, sino también por neerlandeses que se trasladaron con él. Los anteriores monarcas de España, incluido su padre, no tenían una capital única. Se mudaban de un sitio a otro y llevaban consigo a sus funcionarios. Valladolid era el centro gubernamental vigente, pero Felipe estaba considerando otras opciones. En 1559 trasladó su lugar de trabajo a una localidad más céntrica, la antigua capital de Castilla, Toledo. Después de residir allí solo por un año, se dio cuenta de que la ciudad era bastante inadecuada. No era práctico regresar a Valladolid, asolada en 1561 por un incendio que había destruido buena parte de la población. Felipe se vio obligado a elaborar un plan completamente nuevo para establecer su centro

administrativo. La elección de Madrid no estuvo determinada necesariamente por su ubicación central en la Península. La importancia de este enclave radicaba en su cercanía a las residencias reales, algo que posibilitaba el traslado sin dificultad a sus fincas de caza^[26]. Esto le permitió planificar el crecimiento de Madrid y, a la vez, crear palacios a corta distancia de la ciudad.

Una vez en Madrid, Felipe centró su atención en las mejoras del Alcázar. Se trataba de un pequeño palacio de estilo mudejar que, de vez en cuando, en la Edad Media, habían ocupado los soberanos de Castilla; desde 1536 había sido ampliado por Carlos V. A partir de la década de 1540, sus obras de remodelación despertaron el interés del príncipe, que decidió mejorar las calles que lo circundaban^[27]. Cuando se confirmó la idea del traslado a Madrid, se aceleró también el programa de construcción. Con su mente enteramente ocupada por el esplendor de la arquitectura y el arte neerlandeses, Felipe impartió instrucciones para que se adaptaran las estructuras, tejados y jardines al estilo que había visto en el norte. Se le pidió un informe al arquitecto Gaspar de Vega, que había trabajado para Felipe en los Países Bajos e Inglaterra, y que hizo una visita especial a los palacios franceses del área de París. Se contrató a expertos y artistas flamencos para que viajaran a España. Las amplias reformas llevadas a cabo por Felipe en el Alcázar lo transformaron en su palacio principal, el único lo bastante grande como para desempeñar también el papel de residencia del Gobierno, donde los consejos administrativos se reunían con los embajadores, que eran aquí recibidos^[28].

El Alcázar había sido, y seguía siendo, la residencia real en Madrid. Juan Bautista, ayudado por una serie de artistas de origen italiano, también contribuyó a ello. En el ampliado y remodelado edificio, el rey eligió como aposentos los que ocupaban el ala oeste, que disfrutaban de la vista del río Manzanares y la pequeña Casa de Campo. Al igual que con todos sus arquitectos, Felipe fue meticuloso y exigente en los detalles. No había condescendencia en los esbozos y notas que escribía a Juan Bautista. «Esta es la puerta por donde han de entrar...», «Este ha de ser el cancel por donde entren...», «En este portal bajo han de poder estar los caballos cuando lloviere...»^[29]. Obtuvo los cambios que deseaba. A finales de la década de 1560, mucho antes de que se perfilase la idea de San Lorenzo, el Alcázar se había transformado en la residencia más grande e imponente de la corona. Cabe destacar, a fin de descartar la idea de que Felipe sentía la necesidad de construir un palacio en San Lorenzo, que este lugar fue desde siempre concebido como monasterio. El Alcázar era el símbolo más visible de la adopción del estilo italiano y el abandono de la arquitectura tradicional española. El historiador de arte del siglo XIX Carl Justi^[30] nos informa de que el Alcázar tenía en la planta baja una gran habitación dedicada a los planes de edificación de Felipe, donde el rey discutía sus ideas con sus arquitectos; el siguiente piso lo ocupaba la biblioteca, que contenía libros sobre una gran variedad de temas; y el piso superior contaba con una estancia cuyas paredes

estaban completamente dedicadas a las pinturas y representaciones de Tiziano sobre las *Metamorfosis*, de Ovidio.

Hubo dos componentes fundamentales en la dedicación de Felipe a la construcción a lo largo de toda su vida. En primer lugar, su fascinación por los aspectos estéticos y técnicos de la edificación palaciega. Sabía por experiencia personal que España no podía competir con la arquitectura de Italia o los Países Bajos. A consecuencia de ello, decidió recrear en Castilla, como símbolo de su poder, residencias que no pudieran ser igualadas por las de ningún otro lugar. Dentro del entorno urbano, la reconstrucción de los alcázares en Madrid y Toledo fue el producto final de este deseo. En segundo lugar, el programa palaciego se llevó a cabo en torno a 1567; no hubo nuevos proyectos. El impacto de sus nuevas ideas podía observarse en el palacio de El Pardo. Él mismo había dedicado mucho tiempo a su reconstrucción durante la década previa. Ahora, en 1559, había ordenado a su arquitecto que eliminase todo el tejado y en su lugar colocara uno de estilo flamenco. Por razones técnicas no se pudo hacer nada hasta 1562, cuando el rey insistió una vez más en su decisión de cambiar el techo «al modo de Flandes»^[31]. Los expertos («carpinteros flamencos») llegaron procedentes de los Países Bajos para llevar a cabo la remodelación. Las estancias del palacio se habían decorado recientemente siguiendo el estilo tradicional castellano. Felipe ordenaba ahora que todo su interior fuese ornamentado de nuevo al estilo italiano. Por último, los trabajos en los extensos bosques y jardines quedaron en manos de un flamenco («el holandés»). El dibujo evocativo que Jean Lhermite hizo de El Pardo a finales del reinado de Felipe muestra a la perfección el equilibrio entre el paisaje bucólico y el palacio que tanto anhelaba el rey. Si uno se fija bien en este dibujo, también puede discernir la silueta del espléndido edificio, un ejemplo típico del matrimonio entre la arquitectura castellana, la influencia flamenca y el arte italiano.

La presión personal que Felipe ejerció sobre sus funcionarios queda ilustrada a través de su correspondencia con el secretario de obras en El Pardo, Pedro de Hoyo. Felipe siguió con gran esmero cada detalle. En uno de sus informes de mayo de 1562 Hoyo enumeraba precios. «No pensaba que hera tanto», anotaba Felipe en el margen. Hoyo: «Los naranjos del Pardo me dizen que están a maravilla buenos». Felipe: «Huelgo dello». Hoyo: «Y que las flores que están sembradas en dos quadrillas comienzan a florecer». Felipe: «Hazed que tengan cuydado de regarlos». Hoyo: «Hay que contratar a hombres para desenraizar las laderas». Felipe: «Muy bien me parece esto. Mas es menester sean hombres de recato que no urten ni tomen los nidos ni los huevos». Poco tiempo después, desde Madrid, Felipe le escribía una nota a Hoyo, que decía: «Embiadme para esta noche a la cena las memorias de las yervas para cotejarlas con las que han venido de Flandes»^[32].

Después de El Pardo, el edificio al que Felipe consagró su entusiasmo al regresar de Flandes fue Valsaín, al que se refiere con frecuencia como «el Bosque», por estar emplazado en los bosques próximos a Segovia. Aunque originariamente era una

residencia del siglo xv, se había modificado por orden del príncipe a finales de la década de 1540. En la década posterior se realizaron nuevas obras para convertirlo en un pequeño palacio. Después de regresar del norte, Felipe prestó una especial atención a los jardines y fuentes^[33]. Elaboró sus propios bocetos con comentarios al margen. «Han de ir las calles tan anchas como aquí se vee [...] y la de en medio ha de ir tan ancha como aquí parece», ordenaba en 1562^[34]. Cuando el embajador francés Saint-Sulpice presentó sus credenciales a Felipe ese mismo año, el rey eligió Valsaín para celebrar la audiencia. Rápidamente prescindió de las formalidades y decidió hablarle a Saint-Sulpice de los placeres del lugar. El ingeniero flamenco Jacques Holbecq, a cargo del agua y de las fuentes, recibió el mandato de importar plantas y semillas de Italia y Flandes. En el mes de mayo, exaltado por el extraordinario color de las flores, le escribía a Felipe que «no an estado jamas de tanta vista como agora tiene, avia Su Mgd de venirse derecho a cenar aquí»^[35]. Los toques finales se hicieron en el interior del palacio en la década de 1570. A cualquier historiador que trate de penetrar en el carácter del rey bastará un simple vistazo al revelador dibujo de Valsaín hecho por Van den Wijngaerde en 1562^[36], en el que aparece una hermosa casa de campo rodeada por un fondo de bosques y colinas destinados a brindar al soberano la felicidad que siempre había encontrado en la naturaleza y la paz que deseaba para trabajar y también para pasar el tiempo con su familia.

Esta breve mención sobre la atención que prestó Felipe a sus palacios sirve como recordatorio de que el Escorial no fue su única obsesión. No estuvo planeado para ser un palacio, puesto que ya tenía muchos. De hecho, no desempeñó ningún papel en sus planes vitales hasta más de una década después de iniciado su reinado, y de ninguna forma monopolizó su dedicación constante a la arquitectura y a la decoración. El resto de sus residencias, entre las que cabe destacar la mencionada de Valsaín y la de Aranjuez, le eran también muy queridas y pasó tanto tiempo en ellas como en el Escorial. Sería un error imaginar, tal como han hecho muchos autores tradicionalmente, que el Escorial constituía la encarnación de sus aspiraciones. Bien al contrario, todos sus palacios reflejaban de alguna forma las distintas facetas de sus sueños y estilos de vida.

MOTIVOS DE LA FUNDACIÓN: DEVOCIÓN FILIAL Y EL SUPUESTO PANTEÓN

Una lectura detenida de la Carta de Fundación de 1567 permite clarificar nuestra comprensión acerca de las motivaciones de Felipe respecto del Escorial. Si la leemos asumiendo que el rey, siempre muy ordenado en sus pensamientos, actuó paso a paso, resulta evidente que los éxitos militares ocuparon un lugar secundario entre aquellas. El motivo principal, al cual el rey otorga preeminencia, era la necesidad de garantizar a su padre un lugar de reposo digno de él. Este era el propósito para la construcción

del monasterio. El papel de los frailes era el de rogar permanentemente por el reposo del alma del emperador y, además, por la de otros miembros de la familia real. La combinación de monasterio y sepulcro imitaba en gran medida el lugar de reposo del emperador en Yuste^[37]. La intención principal era, por tanto, la expresión de devoción filial y el deseo de crear un mausoleo familiar, una extensión (tal y como se sugiere más adelante) del concepto de panteón. Todo lo demás era secundario. Si existía un sentimiento verdaderamente intenso en el alma de Felipe II, era su devoción por el recuerdo de su madre y de su padre.

Los historiadores han optado por ignorar con frecuencia la relación de Felipe con su madre, y minimizado o malinterpretado la que mantuvo con su padre. Empecemos brevemente por la figura paterna. Su veneración por Carlos V se traduce en casi todo lo que hizo, aunque adentrarnos en detalles implicaría la necesidad de abordar un tema que abarca varias décadas y una amplia gama de aspectos. Felipe, hay que recalcarlo, probablemente nunca sintió la emoción propia del amor filial. La cortesía y normas de protocolo de aquella época, comparables en muchos aspectos a la formalidad distante entre padres e hijos que encontramos en las clases dirigentes británicas durante la época del imperio, establecen una clara barrera generacional. Las separaciones fueron, además, muy prolongadas. Cuando Felipe llegó a Bruselas en 1549, abrazó a un padre al que no había visto en seis años. A lo largo de ese periodo de tiempo, el príncipe había mantenido correspondencia regular con el emperador, pero muy pocas de aquellas cartas fueron de índole privada, y las que tal vez hubiesen podido tener esa consideración no han sobrevivido. Durante los treinta años en los que ambos compartieron su existencia en la tierra, Felipe probablemente pasó menos de nueve —la mayor parte durante su infancia— en compañía de su padre. Carlos era una figura ausente que, ciertamente, no tuvo la ocasión de dominar o eclipsar a su hijo, con lo que la imagen brindada por el escritor Gregorio Marañón^[38] de un Felipe apocado y tímido no resulta convincente, ya que carece de pruebas que la apoyen. Marañón no sabía que Carlos apenas había visto a su hijo, algo que habría vuelto del todo improbable cualquier atisbo de dominación.

En un polo por completo opuesto al del hijo dominado se sitúa la idea, igualmente indocumentada, de una profunda devoción filial. El respeto que Felipe sentía por su padre se hallaba a leguas de distancia del «amor y fervorosa reverencia»^[39] que algunos autores alegan ver. Sabemos, a partir de su correspondencia, que Felipe se impuso a su padre en muchos asuntos de política, de modo que los documentos existentes contradicen ampliamente la imagen de un hijo obediente. En muchos de los temas clave, como por ejemplo las finanzas, la política colonial, la tolerancia religiosa y el control administrativo, sus enfoques divergían de manera profunda y significativa^[40]. La correspondencia disponible no deja lugar a dudas. Con mucha frecuencia, el punto de vista de Felipe coincidía con el de los consejeros de la Península, que estaban en desacuerdo con el emperador, de modo que las diferencias de opinión no se basaban en la personalidad, sino en alternativas políticas bien

fundadas. Tampoco existía, merece la pena recalcarlo, ninguna tensión o antagonismo entre Felipe y Carlos. La imagen de un hijo que sentía una clara hostilidad hacia su padre y que estaba ansioso por tomar las riendas del poder es totalmente equivocada. Aunque se ha intentado presentar esta visión de Felipe, ninguno de los documentos disponibles en el archivo de Simancas confirma esta teoría. Y la falta de devoción filial no es incompatible con el proyecto de erigir un monumento para Carlos V. Es muy probable que a partir del mismo instante en que murió su padre, en 1558, Felipe decidiera resolver la cuestión acerca del lugar de reposo final del emperador.

La devoción del rey hacia su madre, quien estuvo siempre a su lado durante los primeros doce años de su vida, hasta su fallecimiento en 1539, es del todo incuestionable. La emperatriz Isabel, retratada en un magnífico cuadro por Tiziano, es una de las grandes figuras olvidadas de la historia de España. Ella fue la compañera de Felipe durante su infancia, y la influencia que ejerció sobre él va más allá de cualquier duda. Aunque la educación del príncipe estaba en manos de tutores, es evidente la atención personal que le dedicaba su madre, tal y como podemos ver en los fragmentos de su correspondencia privada que han sobrevivido. «El principe mi hijo esta indispuesto de tercianas», escribía a un amigo a mediados de junio de 1532, «y aunque el mal no es peligroso todavía me da mucha pena y congoja». Tres semanas más tarde, Felipe enfermó de nuevo: «estoy con congoxa», escribía a propósito de ello^[41]. Cuando la documentación personal de Felipe pueda ser investigada de modo exhaustivo, probablemente encontremos más lazos de unión entre ambos.

Un ejemplo de las evidencias acerca de este vínculo filial procede de los documentos privados del marqués de Ladrada, que fue nombrado mayordomo mayor de la última esposa de Felipe, la reina Anna, cuando llegó de Alemania en 1570. El rey tenía que supervisar los cambios en los hábitos domésticos que su última reina, Isabel de Valois, había mantenido hasta su prematura muerte, en 1568, a causa de un accidente a caballo. Isabel había introducido muchas costumbres francesas y tendía al despilfarro. A Felipe no le cabía la menor duda de que era necesaria una transformación. Decidió que todo lo relativo a los asuntos domésticos debía retornar a las prácticas vigentes en los tiempos de su madre, la emperatriz Isabel. En relación con este asunto su correspondencia nos brinda un atisbo de la veneración que sentía por ella. «No conviene», le decía a Ladrada, «que tenga la orden que en tiempo de la reyna que aya gloria, sino que todo se haga como en el de my madre». Aquello se remontaba a treinta años atrás, pero «creo que os habrán dar razón el duque de Alba y Ruy Gómez, y conforme a lo que se hazia se haga agora»^[42]. Durante los meses que siguieron a su matrimonio con Anna, continuó suprimiendo las costumbres y los cambios que había introducido Isabel. La norma ahora era la práctica peninsular propia de su madre. Cuando se le preguntó si la reina Anna debía seguir la costumbre de hacer una ofrenda a la iglesia, Felipe replicó: «A my se me acordava que nunca vi ofrecer a my madre. Yo no lo haria». En un punto particular sobre una costumbre

doméstica, él observó: «es lo que se me acuerda que pasó en tiempo de my madre». En cuanto a la cuestión de si la reina debía repartir regalos a toda su corte durante la época de Navidad, él dictaminó, «si en tiempo de my madre se dava colación, que no sé era sino a los capellanes y cantores, y hazerse mas en el tiempo pasado creo que fue desorden, como otras cosas»^[43]. La última frase hacía referencia a la forma de hacer de la última reina. En su mente siguió manteniéndose firme la necesidad de dirigir a la familia real según la usanza de su madre. La única desventaja que esto ofrecía es que ahora solo recordaba vagamente: «de lo que vi en tiempo de my madre no se me acuerda»^[44].

Tanto su madre como su padre ocupaban un lugar central en los planes de Felipe para el Escorial. Además de la devoción filial, poseía una arraigada conciencia —que parece haber sido general en todos los Habsburgo europeos— de la lealtad dinástica y los intereses de la familia. Los informes de su tutor acerca de los viajes del príncipe durante la primavera de 1543, cuando tenía dieciséis años, ilustran claramente su atención por la familia: «Su Alteza llegó esta tarde aquí muy bueno, partió oy de Tordesillas donde llegó ayer, holgóse su agüela [Juana la Loca] con él y él mucho en Alcalá con sus hermanas ocho días»^[45]. Las visitas a su abuela siempre formaron parte integral de su rutina. Y las que realizó a sus hermanas, tal y como comentamos más adelante, son un ejemplo claro de amor fraterno. Como una prolongación más de esta lealtad familiar, tenía en mente una inquietud mayor: alcanzar, en alguna medida, un reposo apacible en el mismo lugar que otros reyes y reinas de España del linaje directamente vinculado a él. Fue el motivo de que muchos años después, en 1572, ordenara a Ambrosio de Morales que averiguase si había miembros de la realeza medieval enterrados en las antiguas iglesias de Galicia. Sin embargo, no persiguió este objetivo de modo sistemático y, en cualquier caso, tenía suficiente trabajo con atender al destino de sus familiares más inmediatos. El principio dinástico excluía, cabe recordar, cualquier idea de modificar el lugar de reposo de Fernando e Isabel, que no eran miembros de la dinastía Habsburgo y que ya tenían su sepulcro en el palacio real que Carlos había construido en Granada.

Si bien es cierto que la inquietud por la familia y la dinastía estuvo presente en cada etapa de construcción del Escorial, constituye un error asumir, como hacen muchos, que Felipe había planeado de antemano construir un panteón para los restos mortales de la familia real de España. En ningún lugar ni en ningún momento mencionó el término «panteón», que conocía muy bien a través de sus estudios sobre arquitectura. Los documentos y declaraciones del rey demuestran que hubo dos cuestiones principales que le preocupaban a este respecto: los cuerpos de los miembros de la dinastía tenían que trasladarse a España desde cualquier lugar donde estuvieran, a fin de volver a ser enterrados, y era preciso crear una comunidad de monjes que estuviera ocupada en dirigir constantes plegarias al cielo para descanso de los difuntos. Por consiguiente, convergían tanto la religión como la dinastía. En este contexto, el enigma, sin embargo, radica en la cuestión sobre el supuesto

mausoleo de los Habsburgo que Felipe nunca llegó a construir. Si, como muchos piensan, este edificio estaba destinado a ser un panteón, esto suscita dos preguntas inevitables. ¿Por qué no se otorgó prioridad en los planes de construcción a las sepulturas de los reyes difuntos? ¿Y por qué el soberano no hizo nada en más de cuarenta años por construir la cripta donde ahora yacen esos restos mortales?

El traslado de los restos reales a la iglesia fue el primer acto significativo de Felipe al mudarse al Escorial. La prioridad asignada a la tarea es una prueba incuestionable de lo que la fundación representaba para él. Ninguna otra cosa podía compararse en cuanto a importancia. El primer traslado tuvo lugar a consecuencia de un acontecimiento que, curiosamente, no se menciona en la mayoría de libros: la muerte de su hermana menor, Juana. Felipe tenía profundos lazos afectivos con sus dos hermanas. La primogénita, María, había contraído matrimonio en Madrid, en septiembre de 1548, con el archiduque Maximiliano; posteriormente se mudó a Alemania para ser su esposa y emperatriz. Tras el fallecimiento de Maximiliano, María regresó a España en 1581, estableció su residencia en el matritense convento de las Descalzas y adquirió un papel relevante en la vida política de la capital^[46]. Ella sobreviviría a su hermano.

Su relación con Juana era excepcionalmente estrecha, como ya hemos tenido ocasión de ver en el capítulo 1. En 1552 Juana se casó con el príncipe de Portugal y engendró al desventurado rey Sebastián. Más tarde, a la edad de veinte años, actuó como regente de España cuando Felipe partió hacia Inglaterra para casarse con María Tudor. Durante los años siguientes, ella se abstuvo de intervenir en temas de política, a fin de consagrarse por completo a la religión y fundar el convento de las Descalzas en Madrid^[47]. Su relación fue también muy entrañable con la reina Anna. Más tarde contrajo una enfermedad, que en 1572 mostró indicios de ser grave. Durante su estancia en San Lorenzo con la corte, cayó muy enferma y murió en apenas una semana, el 8 de septiembre de 1573^[48], con su hermano junto a su lecho. «El rey», comentaba más tarde Cabrera de Córdoba, «la amaba tiernamente»^[49]. La enterraron en las Descalzas, pero su fallecimiento fue, sin duda el desencadenante de la decisión de Felipe de reunir a todos sus parientes difuntos en el Escorial.

Ese mismo año comenzó el traslado de restos mortales de los soberanos, que fueron alojados provisionalmente en el templo monástico, hasta que se terminó de construir la iglesia principal. Llegaron en primer lugar los cuerpos de Isabel de Valois y don Carlos, fallecidos ambos en 1568. Luego, en 1574, le tocó el turno a la generación anterior, procedente de Granada, Valladolid y Yuste. La recepción más notoria fue la del emperador, quien, a lo largo de su vida, había expresado diversas ideas acerca del lugar de descanso de sus restos mortales. Aunque es muy posible que le hubiese gustado regresar a su querida Borgoña, más tarde manifestó su voluntad de ser enterrado en Alemania. En su último testamento, redactado en Bruselas en junio de 1554, estipulaba la catedral de Granada; pero finalmente, en un codicilo redactado en Yuste en septiembre de 1558, resolvió dejar en manos de su hijo esta decisión,

poniendo como única condición que lo enterraran con su esposa Isabel. Los otros miembros de la familia que llegaron en 1574 fueron Juana la Loca (procedente de Tordesillas, aunque, de hecho, sería enviada a Granada para su inhumación junto a su esposo Felipe el Hermoso); la madre de Felipe, la emperatriz Isabel; la primera esposa de Felipe, María de Portugal; las hermanas de Carlos V, las reinas Leonor de Francia y María de Hungría^[50], y los infantes reales recientemente fallecidos. María de Hungría había sido enterrada —lo sabemos por el informe del capellán del rey, Ambrosio de Morales, a raíz de una visita que hizo al norte de Castilla en 1572— en la iglesia de San Benito, en Valladolid^[51]. El rey ordenó que sus restos fueran transferidos al Escorial en febrero de 1574.

La construcción del edificio que albergó la magnífica iglesia —la basílica— de San Lorenzo comenzó en 1575, y hasta el año 1579 no parece haber documentación alguna acerca de un plan para un mausoleo destinado a acoger los restos mortales de la realeza. Es posible que el fallecimiento del hermanastro del rey, don Juan, aquel año, precipitara los acontecimientos. El 1 de octubre de 1578, cuando tenía tan solo treinta y dos años de edad, don Juan murió mientras estaba de servicio como comandante de los Países Bajos. Lo enterraron en Namur y, más adelante, en la primavera de 1579, exhumaron su cuerpo y lo trasladaron en secreto a España. El hecho ilustra, una vez más, el interés del rey por brindar a sus familiares un lugar de reposo adecuado. Este acontecimiento tuvo como respuesta la inequívoca aseveración de Sigüenza: «el principal motivo desta fabrica es ser un único Mausoleo de tantas y tan ilustres personas Reales»^[52]. En los Países Bajos, el cuerpo de don Juan fue cortado por las articulaciones y embalado de modo apropiado en bolsas de cuero; desde allí sería escoltado a España por un grupo de ochenta personas. Se consideró que tan arduo viaje era preferible a correr el riesgo de que se perdiera por mar. El cuerpo fue trasladado al monasterio de Parraces, donde se recompuso de nuevo y fue depositado en un ataúd, que a su vez se transportó hasta el Escorial, para ser enterrado con todos los honores el 24 de mayo de 1579. A don Juan le siguió la reina Anna, que había muerto como consecuencia de una epidemia en Extremadura, y cuyo cuerpo fue recibido en el monasterio por el cardenal Quiroga de Toledo el 11 de noviembre de 1580. Felipe no pudo estar presente en las ceremonias celebradas en honor de la reina Anna por encontrarse en el frente de la guerra en Portugal.

Los entierros reales en el Escorial tenían la intención de ser provisionales, puesto que el lugar de reposo final no podría establecerse hasta que culminara la erección de la basílica y fueran asignadas las tumbas definitivas. La construcción no finalizó hasta 1584, y solo entonces se sintió el rey libre para decidir. Después de que se bendijera la iglesia en 1586, tuvo que enfrentarse a una decisión crucial. El comportamiento del monarca en ese momento dio pie a un relato ficticio de lo ocurrido. Tal como declaraba un escritor, el Escorial «fue erigido y dotado con el fin de construirse un gran sepulcro real —Panteón— donde se depositasen los restos» de la familia de Felipe II^[53]. Lo cierto es que, durante esos treinta años, el rey jamás

declaró tal intención, ni dio un solo paso encaminado a poner en práctica este supuesto propósito. A pesar de ello, son muchos los que siguen creyendo que abrigaba la intención de transformar una capilla sin uso situada bajo el santuario en lugar de último reposo para las personas de la realeza. Existen pruebas sólidas para disentir de esta opinión. Si el rey tenía planeado un panteón, la gran pregunta es: ¿por qué tardó tanto tiempo en construir algo que se ha presentado como la razón principal de la existencia del Escorial?

La contradicción entre las alegaciones de que Felipe se proponía crear un panteón y el hecho cierto de que no llegara a crear ninguno no resulta difícil de resolver. Al igual que otros estudiosos de la arquitectura del Renacimiento, era perfectamente consciente de la importancia fundamental atribuida al Panteón de Roma en el tratado clásico de Serlio (véase lo dicho al comienzo de este mismo capítulo). En el Tercer Libro de su tratado, Serlio hizo un gran hincapié en lo siguiente: «De todos los edificios antiguos que pueden verse en Roma, en mi modo de ver el Panteón es en realidad el más bello, más completo y mejor concebido»^[54]. Hoy en día, un visitante de Roma carecería de motivos para disentir de tal afirmación sobre uno de los monumentos más espectaculares de la ciudad. A pesar de este texto, Felipe no integró esta idea en sus planes. El entierro de la familia y dinastía real en un monasterio era una idea con la que llevaba familiarizado desde que visitó el monasterio real de Poblet, en Cataluña, donde descansaban los restos de los reyes y reinas de la Corona de Aragón. Aunque Felipe había estado en Poblet en más de una ocasión, no imitó la impresionante y sagrada distribución de las tumbas reales en el área del altar del templo catalán. De igual manera, a pesar de que también conocía la abadía de Westminster, donde había visto y admirado la tumba de Enrique VII y su esposa —descrita recientemente por un estudioso como «la colaboración más triunfante de las artes visuales de todo el Renacimiento inglés»^[55]—, nunca tomó iniciativa alguna para reproducir el arquetipo londinense.

Un hecho cierto es que el rey poseía conocimiento directo de muchos modelos que podrían haberle servido de haber tenido la intención de crear un panteón. Pero no recurrió a ninguno de ellos, no tomó ninguna iniciativa para planear la construcción de un panteón, y simplemente organizó los entierros de la realeza de la forma descrita.

Se distinguen claramente dos etapas en este proceso. En una primera fase, que finalizó alrededor de 1580, se trasladaron todos los cuerpos reales. Se invirtió tiempo y dinero en su inhumación, pero, aun así, el rey no mostró intención alguna de querer construir un «gran sepulcro real». Solo en 1586, dos años después de la conclusión oficial de todo el edificio, transcurrido casi un cuarto de siglo desde el inicio de las obras, Felipe declaró su voluntad de volver a enterrar los restos mortales de la realeza^[56]. Para entonces, como se ha indicado, la basílica había sido bendecida y era un lugar ideal para la creación de un espacio conmemorativo. Hay que tener presente que era una práctica establecida desde hacía tiempo en cada rincón del mundo

cristiano que las grandes figuras de la Iglesia y el Estado reposaran en sus iglesias familiares, a veces bajo losas sepulcrales, a veces en sarcófagos, y en ocasiones en tumbas esculpidas. Ahora, el Escorial era la iglesia familiar de los Habsburgo. ¿Pero en qué lugar podían ubicarse las tumbas? Al principio, Felipe había considerado con detenimiento la posibilidad de trasladar los cuerpos a la capilla subterránea emplazada bajo el altar mayor (la ubicación actual del panteón). El estado precario de su salud, sin embargo, le hizo cambiar de parecer. En mayo de 1586 sufrió un ataque agudo de gota que duró más de dos meses y que no le permitía ocuparse de sus asuntos con normalidad. A finales del mes de junio tuvo que guardar cama por un tiempo y sangraba periódicamente^[57]. «Ahora ando ya por todo», informaba en julio, «aunque algo cojo y todavía con palo. La mano he tenido muy sentida y no he podido escribir»^[58].

Sigüenza justificaba el cambio de intenciones de la siguiente manera: «parecióle que la capilla subterránea estaba muy distante, triste y dificultosa de yr y venir»^[59]. Incluso hoy día, quien visita la cripta tiene que descender por la escalera con mucho cuidado. De haber mantenido Felipe esta primera idea, le hubiera resultado casi imposible bajar a visitar las tumbas. El estado de su salud descartaba cualquier posibilidad de un mausoleo subterráneo. Su decisión final —que tomó casi de inmediato, después de la bendición de la basílica en agosto— aparece en la orden que emitió desde el palacio de El Pardo, el 18 de octubre de 1586^[60]. En esta orden instruye que los cuerpos de la realeza «se passen y trasladen de donde agora están a la bóveda debaxo del altar mayor de la Iglesia principal, que es el lugar que agora mando señalar para su enterramiento».

Dicho traslado, declaró el rey, era *final*: «con la dicha translación se aura cumplido mi voluntad». La frase de Felipe excluye cualquier especulación acerca de su hipotética intención de trasladar una vez más los cuerpos a la cripta. La definitiva inhumación de los restos mortales se llevó a cabo en noviembre de 1586 con cautela y pompa^[61]. Fue una ocasión solemne, pero demasiado dolorosa para Felipe desde una perspectiva emocional^[62]. El rey expresó claramente su deseo de no estar presente^[63]. Según mis conocimientos, a los visitantes actuales del Escorial no se les informa de que la intención del rey era justo la opuesta al resultado obtenido con el posterior panteón. Felipe deseaba ubicar a todos los miembros de su familia juntos, que es lo que logró con los entierros de 1586. Fue un acto de lealtad y de devoción. Nunca hubo voluntad alguna de separar a los reyes y reinas de los demás, ni de que estos últimos reposaran en el llamado Panteón de los Infantes que se encuentra en el sótano.

Cuando en 1599 —un año después de la muerte del rey— el jesuita Juan de Mariana redactó un breve informe sobre el Escorial, nunca mencionó un hipotético panteón, y simplemente se refirió a los enterramientos en una descripción de las escaleras que llevan a la parte superior del altar mayor, «construidas de piedra verde y encarnada, diez y ocho gradas espaciosas, debajo de las cuales hay los sepulcros de

los reyes»^[64]. No tiene ningún sentido alegar que Felipe habría construido el panteón de no haberse terminado el dinero. La suma necesaria no hubiese sido tan grande, y el rey siempre daba prioridad a la tarea sagrada de velar por su dinastía. Su promesa, tal como aparece en una carta de 1563 conservada en la British Library, que nunca ha sido publicada, es categórica: «yo procuraré siempre de buscar [dinero] para aquella obra» del Escorial^[65]. Felipe cumplió su promesa: el edificio se terminó según lo planeado, y todas las facturas se pagaron sin que un solo contratista o arquitecto se quejara de que sus gastos no habían sido cubiertos. Esta prueba nos obliga a concluir que el panteón, cuya construcción comenzó, de hecho, Felipe III y terminó Felipe IV, nunca formó parte de los planes del rey para la iglesia. Cuando fray Francisco de los Santos proclamó en 1650 que «la gloria del Escorial es el Panteón», pretendía encomiar a Felipe III al tiempo que atribuía a Felipe II una idea descrita como «intención regia». En realidad, no hubo intenciones, ni prueba de ningún tipo, y a Santos le fue imposible documentarlo. La voluntad real fue exclusivamente de Felipe III, que también eligió al arquitecto. Un erudito concluye lógicamente que «el Panteón Real fue una obra impulsada por Felipe III y conducida estilísticamente por Juan Gómez de Mora» como arquitecto^[66]. Al interpretar las ideas y planes de Felipe II es más seguro dejar de lado la ostentación semibarroca del panteón subterráneo.

EL CONTEXTO BÁSICO: EL REY COMO JARDINERO

Alguien que visite hoy el Escorial verá un enorme edificio de piedra con muros y terraza inacabables; una vista inmensamente sombría. No era esta la intención del rey. Felipe II fue el primer amante de los jardines de la historia de España, pero este hecho ha tendido a ignorarse. Los estudiosos del Escorial han desatendido con demasiada frecuencia el entorno geográfico planeado por el monarca, y se han concentrado en lo que parece ser el centro de atención, el monasterio-palacio. Así pues, es importante señalar que no fue gratuito el que el rey invirtiera muchos meses en buscar un lugar idóneo. Lógicamente, en un principio le preocupaba menos el edificio en sí que el paraje en el que podía resplandecer. Toda su vida había sido un amante de la naturaleza^[67]. Su monasterio tenía que contar con un marco rural de fondo, provisto de bosques, agua y fauna. No eran, desde luego, requisitos irrelevantes: los bosques servían para el abastecimiento de madera; el agua, para la supervivencia humana, y la fauna, como ambientación y objeto de caza. Felipe II siempre se sintió vinculado a la naturaleza. Durante su estancia en los Países Bajos, en mitad de un frío invierno, el mes de febrero de 1559, escribía a su amigo Ruy Gómez que iba a tomarse un descanso del trabajo y a salir de caza en Binche, «que es buena tierra para ello y también por el provecho que vos sabeys que me hace a la salud el ejercicio y el campo»^[68]. En la década de 1580 les repetía a sus hijas el consejo de que no hay nada mejor que respirar aire fresco. Nunca le interesó la

ciudad como entorno. Su primer amor fue desde siempre para el aire libre, los campos y los bosques, cabalgar y cazar. Regularmente aconsejaba a sus hijos, así como a sus ministros, tomar aire fresco más a menudo. Su lugar de trabajo siempre debía tener acceso a un enclave de ocio saludable.

Si prestamos cuidadosa atención al arbolado entorno de Binche, a la frondosidad de sus alrededores, o al área circundante de Ettal, en la misma cuna de las montañas y bosques alpinos de Baviera, podemos imaginar la esperanza que alimentaba Felipe de encontrar su anhelado paraíso en los bosques de Castilla.

La austeridad visual del pavimento que conduce a los altos muros de piedra no coincide con la visión que Felipe tenía en mente cuando creó el palacio. El cerco de setos minuciosamente contorneados que hoy corre paralelo a la pared sur, y que suministra un elegante contraste con la masa de granito, palidece en comparación con los jardines que el joven soberano tenía planeado plantar en las laderas de la montaña. Felipe fue el primer rey de España que contó con la cultura, el entusiasmo, el tiempo y el dinero necesarios para emprender un programa de paisajismo. Generaciones de historiadores se han mostrado indiferentes ante este interés, y apenas nos han dejado algunos estudios acertados sobre el rey como amante de las flores, las plantas, la hierba, el campo y la naturaleza en general^[69]. Existe muy poca información acerca de la inclinación del monarca por estos temas, incluso en los extensos volúmenes que pretenden estar dedicados al tema^[70]. Un ensayo especializado sobre los jardines del Escorial se limita a decir que no había jardines en España, salvo los que debían su origen a los árabes o los cultivados en época reciente por los arquitectos italianos^[71]. No es sorprendente que nos quede grabada en la mente la imagen de un prisionero real emparedado entre muros de piedra, si son tan escasos los autores que han mostrado interés en los extensos jardines a los que Felipe dedicaba hora tras hora de su valioso tiempo. El rey que erigió la maravilla de Aranjuez, concebida como un canto de alegría al mundo de la naturaleza y percibida por un cortesano flamenco como un paraíso terrestre^[72], fue el mismo que planeó los jardines del Escorial.

Aunque el amor por la naturaleza había estado presente durante toda su vida, Felipe empezó a ilustrarse acerca del arte del paisajismo durante sus viajes al norte de Europa. Aprendió personalmente de los príncipes italianos cuando estuvo en el norte de Italia, en 1548. No obstante, no hay que exagerar la calidad de los modelos disponibles. Los jardines de finales del Renacimiento apenas acababan de nacer: los famosos que adornaban la Villa d'Este no empezaron a construirse hasta 1560; los de Tívoli, después de 1570, y los de Villa Médici, en la misma fecha. De igual forma, en Inglaterra, aunque el palacio de Hampton Court tenía ya jardines a principios del siglo, los principales de las casas más notables comenzaron a materializarse en la década de 1570^[73]. Los holandeses, que se convirtieron en los jardineros más sobresalientes de Europa, no destacaron hasta obtener la libertad de España, décadas más tarde.

Sin embargo, Felipe había visto lo suficiente para tener una idea clara de la enorme diferencia que existía entre Europa y España. Durante los cinco años que pasó en el norte con motivo de su boda y la abdicación de su padre, ya se había comprometido a *llevar a cabo un plan de paisajismo, y debió de aprender mucho* del informe que recibió de su agente Gaspar de Vega en mayo de 1556, sobre el estado de los palacios franceses *del Louvre, Saint Germain sur Laye y Fontainebleau*^[74]. En los Países Bajos descubrió por primera vez la delicia de los jardines interminables y la posibilidad de combinar el paisaje rural con los palacios. Rebosante de entusiasmo, en 1559 regresó a España con la idea de un jardín. Igualmente, recibió consejos de cuantos tenían conocimiento personal de las propiedades de los príncipes italianos. En uno de los pocos ensayos acertados sobre el tema, Felipe aparece descrito como «el introductor en España del nuevo concepto del jardín clásico que surgió en el Renacimiento italiano, al que añadió la riqueza floral típica del mundo flamenco, germánico e inglés»^[75].

Mientras se creaba cada jardín, entregaba a sus diseñadores listas sobre plantas e ideas diversas. Envió a expertos al extranjero. Cuando murió uno de sus diseñadores, pidió que se le enviara su cuaderno de notas, en particular uno «que dice que es de jardines de Italia, aunque yo creo que no es sino de Francia y Inglaterra, que hizo cuando yo le embié a ver los unos y los otros»^[76]. Entre sus instrucciones, hay una frase que se repite: las plantas tienen que ser como las que hay «en Flandes»^[77]. En manos de los especialistas holandeses e italianos que desplazó a España, y de manera notable bajo la dirección experta de Juan Bautista, los jardines del palacio de Felipe se convirtieron en un ejemplo supremo de manierismo italiano^[78]. De fácil acceso desde la capital, brindaban un paraíso de paz a aquellos que pudieran escapar de sus obligaciones burocráticas. El amor del rey por la naturaleza también se manifestaba en su preocupación por el entorno. Conocedor, por haber sido viajero habitual, de los campos del centro de Castilla, le preocupaban las condiciones de los bosques, cada vez más esquilados por la agricultura y la necesidad de leña. «Una cosa deseo ver acabada», declaraba a un ministro en 1582, «y es lo que toca a la conservación de los montes [...]. Temo que los que viniesen después de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejamos consumidos, y plegué a Dios que no lo veamos en nuestros días»^[79]. Por encima de todo, el campo representaba para él los placeres de la caza, su entretenimiento favorito y de toda la vida. Todas sus residencias, incluido el Escorial, fueron creadas con el pasatiempo de la caza en mente.

A semejanza de lo que había visto en el norte de Europa, los jardines tenían que construirse fuera de los muros del palacio, como lugar de retiro dedicado al ocio y los paseos a pie. Se adquirieron en la ciudad de Cuenca doce mil pinos, que fueron transportados al monasterio por ríos y carretera^[80]. Se hicieron esfuerzos comparables para traer plantas desde Holanda. Se buscaron peces para poblar los estanques. En la primavera de 1566 Felipe daba las gracias a su jardinero, en Segovia, por cultivar flores, y agregaba: «envié algunas el jueves o el viernes al Escorial; que

vengan en agua, y no muy abiertas pues se abrirán»^[81]. Los jardines del sur del monasterio quedaron plasmados en los cuadros de la época, e incluso hoy, tal vez un fotógrafo sensible pueda captar en parte la panorámica de la que una vez disfrutó el rey.

Los jardines actuales rebosan de arbustos sin flor, pero en la época de Felipe II resplandecían con una amalgama de colores. Según Sigüenza, los parterres del Escorial se habían plantado a la usanza árabe, conforme a la cual se esparcían semillas de una gran variedad de flores. El rey era gran amante de las flores, que, obviamente, constituían parte fundamental de su plan para el Escorial, hasta el punto de que trasladó su lugar de trabajo allí, a fin de poder cuidar de sus plantas durante sus ratos de ocio. Sigüenza observa que durante 1576, «este año fue en el que continuó mucho las venidas aquí el Rey, porque las plantas quieren regarse mas a menudo»^[82]. Desde entonces, el ambicioso plan del soberano ha sido relegado a la indiferencia por las siguientes generaciones, y el visitante tiene que conformarse con una panorámica en la que los arbustos ya no se integran en la perspectiva ideada por el creador del Escorial.

El único jardín interior del monasterio se encontraba en el patio de los Evangelistas. Un moderno investigador percibe este entorno como «el único elemento monástico del Escorial que puede distinguirse arquitectónicamente, puesto que los edificios conventuales son utilitarios»^[83]. Lo creó fray Marcos de Cardona, que había diseñado uno similar para Carlos V en el pequeño palacio de Yuste. Su forma se inspira, posiblemente, en otro que existía en el monasterio de Guadalupe, también hogar de la orden de los Jerónimos y lugar de procedencia de algunos de los frailes del Escorial^[84]. Se había planeado que este patio fuera accesible también para el rey. Los aposentos privados de Felipe tenían vistas a este recinto provisto de plantas y fuentes que le brindaba contacto con la naturaleza dentro de los confines del edificio monástico. Cuando quería salir para pensar, se dirigía precisamente a este lugar. Sigüenza comenta que este patio era «la cosa más alegre de esta fábrica, para unos y para otros, porque bien bajen a ellos los religiosos y otras personas de la Casa Real, se paseen y cojan flores en el verano o gocen del sol en invierno. Son un alivio grande para el alma».

Desde el otro lado de sus aposentos, el rey también gozaba de la vista de un entorno ajardinado, la perspectiva del lado sur, y contemplaba sin estorbo los jardines, los árboles y el paisaje. Uno de los pocos visitantes que ha sabido apreciar esta perspectiva es el estadounidense William Dean Howells, quien comentaba en su *Familiar Spanish Travels* (1911): «Los jardines del convento desde la ventana de la sala capitular me parecieron hermosos, y las colinas que lo rodean majestuosas e imponentes»^[85].

No está fuera de lugar recordar de nuevo en estos momentos que el creador del Escorial también lo fue de Aranjuez. De manera inexplicable, son muchos los que han identificado la personalidad del rey con la piedra descarnada del Escorial, pero

no con otros edificios que también fueron su hogar: Valsaín (como vimos con anterioridad) y Aranjuez. Aranjuez fue el lugar que, después del Escorial, más se benefició de los servicios de Juan Bautista. Alentado por Felipe, el arquitecto y maestro de obras, Juan de Castro, sentó las bases de una residencia espléndida. Uno de los proyectos favoritos del soberano, al que se dedicó durante todo su reinado, fue un plan para hacer navegable el río Tajo. En Aranjuez, Juan Bautista dirigió un prolongado esfuerzo de ingeniería que facilitó la navegación en parte del río^[86]. El agua para la irrigación y regadío era una necesidad urgente en esta ubicación. Gracias a Juan Bautista, fue posible transformar toda el área de Aranjuez, con un perímetro de casi treinta y cuatro kilómetros, en un jardín inmenso.

El relato del contemporáneo Jean Lhermite brinda una impresionante perspectiva del lugar. Se importaron cinco mil árboles de Flandes. Los frutales se trasladaron desde Francia^[87]. Las plantas exóticas procedían de las Indias y de toda la Península. Los jardineros holandeses estuvieron a cargo del paisajismo. Felipe había planeado y modificado con cariño cada detalle de los jardines. Fue, hasta cierto punto, su arquitecto^[88]. «Lo que se ha de plantar», explica Felipe en un memorándum sobre Aranjuez, «es lo que se sigue, y lo mas dello querría yo que se hiziese este invierno»^[89]. Había que plantar moreras para poder cultivar gusanos de seda, «no por grangear sino por pasatiempo de la Reyna». Era especialmente importante que «acaben el estanque grande porque sino se acaba este verano no habrá donde poner el pescado este invierno». Repleto de bosques, parques y jardines, en los cuales crecían una gran variedad de árboles, plantas, frutos y sobre todo flores, Aranjuez era motivo de admiración para los visitantes y constante deleite del monarca. Como alternativa al Escorial, se refugiaba allí para huir de sus tareas habituales y dedicarse a pescar en los lagos.

EL REY, SUS ARQUITECTOS Y SUS IDEAS PARA EL ESCORIAL

Aunque el planteamiento creativo estaba en manos de los arquitectos, el Escorial fue en gran medida la creación de Felipe, una proyección de sus propias ideas. En los meses que duraron las consultas entre Juan Bautista, Pedro de Hoyo y los frailes Jerónimos, a lo largo del año 1561, el rey impuso sus deseos. «Si no me engaño», observaba Hoyo, «V Mgd tiene mucha razón en querer hazer mas por San Lorenzo que por otro ninguno. Porque demás de lo del servicio de Dios se atraviesa también parte de reputación»^[90]. El rey había decidido crear algo perdurable. Debido a ello, en 1562-1563 rechazó algunas de los elementos clave del plan de Juan Bautista y aceptó sugerencias de otros arquitectos. Las obras de construcción comenzaron a principios de 1562, y la primera piedra se colocó oficialmente el 23 de abril de 1563, en el caso del monasterio, y el 20 de agosto, en el de la iglesia. El diseño preliminar del edificio elaborado por Juan Bautista estuvo sujeto a duras críticas (normalmente

justificadas) de los frailes y otros arquitectos, así como del propio rey. El plan inicial fue sometido a cambios importantes. El más sobresaliente de ellos fue la decisión, adoptada en 1564, de construir un piso adicional que albergara a los monjes. A través de sus constructores y arquitectos, el rey logró expresar su concepto del Escorial. El edificio sería preeminentemente religioso, pero contaría con una residencia real. Es improbable que el monarca tuviera la intención de recrear (véase capítulo 4) el templo bíblico de Salomón^[91].

La dedicación personal del rey al proyecto arquitectónico era absoluta. Su papel ha sido reducido con frecuencia a la categoría de trivial y anecdótico, pero la realidad es otra. Como ya hemos visto, desde la década de 1540 había adquirido un interés creativo directo en la restauración de todos sus palacios. Su experiencia personal en el norte de Europa había colmado su mente de nuevas ideas. Su contribución personal al proyecto no fue simplemente la de un pagador. Envió esbozos e instrucciones específicas a sus arquitectos. El proyecto general y los detalles más minuciosos eran igualmente interesantes para él, puesto que se trataba de *sus* palacios y, en gran medida, de *sus* ideas. En mitad de una de sus intensas sesiones de trabajo, el proyecto de construcción interrumpía sus pensamientos. «Aunque estoy con cien papeles delante», dice una nota, «me ha parecido acordaros lo que aquí diré...»^[92].

El papel que desempeñó cada arquitecto en la evolución del edificio durante los más de treinta años que tardó en completarse ha suscitado diferencias de opinión significativas entre los estudiosos del tema. No existe duda alguna acerca de la contribución fundamental de Juan Bautista, al cual el rey hacía incesantes demandas. Su relación con el arquitecto era estrecha y cordial, pero siempre procuraba no ofender su susceptibilidad. «No se si le espantó lo que le mandaba hacer», le confesaba a Hoyo en 1563, «digo de la obra del»^[93]. Vistas con la perspectiva del tiempo, las exigencias del monarca parecen desmedidas. Es posible que estas obras contribuyeran a la muerte prematura de Juan Bautista en 1567, aunque no cabe duda de que las circunstancias de su tragedia personal dejaron huella. La siguiente influencia fundamental en el estilo del Escorial se debe a Juan de Herrera, que siguió los pasos de Juan Bautista como arquitecto principal. Aunque Herrera desempeñó un papel importante en varios proyectos del rey, su contribución en el Escorial fue ciertamente menor de lo que él mismo alegaba^[94]. Lo que aquí nos incumbe primordialmente es el propio papel del rey. En los años culminantes de la construcción del edificio, 1562 y 1563, Felipe alternaba sus obligaciones políticas y familiares con visitas a todos los lugares donde se estaban llevando a cabo obras. Su secretario de obras, Pedro de Hoyo, tenía que hacerse cargo de memorandos, notas y cartas del rey. «Yo iré mañana a dormir a Aranjuez», decía una típica nota de mayo de 1562, «id alia y hazed que baya Juan Bautista mañana, y que lleve las tracas del monasterio». La atención de Felipe por el detalle era incesante. No era un mero aficionado. Y tampoco pedía lo imposible. Pasaba horas hablando de sus planes con sus arquitectos e intentaba adaptar sus deseos a lo que era factible. Celebraban

reuniones frecuentes en los lugares de las obras. «Pareceme que haze tan buen tiempo», le escribía a Hoyo en un magnífico día de verano en 1565, «que no es de perderle, y asi me quiero ir esta tarde al Pardo y mañana al Escorial [...] y querría que vos también Uegasades allí mañana». Sus instrucciones se basaban en opiniones contrastadas con sus arquitectos.

Ya hemos sugerido la posibilidad de que la primera inspiración del rey para el monasterio, al igual que la intuición sobre su emplazamiento ideal, hubiese partido de su visita a la abadía de Ettal, en Baviera. De igual forma, cabe sugerir que sus primeras ideas sobre el edificio procedieran de su experiencia personal en relación con un edificio con el que tanto él como Juan Bautista se hallaban familiarizados, el Ospedale Maggiore, en Milán. La construcción de este impresionante conjunto inacabado, de estilo renacentista, con patios interiores y una basílica, había sido ordenada (tal y como se especifica en el capítulo 4) alrededor de 1460 por el duque de Milán, Francesco Sforza, y realizada por Antonio Filarete. En pocas palabras, el rey contaba con la suficiente experiencia propia como para tomar parte en el complejo proceso de acordar lo que debía y no debía hacerse en San Lorenzo. Para el año 1567 las obras de amplios sectores del edificio habían concluido, por lo que pudieron acomodarse los monjes, el monarca y una parte de su corte, así como las caballerizas. Mucha de la correspondencia oficial del rey en 1569, por ejemplo, se envió ya desde el Escorial. El edificio contaba ahora con una pequeña iglesia, cocinas y otros servicios necesarios.

La siguiente etapa importante de las obras fue la construcción de la basílica, la estructura central de todo el edificio, que comenzó en 1574. En los años invertidos hasta entonces en erigir el conjunto se habían experimentado una y otra vez cambios de idea acerca de cómo iba a ser la iglesia^[95]. La basílica no había de ser tan solo un templo imponente, sino, también, el lugar de reposo para los restos mortales de la familia real. Su planificación y construcción fue la cuestión más problemática de todas. Posteriormente, otros aspectos clave de la estructura empezaron a perfilarse. Entre ellos, el diseño de la biblioteca, que se terminó en 1583. Los aposentos permanentes del soberano no estuvieron listos antes de 1585. Hasta entonces, la familia real ocupó provisionalmente habitaciones del ala sur. Una vez terminados, los apartamentos reales servirían no solamente como lugar de residencia, sino también como sede de la corte, con salas de audiencia. Este papel público nunca interfirió con el carácter privado del palacio, un lugar de refugio y plegarias^[96].

El dinero y los esfuerzos consagrados al proyecto de construcción fueron impresionantes. Miles de obreros fueron empleados durante décadas. Se transportaron cantidades inmensas de materiales, procedentes de fuera y de otros puntos de la Península. Caravanas de carros se dirigían desde el puerto de Cartagena con toneladas de mármol importado de Italia; la llegada de buques cargados con clavos de Amberes era constante^[97]. Dado el papel crucial que desempeñaron en la construcción el personal y los materiales procedentes de Italia y de los Países Bajos, Sigüenza no

vaciló en percibir el resultado de esta obra como un producto de toda Europa: «Por toda España, Italia y Flandes estava esparzida no pequeña parte desta fabrica, y aunque se pudo contra la gente que andava en el templo de Salomón, la que anduvo en este no se puede averiguar fácilmente por estar allende en infinitos lugares repartida»^[98].

Su descripción de los hombres que trabajaban en la obra es asombrosa^[99]:

Aquel bullicio y aquel ruydo, aquella variedad de gentes y voces tan variás, la diferencia de artes, oficios y exercicios embueltos todos en una priessa y diligencia estraña, causava un como pasmo y admiración a quantos de nuevo la vian. Avia en sola la iglesia veynte grúas, estos davan a voces a aquellos, los de abaxo Uamavan a los altos, los de en medio a los unos y a los otros; de día, de noche, a la tarde, a la mañana, no se ohia sino guinda, amayna, buelve, etc; bullía todo y crecía con aumento espantosos. Los campos desta comarca resonavan con los golpes.

EL ESCORIAL COMO REPOSITORIO DE ARTE

Más allá de la sobrecogedora arquitectura y su significación eclesiástica, Felipe integró en el Escorial «una de las mejores colecciones de arte religioso de Europa»^[100]. Cuando por fin se realice un análisis más exhaustivo de esta colección *tal y como era en aquellos momentos* (una tarea difícil, dada la considerable reubicación de muchas de las pinturas), empezaremos a darnos cuenta de que la contribución del rey a la apreciación visual de la religión cristiana fue extremadamente positiva. Se calcula que, en el momento de su fallecimiento, sus donaciones alcanzaban aproximadamente 1.150 obras pictóricas. La función del edificio como una suerte de galería de arte perduró, y se estima que hoy día exhibe 1.600 óleos y 540 frescos de Van der Weyden, Durero, El Bosco, Tiziano, Tintoretto, Velázquez, Rubens, Veronés, Navarrete, Ribera y otros artistas de finales del Barroco. Este énfasis en las cifras puede, sin embargo, hacernos pensar de modo equivocado que el edificio era una inmensa galería. Desde el punto de vista histórico es más correcto asumir que se trataba más bien de un repositorio de arte sagrado cuyo propósito era complementar el mensaje de la estructura. Los historiadores del arte cuentan con un campo muy fértil en el que apoyar sus conocimientos sobre el rey, sus preferencias y el entorno cultural de la época. Los comentarios siguientes solo aluden a algunos de los aspectos que ya han sido desarrollados magistralmente por expertos en el tema.

Felipe II fue el principal patrón de las artes en Europa^[101]. Sus gustos, aunque alimentados por un fondo castellano, se perfilaron y maduraron gracias a sus largos viajes. Los observadores de la época, y sus propios documentos, dejan testimonio claro de que su interés en el arte era efectivo, personal y estaba acompañado de un juicio crítico. En una ocasión, según atestiguó el embajador veneciano, el mismo soberano empezó a pintar^[102]. Los artistas no eran para el rey meros artesanos. Sentía

un profundo, aunque crítico, respeto por ellos. Les escribía personalmente, discutía con ellos cara a cara y los amedrentaba de manera despiadada. Escudriñó por toda Europa en busca de los mejores artistas y obras. Lógicamente, el Escorial fue un repositorio más de arte religioso que de arte profano, y por sí solo no nos brinda una idea completa de toda la gama de preferencias del rey. La más trascendente contribución al monasterio, por otra parte, estaba integrada por arte y artistas *importados*. Al no ser esta una colección con predominio de obras y artistas españoles, no cabe considerarla una aportación española al Renacimiento. Durante los años en que viajó por todo el continente e Inglaterra, Felipe nunca cesó de tomar notas sobre los cuadros que deseaba comprar y los pintores a los que quería contratar. Cuando en 1559 regresó a la Península, sus barcos estaban cargados de obras de arte extranjeras, y el destino cruel decretó que muchas de ellas se perdieran durante la tormenta que azotó la flota justo después de tocar tierra.

Su entusiasmo más perdurable fue por la obra de Tiziano. En Italia, en Augsburgo y desde Bruselas le encargó varias pinturas. Algunos de los retratos más famosos de Carlos V y Felipe se hicieron en esta época. Los lienzos más importantes de este periodo temprano fueron los que integraron la serie conocida como «Poésies», basada en temas de la mitología clásica. La sensualidad de las figuras de Tiziano, su énfasis en los desnudos femeninos, su preferencia por los temas mitológicos eran aspectos que atraían al rey, que en aquellos momentos se hallaba cautivado por el humanismo y el mundo de la caballería^[103]. El gusto por lo sensual no fue exclusivo de Felipe. Fue compartido también por otras cortes europeas. Tiziano siguió pintando para el rey mucho tiempo después. Sin embargo, aproximadamente a partir de 1560, hubo un cambio de orientación. Los encargos posteriores fueron exclusivamente de tema religioso. Puesto que sabemos que el rey no había cambiado de perspectiva ni de carácter, cabe suponer que la razón de este giro reside en el carácter de los edificios para los cuales deseaba estas nuevas pinturas. Las primeras obras habían tenido como propósito complacer el gusto personal del rey en sus casas de campo de El Pardo y Valsaín. Muchas de las adquiridas con posterioridad fueron, por el contrario, obras destinadas al público. La *Última Cena* (1564) de Tiziano, por ejemplo, fue encargada para el Escorial. La construcción del edificio del nuevo monasterio, en la década de 1560, ejerció sin duda una influencia crucial en el tipo de pinturas que el rey solicitaba. Mientras tanto, Felipe había enriquecido de modo inconmensurable su colección de Tiziano con los cuadros heredados de su padre y de María de Hungría. El maestro italiano siempre fue el artista favorito de Felipe.

El arte flamenco, como podemos ver a través de las obras que empezó a coleccionar durante su visita inicial a los Países Bajos, fue su primera pasión. Su colección de pinturas de El Bosco es un ejemplo de sus preferencias. En 1564 era dueño de, al menos, una obra de este artista, a la que fue agregando otras en años sucesivos (el *Jardín de las Delicias* llegó muy tarde al monasterio, como parte de un obsequio de cinco obras de El Bosco donadas por un noble, en 1593). Terminó siendo

propietario de —como mínimo— veintiséis cuadros pintados por él, la mayoría de los cuales se colgaron en el Escorial —aunque también conservaba varios en El Pardo—, junto con las obras de Moro y Tiziano^[104]. El estilo primitivo del artista flamenco, y su obvia tendencia moralizadora, parecen ser los aspectos que atraían al rey. José de Sigüenza defendía encarecidamente el gusto del soberano por El Bosco. El artista, decía, presentaba «una sátira pintada de los pecados de los hombres»^[105]. Felipe no era el único en dispensarle esta admiración. El Bosco gozaba de una cierta popularidad en España y sus obras fueron copiadas repetidas veces por maestros españoles^[106].

Entre los más sobresalientes pintores del norte que atrajeron al rey figura también Antonio Moro. Este artista establecido en Bruselas pintó un retrato del príncipe en 1549. Cuando, seis años más tarde, regresó a los Países Bajos, Felipe lo adoptó como pintor de la corte y lo invitó a España. Moro realizó tres visitas a la Península. Quince de sus obras adornaban las paredes de El Pardo, y el artista ocupaba un lugar tan elevado como Tiziano en la lista de favoritos del rey^[107]. En algunos aspectos, el monarca demostró una decidida preferencia por todo lo flamenco, pero en otros casos, como por ejemplo en la pintura al fresco, se inclinaba por Italia^[108]. Durante la misma década invitó a su corte al escultor italiano Leone Leoni y a su hijo Pompeo. El hijo de Leone se convirtió, en la década de 1580, en el escultor oficial de la corte del rey. La prioridad dada al arte flamenco e italiano en el círculo cortesano de Felipe queda demostrada por el desfile de artistas que visitaron España, entre los que figuraban Gianbattista Bergamasco, Antón van den Wijngaerde, Luca Cambiaso y Federico Zuccaro. Todos los italianos llegaron para decorar el Escorial. Entre los últimos figuraba Pellegrino Tibaldi, que trabajó en San Lorenzo entre 1588 y 1593.

Los artistas peninsulares no estaban ausentes de su galería. A partir de la década de 1550, el pintor valenciano Alonso Sánchez Coello, que había estudiado con Moro en Bruselas, empezó a producir retratos de los miembros de la familia real^[109]. Felipe reservó incluso unos aposentos especiales para él y su familia en el Alcázar, y disfrutaba presentándose de vez en cuando de improviso para ver cómo pintaba. Alonso ejecutó una gran cantidad de lienzos relevantes, y hasta tuvo el tiempo suficiente para tener once hijos. Los favores de la realeza también se extendieron al pupilo de Coello, Juan Pantoja de la Cruz. Otro de los pintores españoles especialmente valorados por Felipe era Juan Fernández de Navarrete, «el Mudo». Una ausencia obvia en esta nómina de artistas preferidos es la de El Greco. Poco después de su regreso de Portugal, en 1583, Felipe tuvo que tomar una decisión acerca del futuro de un enorme lienzo del que El Greco había hecho entrega al Escorial en noviembre de 1582. Su tema era *El martirio de san Mauricio*. Según un fraile que estaba presente, el rey rechazó el cuadro (en el que el artista había trabajado durante dos años) debido al énfasis exagerado en las figuras que había en primer plano^[110]. Este repudio excluyó a partir de entonces a El Greco del ámbito del patrocinio real.

La estrecha colaboración de Felipe con Juan de Herrera tal vez sea la ilustración más clara del contacto entre patrón y artista. En la década de 1560, Herrera hacía obras menores para la corona. A partir de 1572 quedó a cargo de la erección del Escorial, y se le asignaron tareas en otros lugares. Siete años más tarde, el soberano lo nombró arquitecto real. Durante más de treinta años permaneció como estrecho colaborador al servicio de Felipe, al que obedecía en todas sus instrucciones, a la vez que imponía su sello como arquitecto de España. Falleció en 1597, pocos meses antes que el monarca bajo cuyas órdenes había otorgado un carácter único al programa de construcción real^[111]. En el Alcázar de Toledo, que él mismo modificó, ideó una estructura de evidente simplicidad y, al mismo tiempo, plena de autoridad y poder. Mientras el rey se hallaba en Lisboa, planeó y construyó el nuevo palacio real, el Paco da Ribeira, con vistas al puerto. Además de edificios para la realeza, proyectó obras civiles, como, por ejemplo, la Lonja de Sevilla, donde los comerciantes se reunían para llevar a cabo sus tratos y transacciones. Con todo, fue el Escorial el lugar donde mejor plasmó su estilo y su relación con Felipe. Gracias a su asociación, la arquitectura en España pareció convertirse en un aspecto integral de la política real. Felipe no era un teórico, y tampoco albergaba sueños de grandeza. La simplicidad y la austeridad figuraban entre sus principios básicos y, por tanto, en sus palacios no hay lugar para el exceso ni para lo superfluo^[112]. No obstante, también quiso brindar a España la excelencia ya ostentada por otras monarquías.

Por la cantidad de obras que aportaron a su proyecto, los artistas contribuyeron enormemente a la grandeza y reputación del rey. Felipe estableció un patrón completamente nuevo para los coleccionistas, gracias a los recursos que había a su disposición y a la variedad de reinos que llegó a gobernar. Como consecuencia natural de las ideas y preferencias que el soberano había desarrollado durante su prolongada estancia en el extranjero y los contactos e influencias que ahora estaban madurando, el Escorial —tal vez sea sorprendente recalcar esto, dada la extendida creencia de que, de alguna forma, era muy «español»— se convirtió en expresión de la cultura universal, desconocida hasta entonces en la Península. Debido a ello, nunca cesa de sorprendernos. Después de recorrer Europa, Felipe optó decididamente por la cultura germánica e italiana, puesto que no existía una cultura española específica en la que inspirarse para sus propósitos. La palabra «germánico» no se encuentra fuera de lugar, aun cuando es habitual referirse solo a las llamadas influencias «flamencas». En cuanto a la arquitectura y los jardines principescos y monásticos, que conocía muy bien gracias a sus viajes por Austria, Baviera y Renania, probablemente retuvo mucho de lo visto en Alemania, lo mismo que en materia de libros, armaduras y reliquias religiosas. En general, no se trataba de elegir entre influencias^[113], puesto que, en realidad, las asumió todas. Sin embargo, desde siempre, mostró una marcada preferencia por todo cuanto procedía del norte. A pesar de que con frecuencia recurrió a los pintores italianos, probablemente la influencia más sobresaliente del monasterio sea de origen flamenco. El danés Carl Justi, investigador pionero que

elaboró el primer análisis moderno de los gustos de Felipe II, relata un episodio ilustrativo a propósito de esta cuestión^[114]. Al parecer, el rey visitó un día el monasterio cartujano de Miraflores, en Burgos, y cuando observó la riqueza del diseño flamenco, realizado por encargo de Isabel la Católica, se dice que exclamó: «No hemos hecho nada en el Escorial».

En todo caso, San Lorenzo fue siempre la niña de sus ojos. Su deleite en este proyecto se refleja en las recepciones que celebraba para sus huéspedes. Si algún diplomático extranjero había de encontrarse con él en Madrid, lo mandaba a San Lorenzo de inmediato para que tuviera ocasión de admirar su creación. Como ejemplo concreto de hasta qué punto disfrutaba impresionando a los demás con este edificio, cabe destacar la visita de una delegación de miembros de la nobleza japonesa, en 1584^[115]. Esta visita fue tal vez la primera ocasión en que el Escorial alcanzó cierta difusión fuera de Europa, y merece la pena mencionarla aquí. En esa época los cristianos convertidos constituían una comunidad en auge dentro de Japón, y sus mentores, los jesuitas, los alentaron a enviar un pequeño grupo a visitar la sede de la cristiandad en Roma^[116]. La visita se llevó a cabo con la esperanza de incrementar el apoyo del papa a esta misión. Cuatro nobles japoneses y su guía, un jesuita portugués, salieron de Nagasaki en febrero de 1582 y llegaron a Portugal a finales de 1584. Estando en Madrid, en el mes de noviembre de aquel año, el rey (que acababa de llegar de Lisboa) los animó a acercarse al Escorial. El mismo Felipe los escoltó personalmente. Los visitantes expresaron su admiración y sorpresa por «una cosa tan magnífica cual hasta ahora no hemos visto ni pensamos ver». Los jóvenes nobles se dirigieron entonces a Italia, desde donde emprendieron el camino de regreso, que —teniendo en cuenta los retrasos en la espera de los buques— se prolongó por espacio de cuatro años. Un largo viaje que, en total, había durado siete años y que demostró ser, a la larga, en balde, puesto que ni España ni el papado prestaron ayuda alguna a los asediados cristianos japoneses^[117]. La fama del Escorial, sin embargo, había penetrado por primera vez los territorios más alejados del globo.

4 EL TEMPLO MÁGICO DE LA SABIDURÍA

A partir del momento de su construcción, la por completo inesperada visión de un monasterio colosal y remoto acunado por las colinas del norte de Castilla nunca cesó de suscitar la admiración de sus observadores. Puesto que los visitantes raramente habían visto conjuntos similares —el monasterio de Guadalupe, en Extremadura, era el único de la Península que presentaba ciertas similitudes—, se sentían inclinados a concluir que dicho edificio era incomparable, si no un producto de la imaginación. Los comentaristas eran escépticos respecto a la rutinaria idea de que el monasterio podía estar en relación con el contexto inmediato de España, o de que fuera el resultado de un proceso habitual de decisiones, y trataban de encontrar explicaciones más inusuales. Con el transcurso del tiempo aumentaron las interpretaciones extravagantes^[1]. Entre las fantasías de los estudiosos, posiblemente la más popular era la idea, suscitada por un puñado de investigadores del siglo xx, de que el Escorial, de alguna forma, había sido inspirado por el deseo de Felipe de copiar el legendario templo de Salomón en Jerusalén. Sin ninguna prueba que lo sustentara, la hipótesis del Escorial como una reproducción mítica del templo ha sido reiterada por parte de estudiosos de fértil imaginación^[2]. Todo ello ha reforzado la visión de que el edificio posee la condición de misterio o enigma.

Es necesario recalcar que a mediados del siglo xvi, cuando Felipe II planeaba y construía San Lorenzo, no se hizo ni una sola referencia oral o escrita, ya fuera en España o en el resto de Europa, acerca de una posible conexión entre el templo judío, que una vez había existido en la ciudad histórica de Jerusalén, y el monasterio que se alzaba en las montañas de las afueras de Madrid. Una vez terminado el monasterio, los mismos monjes y algún que otro escritor se sintieron lo bastante orgullosos del edificio como para establecer comparaciones con la construcción bíblica. Ciertos observadores incluso se aventuraron a decir que la Biblia había inspirado los planes arquitectónicos de Felipe II. Estos hechos básicos han sido resumidos de la siguiente forma por un historiador reciente: «Si la idea de reproducir el templo de Salomón no existía antes de la construcción del Escorial, lo que sí es cierto es que su forma final trata de evocar una imagen del mismo»^[3]. Sin embargo, incluso esta «certidumbre», cabe agregar, es cuestionable.

La ausencia de cualquier prueba de un vínculo arquitectónico entre San Lorenzo y la Biblia, no obstante, no ha impedido el hecho de que un puñado de escritores haya salido a la búsqueda de explicaciones de origen exótico. Hay dos enfoques principales que han mantenido ocupados a estos comentaristas en décadas recientes. En primer lugar, el de un estudioso estadounidense, Rene Taylor, que en 1967 publicó un estimulante ensayo —que comentamos más adelante— en el cual defendía que las

ideas relacionadas con la magia habían inspirado a algunos artistas y arquitectos que colaboraron en la construcción del Escorial^[4]. Era y es una hipótesis perfectamente plausible. Muchos espíritus creativos de la época, como el mismo Felipe II, manifestaron interés por la magia. Sin embargo, ningún otro crítico de arte ha respaldado o agregado nada sustancioso a esta hipótesis. En 1979, Cornelia von der Osten Sacken^[5], una investigadora alemana, desarrolló con más profundidad un aspecto de la teoría de Taylor acerca de cómo la planificación del Escorial había sido influida por la figura de Salomón como fuente de ideas mágicas. Esto, a su vez, suscitó un segundo enfoque más bien poco metódico, según el cual, varios investigadores empezaron a buscar toda clase de referencias que podían hacer concebir la existencia de un vínculo entre Felipe II y el rey Salomón. La acumulación de alusiones al nombre del monarca bíblico tenía como propósito demostrar que Felipe se veía a sí mismo (aunque nunca lo dijo) como un nuevo Salomón construyendo el templo. ¿Era, por tanto, el Escorial un intento de reproducir el templo bíblico?

EL LEGENDARIO TEMPLO DE SALOMÓN

Desde la Edad Media, el nombre de Salomón había estado vinculado a los temas de sabiduría, magia y brujería^[6]. «Dios otorgó a Salomón sabiduría y gran entendimiento y anchura de corazón como la arena del mar» (Primer Libro de los Reyes 4: 29-30), y supervisó el templo que edificó en Jerusalén. A fin de evitar confusiones, es necesario recordar que había, de hecho, cuatro templos bíblicos: el primero fue construido por Salomón (y destruido por los babilonios), el segundo se edificó después del regreso desde el cautiverio en Babilonia y el tercero fue erigido por Herodes y destruido por los romanos. El cuarto templo «existió» solamente en una visión: su forma fue dictada por Dios al profeta Ezequiel durante el cautiverio. En la práctica, los comentaristas del siglo XVI tendían a limitar su atención al templo de Salomón, que estaba relacionado con los temas de la sabiduría y la magia. Además, fue el único que de manera explícita —se alegaba— fue diseñado y construido por Dios.

Con la llegada de la imprenta, publicaciones como el *Libro de Salomón*^[7], un manual esotérico, alcanzaron gran popularidad, al tiempo que despertaban el rechazo de la Iglesia, puesto que fueron conceptuadas como supersticiosas. La imagen de Salomón, sin embargo, no se hallaba limitada a su identificación con la magia, sino que también poseía relevancia política. Los gobernantes que se vanagloriaban de su inteligencia tendían a identificarse a sí mismos con el sabio rey bíblico. Varios monarcas, desde un rey del siglo XIV de Nápoles^[8] hasta otro del XVII de Gran Bretaña^[9], alardeaban de su identificación con la figura del soberano de la Biblia. A Enrique VIII le agradaba ser representado como Salomón, porque de esta manera

subrayaba lo apropiado de sus políticas^[10]. Holbein pintó una acuarela en miniatura en la que Enrique, caracterizado como Salomón, recibía a la reina de Saba, tema que otros artistas repitieron para otros monarcas. La biblioteca del Escorial, por ejemplo, conserva un fresco datado alrededor de 1586, pintado por el italiano Pellegrino Tibaldi, en el cual figuran Salomón y la reina de Saba. La obra parece que formaba parte del proyecto de decoración elaborado por el administrador de la biblioteca, el humanista Benito Arias Montano^[11].

En esta pintura, el rey, como arquetipo tradicional de sabiduría, está explicando algo de suma importancia a la reina, que lo visita. Con anterioridad, en el siglo XVI, el humanista francés Guillaume Budé, al dedicar su manuscrito *Institution du prince* al rey Francisco I, presentaba a Salomón como modelo de sabiduría en el cual cualquier soberano justo de Francia debería inspirarse^[12]. En Inglaterra, Francis Bacon dedicó su *Novum Organum* a Jacobo I como «Salomón el Sabio», y Rubens representó al mismo monarca como Salomón en el techo de la Sala de los Banquetes, en Whitehall. En la década de 1550 los zares de Rusia también recurrieron a este tema, no solo con el fin de realzar su propio estatus, sino también para fomentar la religión oficial, al elevar la figura de Salomón al nivel de santo cristiano. «La analogía con Salomón simbolizaba tanto la inspiración divina de la realeza, como la suma importancia del tema dinástico»^[13]. Era, pues, muy frecuente, por parte de los reyes cristianos de la época de Felipe II, compararse con los sabios reyes de la Biblia.

La reputación de «monarca sabio» resultaba útil para infundir confianza a sus propios subditos, pero esta era solamente una dimensión de la imagen de Salomón. La otra faceta poseía un carácter mucho más ambicioso. Salomón había construido el templo de Dios en Jerusalén. Se trataba del edificio religioso supremo de la fe judía, y los cristianos heredaron la misma veneración por él. Por asociación, la labor a la que se enfrentaban los reyes en sus gobiernos se entendía como una construcción (o reconstrucción) del templo. Es en ese sentido en el que varios comentaristas del siglo XVI se referían a las tareas que debía afrontar Carlos V. Cuando el cardenal Pole de Inglaterra, en un discurso frente al Parlamento en 1554, encomió la presencia del príncipe Felipe de España, y comparó sus obras a las de Salomón, estaba siguiendo una tradición aceptada^[14]. El mensaje de Pole era que Felipe posiblemente lograría establecer la paz entre cristianos, lo que su padre el emperador no había alcanzado. De la misma manera que Salomón había terminado el templo que su padre David nunca pudo completar, Felipe podía ser percibido como la figura que culminaría la obra de su padre. Las nociones de sabiduría y construcción se aunaban en un todo. El templo de Salomón, como concepto, representaba tanto el poder del Estado como la fe religiosa, ambos considerados cimas supremas de la autoridad moral. Los líderes políticos que eran conscientes del doble significado del templo no dudaron en aprovecharse de esta idea. En Rusia, durante el siglo XVI, el zar Boris Godunov, contemporáneo de Felipe II, planeó la construcción de una iglesia en el Kremlin de Moscú siguiendo el modelo de los supuestos planos del templo de Salomón en

Jerusalén^[15]. Aunque este plan nunca llegó a materializarse, los líderes rusos no olvidaron su significado. En el siglo XVII, el patriarca Nikon, aunque no llegó a construir un nuevo templo de Salomón, sí erigió una copia exacta de la iglesia de Jerusalén, el Santo Sepulcro, en su monasterio del Nuevo Jerusalén.

La cultura literaria se inspiró en gran medida en el conocimiento general sobre la Biblia, y los comentaristas del Renacimiento empezaron a adoptar referencias bíblicas sobre Salomón cuando hablaban de las excelentes cualidades de sus soberanos. Después de todo, ¿qué se esperaba de un rey, sino que fuera bueno, sabio, y justo? El prototipo de este monarca era, pues, Salomón, y a él se referían los escritores que deseaban defender la conducta de sus reyes. En España, sin embargo, la representación de Felipe II como réplica de Salomón era, por lo visto, completamente desconocida, y a los españoles (como ya veremos) este tema les preocupó muy poco hasta finales del siglo XVI. Curiosamente, no faltaban las comparaciones entre Felipe y Salomón en diversos actos y en la literatura de otros países europeos. ¿Pero dentro de qué contexto se establecían dichas comparaciones?

Las primeras identificaciones de Salomón con Felipe II surgieron a mediados del siglo XVI, cuando la inminente sucesión del príncipe a los títulos de su padre sugirió el símil obvio con los personajes bíblicos de David y su hijo. David fue el gran emperador (identificado aquí como Carlos V), y su hijo y sucesor, Salomón (reconocido, por tanto, como el príncipe Felipe). Los escritores humanistas, que obviamente estaban familiarizados con la Biblia, se inspiraron a menudo en la imagen de David-Salomón durante el «felicísimo viaje» de Felipe en 1548 hacia el norte de Europa, en unos momentos en que el tema de la sucesión se hallaba en su punto culminante. Durante el recorrido del príncipe por los Países Bajos, las ciudades competían entre ellas proclamando a Felipe como heredero de la corona de su padre, pero siempre dentro del contexto de la sucesión, no como resultado de ninguna virtud específica del hijo. En la ciudad de Ypres se construyó un arco de triunfo que tenía como lema: «David senex et plenus dierum regem constituit Salomonem filium suum»^[16], y en Haarlem había un arco que rezaba en español: «Salomón por Rey es ungido / en la vida del Padre suyo»^[17]. Lo mismo se repetía en una ciudad tras otra: en Gante, Brujas, Lille, Tournai, La Haya y Leiden, ya que el propósito del viaje del príncipe había sido el de declararse heredero en cada provincia independiente. Haarlem se veía a sí misma como la reina de Saba en busca de la sabiduría de Salomón, es decir, el príncipe. Calvete de Estrella comentaba cómo las estatuas de varios arcos «representaban como Solomon era coronado por Rey de Israel por consentimiento del Rey David su padre»^[18].

Las referencias de los neerlandeses acerca de David y Salomón han alentado a algunos comentaristas a declarar, en años recientes, que el príncipe se identificaba con Salomón. Una reciente tesis universitaria española afirma que «la relación de El Escorial con el templo salomónico servía al soberano para presentarse a sí mismo como un segundo Salomón»^[19]. En realidad, el monarca nunca se consideró a sí

mismo como el rey bíblico, y hay dos objeciones contundentes a este supuesto paralelismo. En primer lugar, durante su visita al norte de Europa el príncipe no solo fue comparado con Salomón, sino también con otras muchas figuras clásicas y bíblicas. Así, fue asimilado en repetidas ocasiones con la figura de Eneas descrita por Virgilio mientras cargaba a su padre en la espalda huyendo de las ruinas de Troya^[20]. La frase de Virgilio «imperium sine fine dedi»^[21] se le aplicó también a él. Además, se le comparó con Alejandro el Grande y Julio César, a pesar de que no había obtenido ninguna gloria militar^[22]. Siempre con respecto a la relación paterno-filial, fue asociado también con las figuras bíblicas de otros hijos: Isaac, José y Tobías. Otro de los temas que se repitieron constantemente tiene relación con las columnas de Hércules, las columnas gemelas que fueron uno de los emblemas de su padre, y con el lema «Plus Ultra», en el sentido de poder ilimitado^[23]. No existe prueba alguna de que el príncipe se identificase con ninguno de estos símbolos, lemas o personajes, y es engañoso singularizar la cuestión en la figura de Salomón.

En segundo lugar, las referencias acerca de Salomón se hallaban sin excepción limitadas a los Países Bajos, donde se hacían sobre todo dentro del contexto de la sucesión a la corona en dichas provincias. Estos paralelismos, además, se establecieron varios años antes de que Carlos V abdicase en favor de su hijo, y por tanto carecían de relevancia en los acontecimientos o circunstancias de España, donde a ningún escritor se le había ocurrido describir al príncipe como a un Salomón. Cuando el español Felipe de la Torre publicó en 1556, en Amberes, una obra^[24] que dedicó al nuevo rey de España, comparó a Felipe con Salomón exclusivamente por su condición de heredero de la labor del emperador como artífice de la paz entre los cristianos. La mención de esta actitud pacificadora era un reflejo no solo de lo que el cardenal Pole había expresado dos años atrás en el Parlamento inglés, sino también de la inquietud general compartida por los humanistas europeos. Lo que ni De la Torre ni Pole sabían era que Felipe, inspirado en parte en sus conocimientos personales de la situación en Alemania, se oponía vigorosamente a un compromiso religioso. En mayo de 1557, apenas unos cuantos meses después de convertirse en rey de España, le escribía a su tío el emperador Fernando advirtiéndole de que no aceptara ninguna política de negociación con sus oponentes religiosos^[25].

En la víspera de su partida de los Países Bajos hacia España, en 1559, Felipe II celebró una ceremonia —que, por cierto, fue la última de esta índole en dicho país— del cabildo de la Orden del Toisón de Oro. Estas sesiones duraron desde el 29 de julio hasta los primeros días de agosto. El 7 de agosto, Felipe inauguró la sesión de los Estados Generales de los Países Bajos en Gante, y explicó a los delegados el motivo de su partida. En preparación de estos acontecimientos, el Consejo de Estado de los Países Bajos le encargó a un joven artista, Lucas de Heere, que pintase para la catedral de Gante un lienzo sobre «La visita de la reina de Saba al rey Salomón».

El pintor se las ingenió para realizar su cuadro a tiempo (está fechado en 1559), y se encargó (obviamente siguiendo órdenes) de otorgar al rey Salomón los rasgos

faciales del nuevo soberano de las provincias, Felipe II^[26]. En el marco del cuadro, al rey español se le describe en latín como *alter Salomon* ('otro Salomón'). Estas referencias al personaje bíblico se hicieron, como podemos ver, muy lejos de España y en un contexto que nada tenía que ver con la Península. El rey Felipe que aparece en ellas era el soberano de los Países Bajos, no de España. Por el contrario, los españoles no mencionan el tema de Felipe II y Salomón hasta casi treinta años después.

En España, la identificación de Felipe con Salomón se realiza apenas una generación después de la existencia del Escorial, y con el propósito claro de establecer una comparación piadosa más que de insinuar que el rey deseaba en realidad crear una versión actualizada del templo de aquel. En su historia del monasterio, Sigüenza, que escribió después del año 1600, hacía una referencia al «templo de Ierusalem», pero establecía un paralelismo explícito con el concilio de Trento, no con el Escorial^[27]. Al hablar posteriormente del plan de Herrera de construir la basílica en la década de 1570, afirmaba que «imitó mucho a la del mismo Salomón»^[28], lo que sugiere que había en circulación ciertas ideas acerca del templo bíblico. Por ejemplo, en la Biblia Real que Arias Montano dirigió y ayudó a publicar en Amberes, en 1572, aparecía una ilustración del templo de Salomón en Jerusalén (véase más adelante y el capítulo 8). En efecto, el profundo interés de Montano por los textos bíblicos derivó en una atracción particular por la figura del rey David, atracción que se extendía, como es lógico, a su hijo Salomón. Durante los seis años en los que residió en los Países Bajos se familiarizó con ideas e influencias que dejaron su huella en el Escorial, especialmente en la biblioteca^[29]. La referencia hecha por Montano en la Biblia de 1572 se ilustra por medio de un esbozo del citado templo, reproducido como un edificio de múltiples patios interiores, en el más recóndito de los cuales se encuentra el *Sancta Sanctorum*.

A pesar de la estrecha relación de Montano con el rey, nadie se ha atrevido a sugerir que su concepto del templo (que probablemente no se basara solamente en sus ideas, sino en teorías compartidas también por otros) ejerció una influencia en los planos del Escorial. El hecho es que la vinculación del edificio con la figura bíblica de Salomón podía encontrarse en varios contextos que, obviamente, no tenían nada que ver con el soberano, y todavía menos con la planificación del Escorial. En 1567, el explorador español Alvaro de Mendaña zarpó con sus dos barcos desde Perú y halló por casualidad un pequeño archipiélago en el Pacífico que bautizó con el nombre de «islas Salomón»^[30], pero sería aventurado sugerir que tal denominación tenía un significado místico relacionado con el Escorial. Sin duda alguna, sería fácil encontrar otras menciones a Salomón. Pongamos como ejemplo un cuadro sobre el juicio de Salomón pintado por el italiano Francesco da Urbino, fechado en 1581, que cuelga de la celda del prior del monasterio.

La noción de un edificio de gran tamaño con un propósito divino desató inevitables paralelismos entre el Escorial y el templo bíblico. En 1640, por ejemplo,

Baltasar Gracián, en su *Criticón*, describía el monasterio como «aquel gran templo de Salomón Católico»^[31]. Esta descripción, que se hizo casi un siglo después de la construcción del monasterio, no brinda apoyo alguno a la teoría de que el soberano trataba de reproducir aquel sagrado edificio en el interior de sus tierras de Castilla. Si hay algo incontrovertible es que no existe un solo documento o declaración que demuestre que el monarca se inspiró en el templo de Salomón al diseñar San Lorenzo. Es posible que estuviese familiarizado con escritos (algunos formaban parte de su biblioteca) en los que se mencionaba el posible modelo, pero por lo visto estos no desempeñaron un papel relevante en sus planes reales.

Una vez que el Escorial se materializó, se multiplicaron las especulaciones y las teorías. La idea de un rey cristiano que replicara la imagen del templo judío, y por tanto completase el mensaje entero de la tradición judeocristiana, se remonta a tiempos muy anteriores a la Edad Media. Alrededor del siglo VIII, en Inglaterra, al Venerable Beda le fascinaba la idea del templo salomónico. A principios del siglo IX, cuando el emperador Carlomagno erigió la catedral de Aquisgrán, uno de sus consejeros, el inglés Alcuino de York, alegó que «había sido construida conforme a los principios aplicados por el mismo sabio Salomón durante la construcción de su templo». También comparaba al mismo Carlomagno con el soberano bíblico, así como a su padre con el rey David. El paralelismo entre personajes de la realeza que construyeron iglesias y el rey Salomón y su templo se encuentra en numerosas iglesias medievales en toda Europa.

En el caso del Escorial, la idea de Salomón como motivo de inspiración se basa, en parte, en la presencia, en la fachada de la basílica, de los seis reyes bíblicos, entre los cuales figuran precisamente David y Salomón. Como ya se ha indicado^[32], la razón de que fueran esculpidas estas estatuas es muy simple y nada tiene que ver con influencias esotéricas. En los esbozos de Juan de Herrera sobre el Escorial, en 1577, no aparece ninguna estatua, lo cual demuestra que nunca formaron parte del plan original. La explicación de cómo y por qué llegaron allí la brinda el cronista del monasterio. Sigüenza explica que «el doctísimo Arias Montano fue el inventor y por cuyo consejo se pusieron las estatuas de estos seis Reyes»^[33]. El interés por parte de Montano en las figuras bíblicas le llevó a proponer la realización de las estatuas, que fueron encargadas mientras el rey se encontraba en Portugal y que no se colocaron hasta el regreso de Felipe.

La teoría de que Felipe II deseaba imitar el templo de Salomón se originó solamente después de su fallecimiento, cuando los comentaristas sintieron que podían crear su propia fábula del Escorial. Tal propósito partió de un jesuita, Juan Bautista Villalpando (1552-1608), nacido en Córdoba, que ingresó en la orden en 1574, y pasó sus últimos veinte años, al menos, en Italia. Alrededor de 1583, los jesuitas de España designaron a Villalpando para que colaborase con otro colega jesuita, Jerónimo Prado, en un estudio textual del Libro de Ezequiel. A partir de 1592, si no antes, ambos trabajaron juntos en Roma. A Villalpando se le encargó concentrarse en la

descripción del templo de Salomón presente entre los capítulos 40 y 42 del Libro de Ezequiel. Cuando Prado murió, en 1595, Villalpando asumió la culminación de toda la obra. En 1596 publicó el primer volumen de *In Ezechielen explanationes et apparatus urbis ac templi Hierosolymitani*, que en gran parte se debía a la labor de Prado; los otros dos volúmenes, que aparecieron en 1604, fueron obra de Villalpando. Prácticamente no se sabe nada de su vida y de su carrera profesional, y lo que cuenta acerca de sí mismo en el libro resulta poco fidedigno y, en parte, probablemente falso. Es posible que en un intento de exagerar su cualificación, alegaba haber sido discípulo de Juan de Herrera, pero no existen pruebas que lo secunden. También aseguró haberle mostrado a Felipe II en 1580 un esbozo del templo de Salomón, con el propósito de hacer creer —es la conclusión a la que han llegado los entusiastas de lo oculto— que el soberano diseñó el Escorial inspirado por aquel boceto. Puesto que los planos del Escorial habían sido terminados, obviamente, mucho antes de 1580, hay que descartar la idea de cualquier vínculo entre este supuesto esbozo y la evolución de las ideas de Felipe II.

La obra de Villalpando le brindó una fama duradera. Se trataba del primer análisis del templo bíblico realizado por un estudioso de innegable erudición (en lo relativo a las lenguas y al texto de la Biblia) y sólida experiencia (en matemáticas y arquitectura). Todo el contenido —la descripción del templo, el mapa de la antigua ciudad de Jerusalén— era pura especulación, pero se trataba de una especulación basada en la información suministrada por las Sagradas Escrituras a partir de las visiones del profeta Ezequiel. En el siglo XVII, estudiosos como el científico francés Mersenne y el arquitecto inglés Iñigo Jones confesaron que se habían basado en sus ideas. En efecto, el benefactor de Iñigo Jones, el rey Carlos I, había leído la obra de Villalpando durante su confinamiento forzoso en el castillo de Carlsbrooke, en 1648^[34]; posteriormente, Rubens representó a Salomón en el techo de la Sala de Banquetes de Jones en el palacio de Whitehall. La idea de dar nueva vida al templo (una versión imaginada, en realidad) estimulaba las mentes de aquellos que percibían dicha construcción como una imagen de armonía mágica y celestial, y además suponía el cumplimiento de la profecía bíblica^[35]. Poco después de que el estudio de Villalpando se publicase en Italia, vio la luz, en 1613, un libro similar del teólogo luterano Matthias Hafenreffer, que, sin embargo, carecía de sólidos conocimientos arquitectónicos. Fueron los albores de una obsesión que inspiró a muchos escritores en toda Europa^[36]. Ya en 1593, en su *Antiquitatum Iudaicarum libri IX*, publicado en Leiden, Benito Arias Montano había hecho alguna que otra referencia al templo histórico de Jerusalén. Tal vez el más insistente en el tema fuese el rabino holandés de origen hispánico Jacob Judah León, quien publicó *De templo Hierosolymitano [...] libri IV* (Holanda, 1665).

Como tema central, todos estos estudios se proponían ofrecer una reconstrucción del templo bíblico. Muchos, como era el caso de Montano, descartaron las ideas de Villalpando por carecer de fundamento histórico, ya que no se basaban en el templo

auténtico de Salomón, sino en el que el profeta Ezequiel había descrito en su visión. Los comentarios de Montano son de gran valor, ya que recalcan la necesaria distinción que hay que hacer entre el templo real de Jerusalén —destruido tanto por los babilonios como por los romanos— y el templo imaginario que el profeta Ezequiel percibió a través de una visión. Con razón, el mejor arquitecto de esa época, Christopher Wren, calificaba el esbozo de Villalpando de «fábula». En su libro, Villalpando reprodujo una serie de bocetos de un enorme palacio de estilo renacentista que, probablemente, fuese la imagen del templo de Salomón tal y como fue percibido en la visión de Ezequiel. Si este era el bosquejo que mostró a Felipe II en 1580, no queda duda alguna de la absoluta irrelevancia que sus ideas tuvieron en los planes del rey para la construcción del edificio. La estructura del templo que figura en el Libro de Ezequiel, argumentaba Villalpando, no era simplemente la de un edificio proyectado por mente humana. Su concepción y sus líneas reflejaban un plan divino que, asimismo, era expresión de la armonía de la creación del universo. Se trataba, pues, de una creación divina, similar a la creación divina de Felipe II en el Escorial. Este edificio, desde su punto de vista, podía ser percibido como una versión del templo de Salomón.

Si Felipe mostró interés (y no existe prueba de ello) en los diseños presentados por Villalpando, pudo haber sido solo porque ya estaba familiarizado personalmente con una estructura similar. El dibujo de Villalpando presenta un parecido sorprendente con un edificio milanés, que Felipe sin duda conocía gracias a las dos visitas realizadas a la ciudad de la que era duque. El gran Ospedale Maggiore (ahora sede de la universidad estatal), construido alrededor de 1460 por el duque de Milán, que por aquel entonces era Francesco Sforza, y obra del arquitecto Antonio Filarete, guarda una extraña semejanza con el edificio imaginado por Villalpando. También contaba con una serie de características que pudieron haber influido perfectamente en los planos del Escorial. Como podemos ver en el boceto del propio arquitecto^[37], la fachada exterior del Ospedale ostentaba varias torres que existían también en el diseño de Villalpando, pero que fueron eliminadas en los últimos planos del conjunto escorialense. Lo que es más importante, sin embargo, es el diseño de una serie de patios interiores irregulares, con la basílica principal situada en el mismo centro de la estructura del edificio, en medio de su propio patio interior.

Si tenemos en cuenta el diseño del Ospedale, está claro que el plan final que se llevó a cabo en el Escorial no era nuevo en absoluto, y se basaba en una tradición que Juan Bautista de Toledo había heredado y con la que el rey estaba personalmente familiarizado^[38]. Si, como parece muy probable, Juan Bautista se inspiró específicamente en su conocimiento personal del Ospedale, y si Felipe dio el visto bueno basándose en su propia experiencia milanese, el diseño del edificio del Escorial puede percibirse en parte como producto de ideas derivadas de un conjunto arquitectónico emblemático del Renacimiento italiano.

Así, este escrutinio de la génesis del plano del edificio oblitera cualquier supuesto origen exótico y nos priva de explicaciones misteriosas. Otros escritores de generaciones posteriores a la de Felipe II, más preocupados por la búsqueda de aspectos sobrenaturales que por las realidades mundanas del «ladrillo y la argamasa», siguieron consagrando su considerable talento intelectual a la exploración de significados ocultos. Tal vez el paralelismo más ingenioso establecido entre el Escorial y el templo se deba al teólogo español de origen checo Juan de Caramuel y Lobkowitz (1606-1682), políglota y autor polifacético de, según las estimaciones, 262 obras, que publicó en español, a finales del siglo XVII, su *Architectura civil, recta y obliqua: Considerada y dibuxada en el Templo de Ierusalen [...] promovida a suma perfección en el templo y palacio de S. Lorenzo cerca del Escorial* (3 vols., Vigevano, Italia, 1678). Caramuel era un genio universal que pasó toda su vida profesional fuera de España ejerciendo como sacerdote, estudioso y diplomático, y que compartía con muchos otros europeos el gusto por lo oculto. Tal como sucedió con los autores que incorporaron el Escorial y el templo de Salomón a su esquema mental, a Caramuel le preocupaba principalmente no tanto el edificio en sí, como lo que se ocultaba tras sus muros, conceptos espirituales concretos relacionados con la naturaleza del universo y el lugar que el hombre ocupa en él. Dichas ideas, evidentemente, guardan muy poca relación con la auténtica historia del Escorial, y todavía menos con Felipe II.

Sin embargo, es difícil desprenderse del interés en estos orígenes insólitos. En el siglo XVII, los principales filósofos y científicos europeos habían estudiado matemáticas, una ciencia que —desde su punto de vista— se ofrecía como procedimiento para medir las dimensiones, el tiempo y todos los aspectos de la realidad. Igual que Descartes, creían que Dios era el matemático supremo. Resultaba obvio que el arte y la arquitectura formaban parte de esta configuración matemática. Hace algunas décadas, el estudioso del arte Rene Taylor sugirió que ciertos aspectos del diseño del Escorial indicaban una influencia de las ideas matemáticas ocultistas vinculadas a la filosofía renacentista pagana^[39]. Observó que un fresco de Luca Cambiaso que decoraba el techo del coro superior de la basílica mostraba de manera prominente la silueta de un cubo. La imagen de un cubo, aseguraba, puede encontrarse en las obras del filósofo medieval catalán Ramón Llull y también en un tratado del siglo XVI escrito por Juan de Herrera o Juan Bautista. Esto significaba que uno de estos dos arquitectos había trazado deliberadamente la figura en el fresco. El uso del cubo como dimensión preferida puede encontrarse en la obra de algunos arquitectos por simples razones técnicas^[40]. Taylor, sin embargo, prefería recurrir a una explicación misteriosa. Herrera también poseía un conocido interés por lo oculto, especialmente por las obras del mítico y visionario Hermes Trismegisto de la era precristiana (a cuyas ideas se refieren los estudiosos como «hermetismo»). Taylor concluía diciendo: «El manifiesto interés de Herrera por lo oculto nos induce a reflexionar que el mismo Escorial sea posiblemente un edificio hermético»^[41]. Taylor

se apresuró a convertir esta «reflexión» acerca de una ambigua «posibilidad» en una certidumbre. Herrera no era el único, remarcaba Taylor. Colaboró estrechamente con el rey, que a su vez tenía un profundo interés en el ocultismo y la magia (lo que se comenta más adelante), hasta el punto de que Herrera pudo haber sido —afirma Taylor— no solo el arquitecto del rey, sino también su mago personal^[42].

Villalpando, a quien ya hemos mencionado, fue posiblemente discípulo de Herrera. Para Taylor este vínculo sustentaba la afirmación de que el Escorial, una creación —en su opinión, pero no en la de otros muchos estudiosos— de Herrera, era de modo explícito una imitación del templo de Jerusalén. A fin de mitigar la fuerza de esta sorprendente declaración, Taylor agregaba: «Si consideramos el Escorial como una copia del templo, hay que tener en cuenta que nunca se tuvo en mente que fuera una *vera imago*»^[43]. En otras palabras, era una copia, pero no era una copia, puesto que no había un parecido físico real. Con todo, a fin de establecer esta conexión, Taylor apuntaba la existencia de una serie de símbolos y diagramas en diversas partes del Escorial que, presumiblemente, poseían un significado mágico. En particular, alegaba Taylor, el hecho de que los planos del edificio pudieran encuadrarse en un círculo confirmaba que el conjunto estaba basado en un diseño de significado oculto. Estas pruebas fragmentarias servían para demostrar que el monasterio había sido creado en un contexto plenamente influido por lo mágico.

En cualquier caso, se puede objetar, esta hipótesis se basa solo en suposiciones y conjeturas. El famoso «cubo» del fresco de Cambiaso, por ejemplo, puede encontrarse explícitamente en el texto bíblico del Libro de Ezequiel, en el capítulo 41, donde «el lugar más sagrado» del templo de la visión es un cubo perfecto. Cambiaso podía haber obtenido esta referencia de la Biblia sin necesidad de consultar a Ramón Llull. La tesis de Taylor excede la prueba tangible, de tal manera que es imposible de desmentir o refutar, porque ni siquiera la demolición de sus premisas básicas —por ejemplo, su conjetura central de que Herrera fue el responsable de los planos del Escorial— sirve para destruir la creencia en la telaraña de especulaciones que sigue cerniéndose elegantemente sobre el Escorial. Los arquitectos y artistas juegan a menudo con la imaginación en sus creaciones, y los que colaboraron en la construcción del Escorial tal vez también lo hicieron. No es descabellado pensar que haya símbolos mágicos ocultos en los techos y rincones de este vasto edificio; pero en ningún momento el mítico templo de Salomón desempeñó un papel explícito o consciente en la planificación o en las ideas de Felipe II acerca del monasterio. Taylor cita como apoyo a su teoría el comentario de Sigüenza de que el Escorial era «otro templo de Salomón»^[44], pero omite mencionar que el cronista y monje negó de manera clara cualquier paralelismo físico entre aquel edificio bíblico y el de Felipe II. Durante varias páginas en las que intentaba refutar precisamente la idea propuesta por Taylor, Sigüenza arguyó con firmeza que había por lo menos doscientas diferencias entre ambos edificios, y que, en cualquier caso, el templo de Felipe era más grande que el templo histórico de Salomón^[45].

En un trabajo reciente, un autor español, influido por las conclusiones del doctor Taylor, declara: «Todo esto indica que Felipe II optó por el modelo más ambicioso de todos: nada menos que el templo de Salomón, el edificio más perfecto de la tradición judeo-cristiana»^[46]. Sería más correcto sustituir en esta cita las palabras «todo esto» por «nada de esto». Con un planteamiento respaldado por varias referencias eruditas, que, analizadas con detenimiento, se revelan enteramente basadas en premisas de origen dudoso y en la mera especulación^[47], este autor insiste en la idea de que el rey era un creyente devoto de algo —que nunca se define, pero que parece ser algún tipo de culto— llamado «salomonismo». La conclusión a la que llega es insólita, precisamente porque no se aporta evidencia reseñable alguna: «El 29 de diciembre de 1558, mientras atendía el funeral de su padre, a Felipe se le ocurrió la idea que necesitaba, y que tal vez había ido cristalizando en su mente. Iba a crear la tumba de su padre basándose en el ejemplo más prominente de arquitectura religiosa: el templo de Salomón»^[48]. De hecho, las ceremonias del funeral de su padre se llevaron a cabo en Bruselas, el 28 de noviembre de 1558^[49], no en la fecha mencionada^[50]; no hay ningún documento que sugiera que a Felipe se le ocurrió alguna idea en esos momentos^[51], y el templo nunca fue un «ejemplo prominente» de arquitectura religiosa en Europa, por el simple hecho de que nadie tenía idea alguna de su apariencia física. Las asociaciones aleatorias y las alusiones ambiguas siguen siendo los métodos preferidos por los escritores que quieren demostrar que el Escorial se construyó conscientemente como parte de un vasto plan de naturaleza mística que abarcaba continentes enteros^[52]. La considerable bibliografía acerca de este tema es, en su gran mayoría, de origen español^[53], y se basa por completo en la especulación imaginativa.

EL TEMPLO DE LA SABIDURÍA

Incluso si rechazamos el vínculo con el templo de Salomón, podemos afirmar, no sin razón, que Felipe deseaba crear en su palacio un centro de sabiduría. El príncipe había sido educado con esmero por su padre. En julio de 1534 Carlos V asignó un tutor a Felipe, aparentemente «para que le enseñase a leer y a escribir», pero cabe suponer que este proyecto preveía un nivel más alto de formación. Los cuadernos de lectura y de gramática, creados específicamente para el aprendizaje de Felipe, fueron escritos por uno de los humanistas de la casa real, que también tradujo al español la obra de Erasmo *Institución de un príncipe cristiano* con el mismo propósito. El tutor de Felipe informaba a Carlos en noviembre de 1535 de que «el juicio que tiene basta para que en poco tiempo sepa mucho»^[54]. En marzo de 1540, «en el hablar latín ha arto aprovechado, porque no se habla otra lengua en todo el tiempo del estudio [...]. El escribir en latín se ha comenzado». En 1541 se nombró a Cristóbal Calvete de

Estrella para que enseñara a Felipe latín y griego, a Honorato Juan para impartir las clases de matemáticas y arquitectura, y a Juan Ginés de Sepúlveda para instruirlo en geografía e historia. Aunque estos humanistas y estudiosos ilustres no lograron que el príncipe adquiriese el nivel de excelencia deseado por su padre, su dominio del latín era superior a la media, y a pesar de que su estilo literario carecía de pretensiones, sobresalía por su nivel de exactitud y lucidez; su caligrafía, que en general era difícil de entender, podía llegar a convertirse casi en un placer para la vista en los momentos en que Felipe se sentía relajado^[55]. Aunque fue educado como humanista, nunca se convirtió en uno de ellos. No obstante, poseía una competencia cultural extraordinaria para un jefe de Estado.

Su asombrosa capacidad para absorber la información necesaria se demostraba en la dedicación a sus deberes. Aprender latín, así se lo advertía su padre, era esencial para su trabajo, y el príncipe obedientemente se aplicó a ello. En un país donde la élite sobresalía por el desconocimiento de esta lengua^[56], se trataba de un logro considerable. Durante su reinado, el humanista Juan Huarte de San Juan publicó un libro en el que observaba lo siguiente: «¿En qué va ser la lengua latin tan repugnante al ingenio de los Españoles y tan natural a los Franceses, Italianos, Alemanes, Ingleses y a los demás? Como parece por sus obras: y que por el buen latin conocemos ya que es extranjero el autor, y por el bárbaro y mal rodado, sacamos que es Español»^[57]. Felipe fue una excepción en su propio país. Era capaz de redactar cartas oficiales en latín, e incluso podía conversar en esta lengua si era necesario (con príncipes extranjeros, y sobre todo durante sus visitas a Inglaterra y Alemania). Ello le brindó la confianza necesaria en su faceta de coleccionista de libros. También entendía el portugués (gracias al círculo de portugueses que había en la corte de su madre) y tenía un dominio moderado del francés. Podía leer el italiano sin problema alguno, como atestigua la gran cantidad de correspondencia de Estado escrita en italiano en la que aparecen de su mano anotaciones detalladas al margen. Por el contrario, aunque el griego formaba parte de sus estudios, nunca lo aprendió (algo habitual entre las élites españolas), de modo que se veía obligado a depender de sus bibliotecarios para evaluar las obras escritas en esa y otras lenguas desconocidas para él. Cuando, en 1547, Gonzalo Pérez, por aquel entonces su secretario, le dedicó una traducción al castellano de la *Ilíada*, tenía la esperanza de que Felipe «pueda ver en su lengua lo que tantos principes señalados leyeron en griego»^[58].

Su rechazo a convertirse en un estudioso no significaba que no valorase la erudición. Sus tutores, sobre todo Calvete de Estrella, recibieron fondos para crear una biblioteca para el príncipe. Felipe creció rodeado de libros escritos por genios de la civilización occidental. Entre los volúmenes adquiridos por Calvete en 1545, comprados en Salamanca y Medina del Campo, pero la mayoría de ellos impresos en el extranjero, figuraban títulos de Sófocles, Virgilio, Aquino, Luis Vives, Beda, Boccaccio, Savonarola, Petrarca, Dionisio el Areopagita, Vitruvio, Copérnico (*De Revolutionibus*) y las obras completas (*Opera omnia*) de Erasmo^[59]. En 1553 su

biblioteca contenía «libros de todas las facultades y lenguas», incluidas obras de Durero, Dante y Maquiavelo^[60]. Felipe hizo crecer esta colección durante años, en el transcurso de los cuales siguió adquiriendo volúmenes que satisfacían su interés personal en la arquitectura y el arte, la música, la guerra, la magia y la teología. El príncipe, sin duda alguna, se sumergía en su lectura, pero como otros soberanos de su época, carecía del tiempo necesario para consagrarse a la erudición. La abundante selección de libros servía, más bien, para estimularlo a recopilar más libros.

Esta colección fue tal vez la más ambiciosa de sus aspiraciones, puesto que planeaba adquirir libros procedentes de todas partes del imperio. Ningún otro monarca contemporáneo, ni siquiera el papa, emprendió un proyecto de semejante magnitud. Los orígenes de esta empresa se remontan a lo ya mencionado en el capítulo 1 acerca de su conocimiento de la famosa biblioteca Fugger en Augsburgo, una excelente colección que sumaba un total de diez mil volúmenes. Cuando el negocio de los Fugger pasó por dificultades económicas, su amigo el duque Alberto V de Baviera compró (1571) los volúmenes y los donó a la Biblioteca del Estado de Baviera, que él mismo había fundado en Munich en 1558. Entre tanto, Ulrich (1526-1584), uno de los miembros de la familia de los banqueros alemanes, se había trasladado desde su Augsburgo natal a Heidelberg en 1564, llevando consigo su extensa colección de libros, que a su muerte donó a la famosa Biblioteca Palatina situada en su ciudad de adopción. Era una época excepcional para la fundación de bibliotecas, y Felipe tuvo muchos precedentes que le sirvieron de modelo, así como la seguridad de que el mercado de libros y manuscritos era muy activo.

Organizar una vasta biblioteca era un hecho relativamente novedoso en España^[61], y la experiencia de Felipe con la biblioteca Fugger pudo haber tenido una importancia decisiva. Años más tarde, en 1556, durante su segunda visita a los Países Bajos, recibió una petición de un español, Juan Páez de Castro. «Quien considerase», escribía Páez de Castro, «la suma de dineros que sacan los que van fuera de España a estudiar y lo que llevan libreros franceses y de otras naciones por causa de libros y papel, verá la importancia que es tener librerías reales»^[62]. Parece ser que Páez de Castro estaba pensando en conseguir el apoyo del Gobierno para la creación de librerías públicas, a fin de evitar la salida de dinero. Su principal sugerencia fue la creación de una «librería real» en Valladolid, para que los estudiantes y el clero de dicha ciudad pudieran consultar sus volúmenes. Las ideas de Felipe no eran, en absoluto, de índole práctica. La colección Fugger, con su riqueza de manuscritos, apuntaba en una dirección completamente distinta.

Al mismo tiempo que Páez de Castro presentaba su petición, un humanista español que residía en los Países Bajos atrajo la atención del rey sobre la importancia de la lectura. Felipe de la Torre, cuya *Institución de un Rey Christiano* fue publicada en Amberes en 1556, con una dedicatoria a Felipe, recalca en su tercer capítulo «quanto necesidad tienen los Reyes de leer libros, y de hombres que les avisen la verdad». Tal y como demostró durante su vida, el rey leía, aunque no disponía de

mucho tiempo libre para hacerlo. Por lo visto, prestó atención a De la Torre, al menos en sus recomendaciones acerca de su colega humanista Fox Morcillo^[63], que fue nombrado tutor del príncipe don Carlos. Aunque sobresalió como coleccionista, Felipe siempre tuvo presente —como podemos ver a raíz de una carta dirigida a su embajador en Francia, Francés de Álava, que aparece más adelante— que los libros están hechos para leer.

Desde las primeras etapas de la construcción del Escorial, ya estaba planificando su colección. Su búsqueda de libros era, en cierto sentido, una duplicación de su búsqueda de reliquias (véase capítulo 8), y la mayoría de las veces la llevaron a cabo las mismas personas. En efecto, muchos de los volúmenes que llegaron a sus manos fueron tratados con la misma veneración que si de objetos santos se tratase^[64]. Gracias a su extensa red de diplomáticos, el rey tenía acceso a todos los rincones de Europa en su rastreo de libros excepcionales. Era, tal y como mencionaba a su representante en Francia, el citado Francés de Álava, una empresa arraigada en lo profundo de su ser, y una de las razones fundamentales de la creación del Escorial, «una de las mas principales cosas que yo alli querría dexar»^[65]. La biblioteca no fue, pues, una ocurrencia tardía, sino que formó parte del plan fundamental. Su secretario Zayas completó la carta real con una nota recordando al embajador que «Su Magestad quiere formar la librería famosa de libros de mano y otros raros y gastar en ello 50.000 ducados y que se busque quanto bueno huviere en la Christiandad»^[66]. Justo antes del día de Navidad de 1567, el rey le escribía a Álava^[67]:

El precio de los libros griegos de mano que vais hallando es harto moderado, mas conviene que antes que los toméis, enviéis los títulos de cada uno dellos, y los nombres de los auctores y materias de que tratan, y si son verdaderamente antiguos o trasladados de antiguos, porque en esto va mucho y aun el todo. Y pues en essa Universidad havra hombres doctos y avisados en esto, sera bien que encomendéis a quien lo entienda muy bien, sin decir que son para mi sino para algún amigo vuestro, porque no se encarezcan.

A partir de 1560, Felipe agregó a los libros que ya había recopilado en sus palacios obras de cada una de las ramas conocidas de las artes^[68]. También empezó a seleccionar los volúmenes que irían dirigidos al Escorial, cuya pieza central iba a ser la biblioteca, a la cual se había destinado un ala específica del edificio. Siempre que le era posible, confeccionaba personalmente una lista de entregas, tal como sucedió en 1567: «Quatro arcas de libros están a punto para ir al Escorial, y en el Pardo tuve un poco de mas tiempo que aquí para sacar la memoria dellos»^[69]. Su núcleo fue la propia donación del rey. Además, persuadió a varios prelados y nobles para que legaran sus libros para la colección: en julio de 1572, una parte considerable de las obras propiedad de la poderosa familia Mendoza fue remitida al Escorial. Durante las mismas semanas, se incorporó a este repertorio una biblioteca «comprada en Flandes»^[70]. Entre las bibliotecas personales agregadas cabe distinguir de forma particular la del prelado Antonio Agustín, en 1587. Los agentes de Felipe escudriñaron cada rincón de Europa occidental en busca de ediciones raras. En

noviembre de 1572, el rey urgió a su embajador en Francia a averiguar si ciertos manuscritos escritos en griego y latín que formaban parte de la colección del rey de Francia estaban disponibles para su compra; además, añadía Felipe, «en Marsella me dizen ay una»^[71]. En 1572 se encargó al embajador en Roma la tarea adicional de salir en busca de libros. Tras el fallecimiento de un obispo en 1573, el rey escribió a su testamentario preguntándole si podía comprar la biblioteca del prelado. Al principio, los volúmenes debieron de recogerse de manera apresurada y desorganizada. A medida que se acumulaban valiosos ejemplares, incluso el secretario encargado, Gracián, tuvo que admitir que «aquello es una confusión peor que el antiguo caos de Hesiod»^[72]. Sigüenza no fecha la primera entrega importante de libros hasta 1575: «Este mismo año se hizo la primera entrega de los libros que aquí yva juntando su Magestad para que se comencase a levantar una librería celebre, contáronse quatro mil cuerpos»^[73]. Es cierto, no obstante, que había una cantidad considerable de obras en la biblioteca mucho antes de esta fecha.

Dentro de España, el proyecto de coleccionar publicaciones incluía un plan para salvar de la ruina libros raros que pudieran encontrarse en remotas parroquias del campo. No sabemos hasta qué punto este proyecto se llevó a cabo con eficacia, pero el plan que Felipe confió al capellán Ambrosio de Morales se completó no sin cierto éxito. A partir del mes de junio de 1572, Morales pasó ocho meses recorriendo iglesias y bibliotecas del noroeste de España. En general, encontró que había muy pocos libros en esa región, con la notable excepción de la catedral de Oviedo, donde «hay mas libros Gothicos que en todo junto lo demás del Reyno de León, Galicia y Asturias». Estos libros solo podían tomarse después de negociar con las autoridades competentes, pero Morales tenía la certidumbre de que todos los volúmenes disponibles acabarían deteriorándose a menos que fueran recogidos y salvados^[74]. La preocupación por preservar y ordenar documentos y libros tenía —es importante recordarlo— su propia dimensión administrativa. Felipe fue el creador del archivo estatal de Simancas, que todavía sigue siendo el repositorio de los primeros documentos escritos en castellano.

Esta preocupación por los libros, típica de un bibliófilo, conllevó que el rey adoptara la curiosa política de usar el espacio disponible en los almacenes de la biblioteca para guardar libros censurados por la Inquisición. Aunque la idea de salvar libros prohibidos ha sido a veces atribuida al obispo catalán Joan Baptista Cardona de Vic, que redactó un tratado acerca de la administración de bibliotecas (*De Bibliotheca*, 1587), las inquietudes del rey al respecto existían desde mucho tiempo antes. En 1568 el secretario Zayas informaba de lo siguiente: «Recibí el Testamento Nuevo en español, y aviéndole embiado al Escorial me lo volvió su Majestad sin leer palabra»^[75]. Se trataba de la primera edición del Nuevo Testamento que unos exiliados españoles acababan de publicar en Francia, pero el rey no quiso cometer el pecado de leer una versión herética de la Biblia. Fue una década en la que todos los Estados de Occidente, incluidos Inglaterra y Francia, practicaban

activamente la censura, y Felipe intentaba ser precavido acerca del problema (en España, era el Gobierno en vez de la Inquisición el que controlaba las licencias de publicación). Cuando, en 1567, un destacado humanista, el francés Francois Baudouin, solicitó permiso para dedicarle un libro^[76], Felipe revisó la obra y comentó: «El libro de que trata es material muy delicada y de mucha consideración, y en estos tiempos algo peligrosa, pues todo lo que contiene son cosas destado y gobierno»^[77]. Ordenó que la decisión acerca de su calidad la tomaran los expertos.

El hecho de que un libro no obtuviera aprobación no implicaba necesariamente la obligación de destruirlo. Felipe se sintió muy complacido cuando uno de sus asesores en los Países Bajos (y futuro bibliotecario del Escorial), Benito Arias Montano, fue capaz, en 1570, de idear un sistema de censura que permitía expurgar textos de los libros sospechosos, con lo cual podía darse el caso de que una obra circulara sin necesidad de ser censurada por completo. Al monarca le agradó tanto la iniciativa que incluso recomendó a la Inquisición española que la adoptara. Los libros censurados en el Escorial, bajo ciertas circunstancias, podían ponerse a disposición para su consulta. En 1577, por ejemplo, el inquisidor general Gaspar de Quiroga aconsejó al rey que «la Biblia en romance para la librería de San Lorenzo el Real podrá estar guardada en un arca por ser libro prohibido, y quando alguna persona la quisiere ver la podrá mostrar el bibliotecario a su alvedrio»^[78]. En 1585 el prior informó de que la biblioteca poseía muchos libros prohibidos «que su Magestad ha embiado en diversas vezes, y estos se guardan en ella con licencia del Señor Don Gaspar de Quiroga». La costumbre, establecida en el Escorial, de contar con un almacén secreto para los libros prohibidos se extendió más tarde a la mayoría de las bibliotecas europeas, incluido el British Museum^[79]. Medio siglo después, esta práctica aún seguía en vigor; en 1639 el Escorial poseía un total de 932 libros prohibidos^[80].

Es indudable que Felipe se sentía orgulloso de su biblioteca. Cuando Anna y los príncipes reales visitaron el Escorial en 1575^[81], la reina mandó que un grupo de pastores locales esquilara sus rebaños al pie de su ventana, según era costumbre. Acompañaron sus esfuerzos con canciones bulliciosas e indiscretas, que solazaron al rey y a la reina. Se recompensó a los pastores con abundante vino, que sirvió para rebajar el tono de las canciones e incrementar la hilaridad general. El día después de su cumpleaños, el rey y los jóvenes archiduques^[82] participaron en una procesión a caballo por el monasterio. La noche siguiente, el 23 de mayo, Felipe ejerció como guía de su esposa, sus hijas y los archiduques, además de un largo séquito. Les mostró con orgullo el recinto que iba a ocupar su futura biblioteca: «iba haciendo la plática —observó un monje que estaba presente— de todas las cosas que habia en dicha librería, y las enseñaba y platicaba a la reina Dona Anna, de manera que lo vieron todo muy bien y de espacio»^[83].

Felipe confió a Arias Montano —entre otras cosas— la sección de libros árabes. El Escorial terminó contando con una de las mejores colecciones occidentales de obras escritas en esta lengua, que estaba desapareciendo en España. Entre un

segmento de la población musulmana, era ya una lengua más hablada que escrita. Entre los cristianos, «agora no se entienda ni use entre los estudiosos», según Montano^[84]. Para el rey, como coleccionista, los libros en árabe siguieron teniendo un gran valor. En 1573 convocó al médico y estudioso de origen musulmán Alonso del Castillo para que le ayudase a catalogar la colección de libros del Escorial y elaborase medicamentos de origen árabe^[85]. Durante sucesivas generaciones, por desgracia, la posición social de los moriscos en Castilla empeoró, y la medicina árabe resultó desprestigiada. Por otra parte, la mayor parte de la población musulmana de España fue expulsada de 1609 en adelante. Hay que reconocerle al rey que, cuarenta años antes de este acontecimiento, y con mucha anterioridad a que la idea de la expulsión fuera siquiera considerada, supo apreciar el peso cultural de los musulmanes hispánicos y convertir el Escorial en el repositorio de manuscritos islámicos más importante de Europa occidental.

Tal y como la concibió el soberano, la biblioteca estaba destinada a los lectores. Su propósito no era el de constituir solo un almacén. Las obras contenidas en ella tenían un propósito e interés universal. Arias Montano, el primer bibliotecario, dejó la huella cosmopolita de su cultura en una colección en constante aumento. En 1567, Felipe escribía desde el Escorial a Francés de Álava, en Francia:

En lo de los libros yo tengo ya mandado juntar aqui alguna buena cantidad dellos, aunque todavía holgaré que de ay se tomen todos los mas raros y exquisitos que se pudieren haver, porque lo entiendo de la manera que vos decís, que es una de las principales memorias que aquí se pueden dexar, assi para los religiosos como para el beneficio publico de todos los hombres de letras que quisieren venir a leer en ellos^[86].

La frase «venir a leer» merece nuestra atención. Hay que reconocer el mérito de Felipe, aunque solo fuera por considerar la teoría de que una biblioteca era para los lectores. En esa época, el coleccionismo de libros era más un alarde de estatus cultural que un servicio al público. La biblioteca —se ha comentado acerca de la célebre que perteneció al conde de Gondomar, de finales del siglo XVI— «se concibió más como una clase de museo, cuyo propósito radicaba en la experta conservación, así como el orden y exhibición de su contenido, en vez de su uso»^[87]. Era más una exhibición de poder que de conocimientos, circunstancia que encajaba con el gusto de la nobleza renacentista. La biblioteca de Gondomar (que en el momento del fallecimiento del conde alcanzaba la cifra de unos siete mil volúmenes) no tenía como fin un uso práctico, pero evidentemente el rey era de otro parecer y deseaba que sus libros pudieran consultarse. En la práctica, no parece ser que tal propósito se llevase a cabo, y no existe ningún registro de lectores que acudieran al Escorial. En efecto, los críticos de la época aplaudieron la idea de que el monasterio albergase una biblioteca, pero en su opinión se hallaba demasiado alejada de todo lugar y, por tanto, su consulta resultaba imposible. El jesuita Juan de Mariana se estaba refiriendo ciertamente a la biblioteca del Escorial cuando comentó, en una obra publicada justo

después de la muerte del rey, «convendría que los reyes facilitasen mucho mas a los hombres eruditos. ¿Que provecho podemos sacar de libros que están, por decirlo así, cautivos y sujetos?»^[88]. El clero, que tenía sus propios motivos de hostilidad contra la orden de los Jerónimos, también se unió al coro de los censores. Algunos de sus miembros cuestionaron la capacidad intelectual de los monjes a los que se habían confiado los libros.

Para su uso privado en sus aposentos del Escorial, Felipe II contaba con una colección más modesta que totalizaba unas cuarenta obras, algunas de ellas en forma de manuscrito^[89]. La mitad de estos libros habían sido impresos en el extranjero, principalmente en Amberes y París; el rey —a pesar de la errónea creencia de lo contrario— nunca restringió la importación de los libros extranjeros. Su colección privada incluía varios misales, las obras completas de su capellán, Luis de Granada, las de santa Teresa de Ávila, un volumen acerca de la Virgen de Guadalupe y uno dedicado a la Virgen de Montserrat. Evidentemente, estos textos estaban destinados exclusivamente a su lectura piadosa antes de acostarse. Sus preferencias personales tal vez se reflejen con más exactitud en los libros que dejó en herencia en su último testamento. Entre ellos figuraban, por ejemplo, la *Consolación* de Boecio (en francés), las *Crónicas* de Froissart (en francés), libros sobre guerra y caza (uno de ellos también en esta lengua), las obras de Dante y Petrarca, la traducción de su secretario Gonzalo Pérez de la *litada* o el volumen de Calvete de Estrella acerca de los viajes de Felipe por los Países Bajos cuando era príncipe^[90].

La pretensión de Felipe de llevar a cabo grandes proyectos en el mundo de los libros se vio constantemente frustrada por el atraso de la imprenta y la enseñanza en la Península. Los autores que deseaban que se imprimieran bien sus libros tenían que recurrir, como norma, a editoriales extranjeras. El mismo rey tuvo que ordenar impresiones en Flandes o Italia. La contribución extraordinaria que realizó a través de sus esfuerzos en el Escorial (incluido, como veremos en el capítulo 8, su intento de otorgar al monasterio un monopolio para la distribución de libros), contrasta con el lamentable estado de los teóricos repositorios de sabiduría en España: las universidades. Bonaventura de Smit, un humanista de Brujas que precisamente durante los años en que Felipe estaba construyendo el Escorial se encontraba en España como secretario y bibliotecario del cardenal arzobispo de Burgos, nos brinda una triste imagen de universidades vacías, cátedras de bajísimo nivel, clases suspendidas durante cinco meses al año, y estudios de medicina y letras que languidecen. En definitiva, un panorama desolador en comparación con las facultades de Italia y los Países Bajos^[91].

Al igual que otras personas inteligentes de la época, el rey se sentía a un tiempo fascinado y escéptico ante lo oculto^[92]. Su colección de libros sobre magia era considerable, y con el transcurso de los años siguió incrementándose. Como era costumbre entre sus contemporáneos, trataba lo desconocido con respeto. Tenía varios consejeros de astrología (como el napolitano Gesio) y curiosidad por saber lo que significaban los cometas, los eclipses y otros fenómenos inusuales, además de inclinación a consultar los horóscopos; mientras se hallaba en Londres, pidió a John Dee, un notorio mago inglés, que le desvelara el suyo. Pero al contrario que otros monarcas europeos, nunca creyó en lo oculto de una manera activa. Cuando supo que los romanos habían prestado atención al significado de los cometas, replicó que «los romanos no eran cristianos». En 1579 se reprendió a sí mismo por no haber ordenado al arzobispo de Toledo que disciplinase a los curas astrólogos. «Espantóme de los que creen en ellos, que cierto hacen mal, demás de ser pecado mortal»^[93]. En asuntos de magia procedía igual que en política, recopilando información sin comprometerse necesariamente a nada. Hizo gran hincapié, por ejemplo, en la búsqueda de las obras del filósofo ocultista medieval de origen mallorquín Ramón Lull, ya citado. Muchos españoles, entre ellos Juan de Herrera, admiraban desde tiempo atrás las doctrinas de Lull, cuyas obras comenzó a coleccionar el soberano para su biblioteca del Escorial al menos desde 1577. Se hicieron traducciones de dos de las principales, «conforme a los deseos de Su Majestad [observaba el traductor] de facilitar la enseñanza de todas las ciencias». Lull era para Felipe un compendio completo de los aspectos informales e insólitos del aprendizaje. El rey adoptó la misma actitud hacia las ciencias experimentales, en especial la alquimia. Mantuvo una mentalidad abierta acerca de varios intentos realizados en la década de 1570, y que contaron con su aprobación, de transmutar metales comunes en oro. «Aunque yo soy incrédulo destas cosas», comentaba acerca de uno de los experimentos, «desta no lo estoy tanto, aunque no es malo serlo»^[94]. El repetido fracaso de dichas pruebas agudizó su escepticismo. Cuando en 1574 su embajador en Roma, Juan de Zúñiga, se ofreció a enviarle un alquimista, Felipe comentó que esta cuestión podía ser «tan burla como los efectos desta sciencia»^[95]. Manifestaba una tolerancia mayor por otros aspectos de la ciencia experimental, en especial aquellos relacionados con la medicina. Su vasta colección de cuernos de animales, principalmente de rinoceronte, incluía también seis cuernos de «unicornio»^[96], tal vez relacionados con su supuesto valor medicinal. Su curiosidad por los instrumentos científicos lo llevó a reunir una valiosa colección que transfirió a la biblioteca del Escorial en 1597.

España nunca llegó a despuntar como centro científico, pero el rey demostró un extraordinario interés por el tema. Su afición por la medicina y las plantas medicinales es ampliamente conocida^[97]. Desde 1557 había fomentado la importación y el cultivo de jengibre y de otras especias de supuesto valor medicinal. Las hierbas y las especias formaban parte del ámbito de su curiosidad, pero hubo dos obstáculos importantes para su difusión que el rey nunca pudo superar y que, a la

larga, determinaron que España fuese un país parco en hierbas exóticas. En primer lugar, España prácticamente carecía de acceso a especias procedentes de Asia, que en cambio se encontraban en su mayoría al alcance del imperio portugués. Cuando Felipe se convirtió en rey de Portugal en 1580, trató de intervenir en el comercio de las especias, pero no existe ninguna prueba de que tuviera éxito. La segunda razón de su fracaso fue la imposibilidad de que los sabores de Oriente penetraran en la dieta española. Incluso en la actualidad, la mayoría de los españoles se muestran reticentes a comer especias asiáticas, y solamente las toleran si su sabor no es fuerte. Algunos estudiosos de la materia han sugerido que la importación de especias en España aumentó significativamente bajo el reinado de Felipe^[98], pero no existe prueba decisiva de ello. En la información disponible acerca de los hábitos alimenticios de los españoles al principio de los tiempos modernos no existe indicación alguna de que consumieran muchas especias. Cabe concluir razonablemente, pues, que si los españoles no las consumen hoy en demasía, con menos probabilidades lo hicieron cuatro siglos atrás. Tampoco es muy probable que Sevilla fuese uno de los puntos principales de entrada a Europa de las especias asiáticas. Todavía menos creíble es la sugerencia de que la importación y el cultivo de dichas especias «resaltan la cultura científica de España bajo el reinado de Felipe II»^[99]. La ciencia es un producto de la investigación, la filosofía y la experimentación, y todo ello brillaba por su ausencia en la Edad de Oro española.

El rey, sin embargo, atesoraba un profundo interés por lo exótico. A los que tenían la oportunidad de conversar con él les impresionaba su inclinación por todos los aspectos del arte, la ciencia y la cultura. La época en la que vivió favorecía el espíritu inquisitivo. Además de las ramas tradicionales de la enseñanza, también se habían empezado a explorar nuevas fronteras en las ciencias y en las pseudociencias. En la misma generación del rey, el Nuevo Mundo resultó un estímulo de primer orden para la imaginación. A medida que España entraba en contacto con América y las tierras situadas más allá del Mediterráneo, el gusto por lo exótico empezó a propagarse en la realidad diaria. Procedentes de América, se integraron a la dieta peninsular las alubias, el tomate y, más tarde, el maíz; el tabaco desplegó por primera vez sus raíces mortales entre los adictos^[100]. Como rey de un imperio universal, Felipe se hallaba en una posición privilegiada para obtener información y especímenes de las nuevas realidades. Se convirtió, inevitablemente, en el coleccionista por excelencia. Se crearon farmacias reales en Madrid y San Lorenzo.

Los contactos españoles con el mundo exterior a principios del siglo XVI se demoraban demasiado como para ejercer un impacto efectivo, incluso en los pensadores, pero poco a poco las perspectivas empezaron a cambiar. Los descubrimientos al otro lado del océano, el conocimiento de civilizaciones pasadas hasta entonces desconocidas, el intercambio de información entre viajeros y estudiosos, todo ello influyó en las mentalidades, hizo posible que se cuestionara lo que hasta ese momento se había dado por sentado y alentó la exploración de nuevas

fronteras. La notable agitación en que vivió dicha generación es visible en las cartas, tratados, libros y discursos de aquellos que dejaron constancia escrita de sus ideas. Para algunos supuso el redescubrimiento del universo^[101]. No hay que exagerar, sin embargo, dichos logros. Durante la década de 1560, los españoles, al igual que la mayoría de europeos, formaban parte de una sociedad con altos niveles de analfabetismo e inmensa ignorancia del mundo exterior. Fue precisamente en este contexto de agudo contraste entre la cultura de unos pocos y la ignorancia de muchos donde el Escorial impuso su presencia.

Influenciado por la convicción de que el conocimiento era la base de un Gobierno adecuado, Felipe puso en marcha un mecanismo sin precedentes a fin de recopilar hechos y datos. Prácticamente todos los resultados de esta iniciativa acabaron en el Escorial. Poco después de su regreso en 1559, Felipe invitó a España a Antón van den Wijngaerde para que llevase a cabo un completo estudio de sus ciudades^[102]. Este emprendió la triangulación de la península Ibérica por obra del matemático Diego Esquivel. El estudio nunca se terminó, pero los datos extraídos «su Magestad los tiene en su cámara»^[103] del Escorial. Fue el trabajo de este tipo más impresionante que se llevó a cabo durante el siglo XVI en Europa. En 1575 se enviaron cuestionarios sobre *Relaciones topográficas y geográficas a las provincias de Castilla*. Un año más tarde se hizo lo mismo en Nueva España. Felipe también encargó varias obras generales, incluido el llamado *Atlas del Escorial* sobre España y Portugal, y los numerosos relatos del Nuevo Mundo narrados por varios cronistas de la época. Ordenó que se inventarian y representaran sus territorios, y se catalogara su fauna y flora.

Quizá se pueda valorar el papel del Escorial a través de uno de los más ambiciosos proyectos de Felipe como coleccionista: el encargo a Francisco Hernández de dirigirse al Nuevo Mundo en busca de nuevas especies de plantas. El interés de Felipe por América era profundo. En 1571 nombró a Juan López de Velasco «cronista cosmógrafo» de las Indias, a fin de que llevara a cabo un estudio sobre América y compusiera una historia oficial de la conquista. Se trataba de un periodo de grandes empresas culturales, entre otras la monumental *Historia Natural de Nueva España* del fraile franciscano Bernardino de Sahagún, que recibió el apoyo real. En el ámbito político, el soberano ordenó un informe geográfico de las colonias. Sus ambiciosos planes de suspender todas las conquistas del Nuevo Mundo (1573) y reemplazarlas por un proyecto de exploración y conversión abarcaron incluso las ciencias naturales, para lo cual eligió como agente al doctor Francisco Hernández (1515-1587). Desde 1567, Hernández había sido uno de los médicos de la corona, y en enero de 1570 se le confió la expedición a América, hacia donde zarpó en septiembre de ese año en compañía de su hijo. En México dirigió un exhaustivo proyecto de catalogación de plantas.

Su plan de trabajo era idéntico al de Sahagún y, al igual que este, preparaba sus textos en latín, «para que su excelente obsequio pueda ser comunicado a todas las

naciones, ya que esta es la lengua común»^[104]. «La Nueva España por sí sola tardará seis años en completarse», comunicaba al rey en 1573, mientras informaba de sus intenciones de dirigirse también a Perú (posibilidad esta que descartó en 1575, por razones de salud). Una empresa de semejante envergadura, de la que era único director, resultó posible exclusivamente porque contó con la ayuda de asistentes mexicanos, que fueron los auténticos autores de la obra. Todos los artistas, investigadores y trabajadores que lo ayudaron procedían de este país, y en su correspondencia expresaba su gratitud especial a los «doctores indios de México» y al resto de sus ayudantes nativos («son tantos que ni siquiera puede identificarse a todos»); pidió asimismo que fueran remunerados con dinero al contado procedente del tesoro real^[105]. Por desgracia, desde 1575 en adelante Hernández se encontraba enfermo, y por fin tuvo que regresar a España antes de lo esperado, en 1577. Pero hasta entonces, remitió al rey dieciséis volúmenes en folio (seis de texto y diez con ilustraciones) de su trabajo. Cuando regresó, trajo consigo otros veintidós volúmenes.

La *Historia Natural de Nueva España*, nombre por el que se conoce más comúnmente esta obra, ha sido el estudio botánico de México más extenso jamás realizado, y nunca se ha publicado en su totalidad. Incluye la descripción de más de tres mil plantas, cuarenta cuadrúpedos, doscientas veintinueve aves, cincuenta y ocho reptiles, treinta insectos, cincuenta y cuatro animales acuáticos y treinta y cinco minerales, con un énfasis especial en su uso medicinal, en el caso de las especies vegetales^[106]. Estos volúmenes se guardaron en la biblioteca del Escorial, con pocas esperanzas de ver la luz algún día. En 1580 el rey convocó al médico napolitano Nardo Recchi para que fuera a preparar la publicación de una parte de esta vasta obra. Recchi se llevó a Roma una copia del texto, lo que a la postre resultaría un guiño del destino, ya que los dieciséis volúmenes del rey se perdieron en un incendio que devoró parte del Escorial en 1671. La versión de Recchi no vio la luz hasta que fue publicada por fin en 1651, bajo los auspicios de una famosa sociedad literaria romana, la Academia Nacional de Lincei. Entre tanto, el trabajo de Hernández no pasó inadvertido en otras latitudes. Apareció una versión del texto de Recchi en México y se publicó allí en 1615, mientras que varios eruditos de origen español y holandés se las ingeniaron para acceder a los originales que se habían salvado (protegidos por los jesuitas en Madrid) y de los cuales publicaron extractos^[107].

Como empresa científica activa, la labor de Hernández pueden percibirse, y no sin motivo, como el punto culminante del proyecto de convertir el Escorial en un templo de sabiduría. Al igual que sucedió con gran parte de las obras pioneras de ese siglo —entre las que cabe destacar la *Historia* de Sahagún—, tuvo la desgracia de no contar con el respaldo de medios técnicos de producción e impresión adecuados. La corona, que ya había invertido recursos considerables en otro gran proyecto de impresión, la Biblia Real de Arias Montano (véase capítulo 8), carecía de posibilidades para subvencionar semejante trabajo, que tampoco tenía como destinatario un público preparado. A España le faltaba interés, experiencia en publicar

y el círculo de lectores necesario. El Escorial se alzaba como un repositorio solitario y aislado de la sabiduría del universo que un rey quisquilloso, pero concienzudo, había invertido años acumulando y atesorando.

5 EL PRISIONERO DEL ESCORIAL

Desde el exterior, la gigantesca masa de granito, con sus tres pisos de ventanas casi infinitas que se prolongan prácticamente hasta tocar el horizonte, puede evocar en algunos visitantes el aura lúgubre de una prisión en la que entrar parece prohibido y desde la cual huir sería una hazaña imposible. Los guías suelen recitar la suma total de los datos del edificio. Sus muros tienen una longitud de 200 × 165 metros, y contienen 4.000 estancias, 2.673 ventanas, 1.250 puertas, 16 patios interiores, 88 fuentes, 45.000 libros impresos, 5.000 códices, 1.600 cuadros y 540 frescos. Podrían estar refiriéndose a la antigua cárcel de San Quintín en San Francisco o a la Lubyanka en Moscú. Sería fácil perderse en sus 160 kilómetros de corredores. No existe ninguna explicación satisfactoria de por qué un rey hizo construir un edificio de semejantes dimensiones, pero sí es fácil crearse la imagen de una fortaleza en la cual sus residentes debieron de sentirse prácticamente como prisioneros y, más que ningún otro, el mismo rey. A los que han escrito acerca de Felipe no les cabe la menor duda. Esta estructura majestuosa y gris es un reflejo de solemnidad, austeridad y retraimiento social. Un escritor moderno se refiere a «la esterilidad del régimen, cuyo monumento perfecto es el Escorial»^[1]. Una página web es de la opinión de que «el gigante y lúgubre edificio de piedra gris oscura parece más una cárcel que un palacio». En el mismo corazón de esta ominosa estructura yace por supuesto su ocupante real. El viajero del siglo XIX Richard Ford comentaba que Felipe II murió en 1598, «tras vivir en este vasto convento catorce años, medio rey, medio monje, y jactándose de que desde el pie de la montaña gobernaba medio mundo»^[2]. El rey nunca se jactó de ello, y nunca vivió encerrado durante catorce años. Estas dos nociones puramente ficticias de Ford revelan de manera transparente cómo las opiniones sobre el Escorial se han formulado temerariamente.

Distinguidos estudiosos se han encargado de perpetuar la leyenda de que Felipe II fue un prisionero del Escorial. Una obra inglesa nos ofrece el siguiente retrato:

Felipe II debe ser el prototipo de todos los monarcas que intentan gobernar sin levantarse de sus escritorios. Austero, penitente, incansable, relegado en un solitario estudio en el lúgubre Escorial de la estéril meseta en las afueras de Madrid, se afanó en imponer una uniformidad espiritual y administrativa que la variedad de sus vastos dominios nunca permitió. Persiguió implacablemente el sueño de «un monarca, un imperio, una espada». Pero Dios, lo mismo que Felipe II, no le sonrió a España^[3].

El edificio ha sido descrito como una enorme fortaleza no solo físicamente, sino también desde un punto de vista simbólico. El rey se habría encerrado a sí mismo, tal como hizo con sus reinos, a los que incomunicó del resto del mundo. Un estudio de gran mérito alega, incluso, que «el príncipe renacentista se enterró en la fundación»^[4]

del Escorial. Al igual que el Kremlin de Moscú, que fue construido en la misma época y que también —aparte de su propósito principal de defensa— abarcaba las funciones de monasterio y palacio, con sus elevados muros impidiendo a los que estaban fuera ver lo que acontecía dentro, el Escorial era un símbolo ideológico, y Felipe su encarnación.

Sin embargo, solo una parte de ese formidable edificio estaba reservada al rey. Un factor fundamental que con demasiada frecuencia han olvidado los comentaristas posteriores es el del espacio. Este edificio (hay que recordar) tenía como principal propósito ser un monasterio y una basílica, y no un palacio real. El soberano, por tanto, se reservó para sí mismo muy poco espacio, y tampoco decoró las estancias reales del Escorial de la forma en que se habían embellecido los palacios del centro de Castilla. En una descripción general del edificio publicada en 1599, Juan de Mariana calculó que el monasterio ocupaba la mitad de la superficie, el seminario, un cuarto, y el palacio real, el otro cuarto^[5]. El espacio «real» constituía en realidad menos de un cuarto. Si excluimos las salas públicas de la corona, posiblemente menos del diez por ciento del Escorial estaba dedicado a los aposentos reales, las estancias donde la familia real se alojaba. Dentro de dicha área, el monarca ocupaba una pequeñísima sección que estaba compuesta principalmente de una antecámara y su dormitorio, en el ala reservada al monasterio.

El área reservada al rey fue bautizada desde el principio como los «aposentos privados de Su Magestad», y se hallaba en el extremo sur del edificio, más allá de la basílica. Se trataba de una zona pequeña, con funciones mínimas. ¿Quería el monarca aislarse? ¿Acaso odiaba el mundo que lo rodeaba? En términos prácticos, su espacio público efectivo era, por supuesto, mucho mayor que sus aposentos personales, e incluía una cámara para audiencias, varios corredores, capillas y la basílica entera, sin mencionar dependencias singulares, como la biblioteca y todos los patios y jardines. En cuanto al espacio disponible, por tanto, su área de residencia era reducida, pero la vida que llevaba no era en absoluto monástica y no pasaba privación alguna. En ningún momento podía haber tenido la sensación de hallarse aislado. Se mantenía constantemente activo, tal y como había sido siempre su costumbre, de modo que la idea de su inmovilidad es una ilusión creada por comentaristas, más que un reflejo de la realidad. Había espacio de sobra a su disposición. En cualquiera de sus palacios no monásticos, ya fuera en el Alcázar de Madrid o en Aranjuez, donde pasaba tanto tiempo como en San Lorenzo, disponía de más áreas habitables que posiblemente cualquier monarca europeo de su época.

Las consideraciones de espacio son un aspecto fundamental para comprender que el Escorial poseía funciones cruciales destinadas tanto al trabajo como al ocio. Si tenemos en cuenta lo que este edificio representaba para el rey, en términos de cómo invertía su tiempo allí, es posible confeccionar la siguiente lista. Ante todo, el edificio (de manera especial el monasterio) era una obra piadosa permanente, cuyo objetivo principal era rendir homenaje a su madre, a su padre y a toda su familia. Por tanto,

Felipe pasaba gran cantidad de su tiempo atendiendo a las tareas de construcción y decoración relacionadas con este tributo. En segundo lugar, el conjunto no era la corte, en el sentido en que lo sería Madrid tiempo después. Servía, meramente, como ubicación provisional para «la corte», en la acepción tradicional del término, de un rey con sus consejeros y su séquito. El Escorial y sus alrededores nunca se convirtieron en un foco de atracción para la sociedad aristocrática (razón, como ya comentaremos en el capítulo 9, de que acabaran desencadenándose hostilidades hacia la plaza); no se trataba, por tanto, de un lugar para celebrar recepciones, sino más bien de un núcleo administrativo donde el rey tramitaba sus documentos y al cual acudían a veces sus ministros y embajadores para recibir instrucciones. En tercer lugar, el paisaje bucólico hacía de los alrededores del monasterio un centro ideal para las actividades de recreo, en las cuales el rey esperaba que participase toda la comunidad local, incluidos los monjes. Felipe no solo se hallaba ocupado por completo en estos asuntos, sino que, además, mantenía una actividad constante; la noción de sedentarismo está fuera de lugar en este escenario.

¿UN REY QUE SOLO CONOCÍA ESPAÑA?

Contrariamente a todas las opiniones recibidas, y subsiguientes exageraciones, nos encontramos con el hecho sorprendente de que Felipe II fue —después de su padre, el emperador— el monarca más viajero de la historia de España. Fernando e Isabel habían recorrido extensamente los reinos españoles^[6]. Fernando conocía también el Mediterráneo e Italia. Pero Felipe los superaba a ambos en la suma total de sus viajes por la Península y Europa occidental.

Ningún soberano de la época viajó más que él. En comparación, los monarcas coetáneos más prominentes, como Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia, nos parecen verdaderamente sedentarios. No existe ningún dirigente español de los tiempos modernos (salvo, como se ha indicado, el emperador Carlos V) que tuviera mayores conocimientos directos sobre la geografía, la topografía, la meteorología y el entorno humano del norte de Italia, Europa central, Renania, los Países Bajos e Inglaterra; todos ellos territorios clave del panorama político europeo. Cuando pedía a artistas como Wijngaerde que dibujaran paisajes urbanos, solían ser ciudades que conocía personalmente y que había visitado por lo menos una vez. ¿Qué otro soberano europeo podía, al igual que él, ofrecer un juicio informado sobre las vistas de Londres, Amsterdam o Milán? De todas las grandes naciones, la única que no recorrió fue Francia, aunque efectuó breves visitas a su costa mediterránea. Había conversado cara a cara, y en sus propios países y su propio entorno, con los príncipes protestantes que apoyaban la reforma alemana, con los líderes de la nobleza neerlandesa (entre ellos, Guillermo de Orange) y con la princesa Isabel de Inglaterra. Pocos jefes de Estado han tenido el privilegio de conocer de cerca, e incluso

íntimamente, a aquellos que en un momento dado habían de convertirse en sus más feroces enemigos. Felipe los conocía a todos. Había consultado personalmente a Isabel, cenado, cazado y competido en justas con Orange. Conocía en persona a la mayoría de los papas de su época y era el único dirigente europeo de su tiempo que había asistido personalmente a un concilio de la Iglesia católica. Resulta fácil resumir sus primeros viajes: durante el periodo en que gobernó España, antes de ser ascendido al trono, pasó catorce meses en Inglaterra, un año y tres meses en Alemania y cinco años en los Países Bajos. Fue una etapa de gran trascendencia, y en ella adquirió formación y experiencia.

Según constatan varios diplomáticos extranjeros, Felipe regresó a la Península en 1559 porque echaba de menos España. Como ya hemos visto, de los dieciséis años en los que se había ocupado de los asuntos españoles, a partir de 1543, ocho los había pasado fuera del país. «De modo que», como mencionaba el enviado inglés en Bruselas, «se dice que al llegar a España, prometió no regresar a estas partes»^[7]. Sin embargo, su retorno a casa en 1559 fue una gran decepción. Comparada con la sofisticación de los Países Bajos, España parecía un lugar atrasado. El rey, decían sus cortesanos, desearía volver. «Echamos arto menos a Flandes, y aunque Su Magd lo disimula sospecho deve pasar por él lo que por todos», escribía un noble a Granvela. El conde (más tarde duque) de Feria, amigo íntimo del rey, tenía la misma impresión. «Certifico a Vs que lo desea Su Magd tanto que por Dios verdadero que yo no lo creyera si no lo viera»^[8]. La esposa inglesa del conde influía en sus propias preferencias. «Es España la más vellaca provincia que ay en la tierra, y el diablo me lleve sino tomara la mitad de mi hazienda y juntase con esto que mi muger me pide que nos bolvamos allá cada dia, y que no a tenido un dia de salud después que vino».

La noción de un rey deseoso de encerrarse en España es pura leyenda. El testimonio de sus cortesanos acerca de su deseo de regresar a Flandes lo confirman sus propias palabras. En una de sus cartas al cardenal Granvela, pocas semanas después de su regreso, se encuentra, oculta entre líneas, una frase que revela su extraordinario anhelo de volver: «Tengo en mucho estos estados [Flandes] y los quiero mucho, y agora mas que nunca»^[9]. Tras su regreso en 1559, aunque cada vez más comprometido por la rutina gubernamental, no dejó de viajar. Sus prolongados y arduos viajes a través de la Península ni tan siquiera habían empezado. Los hechos son accesibles y fáciles de establecer. Las múltiples imágenes del rey, omnipresente en todos los torneos de caza en la Selva Negra o en los bosques de Baviera, en los bailes de Binche, Milán y Barcelona, en las justas del gran patio del palacio de Westminster o del castillo de Mariemont, a bordo de embarcaciones por los ríos Rin y Danubio, en las comidas campestres de Hampton Court o de los lagos de Valencia, se contradicen con la idea ampliamente aceptada de un monarca que deseaba huir del mundo para enterrarse en el Escorial, sumergirse en su trabajo y negarse a sí mismo los placeres mundanos. La noción de un rey sombrío y melancólico contrasta tan abiertamente con los documentos disponibles que cabe desconfiar de los autores que

no solo evitan citar dichos documentos, sino que, además, hacen aserciones carentes de fundamento. Un eminente historiador del arte alega que «la idea de retraimiento y distanciamiento estaba presente obsesivamente» en los palacios de Felipe, y que «la idea del Rey Oculto alcanzó su cota máxima durante el reinado de Felipe II»^[10]. En realidad, este ingenioso concepto no tiene como fundamento ninguna prueba tangible.

«UN REY SOMBRÍO NACIDO PARA SER INQUISIDOR»

Todos estos detalles, fácilmente disponibles no solo a través de documentos de archivo, sino también en recuentos impresos de personajes contemporáneos como Calvete de Estrella, los pasaron por alto los críticos del rey cuando decidieron escribir acerca de él en tiempos posteriores. En parte, la culpa recae en aquellos que simplemente se olvidaron de establecer el número de los viajes que emprendió Felipe. Hace algunos años, le pregunté a un conocido historiador español, especialista en el siglo XVI, si sabía que Felipe II había pasado más tiempo de su reinado en Aragón que en Portugal, donde, como todo el mundo sabe, estuvo más de dos años. Se negó a creer que esto pudiera ser cierto. Cuando le pregunté además si sabía que Felipe había vivido durante más de un año en Alemania, confesó que no tenía ni idea de que el soberano hubiera estado allí. Ya que los expertos se empeñaron en distorsionar la verdad, a pesar de su conocimiento de las fuentes de información, no es de sorprender que estos conceptos erróneos acerca del monarca, existentes desde hace mucho tiempo, sigan prevaleciendo en las páginas de obras populares.

La imagen de un rey enjaulado y oculto fue popularizada en el siglo XIX por un puñado de escritores españoles y europeos que creyeron justificado crear el perfil de un monje recluso en su celda, ignorante de la libertad y el progreso que le brindaba el mundo exterior. Hubo, indudablemente, descripciones contemporáneas que contribuyeron a cimentar esta idea. El embajador veneciano decía en 1584 que el carácter de Felipe hacía que «amase los refugios y la soledad, y que huyera de casi cualquier tipo de placer»^[11]. Otro embajador veneciano, Contarini, mencionaba en 1593 que el rey era «un amante de la soledad, y que prefería los lugares sin gente», y que «adoraba San Lorenzo del Escorial, y vivió allí por *molto tempo*»^[12]. Otros diplomáticos italianos, poco inclinados a favorecer la causa española, propagaron versiones similares durante todo el reinado. Queda por ver, como referiremos después, lo que significa de hecho «molto tempo». Al identificar a este rey enjaulado con la superstición, los escritores se las ingeniaron, además, para crear una imagen del edificio del Escorial como una fortaleza de las tinieblas.

El adjetivo favorito para describir al rey y/o su monasterio era «sombrio», y se usaba continuamente en los textos; incluso hoy día, en España, en la página web del Escorial, se califica el edificio como «austero y sombrio, como el carácter de Felipe II». Felipe sigue siendo, como proseguía describiéndole la revista Time (en el

año 2007), «un rey sombrío». La referencia biográfica de la antigua *Encyclopedia Britannica* alega que el edificio del Escorial «encarnaba el espíritu sombrío y ascético del rey, que tanto armonizaba con el paisaje yermo y amenazador de la cordillera montañosa de Guadarrama». Se dice que cuando Verdi, el compositor de *Don Carlo*, la famosa ópera que inmortalizó la imagen de un diabólico Felipe II, vio el Escorial, declaró que «es solemne y terrible como el salvaje monarca que lo construyó». Mientras viajaba por España, en 1840, Teófilo Gautier resumía esta imagen tópica cuando, en un ensayo sobre el Escorial, se refería al «sombrio Felipe II, un rey nacido para ser inquisidor»^[13]. Un moderno historiador español, aferrado a la imagen constantemente proyectada por otros durante el siglo anterior, atribuía a la manera de ser del rey los siguientes calificativos: «tétrico, sombrío, fanático, déspota y cruel»^[14].

Las leyendas en torno a su carácter melancólico se extienden incluso a su modo de vestir^[15]. Esta imagen oscura se ha subrayado incesantemente por medio de falsas alegaciones, basadas en pruebas endebles, según las cuales su estado de ánimo le hacía vestir siempre de negro. Aparece ataviado de negro en el espléndido retrato de Sofonisba Anguisciola, pintado hacia 1575, que ahora se exhibe en el Prado^[16]. Durante toda su vida usó este color, con propósitos obvios, en los acontecimientos solemnes y durante el luto. En su largo viaje de 1548, cuando apenas era un veinteañero, solía vestir una combinación de negro y dorado. El negro contribuía a destacar el toisón que lucía alrededor de su cuello y los colores de los ornamentos que llevaba puestos. Cuando recibió a los embajadores venecianos en una audiencia celebrada en Madrid en 1571, se vistió parcialmente de plata y con un jubón de seda negra que resaltaba con el Toisón de Oro alrededor de su cuello^[17]. Sin embargo, como ilustran numerosos retratos realizados en el transcurso de su vida, con frecuencia utilizaba otros colores. En lo relativo al luto, el negro tenía un significado especial en España. Debía llevarse como mínimo un año, siempre que se hubiera producido una muerte en la familia^[18]. Felipe perdió a una cantidad considerable de parientes. En 1570, dos años después del fallecimiento de su hijo y su esposa, cuando la ciudad de Sevilla se hallaba celebrando su visita^[19], él todavía vestía de negro. Sin embargo, su sonrisa, observaron algunos ciudadanos, no podía haber sido más resplandeciente. Sobre todo después de la muerte de su querida reina Anna, en 1580, raramente abandonó el luto; el negro se convirtió en su color habitual a partir de entonces. Lo cierto es que era difícil para los artistas pintar al rey en un momento en el que no estuviera de luto.

Podemos elegir al azar dos o tres momentos felices de su vida en los cuales el negro brilló por su ausencia. Durante su boda con María Tudor en la catedral de Winchester en 1554, el rey, de pie en el altar mayor, iba «vestido de calzas y jubón y güero blanco bordado de canutillos de plata, con una ropa francesa que le regaló la Reina de oro tirado rizado, asentadas encima muchas piedras y perlas muy ricamente, y una muy rica espada de oro, gorra de terciopelo negro aderezada con plumas

blancas»^[20]. Sus siguientes nupcias, con Isabel de Valois de Francia, se oficiaron la mañana del 31 de enero de 1560 en el palacio de los duques del Infantado, en Segovia. La novia tenía casi catorce años de edad, era de tez oscura como los italianos, y tenía ojos brillantes y una melena larga y negra. Para la ceremonia llevaba puesto un vestido plateado adornado con perlas y piedras preciosas y un magnífico collar de diamantes. Felipe tenía casi veinte años más que ella y había enviudado dos veces. Se presentó con un jubón blanco y una capa roja. «Las partes contratantes», afirmaba un observador, «se sienten mutuamente satisfechas»^[21]. A la boda siguieron un banquete y un baile.

¿Acaso Felipe, el llamado «rey oculto», se escondía realmente de la gente? Para responder a esta pregunta basta con seleccionar al azar algunos momentos de las horas de ocio del soberano. En 1564 llevó a cabo una visita oficial a Barcelona, donde, el 6 de febrero, lo aguardaban las autoridades de Molins de Rei. «Llegó montado a caballo y vestido con un jubón de terciopelo, una capa de tela y un sombrero de tafetán negro con una pluma blanca». Hizo su entrada oficial a una ciudad engalanada con arcos renacentistas y flores. Felipe quería, según comentaba un embajador, «recuperarse de los tediosos cuatro meses y medio que había pasado en las asambleas en Monzón». «Comparece a los bailes de máscaras y se relaciona con todo el mundo»^[22]. Dicha visita coincidió con el carnaval, uno de los entretenimientos favoritos del rey. Hubo «bailes, música, máscaras y disfraces como nunca los había habido antes». El conde de Aitona celebró en su casa una gran fiesta que duró dos días, «y el rey compareció con una máscara para visitar esta celebración y a las damas». Estos hechos —puede objetarse— reflejan el talante de un Felipe joven y despreocupado, en vez del personaje desabrido en el que se convirtió más tarde. Sin embargo, este Felipe al que nos referimos no era precisamente un jovencito, sino un adulto de treinta y siete años de edad que llevaba gobernando el país dieciocho años, ocho de ellos como rey.

Como prueba adicional, basta fijarse en el soberano veinte años más tarde, cuando, desde luego, no era un «muchacho», sino más bien un hombre maduro que empezaba a envejecer. Nos referimos al acontecimiento de la visita oficial de Felipe a Valencia en 1586. El séquito llegó el día 19 a la ciudad, donde una multitud lo recibió calurosamente. «En las ventanas se asomaban hermosas muchachas a las que Su Majestad saludó cortésmente»^[23]. Durante las primeras semanas de su estancia se abstuvo deliberadamente de trabajar, y en su lugar alternó el ocio con la participación en los festejos (Felipe fue de la opinión de que «estaban muy bien») celebrados en honor de la *realeza*^[24]. El 4 de febrero, un martes, fue a visitar el puerto, el Grao, e inspeccionó el rompeolas. Disfrutó con gran placer de las vistas que le ofrecían los campos y el paisaje en general. El jueves, el séquito real completo celebró una comida campestre a las orillas del lago de La Albufera. Las damas se aventuraron a montar en las barcas mientras remaban los pescadores locales^[25]. El sábado tuvo lugar una corrida de toros que el rey presenció desde la ventana de un palacio.

El embajador francés mencionaba que durante dichas semanas Felipe tenía mejor aspecto que nunca y que hacía diez años que no se le veía tan relajado^[26].

Desde su llegada a Valencia, el rey le ha dedicado muy poco tiempo a los negocios, no porque se halle indispuerto, sino porque parece ser que quiere venir y descansar por un mes en un lugar de ocio, donde cada día el júbilo de este reino se vuelve más y más obvio y se preparan muchas festividades en su honor. Hacía más de diez años que Su Majestad no tenía tan buen aspecto.

Felipe era por naturaleza de temperamento tranquilo, sereno, y siempre mantenía el control de sí mismo. Por lo demás, su carácter era absolutamente normal. Una vez más es necesario recalcarlo, debido a la gran cantidad de textos que, desde su tiempo hasta la actualidad, han afirmado lo contrario^[27]. No le faltaban el sentido del humor ni la vivacidad. Gozaba como el que más de las celebraciones, fiestas, danzas y justas^[28]. Le encantaba la vida al aire libre, salir a caballo y de caza o dar largos paseos. Durante sus primeros años, su afición por las mujeres era evidente (tan solo fue escrupulosamente fiel a una de sus esposas, Anna). Sin embargo, satisfacía todos sus deseos de una manera antes discreta que evidente. Algunos observadores calificaban su naturaleza moderada de «melancólica», aunque no parece que el monarca padeciera nunca un episodio de melancolía grave o depresión. Excepciones extraordinarias fueron sus reacciones ante el arresto de don Carlos y la derrota de la Armada^[29], circunstancias que lo sumieron en un profundo estado de desolación.

Su reserva ha sido percibida a veces como un sentimiento de inferioridad. Se ha presentado a Felipe, esencialmente, como tímido e introvertido, temeroso de personalidades más fuertes que la suya^[30]. Sin embargo, no existen pruebas que lo demuestren. Toda su vida fue un hombre de silencios. Hablaba poco, y cuando lo hacía se expresaba siempre con mucha cautela y cortesía. Era precisamente su silencio lo que ponía nerviosos a los demás. Durante sus audiencias, otorgaba al otro el derecho a hablar primero. Esto hacía que sus interlocutores se sintieran de inmediato sometidos a escrutinio. Peor todavía, el rey nunca les interrumpía, y aguardaba siempre a que terminaran antes de responder, independientemente de lo largo que fuese el discurso^[31]. «Escucha con paciencia», observaba un diplomático en 1567. «Es amigable con todos los que hablan con él, y acompaña sus réplicas con una afable sonrisa»^[32]. Más de un embajador francés se sintió desconcertado por este despliegue de amabilidad.

EL PRISIONERO DEL ESCORIAL

Cuando se guía a los turistas alrededor del Escorial, se les muestra la pequeña habitación donde transcurrieron las últimas semanas de vida del rey. Esta estancia es el fundamento visible de una leyenda, y se presenta insistentemente como el recinto donde un rey solitario y religioso eligió pasar su vida.

En realidad, solo una pequeña porción de su existencia estuvo vinculada a este lugar. Lo ocupó de modo permanente los meses previos a su muerte, porque le brindaba una visión directa del altar y porque, literalmente, se hallaba inmovilizado. El mito de esta estancia seguirá vivo, a pesar de los hechos. En la práctica, los aposentos de Felipe II en el Escorial no lo mantuvieron separado del mundo real de España. La vista de la que gozaba desde ellos todavía se puede contemplar hoy. El monarca tenía un contacto directo con las montañas, el cielo, los jardines y el perfil entero de un ala del edificio. Un moderno estudioso afirmaba que «desde la habitación de Felipe II, abierta a levante y mediodía, se goza de la vista mayor de toda la fábrica, que se expande sin límites, y con una infinidad de matices y tonos, hasta la línea del horizonte»^[33].

Es posible que el rey, que había viajado tan extensamente a través de Europa antes de 1560, se hubiese vuelto en años posteriores indiferente a esta práctica. Las enfermedades y los achaques de la edad desempeñaron, como es lógico, un papel importante. «El andar vagando por los reinos por solo deporte no es útil ni decente», se dice que había comentado. «Debe el príncipe tener sede fija»^[34]. Sin embargo, el documento de donde se ha extraído dicha cita fue escrito después de la muerte de Felipe, y no hay motivo para aceptar su autenticidad. Más aún, dichos sentimientos no coinciden con los del rey, al que en efecto le agradaba «vagabundear». Siempre estaba activo. Al igual que a sus antepasados los Reyes Católicos, le gustaba viajar. El área principal de sus desplazamientos se circunscribía al radio marcado por sus palacios y Madrid. Pero también viajó por la Península, mucho más, como se ha indicado, que ningún otro de sus sucesores dinásticos. Aparte de sus extensos viajes por el reino de Castilla (Granada fue la única ciudad grande que nunca visitó), después de convertirse en rey Felipe pasó dos años y cuatro meses en Portugal (de 1580 a 1583) y tres años en total en la Corona de Aragón (para sus reuniones con las Cortes, en 1563-1564 y 1585-1586, así como por otros motivos; y exclusivamente por el reino de Aragón en 1592). Como es de suponer, dichos viajes se emprendían siempre por razones de Estado^[35], pero Felipe nunca cesó de aprovechar cada oportunidad para hacer turismo y disfrutar de sus pasatiempos favoritos. Conocía la periferia de la Península, así como el centro, y había visitado todos los grandes puertos.

Durante los últimos diez años de su vida, cuando su enfermedad lo mantuvo postrado en la cama largos periodos de tiempo, se mostró, evidentemente, menos activo. A lo largo de los cuarenta años precedentes, por el contrario, había sido incansable. La imagen de un rey enclaustrado es simplemente una leyenda. Aunque Madrid era la sede del Gobierno desde 1561, el rey no se limitó a vivir allí. Las tareas de gobierno podían desplazarse allí donde se encontrara el rey. Felipe y su familia alternaban entre varias residencias del área central de Castilla. Había once de ellas, desde fortalezas (los alcázares de Toledo y Madrid) hasta grandes palacios (Aranjuez, El Pardo) y casas de campo (Aceca, Valsaín). Desde finales de la década de 1560, el

monasterio-palacio de San Lorenzo se incorporó al conjunto de residencias que integraban su permanente ritual de traslados. Los palacios, pabellones de caza y casas rústicas propiedad del monarca constituían una red de alojamientos que permitía a la familia real llevar a cabo excursiones para paliar el aburrimiento que habría supuesto permanecer siempre en un mismo lugar. En 1564, por ejemplo, la residencia oficial del rey era el Alcázar de Madrid. Pero Felipe se ausentaba regularmente durante dos o tres días para dedicarse a cazar en El Pardo, visitaba el Escorial de vez en cuando con la intención de supervisar el progreso de su construcción, y pasaba semanas enteras en Valsaín y Aranjuez^[36]. En 1566 permaneció durante dos semanas de octubre en el Escorial, probablemente en una vivienda provisional del pueblo, y luego decidió pasar las Navidades de aquel año en el mismo sitio. Es probable que incluso pernoctara en San Lorenzo.

El primer cambio sustancial de rutina pareció acontecer en 1567. «A los 17 de marzo fue el rey al Pardo», se informaba, «y de allí al Escorial, donde tiene esta Semana Santa y estara la Pascua de Resurrecion»^[37]. También pasó la mayor parte del mes de agosto en San Lorenzo^[38]. Además, durante las Navidades de 1567 se quedó allí, y fue precisamente —después de que don Juan de Austria saliera a caballo desde Madrid para informarle de la situación— el día de Navidad cuando tomó la significativa decisión de arrestar a don Carlos^[39]. Aunque otros autores sugieren una fecha muy posterior, incluso cuatro años después, podemos afirmar con seguridad que desde 1567 el rey ya residía en el Escorial^[40]. El progreso en las obras de construcción del edificio permitió que hubiese espacio suficiente para alojar a los numerosos miembros de la corte que lo acompañaban.

Los primeros seis meses de 1568 los pasó en Madrid, donde podía vigilar a su hijo, enfermo mental, mientras este estaba recluido. La muerte repentina de don Carlos cambió la situación, y en el mes de julio el rey volvió al Escorial para huir de la crisis, tras anunciar un año de luto para la corte. A partir de entonces las visitas al Escorial se convirtieron en parte de su rutina habitual. Naturalmente, esto implicaba también la comparecencia del Gobierno, lo que no resultaba fácil de organizar, puesto que los aposentos reales no estaban destinados a alojar a los ministros, y entre los monjes no había sitio disponible. Por tanto, desde la década de 1570, a medida que el rey pasaba más y más tiempo allí —no necesariamente porque le gustase, sino más bien para poder supervisar las obras de construcción—, se hacía necesario disponer también de alojamientos para los funcionarios. Me enteré de este fenómeno a través de un intercambio de cartas entre el rey y su secretario Mateo Vázquez, cuando, durante un periodo muy frío, el soberano avisó a Vázquez de que cuidase su salud y se tapase bien, ya que era mucho más frío «abajo» que «arriba». Al principio, pensé que tal vez Vázquez vivía en los sótanos del Escorial, lo cual me pareció extraño; y en cualquier caso, ¿qué sentido tendría que el rey se carteara con alguien que vivía en su sótano? Paulatinamente caí en la cuenta de que «arriba» significaba San Lorenzo y «abajo» se refería «al pueblo de El Escorial». Esto implica que durante largos

periodos de tiempo los funcionarios se alojaban en la vecindad del rey, y que contribuían eficazmente al desarrollo de la aldea que hoy se ha convertido en un floreciente refugio campestre.

En mayo de 1572, Felipe informó al mayordomo mayor de la reina de que su propia partida «podrá ser el lunes a la tarde al Pardo, y estar allí el martes; volviendo el martes a Las Rozas y el miércoles de mañana al Pardo, y desde el Pardo a Galapagar y comer a la Torrelozanes; y el jueves, la reina y su familia podrán ir a oír misa, y comer a La Fresneda, donde les haré yo tener de comer, porque los oficios de la Reyna pasen derechos al Escorial donde irán a cenar y dormir aquella noche. Y desta manera me parece que estará bien ordenar la jornada»^[41]. Este ritmo un tanto vertiginoso era bastante normal. Debido a las distancias que había que cubrir, y también a que viajaba acompañado de su familia o de sus documentos, el rey normalmente se desplazaba en su carruaje. Para las distancias cortas seguía viajando a caballo^[42].

Casi nunca se quedaba en San Lorenzo, o en cualquier otro palacio, por más de un breve periodo de tiempo. Para él el Escorial era su despacho perfecto, donde podía trabajar tranquilamente, lejos de sus administradores, ministros y peticionarios. Fray José de Sigüenza testificaba que «se negociava aqui mas en un dia que en Madrid en quatro, por el concierto de la vida»^[43]. En dichas ocasiones, la familia solía permanecer en otro palacio, como por ejemplo el Alcázar de Madrid. A pesar de estas separaciones, en ningún momento durante aquellos años de la década de 1570 dio prioridad a sus obligaciones frente a la familia. Felipe estaba en contacto constante con la reina Anna y sus hijos. El rey le escribía a su esposa unas dos veces por semana durante estos periodos de separación, y ella hacía lo mismo. Cuando se cruzaban sus cartas, «no fue menester (le informaba al mayordomo mayor de Anna) responder ayer por ver la carta de la reina en respuesta de la mya; agora daréis a la reyna la que aqui va»^[44]. Además de cartearse, la pareja real solía encontrarse durante jornadas o excursiones, y esto les servía también para visitar los diversos palacios.

El rey no podía permitirse el lujo de interrumpir su trabajo por completo. Cuando la reina y el resto de su familia acudieron a visitarle a San Lorenzo el 22 de mayo de 1572, pasó la mayor parte de su tiempo con ellos, pero al anochecer regresó a sus obligaciones. Ese año hizo una primavera especialmente agradable, y las excursiones se prolongaron hasta mayo y junio. Después de pasar unos cuantos días en San Lorenzo, con o sin la reina, el rey partía rápidamente hacia otro lugar acompañado de sus papeles y secretarios. «Yo me iré esta tarde», escribía desde San Lorenzo a mediados de junio de ese año, «porque tengo qué hacer en Madrid, y la reyna podrá irse mañana a la tarde, y si se huelgan aqui y quisiere estar mas también podrá, pero creo que querrán ir mañana»^[45]. Las citas con ella las respetaba. «Por tener concertado con la reyna de ir fuera», informaba a su secretario durante un bochornoso mes de julio, «no os llamo agora»^[46]. Cuando no había ayudantes disponibles, ella

misma le ayudaba con el trabajo administrativo. En una de las imágenes más atractivas acerca de su papel como rey, vemos a Felipe durante el verano de 1573 en el Escorial, trabajando en sus documentos en compañía de Anna y sus dos hijas. «Atendía al despacho de los negocios con grande asistencia y de la reina y de las infantas, de manera que él escribía y firmaba, la reina echaba polvos en lo escrito y las infantas lo llevaban a una mesa donde Sebastian de Santoyo hacía los paquetes y pliegos y los enviaba a los secretarios»^[47].

Es importante no entender el Escorial como una residencia solo de verano, porque esta noción ignora por completo la auténtica función del edificio. El Escorial era principalmente un monasterio. A consecuencia de ello, fue elegido por el rey como centro para sus obligaciones religiosas, pero no como un refugio frente al calor veraniego. Con frecuencia, Felipe pasaba los sofocantes veranos en Madrid, donde el mes de agosto, por ejemplo, puede ser insufrible. Tomemos un caso entre muchos. La segunda mitad del mes de julio de 1572 transcurrió para él en el bochornoso Madrid, y luego, a principios de agosto, se dirigió a El Pardo, desde donde se trasladó a San Lorenzo. Pero a mediados de agosto se hallaba de vuelta otra vez en Madrid. Estos viajes prosiguieron hasta después de septiembre, mes que pasó otra vez en San Lorenzo. El 4 de octubre partió de nuevo hacia Madrid. El 15 del mismo mes fue a Aranjuez, para pasar diez días en compañía de su familia. El día 25 regresó a El Pardo. Tres días más tarde se encontraba otra vez de vuelta en San Lorenzo. En años normales este patrón de viajes era la rutina habitual del monarca. En un momento posterior de su reinado, evitaba pasar los veranos en Madrid por razones de salud. Un memorándum de sus ministros fechado en 1591 reconoce con franqueza que el rey se encontraba en el Escorial ese verano «respecto a la salud, que es por lo que se suelen passar los veranos en San Lorenzo»^[48].

Las prioridades religiosas, más que la salud, fueron el motivo de que decidiera pasar otros periodos de tiempo inclemente también en San Lorenzo. Por ejemplo, la Navidad y el invierno, aun cuando el frío puede llegar a ser intolerable. En 1572 llegó el 22 de diciembre, procedente de El Pardo, y pasó toda la época de Navidades allí; salió del monasterio el 8 de enero^[49]. También prefería pasar la Pascua en San Lorenzo. A partir de entonces intentaba estar allí los días de grandes fiestas, y alternaba estas visitas con las realizadas a otras residencias. Después del día de Todos los Santos, 1 de noviembre, se dirigía a El Pardo, y allí permanecía hasta fin de mes; regresaba a Madrid el 30 de noviembre, día de San Andrés, y en compañía de sus caballeros celebraba la fundación de la Orden del Toisón de Oro. En honor de esta brillante ceremonia solía iluminarse y decorarse todo el Alcázar.

Mientras viajaba de un lado a otro atendiendo sus menesteres, comentaba afligido las cosas que no podía hacer. De camino hacia Madrid, la primavera de 1572, no tuvo tiempo para detenerse y admirar el paisaje. «Creo que los montes estarán buenos, y pésame de las veces que he pasado cerca dellos no aver visitado uno que dizen que tenéis muy lindo. Si alguna vez se ofrece ocasión para ello no tengo de dexar de

hazerlo»^[50]. Incluso cuando las obligaciones le ataban a un mismo sitio, se las arreglaba para salir al campo y almorzar. Después de horas y días ocupado con sus papeles, anhelaba liberarse de ellos, aunque solo fuera por un rato, para relajarse y pasar tiempo con su familia en el campo. «En acabando esto», escribía tras un día especialmente arduo en San Lorenzo, «me partiré de aqui y iré a dormir oy a La Fresneda y mañana al Pardo, que voy rodeando por ir por unos montes. Y no ay mas que de ir de San Lorenzo viernes a las dos después de comer»^[51]. Los embajadores en Madrid interpretaban su deseo de escapar como una necesidad apremiante de estar solo. En realidad, su verdadera intención era huir de ellos.

El Escorial era una creación propia del rey, y es lógico suponer que le agradara la idea de permanecer allí. Pero tuvo que aguardar mucho tiempo. Si consideramos el año 1567 como el principio de sus visitas más sustanciales, vemos que tuvo que esperar casi seis años para que terminasen las obras. Sus estancias en San Lorenzo pueden dividirse en dos etapas. De 1567 a 1580 tendía a quedarse solamente breves periodos de tiempo. Dichos años coincidieron con su matrimonio con Anna (en 1570), y fueron, de hecho, los más felices de su vida. A continuación ilustramos sus viajes durante el año 1572: estuvo en Madrid entre enero y abril; luego, de abril a mayo, permaneció en el Escorial. En el mes de junio se encontraba de nuevo en Madrid, y a principios de julio retornó a San Lorenzo, para, a finales de este mes, volver a la capital. En los comienzos de agosto estuvo en El Pardo y el Escorial, y a finales de aquel mes, en Madrid. Pasó septiembre en San Lorenzo, octubre en Madrid, Aranjuez y El Pardo, y noviembre y diciembre, en Madrid. Si sumamos estos periodos de tiempo, es posible que pasara un máximo de cuatro meses al año en el Escorial. Más aún, incluso cuando estaba en San Lorenzo, realizaba traslados puntuales a sus otros palacios. Durante estos años, cabe concluir, pues, que no fue de ningún modo un prisionero del Escorial.

En sus notas acerca de la visita realizada en 1576 al Escorial por la reina Anna, para pasar las semanas de verano y hasta el final de septiembre con su esposo, Sigüenza nos brinda una descripción de las delicias del entorno, que revela por qué la familia real quiso estar allí. El rey y la reina, comenta, salían de paseo a los bosques de la localidad^[52]:

[...] que en verano son unos hermosissimos jardines, con la industria llenos de flores y frutos, mucha caga, diferencia de aves y harta copia de pescado; de suerte que dentro y fuera era para las personas reales una estancia llena de dulce entretenimiento. En cayendo el sol, se exala un ayre suave que refresca lo que el calor del día ha destemplado; se salian la Reyna y Infanta y Principes por los jardines que están en el contorno de la casa.

En la década de 1580, informa Sigüenza, «por dar calor a la fabrica, venia su Magestad con alguna frecuencia de Madrid aquí»^[53]. En otoño de 1583 hizo uso de su sentido del humor a expensas de los frailes. Entre los trofeos que trajo de Portugal había un elefante indio y un rinoceronte. En el mes de octubre ordenó que el elefante,

montado por un muchacho negro, recorriera el claustro y subiera los peldaños hasta las celdas de los boquiabiertos frailes Jerónimos. (Hay que recordar que los elefantes no eran completamente extraños en España: el rey Sebastián de Portugal había enviado uno a Madrid en 1561 como obsequio a don Carlos^[54]). Una semana más tarde le tocó el turno al rinoceronte, que no fue tan cooperativo. Gruñó malhumorado y se negó a comer el alimento que se le ofrecía^[55].

San Lorenzo era un centro conveniente tanto para el placer como para el trabajo. Después de la muerte de Anna, el rey se desplazaba hasta el monasterio invariablemente acompañado del príncipe Felipe y las princesas, que le brindaban compañía y descanso. En 1584, una vez más, celebró las grandes festividades en San Lorenzo. La última semana de abril y la primera semana de mayo las pasó en Aranjuez, «los mas días saliendo a caca, siempre el Rey llevando a sus altecas en su coche, y a las tardes en la barca por la rivera»^[56]. El 8 de mayo la familia real se dirigió en barco río arriba hasta el palacio de Aceca, al que llegaron cuatro días más tarde. El embajador francés mencionaba que era normal para el monarca pasar la mayor parte de abril y mayo en Aranjuez, «por la belleza de los jardines, los paseos y la mansión»^[57].

En Aceca, el 12 de mayo se organizó una gran cacería de ciervos. El método de caza habitual en la corte era el utilizado comúnmente en esa época en Europa. Los ojeadores hacían sonar sus cuernos y, con la ayuda de los perros, se dirigían a cercar una zona acordada. Los animales huían aterrorizados y se desplazaban hasta alcanzar un área de blanco. El soberano y los miembros de su familia aguardaban en el carruaje real, desde donde elegían las presas^[58]. En esta ocasión participaron cincuenta carruajes en la cacería. Acabaron matando doce ciervos. El séquito real se dirigió entonces a San Lorenzo, que fue la residencia principal de Felipe entre el 17 de mayo y el 2 de octubre. La semana entera de su cumpleaños la pasó en cama, debido a un ataque de gota. Pero después del Corpus se recuperó lo bastante como para levantarse. Cada tarde del mes de junio salía de excursión con sus hijos a Fresneda (su sitio favorito para pescar) y a otras residencias de campo de Castilla^[59]. La mayor parte de octubre lo pasó en El Pardo, donde la noche del sábado 20 se escenificó una comedia pastoril en honor del compromiso matrimonial entre la infanta Catalina y el duque de Saboya. Duró desde las siete de la tarde hasta las diez de la noche. «Su Magd recibió mucho gusto y salió muy contento»^[60].

El Escorial, como hemos visto, desempeñó un papel importante en los desplazamientos del rey, pero de ningún modo dominante. En ciertas ocasiones, incluso fue ignorado por completo. Cuando en la etapa final de las obras, en 1585, y con motivo de la boda de su hija Catalina en Zaragoza, Felipe emprendió un largo viaje en el que recorrió Aragón, Cataluña y Valencia, abandonó el seguimiento cercano del proceso constructivo. El rey y su numeroso séquito regresaron por fin de Valencia en febrero de 1586, a través del paisaje invernal de Castilla. Felipe se lamentó de haber dejado tras de sí la frondosidad de la costa mediterránea, tan verde

(decía él en una carta) «que no se puede creer». Por el contrario, cuando se acercaban a Castilla, los asaltó, se lamentaba el soberano «mucho frío y un aire terrible siempre de cara». Después de catorce meses de ausencia, la primera inquietud de Felipe a su vuelta fue ver cómo había progresado el proyecto de construcción de todos sus palacios, no simplemente de San Lorenzo. «Nos pareció muy mal Aranjuez, a lo menos a mí. Estuvimos allí cuatro días y vinimos a Madrid, donde hallé en buenos términos la obra que allí dejé, aunque no acabada como yo quisiera. Allí estuve yo otros cuatro días y vine una noche a El Pardo, donde hay mucho menos hecho de lo que yo pensé. Y vine aquí [San Lorenzo] donde hay hecho mucho»^[61]. Llegó a San Lorenzo el 26 de marzo, y allí pasó la Pascua. A principios de mayo se encontraba de nuevo en Aranjuez, donde Felipe permaneció dos semanas y fue observado por el embajador francés^[62]:

Durante el tiempo que el rey ha pasado en Aranjuez, lo ha pasado cazando y disfrutando de la belleza de este paraje, sus jardines y paseos, rodeado del contento que la primavera y esta bella residencia pueden brindar.

A finales de mayo el rey y su corte regresaron a San Lorenzo, para pasar las primeras semanas de verano de 1586. Una vez más, es incuestionable que no estuvo confinado en el monasterio, aun cuando sufrió un grave ataque de gota que le obligó a pasar allí el mes de junio. Llegado julio estaba de vuelta en el Alcázar de Madrid, pero regresó a San Lorenzo durante el mes de agosto para presidir la ceremonia que puso fin a las obras de construcción: la bendición de la basílica (véase capítulo 8). En octubre se dirigió a El Pardo, y luego volvió al Alcázar en noviembre y diciembre. Al terminar el año regresó por un par de días a San Lorenzo a fin de pasar las Navidades allí, pero retornó de nuevo al Alcázar, donde permaneció los siguientes cuatro meses, hasta abril, inmovilizado en parte por su enfermedad. Felipe hacía todo lo posible para que su precaria salud no interfiriese con los placeres familiares. Incluso durante el año de la Armada, en 1588, cuando padecía de frecuentes dolores, no se olvidó de sus obligaciones como padre. «Este verano», afirmaba Sigüenza refiriéndose a aquel año, «salió el rey con sus hijos a ver estas dehesas del contorno. Fue por vezes a la de la Frexneda y Herrería, cagavan, pescavan en los estanques»^[63].

Después de la Armada, y durante los diez últimos años de su reinado, aproximadamente entre 1589 y 1598, su enfermedad le obligaba a permanecer en una misma residencia durante largos periodos de tiempo, con lo que no podía visitar sus otras moradas. A consecuencia de ello, sus ausencias de ciertos palacios —incluso del Escorial— se prolongaron. En abril de 1589, por ejemplo, escribía: «Me he resuelto de dar una vuelta a Aranjuez pues ha casi dos años que no estuve allí». Aproximadamente desde 1590, siempre iba a todas partes con un bastón. Le era imposible viajar tanto como solía. Sus años de mala salud en la década de 1590 originaron un nuevo patrón de vida, con largas ausencias del Escorial, que visitaba ahora con menos frecuencia. Entre sus mayores renunciaciones se cuenta la antigua

costumbre de pasar la Semana Santa en el Escorial. «El año 1590», observaba Sigüenza, «no vino Su Magestad aqui por la Semana Santa porque le yva ya apretando la gota»^[64]. No llegó hasta la primera semana de junio. A principios de 1591 cayó gravemente enfermo de gota, de modo que tuvo que pasar la Semana Santa y Pascua en el monasterio de San Jerónimo, en Madrid. Cuando concluyó el calendario de celebraciones religiosas, se dirigió al campo, pero no a Aranjuez^[65]. Sigüenza mencionó que el rey también tenía otros compromisos: «Tuvo las fiestas del Corpus en Toledo, y aguardó también el auto que celebró el Santo Oficio» en dicha ciudad el domingo de Pentecostés. De igual forma, en 1592 tampoco fue por Semana Santa «porque le detuvo la gota», y en su lugar se trasladó brevemente un mes más tarde; a modo de compensación, pasó los meses de verano allí.

Una excepción parece ser la del año 1593, cuando el rey «pasó en el Escorial la mayor parte del verano, y vio concluir las pinturas, estantería y suelo de la biblioteca principal, y gran parte de los libros quedaron colocados en su presencia»^[66]. Volvió a ausentarse del Escorial una vez más durante los años inmediatamente anteriores a su fallecimiento. Los autores de hoy en día siguen describiéndolo como un prisionero del monasterio debido a su enfermedad, pero fue precisamente su enfermedad la que impidió que esto ocurriera. Así, la primavera de 1595, el rey estuvo postrado en cama en Madrid, según comentaban los embajadores venecianos. Fue a partir de ese año cuando empezó a usar la famosa silla que todavía puede contemplarse en el Escorial. Su inventor, Jean Lhermite, la llamaba una «silla de gota»^[67]. Según él, el rey «se sentaba en ella desde el momento en que se levantaba por la mañana hasta el anochecer cuando se acostaba». Tenía la ventaja de que era ajustable, de modo que servía tanto de silla como de litera. Sin embargo, su uso principal no era, a pesar de lo que afirman los guías turísticos del Escorial, el traslado del rey al monasterio. En la vida real, Felipe llevaba la silla a todas partes donde iba, sobre todo en Madrid. El hogar que más frecuentaba era su residencia oficial en el palacio del Alcázar, donde pasó la Semana Santa y la Pascua de 1596, cuando su enfermedad le impidió viajar. Una vez más, después de que finalizaron las festividades religiosas, huyó de Madrid para dirigirse a Aranjuez y Aceca^[68]. Una vez en Aceca, volvió a caer enfermo, y se fue de allí transcurridas solo unas semanas para pasar su convalecencia en el Alcázar de Toledo, donde estuvo hasta el final de agosto^[69]. En 1597, el año anterior a su muerte, pasó los meses de verano en el Escorial, pero no completamente retraído. Muy al contrario, los monjes vieron con agrado cómo se divertía cazando (inevitablemente desde dentro de su carruaje).

El rey aceptaba que sus deberes lo apartaran de sus muchos placeres habituales y de la compañía de otros. Pero no le agradaba la soledad. Adoraba estar en compañía de sus hijos y detestaba las separaciones, tal y como constatan ampliamente las cartas dirigidas a Isabel y Catalina desde Lisboa. Poco después de su regreso de la capital portuguesa, desgraciadamente, tuvo que separarse una vez más de Catalina, que se había casado (tal y como hemos mencionado) con el duque de Saboya en Zaragoza, en 1585. Después de que Catalina zarpara hacia Saboya (el destino no le permitiría volver a ver nunca más a su padre), el rey escribía a su hija: «He estado muy solo», le decía, «también se me ha renovado mucho la soledad que tengo de vos». Este ejemplo ilustra un simple caso de soledad humana, pero como toda prueba hay que establecerla dentro de su contexto. El rey tenía que dividir su tiempo entre varias obligaciones, y algunas de ellas —como sus reclusiones religiosas o sus deberes reales— justificaban su soledad. Otras, como por ejemplo las relacionados con su familia, le permitían huir de la soledad y buscar el placer de la compañía. Ambos tipos de quehaceres desempeñaron un papel importante en la vida social del Escorial, donde Felipe combinaba sus deberes religiosos con el trabajo y las distracciones familiares. Es un error identificar estrechamente el monasterio-palacio con la idea de aislamiento.

Por otra parte, el mismo hecho de ser rey implicaba un cierto alejamiento de los demás. En toda Europa, la monarquía empezaba a distanciarse de sus ciudadanos por dos razones principales: costes y seguridad. Este fenómeno ha sido analizado con detenimiento en el caso de Inglaterra, con menos detalle en otros países y de ninguna manera en España. El aumento de los gastos derivados de los desplazamientos por el reino empezó a alejar a los soberanos de sus súbditos. Los viajes ceremoniales durante los cuales los monarcas recorrían el país, a fin de afirmar su presencia y recibir juramentos de lealtad, solían practicarse en Inglaterra y Francia hasta finales del siglo XVI, pero a partir de entonces se volvieron menos habituales. Llegado el final de la centuria, prácticamente habían desaparecido. En España, Fernando e Isabel llevaban a cabo interminables viajes oficiales, pero esta costumbre prácticamente desapareció bajo el reinado de Carlos V. Felipe fue, como hemos visto, el último monarca español que recorrió su país extensamente: lo hizo en 1564, 1570 y 1585, y en cada ocasión durante varios meses.

Sin embargo, aunque pudiera estar comprometido con el pueblo, el contacto efectivo con este era muy infrecuente. Se trataba de una situación perfectamente normal en toda Europa, en una época en la que no existían medios de comunicación adecuados. Felipe sentía que su costumbre de mostrarse en público durante las festividades era algo necesario, e intentó mantenerlo a lo largo de toda su vida. «Como sabéis», indicaba cuando le urgieron a que prestase más atención a la opinión popular, «ay algunos que me hablan todos los domingos y dan memoriales»^[70]. Tan a menudo como era posible, almorzaba «en público». Pero esto no implicaba más que un almuerzo (a solas) en uno de los salones de recepción del Alcázar, donde podía ser

visto por miembros de la corte y otro público^[71]. Fue una costumbre que alentó a seguir a su hijo. Para el rey era una práctica acostumbrada mantenerse accesible a las peticiones de particulares, cuando iba de camino o de vuelta de misa los domingos. Caminaba despacio a propósito para tener la oportunidad de que la gente lo pusiera al día de sus asuntos^[72]. «Ha salido todas las fiestas asta agora», afirmaba un cortesano en 1583, «oyendo a todo el mundo y recibiendo memoriales».

Los reyes de Europa no podían permitirse el lujo de cultivar este tipo de contactos públicos. Sus obligaciones, de forma inevitable, tendían a separarlos más y más de la gente. En cualquier caso, la seguridad personal era algo primordial. Los atentados políticos eran una práctica común en Europa occidental, y los reyes eran uno de los blancos favoritos. En Lisboa, en 1581, se abortó un atentado contra la vida de Felipe. A partir de entonces tuvo que ser muy precavido. En 1583, un francés levantó las sospechas de oficiales, y fue seguido^[73] por temor a que se tratase de otro complot para matar al monarca. En realidad, no se puede culpar al Escorial por el distanciamiento del rey de su pueblo. A mediados de la década de 1570, cuando acababa de incorporar el monasterio a su lista de residencias, uno de sus funcionarios, Luis Manrique, sugirió acerca del monarca que «de industria se habia poco a poco echo inaccesible y metidose en una torre sin puertas y sin ventanas». Consagrado únicamente a sus papeles, decía Manrique, se ha aislado a sí mismo de la gente. En toda España «andan los hombres tristes, prometiéndose que todo se ha de perder»^[74]. Este escrito se remonta a un cuarto de siglo antes de la muerte del soberano y es muy anterior a los tiempos en que el Escorial empezó a desempeñar un papel trascendente en sus desplazamientos. Sea cual sea la relevancia de las palabras de Manrique, las acusaciones de que Felipe era «inaccesible» no se pueden considerar válidas para esa época. A finales de su reinado, no obstante, existieron rumores, como por ejemplo el de la visionaria Lucrecia de León (véase capítulo 9), que empezaron a relacionar el Escorial con la soledad.

Sin embargo, el distanciamiento relativo de la monarquía de sus súbditos en Francia, España y otros países, fenómeno este que es fácil de identificar, es cualitativamente distinto de esa otra imagen, la de un anacoreta del Escorial que despojó al país de todo contacto con la civilización. Esta idea es una invención ideológica que, sin embargo, sigue prevaleciendo en gran parte. La leyenda del Escorial como una prisión monástica se ha empleado a fin de presentar la imagen de un rey tímido y nervioso, cobarde y cercano a la locura. Los resistentes muros del Escorial —se ha argüido— le brindaban la protección, soledad y confianza que su debilidad y falta de carácter tanto anhelaban, y por eso acabó muriendo allí. Mientras tanto, aislaba a España de la misma manera que se había aislado a sí mismo. El país, predica este argumento, poseía un inmenso potencial económico y cultural, pero, debido a Felipe II, se mantuvo atrasado, porque los españoles no tenían permitido el contacto con los extranjeros, no podían comerciar con otras naciones, no podían desplazarse a ellas para ampliar sus estudios y tenían prohibida la lectura de libros

foráneos. En el siglo XIX, el historiador Modesto Lafuente tuvo ocasión de denunciar «el aislamiento en que vivía España del movimiento intelectual europeo desde Felipe II». Esta idea absolutamente falsa, y que he tenido ocasión de examinar en varias ocasiones^[75], se forjó hace un siglo y medio por mediación de un grupo de historiadores liberales españoles, y gracias a posteriores ideologías políticas ha perdurado de forma inmerecida todo este tiempo. A fin de rescatar al Escorial de esta extravagante fantasía, vale la pena repetir lo que debería ser obvio para aquellos que conocen el pasado de España. A los españoles, centro de un imperio intercontinental, nunca se les separó del mundo exterior. En una era en la que España era la principal potencia, miles de españoles, de todos los rangos y condiciones, incluidos el clero, la nobleza, los estudiantes, los soldados y los aventureros, abandonaron la Península y deambularon por otras partes del continente o bien emigraron a América. De la misma forma, visitantes extranjeros llegaron a España y, algunos, hasta se las ingeniaron para alcanzar la sierra de Guadarrama y echarle un vistazo a la espectacular ciudadela del rey, erigida en las laderas de las frondosas montañas.

6 UN PAR DE ÁGUILAS: IMÁGENES DEL PODER Y DE LA MONARQUÍA

EL ESCORIAL Y EL ABSOLUTISMO REAL

Ante su enorme estructura granítica y su incuestionable dominio del paisaje visible, a los observadores no les resultaba difícil identificar el monasterio con el poder absoluto de la monarquía. «Nada puede compararse al Escorial», escribía Alejandro Dumas (padre) en 1846, «ni Windsor en Inglaterra, ni Peterhof en Rusia, ni Versalles en Francia. Tiene su propia identidad, creada por un hombre que doblegó su época a su voluntad, un ensueño hecho de piedra, concebido durante las noches insomnes de un rey en cuyos reinos nunca se ponía el sol»^[1]. Es fácil entender por qué la primera impresión de un observador había de ser la de encontrarse ante una evidencia de poderío. La extensa área de piedra transmite de manera inequívoca solidez y autoridad. A Dumas nunca le cupo la menor duda: «una vez en la vida llega un hombre, típico de su tiempo, el reflejo de toda una época, y deja tras de sí un monumento para dar a conocer su espíritu a todas las generaciones futuras». El inmenso impacto visual, por desgracia, fue tal, que los observadores dieron rienda suelta a la imaginación, como sabemos a través de la gran variedad de juicios documentados. Historiadores, artistas, novelistas y filósofos, todos ellos, han manifestado una opinión distinta de lo que representaba en realidad el edificio. Por encima de todo, lo vieron como una expresión obvia del poder absoluto y el autoritarismo de la monarquía. ¿En qué sentido tenían razón?

Medio siglo después de Dumas, otro ciudadano de Francia, el gran historiador Ernest Lavisse, percibió el Escorial como una expresión del despotismo de Felipe II y un símbolo precursor del autoritarismo demostrado por su descendiente directo Luis XIV^[2]. La idea de comparar a Felipe II con Luis XIV fue suscitada durante el siglo XIX por intelectuales republicanos franceses que veían a Luis como un español (tanto su madre como su esposa pertenecían a la familia real de España y, por tanto, eran parientes de sangre de Felipe II), y consideraban su absolutismo como una característica importada de la península Ibérica. Por definición, sentían que algo tan negativo como el «absolutismo» no podía tener sus orígenes en Francia —aun cuando, por supuesto, admitían que solo los franceses, encarnados en la figura de Luis XIV, eran capaces de perfeccionarlo— y que debía de proceder del exterior. Las teorías acerca del significado político del Escorial abundan precisamente porque se trata de intuiciones razonadas, que se basan en la rotundidad física del edificio y parecen asentarse en realidades históricas, pero después de todo carecen de fundamentos sólidos. La asociación entre el monasterio de Felipe II y Luis XIV tenía cierto sentido, pero la idea del proyecto germinó en la mente de un arquitecto, no de

un rey. Cien años después de la muerte de Felipe II, Louvois, ministro de Luis XIV, eligió al arquitecto Liberal Bruant para que levantara un hospital militar a orillas del río Sena. El edificio, que se construyó en tres años y se completó en 1674, fue ideado por Bruant sobre el plan del Escorial, de manera consciente. La impresionante iglesia, con cúpula que evoca la del conjunto escorialense, fue construida poco después por el arquitecto Jules Mansart. El diseño final del majestuoso Hospital de los Inválidos que vemos hoy difiere en muchos aspectos de la idea original. Sin embargo, las similitudes con el proyecto de construcción del Escorial, en 1683, no dejan de ser asombrosas.

Con el transcurso del tiempo, el Escorial empezó a significar muchas cosas distintas para mucha gente distinta. Su estructura era tan vasta y compleja que estaba destinada a suscitar una gran variedad de interpretaciones. La mayoría de los comentaristas no vio problema alguno en identificarlo como una manifestación concreta de la psicología de su creador y de su voluntad de poder. En la práctica, era muy difícil demostrar a través de citas textuales que el edificio fuera, en absoluto, expresión de los puntos de vista del rey sobre el mundo. Tuvieron que buscarse o fabricarse pruebas indirectas.

En su volumen sobre la época de la preponderancia española en Europa^[3], el historiador francés Henri Hauser percibía el Escorial como una imagen clara del poder ilimitado del rey de España. Para él, el acontecimiento que mejor simbolizaba el mando de Felipe II era el «macabro» entierro de los restos mortales reales en 1574. El análisis de Hauser heredaba de forma evidente un punto de vista ampliamente difundido entre los novelistas y dramaturgos franceses del siglo anterior, según el cual Felipe era el «rey de la muerte»^[4]. Incluso Fernand Braudel, cuyo enfoque general era mucho más moderado, sentía —en su excelente estudio de la época de Felipe II^[5]— que era posible establecer una comparación con Francia: «Felipe II, en el Escorial, fue el equivalente de Luis XIV en Versalles». Muy pocas veces un solo edificio, simplemente por su intimidante majestuosidad, ha servido para influir tanto en las interpretaciones históricas de un dirigente. El mismo destino le aguardaba a un contemporáneo de Felipe, Iván el Terrible, cuyo régimen fue comparado con la lúgubre inmensidad de las paredes del Kremlin en Moscú. El nuevo Kremlin —reconstruido desde finales del siglo xv y basado en los planos de los arquitectos italianos Fioravanti, Solari y Ruffo— fue, sin embargo, concebido más como una forma de autoprotección que como un ejercicio de poder. Sus gigantescos muros de ladrillo rojo, que acabaron sobrepasando los dos kilómetros de longitud, conformaban una auténtica fortaleza. Las paredes del monasterio de Felipe no albergaban, en cambio, ningún propósito de protección. ¿Constituía, sin embargo, el Escorial una imagen de poder? ¿Poseía el rey imágenes de poder?

Existe un hecho fundamental: ni dentro ni fuera del Escorial podía el soberano haber alimentado sueños de poder, porque la monarquía española no cuadraba con esta clase de sueños. La «monarquía», como la denominaban los contemporáneos —o

el «imperio», término al que a veces suele recurrirse en la actualidad—, consistía en una alianza de diferentes territorios que eran independientes los unos de los otros, cuyos estilos de gobierno eran distintos y que solamente compartían una obligación de lealtad al mismo soberano. Se habían juntado principalmente como resultado de uniones matrimoniales, y seguían preservando sus propias leyes. Hubiese sido extremadamente difícil gobernar arbitrariamente en aquellos estados o provincias que no lo permitieran. El rey, en consecuencia, siempre tuvo que andar con cuidado. Los asuntos de máxima importancia relacionados con la guerra, la paz y el orden público rara vez se encontraban únicamente en sus manos. A principios de su reinado, en 1559, delegaba todo, hasta el último detalle, en sus consejos y consejeros, y nunca tomó decisiones que se basaran solo en su propia opinión o preferencia^[6]. «Casi nunca se desvía del consejo de sus ministros», decía el embajador veneciano Tiepolo. Las decisiones importantes siempre afectaban a mucha gente. El rey nunca actuaba por cuenta propia, y siempre pedía consejo antes de actuar. Una generación después todavía se comportaba con la misma prudencia. Enfrentado a una grave crisis, intervino con un ejército en Aragón en 1591, pero solo después de recibir las opiniones escritas de administradores destacados de toda España^[7], y durante esos meses no movió un dedo sin contar antes con consejos favorables. La toma de decisiones pasaba por varias fases, y Felipe no preparaba personalmente las medidas que habían de adoptarse. Evidentemente, las disposiciones militares específicas, como en el caso de las guerras en los Países Bajos, eran ajenas a su control. Se emitían muchas órdenes y providencias en su nombre, pero hubiese resultado imposible obtener en cada caso su consentimiento directo.

La naturaleza multinacional de la monarquía de Felipe ha alentado a algunos a creer que ejercía un inmenso dominio, que —mantienen— exaltaba todavía más a través de la propaganda. Se cree que Felipe fomentó las imágenes de su poder. Un moderno historiador afirma que «la presentación de Felipe II se llevaba a cabo a través de imágenes de poder, ya fuera por medio de escritos o iconos. La producción de dichas imágenes conllevó un discurso global acerca de la representación o iconografía de Felipe II, el epicentro de la simbología imperial»^[8]. El problema es que, en verdad, a Felipe le faltaban imágenes reales y carecía de ellas en el Escorial. Este capítulo se dedica a explorar brevemente este hecho sorprendente. Si el monasterio era en realidad su estructura más emblemática, la siguiente pregunta que nos hacemos es ¿por qué no lo usó para proclamar su autoridad?

Es un ejercicio estimulante alegar que estaba obsesionado con el simbolismo y la iconografía, pero esta afirmación no puede ser documentada y carece por completo de fundamento. Los estudiosos, sin embargo, con frecuencia dan rienda suelta a su imaginación y se olvidan de pruebas tangibles, como en el caso de un autor que, recientemente, alega que «Felipe elaboró el concepto de monarquía absoluta» y fue el «ideólogo teocrático más significativo de la era moderna»^[9]. Este tipo de afirmaciones sobrepasa los límites de la imaginación. Otros monarcas de esa misma

época, sobre todo en Francia e Inglaterra, donde las dinastías en el poder eran muy frágiles y necesitaban asegurar a sus seguidores que mantenían el control, se esforzaban por fomentar su imagen pública. Felipe II, el dirigente más estable y —teóricamente— el más poderoso de su tiempo, hacía lo opuesto. Minimizaba el estatus de la monarquía y le prestaba muy poca atención al simbolismo o a las imágenes. Tal y como se refleja claramente en el estudio de Roy Strong sobre el espectáculo real en el Renacimiento, España permanecía al margen de las imágenes y esplendores cortesanos^[10]. Mientras otros monarcas invertían tiempo y dinero en símbolos tales como el Campo de la Tela de Oro (1520), las únicas galas en las que se complacía la realeza española tenían lugar *fuera de España*, en los Países Bajos y en Francia^[11]. El emperador se las ingenió para organizar por lo menos una celebración de importancia en España, concretamente en Barcelona, en 1535, justo antes de la campaña de Túnez, pero se llevó a cabo a propósito de la impresionante concurrencia de príncipes y prelados internacionales que acudieron al Mediterráneo con motivo de la campaña. Tenemos una idea de lo impresionante que fue este acontecimiento gracias a los famosos tapices sobre Túnez (véase este mismo capítulo, más adelante). Felipe II, por su parte, no invirtió ningún tiempo celebrando galas extravagantes en España, y no existen pruebas visuales, ni cuadros, ni tapices que conmemoren ninguna de las humildes celebraciones de familia que llevaba a cabo de vez en cuando.

En varios tratados que se publicaron a finales del siglo XVI, algunos de sus cortesanos se sintieron ansiosos por crear una imagen auténticamente regia, incluso imperial, de Felipe, pero fracasaron contundentemente. Cabe resaltar con brevedad cuatro puntos relevantes^[12].

En primer lugar, nunca se publicó en España una sola obra importante que favoreciera el poder real absoluto y que contara con la aprobación del monarca durante su reinado. Puesto que otros soberanos de la época —especialmente en Francia^[13] e Inglaterra— jamás dudaron en fomentar publicaciones que apoyaran sus programas, se trata de un detalle sobresaliente. A pesar de la presentación de Felipe como déspota absoluto, la España del siglo XVI careció de una doctrina de poder real, e incluso aportó los más elocuentes pensadores en contra del absolutismo de la época. Todos los teóricos que se hallaban activos durante el reinado de Felipe estaban a favor de una monarquía responsable, y aquellos^[14] que escribieron después de su muerte recalcaban todavía más que la autoridad real era estrictamente limitada. El magistrado castellano Jerónimo de Bobadilla, que publicó un importante tratado acerca del poder real justo antes del fallecimiento de Felipe II^[15], señalaba que cualquier intento por parte de un rey español de atentar contra la conciencia individual, la religión, la naturaleza o las leyes provinciales resultaba inherentemente invalidado, y que el concepto de *raison d'état* no tenía lugar en España.

En segundo lugar, nunca en el curso de su vida se pintó un solo cuadro sobre el «poder» de Felipe II, con la única excepción de un retrato que le representaba como

rey de Portugal (realizado en una época en la que, ciertamente, necesitaba el apoyo de la propaganda).

En tercer lugar, nunca reclamó —existe una ausencia irrefutable de cualquier alegación— poderes especiales como soberano del reino de Castilla, y jamás favoreció el poder de Castilla frente al de otros reinos de la monarquía peninsular.

Por último, carecía de pretensiones de grandeza internacional, y nunca intentó reclamar el título de emperador ni demostró interés alguno por la corona imperial de Alemania. El respeto de Felipe por la decisión de su padre acerca de la corona imperial es incuestionable^[16]. Los contemporáneos que persistían en fomentar la imagen de un rey que codiciaba reinos y títulos, o bien no conocían a Felipe o, deliberadamente, estaban manipulando la verdad. Felipe nunca manifestó ninguna ambición por dirigir Alemania. A principios de 1555 informó al embajador español en Alemania de que no tenía intención de reclamar el título imperial^[17]. Siete años más tarde ocurrió lo mismo. «Cuanto a la sucesión del Imperio», le recordaba a su embajador en Viena en 1562, «a mi no me conviene pretenderlo, estando las cosas como están, y quiero ayudar al rey [de Bohemia, Maximiliano] para que él lo consiga»^[18]. Por el contrario, en Italia, donde sus poderes eran extremadamente limitados, insistió en retener la máxima autoridad posible^[19].

EL ESCORIAL Y LA ICONOGRAFÍA DEL PODER REAL

El hecho innegable de que Felipe carecía de delirios de esplendor monárquico lo ignoran los autores cuando contemplan el imponente edificio de San Lorenzo del Escorial. El monasterio, según un estudioso, era una manifiesta afirmación de poder, «un símbolo del triunfo de la monarquía autoritaria sobre las fuerzas disgregadoras de la anarquía»^[20]. Puesto que Felipe nunca se vio a sí mismo como un rey autoritario, ni tuvo que enfrentarse a la anarquía en España en ningún momento de su vida, cualquier «símbolo» yace exclusivamente en los ojos o la imaginación del observador moderno. Carece de fundamento real alguno. Aquellos que se basan solo en la apariencia del edificio, sin tener en cuenta el contexto o las pruebas, corren el peligro de urdir interpretaciones quiméricas. Se ha declarado que fue «la imagen emblemática de Felipe II de un orden total» lo que inspiró el edificio del Escorial, y que la «poderosa afirmación de su arquitectura vinculaba precisamente este orden con el poder necesario para producirlo»^[21]. La afirmación reiterada de «poder» tiene, evidentemente, un valor enfático. La misma autora considera este y otros edificios como los «equivalentes arquitectónicos del estilo elegido por Felipe como monarca», y opina que el «autoritarismo de Felipe» se «encarna por completo en el Escorial»^[22]. Estas percepciones de un rey hambriento de poder, por desgracia, carecen de pruebas que las apoyen. En realidad, no hay prácticamente nada en el Escorial que refleje esta

presunta imagen, y el punto de vista de que el «orden total» y el «autoritarismo» simbolizaban el enfoque artístico de Felipe es algo extremadamente difícil de corroborar.

Basarse en el Escorial como imagen que refleja con exclusividad la mente de Felipe II, y a la vez omitir sus restantes creaciones, como Aranjuez o el Alcázar de Madrid, o el nuevo palacio de Lisboa, el Paco da Ribeira, todas las cuales podrían calificarse fácilmente de «autoritarias», es definirlo arbitrariamente, a partir de un solo edificio. Este método es poco juicioso, de la misma forma que sería imprudente definir a un artista basándose en un solo cuadro. El Greco no puede interpretarse únicamente a través de su visión de la ciudad de Toledo, y las ideas del rey no pueden percibirse solamente a través de un edificio construido en los montes de las afueras de Madrid. Tomemos como ejemplo el palacio real portugués, que podría ser percibido, con más razón que el Escorial, como una manifestación visual de poder. Si hubo algún momento en que el monarca pareció hallarse en el punto culminante de su grandeza, fue precisamente después de asentarse en su nuevo reino de Portugal, en 1581. El palacio existente en Lisboa, el Pago da Ribera, fue modificado. Sus grandes ventanales miraban directamente a los barcos del puerto y brindaban una vista panorámica del océano. Juan de Herrera y Filippo Terzi construyeron una nueva torre de cuatro pisos en forma de cúpula, el Torreáo^[23]. Tenía vistas del puerto, ámbito que presidía como si de un faro se tratase^[24], y contenía —lo mismo que el Escorial— una biblioteca, así como el salón del trono y una serie de aposentos reales. El Torreáo, amueblado con lujo, representaba de forma ostensible el éxito del rey. Sin embargo, la intención de Felipe nunca fue convertir este edificio en un manifiesto del triunfo imperial^[25].

Por supuesto, se puede argumentar que todos los palacios de un rey se construyen con la intención de hacer hincapié en la noción de poder. Este argumento es a la vez válido e incuestionablemente cierto, puesto que dichos edificios son símbolos de autoridad. Sin embargo, afirmar el poder a través de sus residencias nunca fue una prioridad de los monarcas españoles. Fernando e Isabel no tenían una monarquía centralizada y, por tanto, no invirtieron ni tiempo ni dinero en la erección de palacios. Simplemente, no tenían ninguno. Tal como comentó una vez a su hijo —como ya hemos visto en el capítulo 3—, Carlos V manifestó un claro desinterés en este aspecto, y pasó la mayor parte de su reinado fuera de la Península. El único palacio que ordenó erigir —en Granada— jamás llegó a ocuparlo. Esto no significa que fuera indiferente a la afirmación necesaria de su poder. Felipe II fue el primer monarca español que llevó a cabo un proyecto de construcción de residencias reales meditado, inteligente y con aspiraciones artísticas. No todas sus residencias y palacios compartían el mismo propósito, no todos trataban de recalcar la noción de poder. La construcción del Alcázar de Madrid, por ejemplo, fue una maniobra destinada a incrementar la estabilidad del Gobierno de la monarquía^[26]. Los ministros y consejos de gobierno celebraban sus reuniones en recintos específicos de aquel conjunto, que

para España vendría a significar lo que el Capitol Hill, en Washington, es para Estados Unidos. Puesto que el Escorial era principalmente un monasterio, y no un palacio, los ministros no mantenían allí sus encuentros de trabajo, con lo que la afirmación del poder real desempeñó un papel muy limitado en su construcción.

Los estudiosos han intentado buscar argumentos que justifiquen la percepción de Felipe como rey absolutista a través de la exploración de la iconografía del rey, pero han sido incapaces de alcanzar resultados convincentes. Uno de los mayores expertos en el soberano, Fernando Bouza, admite que sus creaciones artísticas (los edificios, así como los cuadros que encargaba) no brindan una interpretación política clara. «No es posible ni tampoco razonable», escribe, «reducir el mecenazgo artístico y cultural de Felipe II a una forma de política»^[27]. Bouza ofrece algunos ejemplos notables acerca de la creación de imágenes de poder, entre los cuales no figura el Escorial^[28]. Además, tiene en cuenta el uso de la propaganda por parte del rey, pero es significativo que las evidencias al respecto proceden del único momento de su reinado en que Felipe recurrió de manera efectiva a la propaganda, cuando intentaba obtener el apoyo internacional en su reclamación del trono de Portugal^[29]. Durante esa época, el soberano intentó fomentar el derecho dinástico e impedir así que Portugal cayera en manos de ingleses o franceses. En ningún momento, ni entonces ni después, se sirvió de la propaganda para incrementar su estatus político o su prestigio ideológico como gobernante.

En pocas palabras, Felipe invirtió muy poca energía, dentro o fuera del Escorial, para crear una imagen regia. Otros lo hicieron en su lugar, cuando lo consideraron necesario, pero carecería de todo fundamento sugerir que el propio monarca tomó parte consciente o activa en dichos procesos. Toda la simbología de poder vinculada a él, que se remonta a los años cercanos a 1554, cuando se convirtió en rey de Inglaterra, estaba, como hemos visto en el capítulo 4, relacionada con el poder imperial de su padre, Carlos V. Las imágenes subsiguientes, especialmente en los Países Bajos, tenían como propósito afirmar los derechos del rey de España en dichas provincias, y no formaban parte de un proyecto de fomento de poder por parte de Felipe^[30]. Ciertamente, la imagen imperial de España cultivada décadas más tarde por escritores y artistas no se debió a la influencia activa de Felipe. Por ejemplo, una famosa ilustración de 1581, obra del artista alemán Heinrich Bunting, representa a España como la cabeza imperial de un cuerpo que tiene por corazón la Europa central, más explícitamente, Bohemia. La intención era, tal y como me indicó una vez el distinguido y llorado historiador checoslovaco Josef Polisensky, promover Bohemia, no España.

Tal vez la principal falacia de la teoría de un Felipe II ansioso de promocionar su propia imagen es la idea de que los reyes de España se sentían inseguros de su posición y, por tanto, necesitaban fomentar su estatus personal. Sabemos que la monarquía atravesó etapas críticas en Inglaterra y Francia, principalmente por razones dinásticas, pero en España, después de una rebelión a pequeña escala, la de

los comuneros en 1520, el Gobierno se sentía seguro. Ni Carlos V ni Felipe II hicieron ningún esfuerzo por promover la propaganda real. Un ensayo reciente sugería el empleo de tres medios principales para promover la imagen del rey en los albores de la España moderna: la difusión de cuadros, la construcción de palacios y las colecciones de obras de arte^[31]. Es dudoso que las tres puedan aplicarse con mucha exactitud a Felipe II, puesto que la proyección de una imagen requiere la existencia de un público que la reciba y se sienta impresionado por ella y, sin embargo, ni los retratos de Felipe ni sus colecciones de arte estaban a disposición de los ciudadanos españoles. Había un pequeño número de retratos del rey, la mayoría pintados por Tiziano y por Sánchez Coello, pero se exhibían en lugares privados, inaccesibles al público, y nunca se usaron como retratos de Estado ni fueron admirados por nadie aparte de un reducido círculo de figuras políticas. Un especialista que ha estudiado los retratos de esa época concluye que «el pueblo, en general, solo podía contemplar las imágenes de sus reyes en casa de personas pudientes. Retratos de representación para el pueblo, repartidos en entidades públicas, no parecían haber existido»^[32].

Normalmente, lo más parecido al rostro del rey que el pueblo llegó a ver fue el perfil que figuraba en las monedas, cuya finalidad principal no era promocionar el poder del soberano. Esto no implica que a Felipe no le gustaran los retratos: le agradaban mucho, pero los colgaba en su despacho, no en salas públicas donde todo el mundo pudiera admirarlos. Significativamente, todos los retratos del monarca que han llegado hasta nosotros carecen de cualquier símbolo de poder real^[33]. El rey se limitaba a vestir con sencillez, y con un solo adorno principal, el de la Orden del Toisón de Oro. El único que puede calificarse de grandilocuente es un retrato que se relaciona con los asuntos de Portugal. Si Felipe posó para esta obra debió de haber sido en Lisboa, justo después de 1580. En este retrato aparece magníficamente ataviado con una tela de oro (tejido que, según los embajadores venecianos, no era de su agrado y que siempre trataba de evitar), y que reza «Don Felipe I de Portugal y de Castilla», descripción que es técnicamente correcta, puesto que la entidad política de «España» todavía no existía como tal, y la pretensión al trono de Portugal derivaba de la familia real de Castilla. No existe ninguna información acerca de cómo este retrato llegó a ocupar el lugar en el que ahora se exhibe, el Museo de San Carlos, en México^[34].

Como es de suponer, el rostro del rey aparecía en muchas ilustraciones y medallas. El análisis de unos cuantos libros impresos depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid permite contemplar 139 grabados en blanco y negro de Felipe, aproximadamente cien de ellos de su busto (cabeza y hombros) y otros treinta de cuerpo entero^[35]. Estas cifras no son muy elevadas, teniendo en cuenta que gobernó el país durante más de medio siglo, y que había miles de libros en circulación que mencionaban su nombre. Su rostro figuraba igualmente en muchos libros publicados en Italia y los Países Bajos. El uso de una imagen en dichos contextos tenía

claramente un propósito ilustrativo tanto como propagandístico. El perfil del rey también apareció en medallas de vez en cuando. Basándose en la creencia de que todas las imágenes vinculadas al rey son un reflejo de sus pretensiones de poder, varios estudiosos han sugerido que una pequeña medalla creada por el diseñador italiano Jacopo Nizzola da Trezzo en 1555, justo después de la boda de Felipe con la reina María de Inglaterra, era una prueba patente de imperialismo. Esta medalla ostenta el emblema de un sol con las palabras *lam illustrabit omnia* ('Pronto resplandecerá en todas partes'). Una de las interpretaciones ofrecidas es que Felipe se presentaba como el Sol, un nuevo dios Apolo, o una especie de Rey Sol predecesor del auténtico —Luis XIV de Francia—, que albergaba la esperanza de tener a todo el mundo en su órbita. Por extensión, el Escorial sería un edificio inspirado por el Sol y vinculado a una simbología astral^[36]. Esta podría ser una tesis fascinante, si tuviese algún fundamento verídico. Pero nunca se ha podido corroborar.

Dentro de los límites de lo conocido hasta el momento actual, la medalla de 1555 puede verse simplemente como una expresión de triunfo durante la boda real de aquel año. Felipe acababa de ser proclamado rey de Nápoles y estaba contrayendo nupcias con la reina de Inglaterra, con lo que expandía hasta el Atlántico la autoridad de su padre, el emperador Carlos V, en Europa. Era algo de lo que cualquier soberano se hubiese sentido lógicamente orgulloso. Sin embargo, se trataba más de una manifestación de satisfacción dinástica que de imperialismo agresivo, puesto que en esos momentos Felipe ni siquiera era rey de España. En cualquier caso, el lema *lam illustrabit omnia* no era exclusivo de Felipe II. Se puede encontrar repetido posteriormente en publicaciones de toda Europa^[37], por parte de autores que deseaban ganarse la aprobación de España. Fue reproducido por Girolamo Ruscelli en sus *Imprese Illustri* (1566), y luego en el *Imprese di diversi Principi*, de Battista Pittoni (Venecia, 1568). El lema, que siempre formaba parte de una página bellamente ilustrada, se utilizó después en otras obras que también correspondían a Felipe III. No fue, por tanto, monopolio de Felipe II.

A lo largo de su vida, Felipe optó por distintos emblemas, lemas y medallas. Mientras era príncipe y regente de España, por ejemplo, adoptó una medalla especial como símbolo de su autoridad. Cuando hizo su entrada triunfal en la ciudad de Amberes, en 1549, el lema que empleaba en los monumentos públicos era *Necspe nec metui*^[38]. Cada acontecimiento real tenía su correspondiente lema, y ninguno de ellos era un reflejo único o firme de las ideas de Felipe. Las medallas se fabricaban y se distribuían con motivo de sucesos conmemorativos específicos, más que con ánimo de impulsar su autoridad personal. Algunas tenían forma de sello y se usaban para cartas oficiales (véase más adelante). Los creadores de medallas siempre eran italianos^[39], y en general, las medallas no estaban vinculadas a experiencias de la política española. Todos los miembros de la familia real las tenían, y el propio Felipe II las coleccionaba como recuerdos familiares. Cada medalla «transpiraba un aire de intimidad familiar, doméstica»^[40].

No resulta convincente sugerir que el rey se valiera de sus medallas para expresar sus ambiciones de poder. El lema *Non sufficit orbis* ('El mundo nunca es suficiente', que implicaba, según se ha sugerido, sueños de expansión imperialista) se usó en una medalla acuñada en Lisboa después de la triunfante anexión de Portugal, y algunos marineros ingleses encontraron ejemplares en Santo Domingo, en 1586, durante un célebre asalto a la ciudad. Sin embargo, este lema no lo inspiró ni lo creó el rey (a pesar de un estudio reciente que sugiere, sin presentar prueba alguna, que así fue), y nunca se hizo oficial^[41]. De hecho, había sido empleado años antes por un escultor de Carlos V, en la fuente del palacio renacentista del emperador en Granada (en el que, como hemos señalado, nunca residió), a fin de ilustrar una escultura del conquistador Alejandro Magno^[42]. También lo utilizó un rey de Francia, Francisco II. La idea de que Felipe acuñó la medalla a fin de expresar sus sueños de conquista ha sido acariciada por escritores que parecen sentirse atraídos por la coincidencia de este lema con el título de una película de James Bond. La noción de un imperialismo «viril» respaldado por Felipe II, sin embargo, se basa solamente —al igual que las películas de James Bond— en una fantasía. Una observación parecida puede hacerse acerca de la declaración —a la que nos referíamos antes— de que Felipe aspiraba a ser el Rey Sol. Autores populares del siglo xx han concebido esta idea a partir de la nada e insisten en retornar a ella^[43]. El Escorial ha sido bañado por el sol de Castilla durante cuatro siglos, pero ni el rey ni ninguno de sus admiradores lo identificó jamás de manera directa con el Sol.

De la misma forma, el interés de Felipe por las armaduras, que mencionamos anteriormente, no debería interpretarse como una mera afirmación de poder monárquico^[44]. Esta inclinación perduró, desde luego, durante los años en los que fue príncipe, pero cesó por completo una vez se convirtió en rey; por tanto, no guarda ninguna relación con sus teorías sobre la monarquía. El uso de armaduras por parte de príncipes y nobles, muy poco frecuente en una época en la que las armaduras militares pasaron de moda rápidamente, demostraba tan solo una afición por una prenda exótica y masculina. Existen notables armaduras de Felipe en la Real Armería del Palacio Real de Madrid, pero, desde luego, no en un entorno estrictamente religioso como el del Escorial. En cualquier caso, los ejemplos acerca de su interés por ellas se remontan exclusivamente a los días en que era príncipe, cuando contaba con la agilidad y la destreza suficientes como para participar en torneos de caballería. Las asombrosas armaduras de Madrid fueron diseñadas para él, durante su visita a Augsburgo, en el transcurso de su «felicísimo viaje». El herrero Desiderius Colman le hizo, al menos, dos trajes completos: en 1549 y 1550^[45].

Felipe insistía en ser representado ataviado con estas preciosas vestiduras, y el retrato que encargó inmediatamente después de San Quintín (véase capítulo 2) reproduce a la perfección la figura regia con el traje que llevaba puesto durante el desfile de la victoria, en el campo de batalla. Probablemente fuera la última vez que llevó armadura. Una vez rey, Felipe ya no tuvo la oportunidad de dedicarse a este

pasatiempo. En 1565 empezó la construcción del edificio de la armería, en el Alcázar, destinado a albergar no solo sus armaduras, sino también la inestimable colección heredada de su padre el emperador. La palabra «inestimable» no está fuera de lugar. Los trajes de armadura eran juguetes, pero juguetes extremadamente caros. En 1550, Colman recibió, por la armadura de Felipe, una cantidad de dinero tres veces superior a la pagada a Tiziano por su famoso retrato del emperador (ataviado, por supuesto, con su traje de armadura) montado a caballo^[46].

En el siglo XVI uno de los métodos más llamativos para expresar mensajes políticos fueron los tapices, que gracias a su tamaño, su color y su complejidad eran capaces de ejercer su impacto en el observador de manera más eficaz que una mera pintura^[47]. El tapiz fue una forma artística que durante el siglo XIV floreció casi exclusivamente en los Países Bajos, hecho este que Carlos V aprovechó en su favor. Contrató a artistas flamencos, como Jan Cornelisz Vermeyen^[48] y Pieter Coecke van Aelst, que lo acompañaron durante una expedición contra los turcos, a fin de que pudieran basar los diseños de sus obras directamente en lo que habían visto. El resultado fue una magnífica serie de doce tapices, ejecutados por Willem de Pannemaker, dedicados a la campaña de Túnez de 1535, un acontecimiento bélico de alcance internacional dirigido contra los musulmanes en el norte de África. Realizados con sedas procedentes de Granada, lana francesa y hebras de oro y plata, estos tapices fueron los más caros que Carlos jamás encargó. La colección de doce piezas, que se terminó en 1554, fue remitida a Inglaterra como regalo de boda de Felipe a María, y luego fue devuelta a los Países Bajos, en 1556, para ser exhibida durante una reunión de los caballeros de la Orden del Toisón de Oro.

Durante estos años, Felipe demostró también su inclinación por el arte del tapiz^[49]. Empezó a comprarlos a partir de 1550, al concluir su primera visita a los Países Bajos^[50]. En mayo de aquel año adquirió la serie de siete piezas titulada *La Historia de Salomón*, que envió a España. Heredó tapices de su familia, sobre todo de su padre y de sus dos tías, María y Leonor, pero también él mismo se convirtió en coleccionista. La colección de tapices que se exhibe en La Granja de San Ildefonso muestra los que el rey encargó en Bruselas. A partir de 1555, el periodo en que abdicó Carlos, realizó otras adquisiciones, entre las que cabe destacar la serie sobre *El Apocalipsis*, parte de la cual se perdió durante el naufragio de los buques que regresaron a España en 1559. Willem de Pannemaker intervino en algunas obras de dicha serie; representó, por ejemplo, el tema de San Miguel y los ángeles matando al diablo, como símbolo de la eterna lucha entre el bien y el mal.

Existía una diferencia fundamental entre los temas de los tapices encargados por Carlos y por Felipe. El emperador, como podemos apreciar a través de la serie de *Túnez* —y también en la completada en 1531 acerca de la victoria imperial sobre Francia en Pavía—, se regocijaba de la magnificencia de la guerra. Una de las piezas ambientadas en la campaña africana no vacila en ilustrar la crueldad de la ocupación de la pequeña ciudad costera musulmana. Por el contrario, todas las series que

encargó Felipe estaban inspiradas en temas bíblicos o míticos. Cuando decidió el traslado de algunos de sus tapices al Escorial, el rey se limitó a escoger dos piezas, de las series del *Apocalipsis* y *La historia de Noé*, respectivamente. Ninguna de las obras de la colección de *Túnez* fue al monasterio, donde, como sabemos (véase capítulo 7), no había lugar para la guerra. Esta serie se encuentra, en cambio, en el Palacio Real de Madrid, donde se exhibe ahora al público. A pesar de su inclinación por los tapices, el rey, por lo visto, nunca encargó ninguno destinado a celebrar sus victorias. Aunque siempre dio por sentado su propio estatus y dignidad, nunca vio la necesidad de propagarlo. Su padre había ordenado que en una de las piezas de *Túnez* representaran a Felipe de muchacho, como centro de atención durante las ceremonias previas al embarque en Barcelona, en 1535. Como adulto, es posible que Felipe pensara que esta referencia era un tributo adecuado a la colaboración con su padre. Nunca tuvo la necesidad de reproducir su rostro en ninguno de los tapices que él ordenó.

Tal vez la única ocasión en la que el rey consideró adecuado usar su colección de tapices fue cuando, por primera y última vez durante su reinado, invitó a un jefe de Estado. Este acontecimiento tuvo lugar en 1576, fecha en que celebró una reunión con su sobrino, el rey Sebastián de Portugal, en el monasterio de Guadalupe, cerca de la frontera con Portugal. Ambos reyes llegaron a Guadalupe durante la tercera semana de diciembre, y se reunieron el día 22. Los consejeros principales de los soberanos también se hallaban presentes. Como deferencia hacia su huésped, Felipe ordenó colgar los tapices de la colección real en los aposentos de Sebastián. Se decoraron de esta forma treinta y tres habitaciones, con las diez piezas correspondientes a la serie de Noé en un lugar de honor^[51]. Por lo que respecta a la negociación política, Felipe trató en balde de razonar con su obstinado sobrino. Sebastián estaba interesado solamente en ofertas concretas que le ayudaran en sus planes de invadir África, planes que terminaron trágicamente varios meses más tarde, cuando, el 4 de agosto de 1578, el Ejército de Portugal, compuesto por la flor y nata de la nobleza y con el joven rey de veinticinco años de edad a la cabeza, fue aniquilado por las fuerzas bereberes durante la batalla de Alcázar-el-Kebir. El uso de tapices en Guadalupe con el fin de halagar al rey de Portugal, más que para enfatizar su propio poder, coincidía plenamente con el carácter de Felipe. Es difícil, si no imposible, encontrar una situación en la que se sirviera de las imágenes para ensalzar su propio estatus. Cuando todavía era un príncipe, entró en su ducado de Milán durante una procesión, en 1548, y en la ciudad lo recibieron con arcos de triunfo que rezaban «Hispaniarum Rex», en unos momentos en que todavía no era rey de España^[52]. Un historiador entusiasta tal vez pudiera interpretar este hecho como muestra de que Felipe estaba urdiendo un plan para ser rey, cuando lo cierto es que las enseñas que se colgaron en las calles fueron decididas por la ciudad y no por el soberano que la visitaba. Durante los últimos años del emperador, se había empezado a utilizar el arte como un medio para reforzar la imagen de poder de Carlos. Lienzos

(como, por ejemplo, los retratos oficiales de Tiziano), tapices (especialmente los de Pannemaker), estatuas, documentos y tratados contribuyeron a difundir la noción de una autoridad imperial, manifestada en la persona de Carlos. El duque de Alba, que se convirtió luego en comandante militar en jefe de Felipe, también demostró preferencia por los tapices, y siempre con la intención de laurear su propio papel militar^[53]. Su conducta vanidosa en estas materias le llevó a entrar más tarde en conflicto con las ideas del rey, quien ordenó (véase lo que indicamos a continuación) que se derribara una jactanciosa estatua del duque erigida en Bruselas^[54]

Por el contrario, el arte que Felipe eligió para decorar el Escorial no tenía ningún propósito propagandístico. Al igual que excluyó por completo el tema de la guerra (véase capítulo 7), excluyó también imágenes de poder o retratos de sí mismo que pudieran insinuar un deseo de ostentación de autoridad. Un inventario de su colección de tapices realizado al término de su reinado evidencia que fue propietario de 701 series completas, cifra impresionante que, curiosamente, casi nunca mencionan los historiadores del arte. Un 40% de esta colección está dedicada a jardines y paisajes de la naturaleza, un 16% a la mitología, un 14% a las alegorías, un 13% a la historia antigua y otro 13% a asuntos bíblicos. El tema de la historia contemporánea — categoría en la que se incluye la serie de tapices de *Túnez*— representa solo el 4% del conjunto^[55]. Son cifras que confirman la inmensa riqueza de la familia Habsburgo, dueña de esta colección y, en cuanto a los temas, corroboran que la guerra y el poder no figuraron entre los asuntos favoritos de la iconografía real.

Una prueba decisiva de la renuencia de Felipe a usar imágenes artísticas de poder es el papel que desempeñaron los caballos. En los retratos reales de la época, los artistas solían pintar al sujeto montado a caballo cuando deseaban otorgarle dignidad y comunicar una idea de autoridad. Los retratos ecuestres de los monarcas europeos, especialmente en la época barroca, abundan, pero también existían un siglo antes. En la Italia renacentista, el retrato de un soberano a caballo era un símbolo de poder^[56]. Francisco I de Francia posa a lomos de su caballo en un panel pintado por Francois Clouet en 1548 que ahora se exhibe en la galería Uffizi. En el retrato tal vez más famoso de Carlos V, obra de Tiziano (1548), y que ahora se exhibe en el Prado, el emperador aparece montado a caballo antes de la batalla de Mühlberg. Su contemporáneo, Enrique II de Francia, también protagoniza al menos un retrato ecuestre^[57]. De la misma forma, en un famoso lienzo se observa a Isabel de Inglaterra que emerge montada a caballo, como símbolo de su poder, dirigiéndose a las tropas en Tilbury, mientras la Armada Española se vislumbra amenazadora en el fondo, ignorante de su inmediata derrota. Medio siglo más tarde, Van Dyck elevó a la perfección la pintura de retratos ecuestres.

Por el contrario, Felipe II no los toleraba. Durante su visita a los Países Bajos en 1549 se imprimió como mínimo un grabado del joven príncipe montado a caballo. Antes de convertirse en rey de España empleaba, incluso, una representación de sí mismo montado a caballo en sus sellos oficiales, como podemos ver en un hermoso

matasellos de oro preservado en los archivos del Vaticano^[58]. Ya como rey de España, usó una imagen ecuestre en su sello real (después de la década de 1580), un caso evidente de utilización del caballo como símbolo (discreto) de poder. De vez en cuando pueden admirarse dibujos en los que aparece como jinete, en publicaciones que celebraban acontecimientos públicos^[59]. Sin embargo, el rey no permitía los retratos ecuestres. El único conocido es una obra imaginativa pintada por Rubens en 1628, por tanto, *después* de su muerte.

Su rechazo a la figura del caballo como símbolo de poder era contradictorio con el gran amor que Felipe sentía por este animal, la equitación y la caza. Se ha argumentado que la muy admirada casta equina española fue una creación de Felipe II, quien se dedicó a su cría en los establos de Córdoba a partir de 1567, poco después de tomar la decisión de construir el Escorial. Aunque este entusiasmo por los caballos era notable, no aparece ningún símbolo de este animal vinculado al poder monárquico en rincón alguno del Escorial. No cabe la menor duda de que el rey era perfectamente consciente del papel que representaba el caballo como manifestación de autoridad, puesto que siempre que era posible solía hacer uso del mismo. En Winchester, el día de su boda con María Tudor, llegó a la catedral montado a caballo. Entró en la ciudad a las seis de la mañana, «a lomos de un caballo blanco y ataviado con un deslumbrante abrigo bordado en oro, con su jubón, pantalones y sombrero a juego, y una pluma blanca en el sombrero»^[60]. Cuando inauguró las Cortes que se celebraron en Córdoba en 1570, cabalgó por la ciudad en su caballo hacia los peldaños del edificio donde tuvo lugar la ceremonia. Su entrada en la ciudad de Sevilla, por esas mismas semanas, se hizo también a caballo (pero vestido de luto)^[61]. En cada etapa de su carrera insistió en usar este animal como símbolo de dignidad.

Cuando abandonaba Madrid para participar en excursiones reales siempre insistía en salir montado a caballo. Una vez fuera de la ciudad, desmontaba inmediatamente y proseguía su marcha en carruaje. Tras su visita real al reino de Valencia en febrero de 1586, llegó al reino de Castilla en el mes de marzo y decidió hacer una entrada formal, tal y como observaba un diplomático de la época^[62]:

Pasó por varios pueblos de camino hacia Castilla, montado a caballo, mientras a corta distancia le seguían el príncipe y la princesa en un carruaje, todavía vestidos de negro en recuerdo de la muerte de la duquesa de Parma.

Hacia el final de su vida, cuando, a pesar de su enfermedad, tuvo que emprender un largo viaje para participar personalmente en las Cortes de Aragón, celebradas después de los problemas derivados del asunto de Antonio Pérez, llevó a cabo la mayor parte de su viaje tendido en una litera. El rey llegó a Tarazona el último día de noviembre de 1592. Hizo un esfuerzo especial y, a pesar de su estado, abandonó su litera y entró en la ciudad montado en un caballo completamente blanco^[63]. «Nos llenó de gran admiración», decía un cortesano flamenco que estuvo presente^[64]. El rey, en pocas palabras, era plenamente consciente del estatus que brindaba el caballo, y lo usaba

siempre que era necesario. Pero no lo empleó con valor simbólico en el Escorial, ni tampoco en ninguna otra parte de la Península. De todos modos, es interesante observar que cuando deseaba presentar una imagen de poder frente a un potentado del Lejano Oriente, lo hacía mediante el uso del caballo. En 1580, el artista Sánchez Coello remitió al rey una factura por cuatro lienzos grandes que Felipe le pidió que pintara para enviarlos al emperador de China. Uno de ellos era «un retrato a cavallo de V. Md tan grande como el natural armado con un baton, y otro y ynfante también armado»^[65]. Otro de los retratos era el del emperador, indudablemente una copia que Sánchez Coello hizo del de Tiziano, en el que aparecía Carlos montado a caballo en Mühlberg.

Finalmente, puede subrayarse el escaso uso de su valor simbólico, tanto dentro como fuera del Escorial, al hablar del papel que desempeñaron las estatuas. Desde los tiempos clásicos, las figuras políticas habían hecho ostentación de su estatus a través del patrocinio de estatuas públicas. Esta práctica fue resucitada en el siglo XIX por los británicos, que erigieron efigies de sus prohombres no solamente en Gran Bretaña, sino también a través de todo el imperio británico, así como por los franceses^[66]. Todavía recuerdo, durante mi infancia en la India colonial, las impresionantes estatuas de mármol que los grandes hombres de la India británica erigieron para sí mismos en lugares clave, como parques y vías públicas, posando siempre como si fueran procónsules romanos. La monarquía española, contrariamente a la práctica de la Italia renacentista, no tenía ningún interés en la estatuaria política. Un escritor del siglo XVI, Diego de Villalta, observaba que, aunque las estatuas eran una forma normal de ilustrar el poder, «nuestros príncipes y reyes han huido siempre y desechado esta manera de honra y vanidad»^[67]. El rechazo de las efigies de personajes vivos era una convicción firmemente arraigada. Como ya hemos mencionado antes, cuando el duque de Alba tuvo la osadía de erigir una estatua de sí mismo en una plaza pública de los Países Bajos, el disgusto en España fue tan grande que el rey personalmente ordenó que la derribaran. «Los españoles llevaban mal», decía un historiador de la siguiente generación, «que el duque huviese querido cantarse a si mismo el elogio, ni en la Corte del Rey havia conversación mas repetida que esta. El Rey Philippo disgustó de esta mole, y cuatro años después mandó que se quitasse por evitar la offension de los flamencos»^[68].

Felipe II tampoco sentía un gran entusiasmo por las estatuas, y les otorgó un papel limitado en la decoración de sus residencias. En el Escorial destaca la ausencia absoluta de imágenes de cuerpo entero o de bustos que representen al rey o a la familia real. Por el contrario, en los jardines hay una considerable cantidad de esculturas decorativas inspiradas en temas mitológicos, una práctica que el soberano y sus arquitectos tomaron prestada de los jardines renacentistas que habían visto en Italia. Las escasas estatuas que hay en el Escorial corresponden a dos categorías distintas. En primer lugar, una serie de figuras —como las que adornan la entrada del edificio— que representan a reyes bíblicos. Esculturas de los reyes de Israel se alzan

prominentes y vigilantes a ambos lados de la entrada. En el interior del Patio de los Reyes, la fachada de la basílica también se halla presidida por las estatuas de seis reyes de Israel^[69].

Un eminente estudioso considera justificada la siguiente conclusión^[70]:

El Escorial ejemplificaba la idea de Felipe acerca de su doble papel como rey y como sacerdote. Al frente de la basílica colocó las estatuas de los reyes bíblicos de Israel, descendientes de David y antepasados de Cristo.

En realidad, como prueban los hechos (véase capítulo 8), Felipe nunca se percibió a sí mismo como un sacerdote. Tampoco se consideró un sucesor de los soberanos de la Biblia. Puesto que todas las monarquías de la época trataban de basar su autoridad en orígenes bíblicos, la presencia de efigies de reyes en el Escorial no es algo inusual. El origen de las estatuas que hay frente a la basílica ya se mencionó antes (véase capítulo 4), y podemos tener la certeza de que no fue Felipe quien las «colocó» allí; la persona que lo hizo, tal y como afirma inequívocamente Sigüenza, fue Arias Montano, quien las encargó en ausencia de Felipe, mientras el soberano se encontraba en Lisboa. El mismo rey no sentía especial entusiasmo por las estatuas^[71].

En segundo lugar, las únicas estatuas de figuras de la realeza que hay en el interior del edificio son los grupos funerarios que se hallan frente al altar mayor de la basílica y que representan al emperador y a Felipe, con sus respectivas esposas, y que se le encargaron originalmente al escultor y arquitecto Leone Leoni, ya en 1548.

Las estatuas conmemorativas constituían una forma de arte que se remontaba a la Edad Media. Existen numerosos ejemplos en la España del siglo XVI, debidos exclusivamente a maestros italianos. Gracias a ellas conocemos las características físicas de los prelados y nobles españoles. Los dos grupos reales de la basílica del Escorial, terminados por el hijo de Leoni, Pompeo Leoni, durante la década de 1590, no tenían como objetivo recalcar la eminencia real para excluir cualquier otra eminencia. Por el contrario, ambos grupos están situados deliberadamente frente al tabernáculo del altar mayor, en actitud de plegaria y veneración. Se encuentran allí para alabar el poder de Dios, no el suyo propio. Es importante destacar que, al margen de los grupos funerarios, el rey se negaba a ser representado en una postura de poder público. De la misma forma, ningún otro contemporáneo en España erigió estatuas de sí mismo en lugares públicos. Existe una estatua de Carlos V que data de esa época, pero está en Bruselas. También hay una efigie de don Juan de Austria, pero se encuentra en Mesina, no en España.

Dentro de este contexto, merece la pena hacer un comentario acerca de la única estatua importante de Felipe que existe en España, actualmente en el Prado. Esta imagen, de tamaño natural, mide 169 cm, está hecha de bronce y representa la figura de un hombre apuesto y orgulloso ataviado con una armadura; en su mano izquierda empuña un bastón de mando, y de su cadera derecha cuelga una espada. Algunos estudiosos se han apresurado a identificar esta elegante figura con el ansia de poder

de Felipe II y su deseo de «amoldar su monarquía al patrón de un dios-rey inalcanzable»^[72]. Esta teoría podría considerarse verosímil si dicha estatua hubiese visto la luz del día y hubiera ocupado un lugar donde pudiera generar admiración por este «dios-rey», o si hubiese sido encargada por la persona a la que representa, o incluso si representase a Felipe II. Pero ninguna de estas premisas es cierta. La estatua no representa al rey Felipe II de España, sino al joven príncipe Felipe tal y como era en 1551, al término de su «felicísimo viaje», antes de convertirse en rey de Inglaterra. El creador de la obra, Pompeo Leoni, consideró apropiado agregar las palabras «Felipe, Rey de Inglaterra» en la base de la figura, como una idea *a posteriori*, pero la obra fue terminada un año antes de que Felipe llegase a Inglaterra. La escultura no se hizo para Felipe, sino para la colección privada de su tía María de Hungría. Se terminó en Milán en 1553, pero por diversas razones nunca llegó a la residencia de aquella en Valladolid, y en lugar de ello permaneció acumulando polvo en el estudio que Leoni poseería más tarde en Madrid^[73]. No fue hasta 1608 cuando salió de este lugar para ser trasladada al palacio del Alcázar.

La estatua apolínea del joven príncipe, que nunca encargó y que nunca llegó a ver personalmente, no puede utilizarse como base de teorías ingenuas acerca de la mentalidad de Felipe. Sin embargo, ideólogos de generaciones posteriores se tomaron la libertad de utilizar a Felipe para sus propios propósitos. En 1961 la dictadura española ordenó fundir en bronce una copia dos veces superior en tamaño a la estatua de Leoni, a fin de celebrar el cuarto centenario de la decisión de Felipe de hacer de Madrid la sede de su corte. La nueva estatua, que conmemoraba la así llamada «capitalidad» de Madrid (de hecho, Felipe en ningún momento declaró Madrid como capital de España)^[74], se erigió frente a la nueva catedral de la Almudena. Este incidente subraya el hecho de que todas las imágenes conocidas del rey fueron encargadas por clientes particulares, no por Felipe. Existen varios ejemplos de estatuas públicas en honor del soberano, tanto en Madrid como en otras ciudades españolas, pero todas ellas fueron realizadas doscientos años después de su fallecimiento. Los bustos conocidos de Felipe también fueron encargados por otros, normalmente por extranjeros. El busto de bronce que hay en el Prado, atribuido a Jacques Jonghelinck, fue probablemente un encargo del cardenal Granvela. Un ejemplo sobresaliente es otro busto de Felipe, obra de Leone Leoni, que se halla en el castillo de Windsor; fue realizado por orden del duque de Alba (alrededor de 1555), justo antes de que Felipe se convirtiera en rey de España.

La concepción del Escorial como un monumento al poder real es aún menos convincente en cuanto se refiere al corazón del edificio, la basílica. Se ha llegado a sugerir que la iglesia era «esencialmente una demostración de poder», y que el coro era un teatro donde Felipe representaba el papel de un dios^[75]. Esto, puede decirse, constituye un análisis erudito que se aleja del sentido común. Había un solo poder en el Escorial, el poder de Dios, a quien Felipe rezaba cada día. Él, el rey, carecía de cualquier pretensión que no fuera la de un humilde suplicante, y con toda certeza

nunca intentó ser Dios. Él mismo lo dijo muchas veces y, por tanto, sería superfluo repetir aquí sus palabras. Los actores humanos presentes en el teatro de la basílica eran única y exclusivamente los miembros de la dinastía de los Habsburgo recordados en los monumentos conmemorativos, estatuas y tumbas. Y eran conmemorados no con pretensiones de poder, sino porque ahora se hallaban con Dios, el supremo poder del universo.

La sugerencia de que el Escorial era un símbolo de las pretensiones monárquicas carece, cabe concluir, de cualquier fundamento. Desde el momento en que se detuvo a observar con admiración el perfil de la abadía de Ettal, en las montañas de Baviera, el joven príncipe tuvo la clara intención de fundar un monasterio que sirviera de testimonio del poder de Dios y solo de Dios. El poder de los soberanos era una consideración menor. En ningún caso el proyecto del Escorial tuvo como propósito fomentar la autoridad real, y toda la iconografía, sin excepción alguna, estuvo consagrada a un solo propósito: dar cuenta de la eternidad de Dios y la temporalidad del hombre. Lo más asombroso del edificio es el hecho de que no exista ninguna inscripción o estatua que indique quién fue el creador de esta maravillosa obra. El comentario más válido al respecto procede de Jonathan Brown: «Es tentador interpretar la austeridad del Escorial como una metáfora total de Felipe II y su reinado. Semejantes evaluaciones se basan en suposiciones falsas derivadas de una psicología barata o una burda generalización histórica»^[76].

LA REINA ISABEL Y EL REY FELIPE: UN PAR DE ÁGUILAS

El año 1988, que conmemoró el cuarto centenario del envío de la gran Armada contra Inglaterra, puso en marcha un notable volumen de estudios académicos que trataban de los respectivos papeles de Inglaterra y España; pero los historiadores ingleses se obstinaban en subrayar la antigua imagen de una reina Isabel buena y un rey Felipe malo. En Inglaterra, una larga tradición que se remonta al siglo XVI ha tachado a Felipe de expansionista indefectiblemente, y destacados expertos ingleses en la historia de España tendieron a reforzar esta imagen, que sigue repitiéndose en libros de texto y en películas. Diez años después de rendirle homenaje a la Armada, en 1998, se conmemoró en España el cuarto centenario de la muerte de Felipe II, y un eminente especialista inglés en el soberano publicó un estudio en el cual el contraste entre Isabel y Felipe se trazaba muy claramente^[77]. Si bien es cierto que Isabel no ocupaba un papel central en el libro, era percibida como la víctima deliberada de un rey que ambicionaba de manera ostensible y obsesiva la supremacía mundial^[78]. Ha transcurrido desde entonces una década, pero no se ha publicado ningún estudio que respalde la imagen de una España expansionista que amenazase a su valiente víctima, Inglaterra. En las siguientes páginas trataremos de reconsiderar esta cuestión, sugiriendo brevemente que las políticas y ambiciones del rey Felipe se diferenciaban

muy poco de las de la reina Isabel. Ambos monarcas tenían más en común de lo que pensamos. Un estudioso español comenta que Felipe era una persona «con quien, en su tiempo, solo cabría comparar a Isabel de Inglaterra»^[79].

Una de las consecuencias más asombrosas de la incapacidad de la monarquía española para encontrar un lugar en el corazón de sus subditos —un problema que, como veremos en el capítulo 9, también desempeñó un papel importante en la definición de actitudes hacia el Escorial como edificio— fue que algunos de los líderes políticos de España llegaron a admirar al soberano de su gran enemigo, Inglaterra, más que al suyo propio. En la década de 1580 ya había habido un precedente de ello, cuando la inminente amenaza de la Armada centró la atención europea en el reino de la pequeña isla. Observaba un diplomático italiano que en la corte española «a todo el mundo le asombra ver con qué claridad esa mujer lo maneja todo». «Los españoles dicen que el rey piensa y planea mientras que la reina de Inglaterra actúa»^[80]. Otro indicio de esta tendencia es el comentario que hizo el papa en 1588, el año de la Armada. Su santidad no trató de ocultar su admiración por Isabel. «Ciertamente es una gran reina», dijo, «y si además fuera católica todavía la tendríamos en más estima. Basta con ver lo bien que gobierna. Es simplemente una mujer, dueña de la mitad de una isla, y sin embargo todo el mundo la teme»^[81]. Hubo, en efecto, muchos españoles que admiraban a la reina de Inglaterra, y que ocupaban altos cargos en el Gobierno. Un año después de la Armada, un funcionario real, Juan de Silva, conde de Portalegre, le comentaba a un alto funcionario del Ejército que «solo Inglaterra conserva el brío y aumenta el crédito. Creo que podrían los otros principes trocar consejeros con la Reyna, porque ella sola molesta a su salvo las más poderosas coronas del mundo»^[82]. Cuando falleció Felipe II, Silva le dijo en una carta al primer ministro del rey, Cristóbal de Moura, que «los veinte y dos años que la reyna de Inglaterra ha gastado en servicio del mundo, serán en género la cosa mas notable que se halla escrito»^[83]. El primer ministro le respondió que estaba de acuerdo con él. Silva citaba el caso de un hombre al que conoció personalmente, un comandante del Ejército de origen milanés que vino a visitarle y que, al ver un retrato de Isabel en su estudio, empezó a murmurar plegarias^[84]. Los paralelismos entre Isabel y Felipe eran, en efecto, tan asombrosos que merece la pena presentarlos a ambos como dos águilas que, a pesar de sus profundas diferencias de opinión, fe e ideología, compartieron una visión semejante que (les gustase o no) sirvió para configurar el molde de sus respectivos imperios.

Utilizaremos como punto de partida un ensayo del historiador británico David Armitage, titulado *The Elizabethan Idea of Empire* [La idea isabelina del imperio], que se publicó el año 2004^[85]. Después de señalar cómo algunos historiadores anteriores habían vinculado con los últimos Tudor el inicio de las pretensiones inglesas a un destino imperial, recalca que «este concepto estaba repleto de errores», puesto que la reina Isabel I no poseía ninguna perspectiva firme de expansión y tampoco «tenía ideas exaltadas acerca de su propio estatus imperial». Su argumento

pretende diferenciar entre lo que sostuvieron los comentaristas de la época y de tiempos muy posteriores (incluido Francés Yates en su libro de 1975 *Astraea*) y lo que realmente pensaba la reina. Los comentaristas, sugiere Armitage, exageraron, puesto que la reina no poseía aquellas ideas. «La idea isabelina del imperio», declara, «era atrasada e incompleta». A fin de subrayar la naturaleza rudimentaria de la teoría isabelina, decide hacer hincapié en lo siguiente: «el contraste con la cumplida visión apocalíptica imperial de su adversario Felipe II de España es especialmente llamativo»^[86]. Estos dos polos opuestos de la tesis imperial parecen estar claramente expuestos, pero el desprevenido lector inglés no tiene ni idea de que la referencia a la «cumplida visión apocalíptica imperial» de Felipe II carece de pruebas tangibles y se basa en la autoridad de un solo estudioso, Geoffrey Parker, cuyas obras sobre el rey siempre han sido pioneras y de gran valor, pero cuya hipótesis al respecto no ha sido demostrada y es improbable^[87]. La realidad, como seguiremos subrayando, es que cada comentario de Armitage acerca de Isabel y la ausencia de una teoría imperial puede aplicarse con la misma fuerza a Felipe de España, cuya visión —aunque le pese a Armitage— casi nunca fue cumplida ni mucho menos apocalíptica, y solamente desde el punto de vista de sus enemigos podría calificarse de imperialista^[88].

Basta con echarle un vistazo a la realidad de la política europea para darnos cuenta de que, en efecto, no había mucha diferencia entre la visión de Isabel y la del rey de España. ¿Rechazó Isabel ideas ambiciosas acerca de heredar el mundo? Felipe también. Si las visiones imperialistas de Inglaterra «rebasan las ambiciones de Isabel y de la mayoría de sus consejeros»^[89], lo mismo cabe decir de España. Siempre hubo teóricos que propusieron ideas que favorecían a la corona y exageraban sus pretensiones, pero que no necesariamente reflejaban los pensamientos del monarca. En cierta medida esto fue lo que pasó con Isabel, cuyos admiradores estaban ansiosos por exagerar su poder imperial, cuando ella misma nunca dio pasos en esa dirección^[90]. Bajo el reinado de Carlos V, algunos escritores españoles hacían referencia a la «universalidad», pero se trataba de una autoridad moral más que imperialista^[91]. La mayoría de ellos, sin embargo, especialmente en Castilla, manifestó su hostilidad frente a un programa imperialista fundamentalmente alemán, puesto que sentía que iría en detrimento de los intereses castellanos. Por tanto, hubo siempre una marcada ambivalencia acerca de la participación española en el programa imperial de Carlos V.

Cuando el joven Felipe de España, de apenas veintiún años de edad, y sin confirmar aún como heredero de su padre, visitó el concilio de Trento en 1548, la ciudad levantó un arco que atravesaba la calle principal con una cita de Virgilio: «Huic ego nec metas rerum / nec tempore pono / imperium sine fine dedi»^[92]. Sería imprudente alegar que ello reflejaba las ambiciones imperialistas de Felipe, puesto que dicho lema fue elegido no por el príncipe sino por los prohombres de la ciudad, que se sentían ansiosos por demostrar que apoyaban el «imperium» de Carlos V. Los

arcos erigidos por las ciudades de los Países Bajos durante la visita de Felipe a sus provincias eran ejemplo de lo mismo^[93]. En Bruselas, los arcos se decoraban con el lema «Plus Ultra» y mostraban el símbolo de las Columnas de Hércules, a fin de ilustrar que el poder de Felipe era ilimitado; al joven príncipe, que jamás había participado en una campaña militar, también se le comparó con Julio César^[94]. Ninguna de estas referencias demuestra claramente que el príncipe, que tal vez ni siquiera llegó a ver estas palabras, fuera imperialista. En cualquier caso, los lemas, el simbolismo y las comparaciones con César fueron un producto directo de la iconografía creada por el propio emperador. Hubo arcos parecidos con frases que decían: «Dedit Abraham cuneta quae possederat Isaac» y «Haeredem statuam populis te totius orbis», en los que presumiblemente se asumía que Carlos deseaba ceder la corona imperial a Felipe, pero estas frases no pueden citarse como prueba de que Felipe tuviera aspiraciones imperialistas o de dominio imperial^[95]. Los letreros de las calles, entonces y ahora, reflejan las aspiraciones del pueblo, pero no son declaraciones de la filosofía política del dignatario en cuyo honor se despliegan. Esto era tan cierto en los Países Bajos como en España, donde los pueblos se regocijaban y celebraban las visitas del soberano, pero sin intentar con ello glorificar su estatus o subrayar su poder^[96].

Si «no existe prueba alguna de que la reina poseía una idea exaltada de su propio estatus imperial»^[97], lo mismo puede decirse del rey. Si las ideas de Isabel eran «incompletas», también lo fueron las de Felipe. Ninguna de las declaraciones de Felipe expresa un énfasis especial acerca de los derechos del rey o de su poder personal. Al igual que la mayoría de monarcas, se le atribuyó un poder «absoluto». El concepto de *poderío absoluto* en España tenía su origen en la Baja Edad Media y simplemente implicaba la independencia (o indivisibilidad)^[98] del poder monárquico. Solía ser empleado por los reyes de Castilla del siglo xv, y apareció bastantes veces en el testamento de Isabel la Católica^[99]. También se le atribuyó a Felipe cuando reanudó el gobierno de España después de regresar de Flandes en 1551^[100]. En su último testamento, más de una generación después, se refería a «mi poderío absoluto». Pero nunca usó la frase durante su reinado. Carlos V prestó muy poca atención a este concepto, pero al mismo tiempo fomentó el uso del título «majestad», que hasta entonces prácticamente se desconocía en España^[101]. Dicha dignidad también le fue aplicada a Felipe, el año en que ascendió al trono, por parte de un humanista español que escribía desde los Países Bajos^[102]. Pero Felipe no necesitaba ninguna teoría. Mientras los profesores universitarios en España se dedicaban a debatir la teoría política, el monarca evitaba cualquier discusión hipotética sobre sus poderes y ejercía su autoridad dentro de los límites tradicionales, hasta el punto de que en 1586 desestimó el mencionado título de «majestad» en favor de uno mucho más humilde, el de «señor».

¿Es cierto, como alega Armitage, que Isabel rechazó los títulos honoríficos de alta alcurnia y la adulación cortesana? Felipe también. «Es una de las peculiaridades más

significativa del gobierno de Felipe», señalaba yo mismo hace unos años, «que la adulación se desconocía en su corte»^[103]. ¿Es cierto que Isabel puso freno a la expansión y la colonización del Nuevo Mundo? Lo mismo que Felipe, quien en 1573 dio un paso histórico al decretar el cese, a partir de entonces, de todas las expediciones militares a América. ¿Acaso era la idea isabelina de imperio «atrasada e incompleta»? Lo mismo cabe decir de Felipe. Tal y como se observa a continuación, nunca llegó a germinar ninguna teoría española coherente sobre el imperio^[104]. ¿Se veía el sentido del poder de Isabel «alterado por un sentimiento de aislamiento, atraso y ansiedad»? El de Felipe también. En todo momento, la idea de Felipe acerca del papel que desempeñaba —y su actitud acerca del que debía desempeñar la corona en el mundo de la literatura, la música y el arte^[105]— fue parecida a la que los historiadores británicos presentaban como propia de Isabel. Este paralelismo aún se puede acentuar más. En algunos casos, de hecho, las comparaciones entre ambos regímenes dejan a Isabel en una situación marcadamente desfavorable. El Escorial se ha usado como símbolo de despotismo, crueldad y opresión del régimen de Felipe, pero la opresión ejercida por el régimen de Inglaterra fue en ciertos aspectos mucho peor. Cuando tenemos en cuenta los métodos y consecuencias del régimen inglés en Escocia, Irlanda y el Nuevo Mundo, es difícil desestimar términos como «crueldad» y «opresión».

A pesar de la solidez del poder monárquico, el rey nunca se convirtió —porque no pudo— en un déspota. Otros monarcas anteriores de Castilla y España habían rechazado con firmeza muchos de los símbolos de poder utilizados por las monarquías fuera de la Península^[106]. No consideraban que su gobierno fuese sagrado, no declaraban (como los soberanos de Francia e Inglaterra) tener el poder de curar a los enfermos, y en el momento de su nacimiento o coronación no fueron protagonistas de ningún ritual especial^[107], ni tampoco después de su fallecimiento. La simbología sobre el poder mágico, común en otras monarquías, brillaba por su ausencia en España. Felipe siguió a rajatabla esta tradición. Nunca fomentó el culto a su persona, al contrario de lo que hicieron Isabel, en años posteriores^[108], y Luis XIV, quien lo desarrolló más tarde a gran escala. Al igual que sus predecesores, sostuvo con firmeza su autoridad de gobierno y la responsabilidad que recibía de Dios. No obstante, no convirtió estas constataciones en una doctrina esotérica del poder real. A los observadores, por poco que supieran de la política española, no les cupo ninguna duda. Un corresponsal que escribía desde Madrid a Praga en 1564 comentaba lo siguiente^[109]:

[...] aunque parece que el Rey tiene grandes fuerzas, gran poder, grandes rentas y entradas, son sus fuerzas muy repartidas y generales, particularmente todos malissimo satisfechos de Su Magestad, las rentas y entradas todas empeñadas, y fuera de Italia no tiene tan absoluto poderío y mando sobre sus vasallos y estados que pudiesse dellos disponer a su voluntad.

Por el contrario, el culto a Isabel convirtió a la soberana prácticamente en una diosa. Se ha indicado que su régimen era «la versión protestante más exitosa de un poder real sagrado durante la Reforma inglesa»^[110]. En los escritos de la época, su figura se encarnó en papeles de diosa, reina, Venus, madre y hasta de hombre. Llevó a cabo los rituales mágicos propios de los reyes medievales, donde se tocaba a los enfermos de escrófula y quedaban curados. Distribuía dinero a los pobres el quinto día de Semana Santa (su reinado destacó por un aumento del hambre y la pobreza entre la población). El culto a la reina, exacerbado por la crisis de la defensa nacional durante las décadas en las que se temía una invasión española, facilitó que los ingleses evitaran comentar los aspectos menos agradables de su reinado.

Si los ingleses «tuvieron un concepto insustancial o poco claro del imperio durante la mayor parte o todo el reinado»^[111], lo mismo —hay que recalcar— puede decirse de los españoles^[112]. Uno de los aspectos más sorprendentes —e incluso admirables— del sistema imperial español fue que sus teóricos invirtieron la mayor parte de su tiempo criticando al imperio y defendiendo los derechos de los ciudadanos que lo habitaban. En 1539, el profesor salmantino Francisco de Vitoria afirmó en una de sus conferencias que los pueblos que son conquistados (en este caso se refería a América) no necesariamente pierden sus derechos naturales. Sus teorías fueron suscritas por otros clérigos españoles durante el siglo siguiente, y hasta las adoptaron varios extranjeros. «Existe una fuerte sensación», se nos recuerda, «de que los miembros de la escuela de Salamanca y sus seguidores eran antiimperialistas»^[113]. Esta tendencia a limitar y definir la autoridad de los españoles en otras tierras también la adoptó con un enfoque ligeramente distinto Bartolomé de Las Casas. Es la tendencia que de forma efectiva impidió la germinación de cualquier teoría imperial oficial. Los españoles, y especialmente los soldados, se sentían orgullosos del prestigio internacional del que gozaban, y se expresaban de forma agresiva, pero raramente usaban el término «imperio» para referirse a la entidad a la que servían. De hecho, muchos de ellos invirtieron gran parte de su tiempo en argumentar que la noción de imperio era «un cuento de niños»^[114], producto de la imaginación.

Felipe, por ejemplo, nunca aspiró a destruir la autonomía de sus reinos en la Península. Se sirvió del Ejército para reclamar Portugal, pero dicha reclamación se basaba principalmente en su derecho de sucesión, no en un deseo de conquista. Una de las cosas que más irritaba al duque de Alba, al mando del ejército que ocupó Portugal en 1580, era el hecho de que Felipe se negara a admitir, en modo alguno, que dicha campaña tuviera como objeto «conquistar»^[115]. Y es que el rey tenía buenas razones para ello. ¿Cómo podía —argumentaba él— «conquistar» lo que ya era suyo, no solo por derecho de sucesión, sino también por deseo expreso de las Cortes de Portugal? De la misma forma, Felipe respetaba por completo los derechos constitucionales de sus reinos de la Península. El ejemplo más relevante de ello se produjo en el reino de Aragón, que también fue invadido por un ejército real. Dicho

ejército no conquistó nada ni ocupó nada, y dejó los fueros del reino prácticamente intactos. Por el contrario, en Irlanda, las fuerzas de Isabel actuaron con un rigor considerablemente mayor.

A efectos prácticos, por supuesto, no tiene ningún sentido criticar el sistema de Isabel y establecer un contraste desfavorable respecto al de Felipe II. Ambos dirigentes controlaron mecanismos de poder similares. Ambos organizaron sistemas de espionaje destinados a recopilar información para su propia defensa. No se ha llevado a cabo ningún estudio adecuado acerca de la extensa (y precariamente organizada) red internacional de espionaje del rey, pero sabemos que existía y que funcionó. De la misma forma, Isabel gozaba de los beneficios de un sistema de inteligencia dirigido por sus ministros de Estado^[116]. Ambos carecían de una «gran estrategia» imperialista, pero eran plenamente conscientes de cuáles eran las reglas del juego imperial. Sabían que, a fin de mantener la ventaja, tenían que recurrir a todos los medios necesarios, tanto justos como deshonestos. Es aquí donde los paralelismos entre Isabel y Felipe se acrecientan de tal forma que es casi imposible establecer diferencias entre sus estrategias y métodos. Felipe recurrió, cuando fue necesario, y siempre siguiendo el consejo de sus ministros y agentes, al chantaje, al sabotaje, a intervenciones militares y atentados. Y lo mismo puede decirse de Isabel.

Las similitudes y paralelismos se desmoronan cuando tenemos en cuenta el interés de uno y otro por su proyección pública. A Felipe, como hemos visto, no le preocupaba en absoluto hacer propaganda de su imagen. No se retiró al Escorial (véase capítulo 5), pero tampoco sucumbió al ajetreo de las procesiones reales por todo el país. Hay una ilustración clave que establece de inmediato este contraste. Entre las piezas de la colección Wingfield Digby, en el castillo de Sherborne, figura un cuadro de la reina Isabel durante un desfile, tendida en una litera bien alta transportada a hombros de nobles y cortesanos. El retrato de Su Majestad Real conducida por sus fieles subditos no tiene equivalente en ninguna obra de arte producida en ninguna parte de España durante el reinado de Felipe II. Ninguna de las comparecencias públicas de los gobernantes de España fue recibida con la adulación divina del pueblo; cuando aquellos se apeaban de sus caballos ceremoniales, lo hacían con escasa pompa, tal como hizo Felipe en todas las ocasiones que se han documentado, y en las que caminó entre sus subditos como uno más. Felipe no perseguía ni precisaba hacer pública ostentación de magnificencia^[117]. Su trono era seguro. Por el contrario, Isabel cooperaba por completo con sus consejeros y sus subditos a fin de fomentar su propia imagen. Era algo esencial que debía hacer para proteger su dinastía (amenazada por otros pretendientes a la corona, especialmente María, reina de Escocia) y su sucesión (en peligro por la falta evidente de un heredero). Desde el principio de su reinado: el día de su ascenso al trono fue celebrado con gran regocijo y toque de campanas. En tiempos de crisis, ocupaba siempre un lugar central en las cabalgatas. A partir de la década de 1580, y especialmente después del año de la Armada, los retratos de la soberana transmiten

un mensaje de misterio y poderío. Su reinado «es un ejemplo perfectamente ilustrativo no solo de las interconexiones entre el arte y el poder, sino también del complejo intercambio entre la autoridad y sus subditos en la producción y difusión de una imagen de triunfo»^[118].

El Escorial, bautizado por muchos como el símbolo supremo del poder del soberano, nos brinda un comentario final sobre las comparaciones entre el rey de España y la reina de Inglaterra. Aproximadamente el mismo año de la Armada, Juan Pantoja de la Cruz^[119] pintó un cuadro impresionante que desmiente cualquier delirio de grandeza imperial (véase capítulo 9). Su retrato de un Felipe entrado en años ocupa un lugar prominente en un lateral de la biblioteca del Escorial y refleja a la perfección el desgaste de los años. Felipe aparece vestido de negro de pies a cabeza y con el Toisón como único ornamento. Su rostro, lívido y demacrado, es del mismo color que su barba y su cabello. Tiene los labios hundidos y los ojos, que aparecen envejecidos y fatigados, apenas están entreabiertos. ¿Llegó a ver el rey este cuadro? ¿Cuándo fue colocado en la biblioteca? La correspondencia de Felipe demuestra que nunca temió a la vejez o a la muerte, y no vacila en demostrarlo en este retrato.

La iconografía de Isabel, por el contrario, era totalmente distinta. En sus retratos aparece una Isabel que apenas envejece con el tiempo. Es la Reina Virgen eterna e inmortal, un «icono imperecedero que nunca envejece y goza de eterna juventud»^[120]. En 1600 —cuando tenía la misma edad que Felipe en el retrato pintado por Pantoja— en sus retratos se presenta a sí misma como reina de la belleza, eternamente joven^[121]. Hay que admitir el hecho de que los artistas de la Inglaterra de la época eran mucho más competentes que los de España y sabían cómo favorecer un rostro sin caer en la exageración. El soberano español, no obstante, no fue dado a las exageraciones. Consciente de sus enfermedades, supo aceptar la realidad de los años y la muerte. Un retrato favorecedor hubiese provocado su desagrado. El diferente enfoque de estas representaciones es prueba irrefutable de sus distintas visiones del poder. Isabel anhelaba el contacto consciente con su pueblo. Felipe, en el Escorial, menos preocupado por la gente, ya tenía puestas sus miras en Dios.

7 LA SALA DE BATALLAS

UN ESCORIAL NO DE LA VICTORIA, SINO DE LA PAZ

Aunque las primeras descripciones del monasterio-palacio se refieren a San Lorenzo de la Victoria^[1], los frailes persuadieron al monarca de que el título «real» sería más adecuado que el término «victoria», dotado de obvias connotaciones bélicas. Por tanto, el nombre que finalmente se eligió fue San Lorenzo el Real. Todo el concepto del Escorial —el monasterio, su carácter remoto, la conmemoración de los difuntos reales, la preocupación por sus plegarias, la tranquilidad de los jardines— representaba la paz. Para el rey también se convirtió en un lugar de retiro donde podía trabajar con tranquilidad y dedicar tiempo a su familia. Al contrario que otros palacios reales construidos en Europa en época posterior, así como varios palacios de la nobleza que —como fue el caso de Blenheim, en Inglaterra— debían su origen al éxito en la guerra, aquí se excluía toda noción de conflicto, tanto en lo relativo al arte como en su entorno. Después de su regreso a España en 1559, el rey se propuso firmemente mantener la paz con todos aquellos —principalmente el papado, Francia e Inglaterra— con los que podía tener motivos de enfrentamiento. Constituye un hecho extraordinario que un cuarto de siglo después de iniciada la construcción del Escorial, ni una sola pintura de Felipe estuviera dedicada a las batallas. Esta información nos sirve para confirmar que el monarca creía que su monasterio debía ser un lugar de oración y no de contienda. Una y otra vez, desde el mismo momento en que accedió a la corona, repitió a los diplomáticos de todas las naciones que su deseo primordial era la paz.

Es incongruente, por tanto, que en generaciones posteriores al fallecimiento de Felipe se hiciera hincapié en España en el hecho de que el Escorial era una manifestación del éxito en la guerra. No es sorprendente que una de las principales autoridades modernas sobre el tema lo considere «un monumento a la derrota infligida por los Habsburgo a su principal enemigo»^[2]. Esta idea se afianzaba al subrayar el carácter bélico de la llamada Sala de Batallas. «En esta sala», afirma una página web dedicada al Escorial, «se representan pasajes de las más famosas batallas ganadas por los ejércitos españoles»^[3]. Esta noción de victoria, se asegura categóricamente, se remonta a la batalla de San Quintín de 1557, y mucho más allá. Todo el edificio, proclamaba un historiador de la década de 1960 (que escribía en nombre del mismo jefe de Estado), era una celebración de «aquella gloriosa y trascendental batalla con la que el Rey Prudente inició su reinado». El mismo autor veía el Escorial como un testimonio del poder de España, «en pleno desarrollo la expansión de las armas españolas por las tierras vírgenes americanas, llevando a cabo

el esfuerzo más grandioso que nación alguna había acometido»^[4]. La ideología de Estado impuso su visión en el pasado y desfiguró la realidad de lo que pasó en el Escorial de Felipe II. Este punto de vista sigue subsistiendo, no solamente en las guías turísticas, sino también en monografías de eruditos. Un experto sobre el Escorial, por ejemplo, se refiere al «Salón de Batallas, espejo de hazañas de las glorias militares de las escuadras y ejércitos del rey más poderoso de su tiempo, y que más de un embajador y dignatario miraría con temor no disimulado»^[5].

Atemorizado o no, al visitante actual del Escorial no le cabe la menor duda acerca del papel que ejercieron los logros militares, que se ilustran en cada superficie del inmenso espacio que rodea la escalinata principal del claustro del monasterio. Se trata, por supuesto, y así se nos invita a saber, de un conjunto construido en honor a la victoria. Esta impresión se refuerza al atravesar el edificio, a fin de poder contemplar las bellas pinturas que cubren las paredes de la Sala de Batallas. El recinto, que mide sesenta metros de largo, seis de ancho y ocho metros de alto, adyacente al cuerpo principal de la basílica, está decorado en toda su superficie por pinturas corridas, que solo interrumpen nueve ventanales en uno de sus lados. El magnífico techo ostenta motivos ornamentales de bella ejecución que acompañan la mirada a lo largo del corredor, hasta la pared del extremo, también decorada con una pintura de tema militar^[6].

Más que en ningún otro lugar del monasterio, sin embargo, lo que sabemos acerca del edificio, y específicamente sobre la sala, ha sido manipulado para satisfacer no solo a los turistas, sino, aún más importante, el orgullo nacional. Durante los siglos que siguieron a la batalla de San Quintín fueron muchos los españoles ansiosos por fomentar la imagen anhelada de una España grande y poderosa que había conquistado medio mundo, y que deseaban enfatizar el papel de la victoria militar^[7]. Esto nos conduce al mismo corazón de uno de los mayores enigmas del Escorial. Se ha presentado a Felipe II, tanto por parte de sus admiradores como de sus críticos —cuyas opiniones, irónicamente, coinciden al respecto— como un monarca sumido en la euforia belicista, que creó San Lorenzo como monumento conmemorativo a sus triunfos militares y que encargó la Sala de Batallas como un testimonio más de su éxito^[8]. (Esta imagen de un rey belicoso, cabe observar, suele acompañarse simultáneamente con la de un rey, específicamente en el caso de San Quintín^[9], cobarde en el campo militar).

El primer punto que se debe reseñar es que la decoración de asunto militar que se dispone sobre la escalinata del claustro no tuvo nada que ver con el fundador del Escorial. Desde luego, el visitante que hoy asciende por la escalera principal del monasterio no tiene razones para quejarse en cuanto a la imagen de esplendor militar, puesto que puede disfrutar contemplando los motivos ricamente elaborados de los techos, en honor a la «Gloria de la monarquía española». Pero hay que recordarle que estas pinturas no formaron parte de la idea original de Felipe II; obra del artista italiano Luca Giordano, fueron incorporadas un siglo y medio más tarde, en 1693, en

un momento en que España estaba perdiendo todas sus batallas, por mar y por tierra, y necesitaba desesperadamente un recordatorio visual de una era en la que pareció ser dueña del mundo. La gloria y el triunfo que ilustran son sueños del pasado. A fin de consolidar la visión de una época de antiguas proezas, Giordano también recreó una escenificación triunfante de la batalla de San Quintín en el friso de uno de los muros. La obra de Giordano fue un gesto destinado a fortalecer el ánimo del Gobierno español en medio de la más profunda desesperación imperial. Estas pinturas, por tanto, no tuvieron nada que ver con el papel que la batalla original pudo desempeñar en la evolución de las ideas artísticas de Felipe II respecto del monasterio-palacio. En 1845, la reacción de Alejandro Dumas frente al citado friso fue inequívoca: «¡Que Dios tenga piedad del rey Carlos II, quien tocó el Escorial!»^[10]. Los motivos decorativos de Giordano también incluyen una representación de la batalla de Lepante. En 1870, el diplomático estadounidense John Milton Hay no dudó en censurar a «Giordano, el diestro napolitano que vació sus botes de pintura en el techo de la gran escalinata, donde San Lorenzo y un ejército de mártires se embarcan hacia la gloria viento en popa»^[11]. En el transcurso de generaciones posteriores se consideró necesario inventar una era de triunfos militares, pero Felipe no tenía nada parecido en mente.

En realidad, las pinturas de la escalinata y de la Sala de Batallas son, además de una excepción, contradictorias con el Escorial, puesto que solo en estos espacios se ilustra abiertamente un asunto militar, en total desacuerdo con el mensaje que transmite el resto del edificio. Es necesario resaltar que esta contradicción no fue generada por Felipe. Para el rey, la galería que acabó convirtiéndose en la Sala de Batallas no tenía ningún significado militar, y se consideraba un simple corredor. Servía como medio de acceso, y durante los tiempos de Felipe era denominada la «galería real privada» o bien la «galería de Su Majestad». El nombre que recibe en la actualidad le fue atribuido prácticamente dos siglos después, en 1764, cuando se consideró preferible bautizar este espacio con una denominación acorde con las decoraciones de las paredes. Por tanto, el rey no tenía ninguna intención de introducir temas militares en un edificio claramente religioso, y los encargos que realizó durante los primeros treinta años después de regresar a la Península —un periodo lo bastante largo para concluir que sabía cuáles eran sus intenciones— no incluyen ninguna pintura militar.

Aun con todos estos hechos fundamentales a nuestra disposición, surgen una serie de preguntas curiosas y de vital importancia. Aunque cabe creer que esta sala está dedicada a las «victorias militares españolas», ¿cómo es posible entonces, que, de hecho, *ninguna* de las victorias españolas —salvo la de San Quintín, que se pintó al final de la vida de Felipe y que no fue un acontecimiento primordialmente «español»— sea conmemorada? ¿Por qué no aparece una sola victoria del siglo precedente a Felipe II? El acontecimiento militar que los españoles más ancianos de la época hubiesen retenido en la memoria colectiva habría sido, sin duda, la toma de

Granada a los musulmanes, en 1492. ¿Por qué la Sala de Batallas ignora este episodio crucial y se dedica casi por completo a una batalla interior, desconocida, que tuvo lugar más de dos siglos antes (en 1341)? ¿Por qué no se recuerda ninguna de las famosas victorias de Carlos V, si en todas ellas las tropas españolas tuvieron una actuación significativa? España desempeñó un papel crucial en la batalla de Pavía (1525), cuando el rey de Francia cayó prisionero y fue conducido cautivo hasta Madrid. Y, sin embargo, parece que solo fueron los neerlandeses los que celebraron esta victoria en sus obras de arte, con una colección de siete tapices presentados por los Estados Generales a Carlos en 1531. Durante la estancia de Felipe como invitado en el palacio de María de Hungría en Binche, en 1549, se colgó en su habitación la serie completa de tapices^[12]. De igual forma, Felipe estuvo vinculado directamente a una de las mayores victorias militares de Carlos fuera de Europa, la ocupación de Túnez en 1535. Aparecía personalmente en los espléndidos tapices que ilustraron el acontecimiento bélico, que le fueron entregados como obsequio de boda del emperador en 1554, y que el mismo tejedor Willem de Pannemaker llevó personalmente a Londres^[13]. Sin embargo, ni Pavía ni Túnez aparecen como temas de celebración en el Escorial. La lista de omisiones es impresionante y sorprendente. Tal vez la victoria militar más significativa del emperador en Europa fuera la batalla de Mühlberg, en 1547, que ganó frente a los protestantes en Alemania^[14]. Muchos historiadores actuales insisten en verla como una victoria únicamente «española» (se trató, por supuesto, de un acontecimiento alemán más que español). Si se nos puede persuadir de que fue una victoria española, entonces vale la pena preguntarnos ¿por qué no aparece en la Sala de Batallas?

También es desconcertante que ninguna de las acciones militares del reinado de Felipe II fuese representada por artistas españoles de la época. ¿Por qué no hay pinturas españolas de las batallas llevadas a cabo por el monarca en Europa? Como ya hemos observado (véase capítulo 2), la batalla de San Quintín ha sido relegada al olvido por los historiadores españoles. Durante cinco siglos, ningún artista español ha producido un solo lienzo digno de mención sobre el tema. En el Escorial, al margen del mural privado pintado para el rey, el único reconocimiento público de la victoria de 1557 fue el fresco de Giordano, realizado un siglo y medio después de que aconteciera. Durante las generaciones precedentes, las paredes del monasterio-palacio hablaban exclusivamente de religión, no de guerra. Solo hacia el final de su vida decidió Felipe II conmemorar este evento en la Sala de Batallas. En las siguientes páginas intentaremos analizar la curiosa ausencia de esta victoria en un edificio que, supuestamente, debía haberla celebrado.

A los pintores de la corte se los contrataba a veces como «corresponsales de guerra» para que se dirigieran al escenario de la contienda y registraran los hechos. Carlos V hizo precisamente esto con los artistas flamencos que llevó consigo a la campaña de Túnez en 1535 (véase capítulo 6). Se ha sugerido que, de la misma forma, Felipe II solicitó al artista holandés Van den Wijngaerde que lo acompañase en

su expedición naval al Peñón de Vélez, en 1564, porque quería un cuadro para el Escorial sobre dicho acontecimiento^[15]. El artista ejecutó, en efecto, una serie de interesantes pinturas sobre las maniobras navales, pero no existe (que yo sepa) ninguna prueba de que el soberano encargara estos lienzos para el Escorial, y ninguno de ellos ocupa ahora ninguna pared del monasterio.

Si indagáramos acerca de la relación entre la guerra y el arte en el Escorial, estaría justificado preguntarse por qué el monasterio, y por tanto la Sala de Batallas, ignora lo que el público de hoy en día podría identificar (Cervantes así lo hizo) como la mayor victoria de dicha época, la batalla naval de Lepanto, en 1571. Cervantes proclamó que fue «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». Tuvo lugar trece años antes de que Felipe II ordenase a sus artistas la decoración de la Sala de Batallas, y sin embargo no hay un solo vestigio de ella en este espacio, circunstancia esta que comentaremos más adelante. Son muchos los artistas italianos que celebraron el acontecimiento, y sin embargo ningún español lo hizo. ¿Qué motivos se ocultan tras la misteriosa omisión de esta victoria militar?

La cuestión acerca de la representación de la guerra en el Escorial puede vincularse a la falta de entusiasmo militar por parte de Felipe. Carlos V quiso asegurarse de que su hijo fuese criado como un soldado. Tal y como se aprecia en los grabados hechos para Felipe por el pintor holandés Heemskerck en 1566, Carlos fue el prototipo de héroe militar: sus victorias sobre los luteranos en Alemania iban a la par con sus triunfos sobre el papado, Francia y los turcos, en Viena, en 1529. Todo el aprendizaje de Felipe, su extensa familiaridad con los torneos y los juegos de guerra y su destreza como cazador apuntan al hecho de que podía adaptarse fácilmente al papel militar. Cuando era joven, sus pasatiempos favoritos fueron la guerra y la caza. Mucho antes de su matrimonio inglés, poseía una impresionante colección de arcabuces, espadas y arcos. Sin embargo, y con todo ello, nunca participó activamente en una guerra. «El emperador», comentaba el embajador veneciano en 1556, «tenía una tendencia por todo lo bélico, que al rey le desagradaba. El primero se dedicó con ardor a las grandes empresas, mientras que el último las evita»^[16].

La actitud del rey frente a la guerra era más compleja de lo que el embajador sugería. Como persona siempre aceptó la necesidad de ser un soldado. Existen dos pruebas irrefutables que demuestran que era consciente de la relevancia de la guerra. Ante todo amaba los juegos de guerra. En cada etapa de sus primeros años se deleitaba con los ritos de caballería, pasatiempo este que se refleja durante su «felicísimo viaje» por el norte de Europa, como hemos señalado. En segundo lugar, como también se ha indicado, adoraba las armaduras; durante su visita a Augsburgo, a mediados de siglo, compró una. Su retrato favorito era una obra de Tiziano en la que aparecía de tamaño natural ataviado con una armadura. Ocupaba el lugar de honor en su dormitorio en 1553^[17], junto con uno de su padre. Por lo menos dos de sus cuadros oficiales lo muestran con armadura. En el campamento de San Quintín,

se vistió con una para recibir a los prisioneros nobles, y fue ataviado de esta forma como lo pintó Antonio Moro. La armadura era un símbolo de estatus y poder, así como de dignidad personal. La aceptación personal de la guerra no significaba, no obstante, que le urgiera la necesidad de demostrar su propia virilidad o la de su país. Era obvio para los observadores que carecía de inclinaciones militares. Nunca trató de igualar las hazañas del emperador. Era capaz de seguir venerando a su padre, pero en la práctica adoptaba un enfoque bastante distinto frente a los problemas.

Cuando llegó el momento de actuar en San Quintín, no vaciló en demostrar su entusiasmo por la batalla. En Bruselas, el año 1557, él y otros jóvenes nobles se manifestaron ansiosos por ganar reputación en acciones bélicas. En el transcurso de su reinado, sin embargo, parece que adquirió la convicción de que la guerra no era la solución^[18]. Incrementó el presupuesto para la guerra más que ningún otro dirigente español, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que las soluciones militares nunca eran las más eficaces. Rechazó el uso de la fuerza contra Inglaterra durante más de veinticinco años y se negó a intervenir en Francia durante décadas, hasta que la guerra se volvió un hecho inevitable; asimismo, evitó las estrategias militares propuestas por sus comandantes en los Países Bajos. Reiteró una y otra vez que la fuerza militar no era la respuesta a los disturbios. Capituló ante la insistencia del duque de Alba, que la consideraba necesaria, pero recalcó al sucesor de aquel, Requesens, que la moderación era el único medio factible. Solo después de años de sufrimiento —la reina Isabel subió al trono en 1558, pero hasta treinta años después no zarpó la Gran Armada— decidió que la acción militar contra Inglaterra era un hecho inevitable. Durante todo ese tiempo fue el primero en oponerse a la desacertada excomunión de la soberana dictada por el papa en 1570.

Las tropas de Felipe invadieron Portugal en 1580 porque él y sus consejeros no vieron otra forma de asegurar su pretensión a la corona en dicho país, ante la posible intervención militar por parte de Inglaterra y Francia. Solo tras años de oponerse al consejo de sus propios ministros, que le incitaban a intervenir en las guerras civiles francesas, capituló y envió sus tropas para apoyar la causa católica. El caso más significativo de todos fue la presencia española en el Nuevo Mundo, donde prohibió (en 1573) futuras expediciones militares. El compromiso permanente del rey con la paz casi nunca cosechó frutos, puesto que había demasiados factores que impedían alcanzar una paz genuina. Puede defenderse, no obstante, el argumento de que sus ejércitos nunca emprendieron una sola acción agresora (es decir, la usurpación de un territorio ajeno) en el transcurso de su reinado. La única excepción tuvo lugar en 1570, cuando el Ejército de Milán entró y ocupó el territorio costero italiano de Finale, para evitar que su estratégico puerto cayera en manos de los franceses. Al igual que cualquier jefe de Estado, sin embargo, nunca descartó el recurso de la fuerza. Sus numerosas intervenciones militares siempre se planearon cuidadosamente a fin de protegerse de amenazas inminentes, lo que significaba que estaba

suficientemente capacitado para preparar, con la sangre fría necesaria, las acciones que podían acabar en derramamiento de sangre.

Las victorias de San Quintín y Gravelinas, a mitad de siglo, fueron, por lo visto, la culminación de una era de guerras con Francia. Si había que recordar San Quintín a través del Escorial, era más como una merced de Dios (véase capítulo 2) que como un triunfo militar. Los monjes siempre conmemoraron la fiesta del santo, pero en términos religiosos y nunca militares. En cualquier caso, vale la pena recordar que los españoles tuvieron pocas razones para celebrar el periodo posterior a la batalla de San Quintín, cuando el país fue víctima de catástrofes militares y navales sin precedentes, no ya en el norte de Europa, sino en el Mediterráneo. En efecto, el acontecimiento militar más catastrófico de toda la historia de España hasta esa fecha fue la derrota infligida a una escuadra española por la marina turca en 1560, en la isla de Djerba (mencionada más adelante). Debido a ella, Felipe incrementó la vigilancia de España en el Mediterráneo^[19]. La marea empezó a cambiar con el socorro de Malta (1565), pero la primera victoria de importancia militar después de San Quintín no llegó hasta mucho más tarde, en Lepanto. Es un hecho que vale la pena analizar, ya que la ausencia de la batalla de Lepanto en el Escorial de Felipe II es tan extraña como la ausencia de la batalla de San Quintín.

GLORIA Y CATÁSTROFE EN EL MAR: LEPANTO Y LA ARMADA

La mayor batalla naval del siglo tuvo lugar en los confines exteriores de la Europa cristiana, pero sus repercusiones fueron enormes en todo el continente y el Mediterráneo^[20]. La campaña naval contra la potencia musulmana fue el resultado de un acuerdo entre los príncipes cristianos mediterráneos, encabezados por el papa, sobre la estrategia a adoptar. La Liga Santa se encargó de supervisar la organización de la flota. Se acordó que el comandante supremo fuera don Juan de Austria, el hermanastro del rey de España. Una flota turca de más de trescientas galeras estaba arrasando las aldeas del litoral del Mediterráneo oriental. En el oeste, don Juan estaba determinado, en contra de los consejos de los marinos más experimentados, a poner a prueba todos los recursos a su disposición. A finales de agosto de 1571 se hallaba en Mesina, el punto de reunión acordado para los buques de la Liga Santa. La flota cristiana era abastecida y sufragada por el papado, Venecia y España. Aunque Felipe II era el mayor contribuyente, la llamada ayuda «española» fue en gran parte italiana. Cuatro quintas partes de las galeras suministradas por «España» fueron construidas y pagadas por los estados italianos de la monarquía.

La flota partió de Mesina el 16 de septiembre rumbo a Corfú. Una vez allí, fue informada de que los turcos se encontraban en el golfo de Lepanto, en el litoral griego. Estas dos inmensas formaciones se enfrentaron durante la mañana del 7 de octubre en dicho golfo. Los cálculos de los buques y hombres que componían cada

bando varían en mucho. Es probable que los turcos contaran con unas 230 embarcaciones y más de 50.000 hombres; los cristianos, con unos 200 buques, aunque no todos ellos participaron en la batalla, y aproximadamente 40.000 hombres. Al terminar el día, las embarcaciones de don Juan habían obtenido una victoria decisiva. El vicealmirante turco, Uluj Ali, salió huyendo con unas treinta galeras. El resto fue capturado y destruido. Los turcos sufrieron 30.000 bajas, y 3.000 hombres fueron hechos prisioneros. Las pérdidas de los cristianos eran pequeñas en comparación: diez galeras y aproximadamente 8.000 hombres.

Durante la tarde del 29 de octubre de 1571, un mensajero de Venecia llevó al rey y al embajador veneciano, que estaban en Madrid, noticias fiables de la victoria de Lepante «La alegría del rey cuando recibió estas noticias fue extraordinaria», decía el embajador. «En ese mismo momento ordenó que se entonara un Te Deum»^[21]. Durante los días siguientes, toda la ciudad de Madrid estalló en un alboroto de celebraciones. Se organizó un solemne desfile, y el rey insistió en que el embajador veneciano estuviese a su lado. El hecho de que Felipe ya se hubiera enterado de las buenas nuevas acerca de la batalla en Madrid desmiente el relato comúnmente repetido de que tuvo conocimiento de ello por primera vez mientras estaba en el Escorial. La noticia fue confirmada oficialmente en una carta —que el soberano recibió, efectivamente, cuando se hallaba en el Escorial, probablemente el 20 de noviembre— remitida por el gobernador de Milán, Luis de Requesens. Solamente más tarde, el día 22 de noviembre, un enviado especial, Lope de Figueroa, llevó la confirmación de parte de don Juan. Para entonces, ya hacía tres semanas que el rey se había enterado de la victoria. Uno de los caballeros de la corte, grueso, alborotado y sin aliento, irrumpió para dar la noticia de que había llegado un mensajero en nombre de don Juan. «Sosegaos», dijo el rey, «entre el correo, que lo dirá mejor»^[22]. Felipe, ansioso, interrogó a Figueroa. «Durante la primera media hora no hizo más que preguntar, “¿Se encuentra a salvo mi hermano?” y otra retahíla de preguntas», informaba este. La reina acudió acompañada de sus damas y también le hizo preguntas. «Y así transcurrió una hora, de la manera más placentera posible», le escribía Figueroa a donjuán^[23]. Felipe demostró «muy gran regocijo y alegría»^[24], ordenó al prior que entonase un tedeum y, lleno de satisfacción, se retiró a sus aposentos.

Don Juan recibió también una buena parte de los honores públicos. Felipe le escribió: «Me siento complacido hasta tal punto que es imposible exagerar [...]. A vos, después de Dios, os ofrezco mi honor y mi agradecimiento»^[25]. El héroe militar de España, don Juan, victorioso primero en la campaña contra los rebeldes musulmanes en las Alpujarras (1569-1570) y ahora en la de Lepanto, fue celebrado por toda la Península. El rey seguía desconfiando de su carácter, pero le felicitó igualmente por sus triunfos. El reconocimiento expresado por Felipe del papel desempeñado por don Juan desmiente la idea de que deliberadamente subestimó la actuación del príncipe. Esta sugerencia se ha basado en ciertas ocasiones^[26] en la

posición aparentemente modesta asignada al príncipe en los cuadros realizados por el artista Luca Cambiaso (de los que hablaremos más adelante). Lo cierto es que Cambiaso pintó estos lienzos no para el rey de España, sino específicamente para el almirante genovés, Doria. Los italianos, que siempre se atribuían la victoria de Lepanto, no estaban dispuestos a concederle la preeminencia al príncipe español. Si la figura de don Juan no sobresale lo bastante en estas obras, no fue por culpa de Felipe II, sino de los patronos genoveses del artista. Lepanto fue un triunfo de la cristiandad. Pero, como reconocen los historiadores, nunca se trató simplemente de una victoria española. Sin los abundantes recursos italianos, España hubiese carecido de la capacidad de actuar. Felipe era perfectamente consciente de ello. Esto justifica el hecho de que se negara a participar en los ensueños de hombres menos realistas que él, como el mismo don Juan o el papa Pío V, que acariciaban la idea de una posible liberación de Tierra Santa e incluso de Estambul. La leyenda de Lepanto, no obstante, sigue estando viva. Felipe, evidentemente, compartía el entusiasmo generado por la victoria, pero «optó por lo posible, en vez de por lo grandioso»^[27]. Resulta fácil imaginárselo en su monasterio-palacio, en 1571, dando gracias a Dios por los sorprendentes favores de ese año. Con la bendición divina, todo había salido bien. Las áreas residenciales de San Lorenzo se habían terminado a principios de aquel verano y, por primera vez, los monjes, el rey y los miembros más cercanos de la corte pudieron alojarse en el Escorial. En el mes de agosto se celebró la primera misa en el altar de la nueva iglesia, en honor de San Lorenzo^[28]. Fue apenas dos meses más tarde, en la misma residencia del Escorial, cuando recibió la confirmación de las noticias sobre Lepanto. Y dos meses después, justo antes de que terminara el año 1571, fue bendecido con el nacimiento del infante Fernando, el primer hijo de su nueva y amada reina Anna.

El gran enigma que se nos presenta es, por qué después de tantos triunfos, no conmemoró ninguno de ellos en su nuevo palacio, donde recibió por primera vez las noticias oficiales. Un estudioso nos recuerda que el rey «encargó solo una obra de arte para conmemorar la victoria»^[29], es decir, la obra de Tiziano. Es cierto que en 1571 el monasterio todavía se hallaba en obras, y que el área donde se hubiese colgado el cuadro no existía. La ausencia de pintura conmemorativa, sin embargo, afectó no solo al Escorial, sino que se extendió a toda España. Ni un solo artista español ilustró la gloria de Lepanto. Es una de las mayores incógnitas de la historia. ¿Acaso los españoles ignoraban la batalla? Sabemos que ese no era el caso, puesto que muchas ciudades celebraron festejos públicos; Barcelona instalaría después el gran crucifijo utilizado en la batalla por don Juan, conocido como «el Cristo de Lepanto», en la catedral, donde todavía hoy se exhibe. En el transcurso de dichos meses, muchos escritores españoles publicaron obras ensalzando el acontecimiento. Fernando de Herrera, autor de versos heroicos, publicó, en 1572, un poema sobre el tema, y otro vate, Francisco de Aldana, escribió un soneto en honor a la victoria, como confirmación del dominio universal del rey Felipe^[30]. La emoción de 1571, no

obstante, no conllevó ningún cambio en los encargos artísticos del monarca para el Escorial o incluso para España.

Se ha sugerido que el rey se sentía poco dispuesto a celebrar Lepanto porque se daba cuenta de que el acontecimiento había supuesto un gran estímulo para los estados italianos participantes^[31]. Sin embargo, no existe prueba alguna que respalde esta teoría de su renuencia. Lo que sí es cierto es que en Italia, donde con razón consideraban dicha victoria como propia, artistas como Paolo Veronese, Andrea Vicentino, Tintoretto y Tiziano pintaron de inmediato obras que representaban la batalla. El Vaticano, que financió una buena parte de los gastos cristianos, encargó un fresco para celebrarlo. Gian Andrea Doria ordenó la realización de seis enormes tapices para el Palazzo del Príncipe, propiedad de la familia, en Genova. Los autores de los diseños fueron Lazzaro Calvi y Luca Cambiaso, y los tapices, que se tejieron en Bruselas, llegaron a Genova en 1591. Los cartones de Cambiaso sirvieron al mismo tiempo de inspiración para seis pinturas que el artista ejecutó para Doria, quien con posterioridad (véase más adelante) las entregó como obsequio al secretario de Felipe II, Antonio Pérez.

Una vez más nos hallamos frente al enigma de que ni un solo artista español de prestigio representara la batalla. Las únicas obras acerca del tema (anónimas, y con razón, en vista de su deficiente calidad), como es el caso de una pintura al óleo que se exhibe en el Museo Casa de Cervantes en Valladolid, se realizaron cincuenta años después de la batalla, y se limitaron a copiar los lienzos existentes, a los que añadieron un toque propio.

A Tiziano, que en esos momentos se hallaba en Roma, se debe la única contribución en el nombre de España. Felipe le encargó un lienzo para celebrar la victoria naval y también el nacimiento del príncipe Fernando. Como en la mayoría de los encargos de este tipo, el monarca comunicaba una idea de lo que quería. Sánchez Coello, que prácticamente vivía en la residencia de Felipe por aquella época, elaboró un esbozo que entregó personalmente al italiano, para explicar los deseos del rey. Tiziano mencionó en una carta dirigida a Felipe, escrita desde Venecia y con fecha de 22 de diciembre de 1574, que ya había empezado a trabajar en un cuadro sobre Lepanto y también en otro sobre la Natividad, cuando recibió una visita de «el pintor que vino aquí a verme el otro día procedente de España» para explicarle en detalle cuáles eran los deseos del rey. El lienzo resultante se completó en 1575, justo antes de que el artista muriese víctima de la peste (ya a una avanzada edad, puesto que tenía ¡88 años!), en 1576. Ya fuese por culpa de la idea del rey, o por su propia salud, ya débil, el artista pintó un cuadro que algunos críticos han juzgado como uno de los más mediocres de toda su producción. Normalmente conocido con el título *Alegoría de la batalla de Lepanto*, la obra representa la victoria naval (que se ilustra solamente en la forma de un turco sometido) y el nacimiento del príncipe Fernando, como testimonio de las mercedes recibidas del cielo. La relación entre los dos sucesos, sin embargo, está mal definida, y el aspecto «naval» de Lepanto —a buen seguro una

consideración fundamental— brilla por su ausencia. Cabe la posibilidad de que el monarca no quisiera que el tema militar adquiriese excesiva relevancia en el cuadro, que, debemos asumir, se realizó según los deseos expresados en la carta que Sánchez Coello entregó a Tiziano. El resultado final, en cualquier caso, es un testimonio pobre acerca del regocijo que inspiró la victoria de Lepanto en España.

Simultáneamente, Tiziano «desenterró» un viejo cuadro que había pintado cuarenta años antes (alrededor de 1534), lo retocó para Felipe II y le atribuyó un título apropiado: es el lienzo que conocemos actualmente por el nombre *España socorriendo a la religión*. En vista de la dudosa conexión de la obra con el título que lleva, no se nos puede culpar por especular acerca de si Felipe II se sintió realmente feliz con la última ofrenda de su artista favorito.

Durante más de una década después de la victoria naval, no hubo en España ninguna obra artística sobre el tema. Al igual que ocurrió con San Quintín, la batalla de Lepanto pasó inadvertida y no se conmemoró^[32]. Este hecho dio un giro imprevisto con el arresto y enjuiciamiento, en la década de 1580, del ex secretario de Felipe, Antonio Pérez. En el verano de 1584, apenas un año después del regreso del soberano de Lisboa, se presentaron cargos contra aquel. El Gobierno se demoró en actuar por motivos muy convincentes. Pérez se hallaba en posesión de unas «treinta cajas» de documentos oficiales del rey. Cuando todo parecía indicar la posibilidad de que Pérez saliera huyendo, fue detenido, en enero de 1585, diez días después de la partida del soberano hacia Zaragoza. Trató de escapar, con la ayuda de su amigo el cardenal Quiroga^[33], pero se le detuvo a tiempo y fue encarcelado. En 1585 se llevó a cabo una venta pública de parte de las propiedades que le habían sido confiscadas, en particular su exquisita colección de pintura, de acuerdo con el inventario completo que se hizo en mayo de ese mismo año. Al menos cien cuadros^[34] formaban parte de esta colección. El motivo de la venta fue la presunción de que las obras habían sido adquiridas por medio de manifiesta corrupción (de la que nadie dudó). Felipe II adquirió una serie de pinturas de la colección, entre ellas seis lienzos de gran tamaño de Luca Cambiaso, en los que se representaba la batalla de Lepanto, y que Pérez obtuvo del almirante genovés, Andrea Doria^[35]. La venta parece explicar por qué Felipe tomó posesión de dichos lienzos^[36], que se depositaron en el Escorial.

¿Bajo qué circunstancias adquirió el rey los cuadros de Lepanto? Resulta significativo que no exista ningún registro de cualquier pago hecho al artista, que en todo caso falleció el mismo año en que tuvo lugar la subasta de las obras de arte de Pérez. Si hubo un intercambio de dinero, no fue a parar a manos de Cambiaso, sino de los beneficiarios de la venta.

Lo que sí es cierto es que los mejores lienzos sobre Lepanto que se han conservado son italianos, y es probable que ningún artista español de la época fuese capaz de pintar batallas navales. Esta suposición queda confirmada por el hecho de que, en el transcurso de los siguientes doscientos años, ni una sola expedición naval española de importancia fue representada por pintores españoles. Hay barcos que

figuran en varias obras de arte, pero solo como motivos accidentales de fondo. Las batallas del canal de la Mancha, por el contrario, fueron ilustradas (o evocadas) de manera magistral por artistas ingleses u holandeses. No fue hasta el siglo XIX cuando los artistas españoles empezaron a pintar combates navales. Al igual que todas las batallas terrestres de finales del siglo XVI fueron ejecutadas por artistas flamencos para el disfrute de los españoles, las obras inspiradas en sucesos navales de importancia se deben a los italianos. Si el rey deseaba conmemorar los acontecimientos de 1571, no le quedaba más remedio que recurrir a artistas extranjeros. Antonio Pérez resolvió el problema comprando lienzos, pero el soberano quería algo distinto para decorar sus paredes.

Sería un error suponer que Felipe era indiferente a la gloria de las batallas. Su correspondencia, citada anteriormente, es testimonio de lo orgulloso que se sentía de la victoria de San Quintín. De la misma forma, no se mostraba indiferente a los triunfos de otras empresas militares. Como ya se ha indicado, apenas un año después de su regreso a la Península, los turcos infligieron a las fuerzas españolas una aplastante derrota (1560) en la isla de Djerba^[37]. Los comandantes cristianos huyeron en sus barcos, pero 10.000 hombres se rindieron y fueron obligados a desfilar unos días más tarde por las calles de Estambul. Fue la derrota más contundente de toda la historia militar española. En agosto de 1564 la Armada recuperó parte de su honor, cuando el recién nombrado comandante de la flota mediterránea de España, García de Toledo, se las ingenió para organizar una expedición y conquistar la fortaleza de Vélez de la Gomera, precariamente defendida, en la costa norte de África. Felipe tuvo la previsión de enviar al artista flamenco Van den Wijngaerde para que acompañase a la flota. Como resultado, elaboró una serie de dibujos en los que se ilustraba la victoria española en cuestión. No se trataba, ni mucho menos, de una novedad. Años antes, en los Países Bajos, Felipe recibió de manos del mismo Van den Wijngaerde un excelente dibujo imaginado de la victoria de San Quintín, la única obra acreditada de la batalla (véase capítulo 2), puesto que el artista debió de consultar con comandantes del Ejército cuando ejecutó su labor. La emoción de la victoria siempre estuvo presente en el alma del rey, pero nunca consideró el monasterio como el lugar adecuado para exhibirla.

La compra de las obras de Pérez demuestra que Felipe agradecía tener algún recuerdo visual de Lepante. Sin embargo, parece que no estaba seguro de lo que debía hacer con esos grandes lienzos, que obviamente no encajaban con sus planes decorativos. Finalmente, terminaron depositándose en el Escorial, donde les aguardaba un futuro incierto. A finales de siglo se colgaron en las paredes de una sala vacía de la primera planta, y allí permanecieron hasta que, en el siglo XVIII, fueron trasladados. Un historiador moderno del Escorial^[38] sugiere que tal vez Felipe II le encargó los cuadros a Cambiaso, que vino a trabajar al Escorial en octubre de 1583 y que siguió como empleado suyo hasta que falleció, en 1585. Admite, sin embargo, que no existe registro de pagos hechos al artista por estos lienzos. La idea de que el

rey, de repente, doce años más tarde de la famosa victoria, se diera cuenta de que valía la pena que fuera pintada, y que por tanto debía confiar esta tarea a un artista que de ninguna forma estaba bien considerado por la corte española, es algo improbable y —como sabemos por la subasta de Antonio Pérez— erróneo. El monarca tomó posesión de los lienzos bajo circunstancias que nada tuvieron que ver con sus planes para el Escorial. Cambiaso estaba allí para ayudarle en asuntos muy diferentes, la decoración de la galería real. Los seis lienzos de Lepanto permanecieron donde estaban, largamente olvidados y en mal estado. En 1856 fueron por fin restaurados y colgados en los muros del palacio.

La indiferencia por conmemorar en el Escorial victorias militares se extiende, lógicamente, a la mayor derrota militar de España: la de la Gran Armada que se envió contra Inglaterra en 1588. Al igual que sucedió con el segundo informe recibido sobre la batalla de Lepanto, el rey se hallaba en el Escorial cuando escuchó las primeras noticias fidedignas acerca de la catástrofe. En junio de 1588 se le informó de que una monja carmelita había gritado en Valladolid «¡Victoria! ¡Victoria!» durante un trance. La religiosa también prometió buenas noticias. Dos semanas más tarde escribió un mensaje de esperanza al rey. Felipe garabateó en el mismo: «Placerá a Dios que será lo que se dize en ese papel. Presto se sabrá»^[39]. Cuando, a mediados de agosto, se conocieron los primeros informes fiables, el impacto fue profundo. El mensajero, al llegar al Escorial, fue recibido por los ministros del rey, Cristóbal de Moura y Juan Idiáquez^[40]. Este último se presentó voluntario para comunicar las noticias al rey. Felipe se encontraba sentado en su escritorio e interrumpió su tarea para preguntar si se sabía algo nuevo. Moura replicó que las noticias sobre la Armada eran malas. Se ordenó que compareciera el emisario, que comunicó su mensaje completo frente a un soberano sumido en el silencio. Entonces Felipe dijo (conforme a una versión): «Doy de coraron gracias a la Divina Magestad, por cuya mano liberal me veo tan assistido de potencia y fuerzas, que sin duda puedo bolver a sacar al mar otra armada. Ni juzgo que importa mucho el que nos quiten tal vez la corriente del agua, con tal que quede salva la fuente de que corría». Regresó a su escritorio y siguió trabajando. Ese mismo día mandó asignar 50.000 escudos para socorrer a los heridos, y ordenó a las iglesias que rogaran por el regreso a salvo de los supervivientes.

La estoica respuesta del rey ha trascendido desde entonces a los libros de historia. No obstante, fue criticada por muchos cortesanos, que desaprobaban lo que, en su opinión, era una actitud teatral en un momento de gravedad^[41]. En realidad, el rey se hallaba sobrecogido por las noticias. El primer informe detallado procedió de una carta redactada por el duque de Parma desde los Países Bajos, fechada el 10 de agosto, y que llegó a Madrid el 31 de agosto. «Su Majestad lo ha sentido mas que se puede creer», respondía Juan de Idiáquez a Parma ese mismo día. Tres días más tarde escribía: «Aunque sintió harto la nueva al principio, la siente cada dia mas [...]. Le duele extraordinariamente no aver acabado de hazer un tan gran servicio a Dios,

aviendo hecho mas que se le podia pedir ni imaginar»^[42]. En privado, Felipe reflexionaba: «Espero en Dios que no habrá permitido tanto mal como algunos deven temer, pues todo se ha hecho por su servicio, y muy bien es que no cese la oración»^[43]. Nadie tenía la culpa. En el esbozo de la siguiente carta del rey dirigida a Parma, un secretario hacía referencia a «la reputación de todos, que está tan empeñada». Felipe tachó la frase o escribió en un margen: «mirese si seria bien quitar esto rayado, pues en lo que Dios haze y es servido, no ay que perder ni ganar reputación»^[44]. Esa semana, el embajador veneciano observó de cerca al rey y comentó que parecía sentirse desoladamente solo^[45].

El verdadero alcance de dicha catástrofe tardó cierto tiempo en conocerse. Hasta la tercera semana de septiembre Medina Sidonia no llegó —con suma dificultad— a Santander, con ocho de sus galeones. Otras veintisiete embarcaciones más atracaron en otros puertos del norte. Posiblemente, sesenta de los 130 barcos que zarparon en mayo lograron regresar a la Península. Pero aproximadamente 15.000 de los hombres que iban a bordo, o cinco sextas partes de ellos, perecieron. El impacto que tuvo en los castellanos fue devastador. Como comentaba un monje del Escorial, fue «una de las más bravas y desdichadas desgracias que han sucedido en España y digna de llorar toda la vida [...] En muchos meses todo fue lloros y suspiros en toda España»^[46].

En perspectiva, hay poco que argüir en defensa de la empresa de Inglaterra^[47]. Ni el rey ni nadie estuvo completamente seguro del objetivo que se trataba de alcanzar. Nunca se idearon planes concretos, ni de índole militar ni política, acerca de lo que debía hacerse en caso de que la invasión tuviera éxito. Los más expertos en la guerra, como era el caso de Alba y Parma, siempre expresaron sus dudas y mantuvieron su oposición. Los pronósticos de fracaso que aparecen en las profecías de la época se basaban, muy probablemente, en una opinión extendida entre los miembros del Gobierno.

LA PINTURA DE LA SALA DE BATALLAS

Cinco años antes de la debacle de la Armada, el rey empezó a pensar por fin en ilustrar los sucesos militares en los muros de su monasterio. Habían transcurrido veinte años desde que comenzaran las obras del edificio, y ahora estaba a punto de colocarse la piedra final. ¿Por qué tardó tanto en tomar esta decisión? No parece haber ninguna prueba escrita sobre el asunto, y lo único que podemos hacer es especular.

Posiblemente, la primera causa directa de la decisión de decorar los muros de la galería fuese la ocupación de Portugal y la muerte, justo antes de la campaña, del gran amor de su vida, la reina Anna. Una epidemia de gripe se había propagado por la Península durante el verano de 1580. Esta epidemia devastadora se sufrió en todo

Madrid, donde «nadye se acuerda de sus muertos, que an sydo muchos y todavia no cesan»^[48]. La corte, en aquella época en Extremadura, tampoco se libró. Felipe, el príncipe Diego y la infanta Catalina enfermaron, pero se recuperaron, gracias en parte a la eficiencia demostrada por el médico de la familia, el doctor Valles. La reina Anna no corrió la misma suerte. Estaba embarazada de varios meses cuando se contagió. Después de algunos días de fiebre, fue necesario desangrarla. Un poco antes de despuntar el día, el 26 de octubre, a la edad de treinta y un años, murió víctima de la epidemia. El rey estaba desconsolado. Su amor por ella había sido inmenso^[49]. La muerte de Anna atormentó sus pensamientos durante los meses cruciales de la campaña para asegurar Portugal frente a la intervención de los ingleses y franceses.

Felipe permaneció en Portugal desde finales de 1580 hasta la primavera de 1583. Las Cortes de Tomar, reunidas en abril de 1581, constituyeron un acontecimiento histórico. Confirmaron la unión de toda la Península bajo la misma corona, juraron fidelidad al rey y reconocieron al príncipe Diego como sucesor. A cambio, Felipe confirmó todos los privilegios y la independencia de Portugal, en términos similares a los que se habían empleado para vincular otros reinos peninsulares con Castilla un siglo antes. Las posesiones portuguesas de ultramar acataron las decisiones adoptadas en la metrópoli y aceptaron a Felipe. Hubo resistencia solamente en las islas Azores, en el Atlántico, donde el pretendiente portugués al trono, el prior Antonio, contaba con la ayuda de una fuerza naval francesa. El 23 de junio de 1582 zarpó una flota desde Lisboa, bajo el mando del marqués de Santa Cruz, compuesta por 54 naves, 12 galeones, 61 embarcaciones pequeñas, 8.400 soldados y 3.400 marineros^[50]. Entre los días 25 y 26 de julio infligieron una derrota decisiva a la flota francesa en la isla de la Terceira. El destino de cuantos enemigos fueron capturados fue drástico: a todos los prisioneros portugueses se les trató como rebeldes, se decapitó a los nobles, y los soldados y marineros de más de dieciocho años fueron ahorcados^[51]. Un nuevo enfrentamiento tuvo lugar en el verano de 1583 y consolidó el control de España sobre las islas.

La victoria de la flota española sobre los franceses en Terceira, el verano de 1582, fue percibida como una garantía de seguridad básica «para lo que toca a Flandes»^[52]. Reflexionando acerca de la victoria, que se obtuvo durante la fiesta de Santa Ana, el 26 de julio, Felipe llegó a la conclusión de que la santa «deve tener mucha parte destos buenos sucesos». Detrás de la santa, no obstante, se atisbaba la figura de su difunta esposa Anna: «Siempre he creydo que la Reyna no dexa de tener su parte en ellos». Había buenos indicios: «el principio es muy bueno, pero aun no se ha acabado todo»^[53]. Santa Cruz le escribió después de la victoria de las Azores a fin de proponer un ataque naval inmediato a Inglaterra. El rey le dio las gracias y consultó a Parma para saber si esta idea era factible.

La ocupación de Portugal distrajo la atención del rey por el Escorial. No regresó a España hasta la primavera de 1583, y tras su larga ausencia se sentía ansioso por ver cómo había progresado el edificio. El propósito principal de esta primera visita, sin

embargo, fue la piedad. El día después de su llegada allí presidió en San Lorenzo un solemne funeral en honor de su difunta esposa^[54]. Después de volver de Portugal, decidió por fin abandonar su aparente renuencia a ilustrar las acciones militares en los muros del Escorial. Habían transcurrido veinte años desde que se había colocado la primera piedra. Durante este tiempo Felipe patrocinó grandes campañas, incluida la sobresaliente batalla de Lepanto, pero nunca había aceptado su conmemoración en su monasterio-palacio. ¿Qué cambio se materializó en 1583 que justificara su decisión de encargar los murales de la galería que hasta entonces había sido simplemente un pasaje de acceso carente de especial importancia?

Desde siempre había evitado el triunfalismo militar, por tanto, tenemos que encontrar una razón específica de por qué ahora tenía en mente conmemorar los acontecimientos de las Azores^[55]. El primer suceso relevante que afectó al destino de esta galería todavía desnuda fue el hallazgo, en un castillo de Segovia, de una vieja pintura enrollada como si se tratara de una alfombra. Cuando se desplegó, se descubrió que se trataba de una deteriorada pintura de la Baja Edad Media, de sesenta metros de largo, en la que se ilustraba una batalla olvidada (la de Higuera, ocurrida cerca de Granada, en el año 1431) entre moros y cristianos. El descubrimiento se notificó al rey, quien de inmediato decidió preservar dicho tesoro, no tal y como estaba —puesto que no hubiese sido factible—, sino con un mural de parecida longitud que copiase fielmente los detalles medievales. No debió de resultarle muy difícil recordar que contaba precisamente con el espacio disponible en la abandonada galería real del Escorial. La siguiente tarea, la de encontrar los artistas idóneos, se resolvió con prontitud. A partir de 1581 un equipo de pintores de frescos genoveses, bajo la dirección de II Bergamasco (Giovanni Battista Castello), había empezado a trabajar en el Escorial, tras pasar varios años (desde 1567) decorando los palacios del Alcázar y El Pardo^[56]. Puesto que aún se hallaban ocupados en el monasterio, no hubo prisa en emitir las instrucciones —con fecha de 1584— para pintar los murales de la galería. El rey dio la orden de decorar la bóveda en diciembre de 1584, desde El Pardo, y las obras terminaron en julio de 1585. Luego, en enero de 1587, los artistas empezaron a trabajar en la batalla de Higuera. En febrero de 1590 se les contrató para que pintaran «la obra de la pintura de la Guerra de San Quintín y la batalla de la Tercera». Para febrero de 1591 esta parte, y el resto de la obra, había sido completada y pagada.

¿Por qué la decisión del tema medieval? Es importante recalcar que este ejercicio fue de carácter artístico, sin connotaciones militaristas ni triunfalistas. De haber deseado realmente celebrar los triunfos de las batallas de la corona contra el islam, Felipe hubiese contado con una amplísima gama de excelentes posibilidades. ¿Por qué no (como hemos tenido ocasión de mencionar) la toma de Granada en 1492 por parte de Fernando e Isabel (que los artistas españoles solo representaron cuatro siglos después)? ¿Por qué no la toma de Túnez en 1535 por Carlos V (celebrada en esa época por artistas italianos, pero no, por lo visto, por los españoles)? ¿Por qué no el

socorro de Malta, en 1565? ¿Por qué no, por encima de todo, la batalla de Lepanto? Todas estas campañas brindaron gloria a la corona, todas acentuaron la reputación de España, y la mayoría de ellas ocuparon un lugar relevante dentro de la memoria viva de los españoles. Sin embargo, Felipe decidió conmemorar un incidente desconocido de la época medieval en el que participaron muy pocos soldados, que sucedió dentro del país y careció de repercusiones significativas para nadie. Además, no se trataba de una victoria «española», puesto que España, como entidad política, todavía no existía; los musulmanes de la batalla eran, de hecho, tan españoles como sus adversarios cristianos.

La decisión del rey estuvo justificada, como puede juzgar un observador de hoy en día, por la calidad del pergamino original, que ilustra con fidelidad y fascinante detalle una amplia gama de aspectos de la guerra medieval. Juan de Mariana, que vio el fresco terminado, dijo, conmovido, que el suceso de Higuera era «uno de los mas nobles triunfos que pueden recordar con placer las generaciones españolas»^[57]. Se trataba de un entusiasmo exagerado, puesto que nadie que estuviera vivo en 1598, cuando Mariana escribía, podía recordar una batalla sucedida dos siglos antes. No obstante, esto sirve para recordarnos que Castilla tenía muy pocos o ningún testimonio artístico sobre su pasado militar, y la inesperada representación en maravillosos colores de un acontecimiento militar —cualquier acontecimiento militar— estaba destinada a despertar fuertes emociones y un sentimiento del orgullo. La representación de Higuera, además, tenía un atractivo especial. Antes del nacimiento de la cinematografía, no había ninguna forma satisfactoria de reproducir o describir lo que había pasado realmente en una batalla. Los testigos podían describir a un artista lo que habían visto, pero en la mayoría de los casos los pintores tenían que recurrir a temas estilizados que procedían de su propia imaginación. Ilustraban la confrontación, la muerte y el triunfo a través de actitudes convencionales^[58]. El pergamino de Higuera ofrecía una reproducción casi contemporánea que parecía un regalo de Dios para los pintores que lo copiaron.

Habiendo ocupado toda una pared de la galería con el tema de la batalla medieval, el rey tuvo que decidir cómo decorar el resto de las superficies. Es muy probable que su decisión le afectara personalmente, pero que nadie más estuviera involucrado. La galería no estaba, como cabe recordar, abierta al público, y normalmente no la iban a contemplar ni los miembros de la corte ni los monjes. No había ninguna necesidad, por tanto, de crear un tema de interés público que evocase sentimientos de orgullo acerca de hazañas militares. En cambio, Felipe decidió recordar los favores personales que había recibido del cielo. Así pues, dedicó la pared del extremo de la galería a la victoria naval que sus fuerzas habían obtenido gracias a la intercesión (según él creía) de su esposa Anna. No tenía intención de celebrar ningún triunfo sobre Portugal, que en cualquier caso —como había insistido él mismo— no se había conquistado por la fuerza. Envió sus tropas a un país que ya lo había aceptado como rey. Tampoco hubo batalla alguna durante la campaña portuguesa. El conflicto que

tuvo lugar en las distantes Azores fue provocado directamente por la intervención francesa, y en la corte española se había percibido como un enfrentamiento contra Francia. Era un tema muy adecuado, visto como prolongación de la lucha que había tenido lugar en San Quintín contra este mismo enemigo.

Prácticamente cinco años después de terminar la bóveda, y tres años después de concluir la decoración del muro con el tema de Higuera, Felipe decidió llenar el espacio restante de la galería con una conmemoración de la primera y más importante merced que recibió a comienzos de su reinado, y que sirvió de inspiración para la construcción del monasterio-palacio. Se trataba de la campaña de San Quintín, en la que ahora permitió ser retratado, puesto que, después de todo, había sido el beneficiario de dicho favor. Una vez más, por supuesto, no se trataba de una victoria «española», dado que las tropas formaron parte del Ejército de Flandes, no del Ejército español. ¿Por qué aguardó hasta tan tarde —más de treinta años después de la batalla, y un poco antes de su fallecimiento— para conmemorar este suceso? Es una de las preguntas más enigmáticas acerca del Escorial. Las órdenes de pintar la batalla datan (como hemos mencionado) de 1590, lo cual significa que el rey ya se encontraba gravemente enfermo cuando los cinco frescos —cuatro sobre la batalla y uno sobre la toma de la ciudad— se completaron. Esta decisión tardía nos devuelve de manera inevitable a la cuestión de Lepanto. En el caso de esta última batalla, uno puede explicarse su ausencia en la galería por el hecho de que el rey ya poseía desde 1585 los seis lienzos de Cambiase Ello hacía innecesario repetir el tema en la Sala de Batallas (aunque también puede argüirse, acertadamente, que los pintores de la sala habrían podido obtener resultados más satisfactorios de los que Cambiase alcanzó con sus mediocres reproducciones).

¿Por qué, sin embargo, evocó San Quintín poco antes de su muerte, y precisamente cuando se hallaba gravemente enfermo? No existe una respuesta coherente. Cabría sugerir que, puesto que en dicha batalla, lo mismo que en la de las Azores, España no participó directamente, y se desarrolló fuera del país, en los Países Bajos, los motivos para encargarse de este mural fueron de índole personal más que política. De hecho, la reproducción precisa y fascinante del propio campamento del rey en la batalla nos induce a pensar que fue él mismo quien suministró los detalles de la contienda. Así como la victoria de las Azores simbolizaba la merced obtenida de Dios a través de la reina Anna, San Quintín era una merced divina que por fin podía evocar con gratitud. Terceira y San Quintín eran las únicas dos acciones militares de su reinado en las cuales podía sentir que había desempeñado un papel personal, y en ambos casos, el rey deseaba conmemorar la gracia de Dios, no los logros de los soldados, ni siquiera la gloria de España.

Una parte importante de la correspondencia de Felipe II todavía no ha sido examinada por los investigadores. Cuando así sea, nos encontraremos en mejor situación para entender cómo llegó a tomar las decisiones acerca de la decoración de ciertas partes del Escorial. Las generaciones posteriores decidieron interpretar los

acontecimientos a su antojo. Cambiaron intencionadamente el nombre a la galería real, con lo que resultó alterada también toda la perspectiva desde la cual deberíamos contemplarla. Como Sala de Batallas, carece de sentido, puesto que apenas conmemora ningún acontecimiento significativo de la historia de España. Sin embargo, como galería personal del rey, nos permite contemplar de manera más minuciosa el alma del monarca, mientras de camino hacia la basílica se detenía de vez en cuando a observar el brillante colorido de sus murales y a darle gracias a Dios por todas las mercedes divinas que había tenido el privilegio de recibir.

8 LA FUENTE DE ENERGÍA DE LA FE

EL ESCORIAL COMO SÍMBOLO DE LA RELIGIÓN ESPAÑOLA

Las sobrecogedoras y austeras formas del monasterio no dejan lugar a dudas acerca de la presencia de un inmenso poder espiritual. Un agnóstico tiene la opción de descartar la idea, pero el sentimiento persiste obsesivamente. El problema siempre ha sido cómo identificar este poder. ¿Representa el espíritu tradicional del catolicismo? ¿Es un reflejo de las obsesiones del rey? Una de las ideas que prevalecen acerca del edificio es que personifica la religión de España. Su perfil, sólido y desafiante, se percibe como un reflejo de la ortodoxia religiosa de España, su firme confianza en Dios, la Iglesia y la Inquisición. Para muchos, el edificio manifiesta, asimismo, una nueva tendencia, el dinamismo de la Contrarreforma. Desde cualquier perspectiva se percibe como una fortaleza rocosa de la fe y la certidumbre, «un bastión visible contra el surgimiento de la herejía»^[1]. En el siglo XVII, Baltasar Gracián, en *El Criticón*, lo vio como «un triunfo de la piedad católica». Estos puntos de vista se consideran, dentro de su contexto, lógicos. Sin lugar a dudas, el aliento primero del edificio es de carácter religioso. El corazón de la estructura es la basílica, y el componente humano primordial reside en el monasterio. La religión fue la inspiración y la fuerza motriz.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre confirmar la naturaleza religiosa del edificio y declarar que simboliza la espiritualidad de España. Muy pocos edificios en Europa han merecido este reconocimiento. Ni siquiera la basílica de San Pedro, en Roma, ha sido identificada con la espiritualidad de los italianos. Y, si de alguna forma el Escorial simboliza la religión de España, ¿cómo era realmente esta religión? ¿Deberíamos aceptar las opiniones de los españoles de entonces? ¿O, tal vez, habría que aceptar la opinión más imparcial de los extranjeros?^[2] ¿Podemos confiar en el punto de vista de un embajador protestante inglés que en 1604 dijo que «los españoles universalmente muestran una gran tendencia hacia la religión, con una inmensurable dosis de superstición»?^[3] ¿O tal vez deberíamos dar crédito al dictamen del católico Francesco Guicciardini, embajador florentino, al rey Fernando, que describía a los españoles como «muy religiosos cara al exterior, pero no tanto por dentro»?^[4] ¿En qué contexto religioso deberíamos ver el Escorial?

La religión en España, como han demostrado los estudios^[5], no difería de la de la Europa de entonces. Las prácticas y creencias religiosas, especialmente en las zonas rurales y montañosas de España, eran poco más que una capa de barniz sobre las costumbres populares. Para hacer frente a problemas tales como enfermedades, epidemias y el mal tiempo, para los que la Iglesia no podía ofrecer ninguna solución,

el pueblo recurría a remedios en apariencia religiosos, pero que contenían aspectos que el clero condenaba como «supersticiosos». La gran ignorancia del clero era un hecho reconocido universalmente. En Santiago de Compostela, en 1543, los funcionarios del obispo decían que los «feligreses son víctimas de la ignorancia de sus vicarios y rectores», y en Navarra, en 1544, se afirmaba que el clero ignorante «causa gran perjuicio en las conciencias de esta pobre gente». En la década de 1560, cuando el rey empezaba a planear el Escorial y se iniciaban las primeras reformas eclesiásticas, la religión española estaba lejos de ser tan ejemplar como más tarde asumieron los estudiosos. De hecho, el mismo rey admitió estos problemas y se convirtió en un partidario de la reforma. Sin embargo, veinte años más tarde, cuando estaban finalizando las obras del Escorial, poco se había conseguido. De ninguna forma, por consiguiente, puede percibirse este edificio como un reflejo de un catolicismo sólido y triunfante en España. ¿Era, pues, el Escorial el reflejo no de una nación eminentemente católica, sino más bien de las actitudes religiosas del rey?

¿EL REY-SACERDOTE DEL ESCORIAL?

El rey, por supuesto, era el elemento clave del carácter religioso de San Lorenzo. En consecuencia, la vigilancia religiosa de Felipe desde su nido de águila en el Escorial se ha interpretado a veces como casi pontifical. Algunos lo han visto como un papa español, y otros, como un sumo sacerdote. Recientemente se ha alegado que «el Escorial encarnaba el concepto de Felipe de su doble papel como rey y como sacerdote»^[6]. Se trata de un importante alegato, que merece ser examinado con más detenimiento.

¿Acaso Felipe expresó en palabras esta «concepción» de ser un rey-sacerdote? En realidad, podemos buscar hasta la saciedad sin encontrar una sola acción o palabra por parte del rey, en ningún momento de su vida, que denote el hecho de que se viera a sí mismo como un «sacerdote», y mucho menos, como un «rey-sacerdote» de proporciones bíblicas o teocráticas. En la cristiandad clásica, el rey-sacerdote original era Cristo, aunque las raíces de la simbiosis entre rey y sacerdote se remontan, a través de las páginas de la Biblia, hasta los principios del pueblo judío, cuando por primera vez Abraham se encontró con el rey-sacerdote Melchizedek (Génesis, 14). Desde el valle del Indo hasta Knossos, y desde Egipto hasta el México preazteca, la figura del rey-sacerdote en los tiempos antiguos aunaba en sus manos el poder secular y el poder sagrado. En la Europa medieval, los escritores europeos estaban fascinados por la aparente existencia en el antiguo Egipto de un dirigente cristiano, el Preste Juan, quien asumió en su persona los papeles de sacerdote y rey. Este fenómeno nunca ocurrió en la España medieval ni en la España de la era moderna, donde el rey-sacerdote jamás existió, ni en la realidad ni como leyenda. La monarquía española era una estructura frágil que contaba con un apoyo escaso entre las comunidades de la

Península y carecía de rituales místicos y ceremonias sagradas de cualquier clase (véase capítulo 6). En Francia e Inglaterra se celebraban ceremonias que identificaban al soberano con Dios y con la religión: se bendecía al rey con aceites sagrados, una corona sagrada ceñía su cabeza, se le tomaba un juramento sagrado. Por tanto, se convertía en una persona sagrada, y hasta podía alegar poderes sacerdotales. Era, en palabras de Shakespeare, «el delegado elegido de Dios». En España, por el contrario, no se celebraba ninguna ceremonia de coronación, y por tanto no podían converger ambas funciones, la de sacerdote y la de rey.

Por extensión, el rey no desempeñaba en el Escorial el papel de sacerdote, y el Escorial en sí era un simple monasterio, sin pretensión alguna de ejercer una autoridad especial. No se trataba, ciertamente, de la sede de un rey-sacerdote. Tenía un estatus especial, similar al que gozaban varias instituciones eclesiásticas a finales de la Edad Media, que no dependían de la Iglesia ni del Estado. Tanto el monasterio como su basílica estuvieron desde el principio bajo el control directo del papado con una «jurisdicción exenta» (exenta, por supuesto, del control de cualquier obispo español). Las bulas papales de 1578 y 1586 confirmaron este estatus. Durante el reinado de Felipe, el edificio y la basílica conservaron su condición de propiedad privada, y normalmente no estaban abiertos a la veneración del público en general. Se trata de un hecho crucial que nos ayuda a entender en gran medida la historia del monasterio.

Esta situación especial brindaba al Escorial —de manera significativa— una cierta autonomía no solo de la Iglesia, sino también de la corona, como ilustra un famoso incidente acontecido un siglo más tarde. Una de las reliquias religiosas más notables del Escorial era la hostia (o pan eucarístico) conocida como la Sagrada Forma. La hostia, aparentemente, tenía sus orígenes en la época de la rebelión de los Países Bajos. Durante los conflictos civiles acontecidos en la ciudad de Gorcum en 1572, el comandante de los Mendigos del Mar, conde Lumey van der Marck, ordenó la ejecución de diecinueve clérigos católicos. Mientras la iglesia local estaba siendo saqueada por los rebeldes, la hostia se libró, milagrosamente, de ser pisoteada. La salvó un soldado católico, y con el tiempo fue llevada a Viena, desde donde arribó al Escorial en 1597, junto con otras reliquias importadas por Felipe II y procedentes de tierras alemanas. El siguiente episodio de su historia se desarrolló en 1677^[7], cuando las tropas del Gobierno entraron al santuario del monasterio sin el permiso del prior, a fin de detener a un importante noble que había tomado allí refugio. Su entrada violenta fue denunciada como sacrilegio, y el rey Carlos II tuvo que expiar su culpa en 1684 durante una ceremonia oficial en la que dedicó una capilla a la Sagrada Eucaristía. Por orden del rey, esta consagración se conmemoró con un fascinante cuadro de Claudio Coello (1690) dedicado a la Sagrada Forma, que se colocó en la sacristía de la basílica, y en el cual aparecía el rey de rodillas frente al altar, rodeado de dignatarios de la corte^[8].

La imagen del rey de rodillas, en obvio reconocimiento del papel sagrado del sacerdote, de pie ante él, fue un símbolo fundamental en el Escorial. El grupo escultórico de Leoni situado frente al altar mayor, en el que Carlos V y Felipe II, junto con sus esposas, se arrodillan en acto de veneración, viene a confirmarlo. Todas las figuras arrodilladas, incluidas la del emperador y la del rey, miran hacia el tabernáculo del altar. Esta iconografía también puede verse en los retratos de Felipe II, especialmente en el cuadro de El Greco conocido como *El sueño de Felipe II* (1579), que se exhibe en el Escorial y del cual existe una versión diferente en la National Gallery de Londres^[9]. En todas estas esculturas y pinturas, el rey es representado de rodillas frente al sacerdote. Ni en sus fantasías más desquiciadas, y ni siquiera metafóricamente, al rey se le hubiese ocurrido la idea de encarnarse en una figura sacerdotal o confundir su propio papel con el de un ministro de Dios.

El testimonio de Sigüenza acerca de este asunto es incuestionable y decisivo: «En todos los actos públicos que se hazian en la Iglesia, mostrava tanto respeto y guardava tan puntualmente el derecho que se deve a las cosas eclesiásticas y a las personas della, que siempre ponía el postrero donde quiera que concurrían». Además de «otros cien ejemplos» de los que sabía, el monje citaba el siguiente: «cuando avia missas nuevas, yva a besar la mano al missa cantano, y le ofrecía como si fuera otro hombre particular»^[10]. La «misa nueva», debemos recordar, era el nombre que recibía la primera misa celebrada por un sacerdote que acababa de recibir las órdenes sagradas.

Como católico que se consideraba menos que el más humilde sacerdote, el rey nunca sintió que en asuntos de religión tuviera una relación especial con Dios, y nada de lo que escribió sugiere que así lo creyera. Por otra parte, en los asuntos políticos, pensaba que era su obligación y su responsabilidad rogar a Dios para que le ayudara en los momentos críticos. Cualquier cristiano creyente en su situación hubiese asumido una posición semejante. Pero es muy improbable que pensara que sus objetivos se identificaban con los de Dios, como sugiere un estudioso^[11] que parece interpretar literalmente la frecuente afirmación de Felipe de que «la causa de Dios y la mía son la misma». En realidad, lo que el rey hacía era simplemente declarar que su propia causa no divergía de la de Dios. Nos damos cuenta de ello, por ejemplo, en la forma en que aplicaba la misma frase a sus subordinados. Cuando su secretario Mateo Vázquez le comunicó en una carta (alrededor de 1575) que se sentía tan enfermo que deseaba morir, el rey lo amonestó por expresar semejante sentimiento: «No ay por que os deseis la muerte, sino la vida, y la procurareis para emplearla *en el servicio de Dios y en lo suyo, que es todo uno*»^[12]. En otras palabras, Vázquez debía —lo mismo que Felipe— ponerse en manos de Dios. Era y sigue siendo un sentimiento evangélico. Por extensión, el rey sentía que algunas de sus políticas seguían fielmente la voluntad de Dios, que lógicamente tenía el deber de respaldarlas. Algunos jefes de Estado de nuestros días entenderán perfectamente lo que esto implica.

¿LA FUENTE DE ENERGÍA DE LA CONTRARREFORMA?

¿Era el monasterio, como muchos eruditos han sugerido, un símbolo de la Contrarreforma? Al igual que otros términos históricos mal definidos, «Contrarreforma» —palabra inventada en el siglo XIX por los historiadores alemanes (*die Gegenreformation*)— se ha utilizado como etiqueta al hablar del Escorial y su periodo histórico. La aplicación de este término a España es especialmente peculiar, puesto que hasta hace tan solo unos años había estudiosos españoles que negaban que hubiese habido nunca una contrarreforma en el país. Era tradición creer que la Contrarreforma (el movimiento reformista del siglo XVI inspirado por la misma Iglesia católica y dirigido en parte contra la Reforma) había acontecido solo fuera de España, no dentro, y hasta época reciente ningún erudito se había preocupado de estudiar la Contrarreforma española. Por consiguiente, era más fácil aceptar la imagen de un país firmemente católico donde no había acontecido ningún cambio a lo largo de los siglos; una imagen que reforzaba la palpable solidez del Escorial.

A pesar de la poca atención que se le prestó al tema en el pasado, actualmente no cabe la menor duda de que hubo una contrarreforma considerable en España^[13]. Sin embargo, el Escorial no necesariamente participó en ella. Hasta el año 1565, cuando Felipe II recibió oficialmente los decretos del concilio de Trento y supervisó la reunión de los concilios provinciales del clero, no se ejerció una presión significativa para llevar adelante la reforma. Esta fecha marca el principio de un largo proceso que duró aproximadamente una generación, y que podemos designar como la Contrarreforma de España. Por tanto, en la década de 1560, cuando los arquitectos e ingenieros estaban trabajando en las obras del Escorial, aún no había una contrarreforma visible en el país, y España no era una fortaleza ni de la fe dogmática ni de la certidumbre religiosa. Por sentido común, el edificio no pudo haber reflejado un entorno profundamente religioso todavía inexistente.

No obstante, el Escorial se benefició de nuevas influencias que no eran autóctonas de España, sino importadas del extranjero. Tal y como comentamos en el capítulo 3, las ideas artísticas y arquitectónicas de los Países Bajos e Italia fueron fundamentales para el avance de la cultura en España. Lo mismo puede decirse de las influencias religiosas, especialmente de las ideas del pensador holandés Erasmo^[14], cuyas *Obras* formaron parte de las lecturas de Felipe. Cuando el príncipe visitó Róterdam durante su «felicísimo viaje», charló amigablemente con el burgomaestre al pie de una estatua de Erasmo, y al día siguiente asistió a misa en la iglesia adyacente al lugar de nacimiento de Erasmo^[15]. Varios acompañantes de Felipe en los Países Bajos — como Calvete de Estrella— eran simpatizantes del humanista. Sin embargo, el entusiasmo de los españoles por Erasmo fue una moda pasajera. Prefirieron buscar su inspiración religiosa en Italia. De hecho, Italia se convirtió en la fuerza motriz del cambio y la renovación del catolicismo español. Las órdenes religiosas italianas, sobre todo los jesuitas^[16], y las oraciones y costumbres de Italia contribuyeron a

modificar la naturaleza de la religión diaria de España^[17]. No fue una coincidencia que los artistas italianos que decoraron el Escorial trajeran también consigo influencias de su país.

La más destacada de estas influencias fue el concilio de Trento. Este desempeñó, sin lugar a dudas, un papel clave en el desarrollo del Escorial, sobre todo debido al vínculo personal entre el concilio y el fundador del monasterio. De menor importancia fue el vínculo entre España y el papado de Roma. Se ha sugerido hace poco que «durante los años finales del siglo xv y los primeros del xvi», la Iglesia española cayó bajo el control de Roma, y el arte religioso español «desde entonces siguió el patrón romano»^[18]. Sería más correcto decir que en ningún momento Roma llegó a alcanzar un control significativo de la Iglesia o de la religión de España^[19], y que, por tanto, nunca pudo dictar patrones artísticos. Si el clero español y el rey miraban a Italia no se debió a Roma, sino en gran parte al respeto inspirado por el concilio de Trento. Una de las convicciones más firmes del rey, y que manifestó incansablemente, ya fuera de manera verbal o escrita, fue que el concilio de Trento otorgaba una respuesta a los problemas religiosos de la época. A fin de comprender su profunda identificación personal con este principio debemos remontarnos a la época en la que viajó por los Alpes, en enero de 1549, así como al igualmente significativo viaje de regreso, que aconteció dos años más tarde (véase capítulo 1). Para Felipe, ser el único príncipe europeo que compareció en el concilio (ni siquiera el papa asistió a sus sesiones) fue un motivo de inspiración que con certeza hizo que se identificase con la causa de la reforma religiosa. Este punto de vista, sin embargo, no lo compartieron en igual medida los demás dirigentes europeos, ni siquiera los obispos y el clero españoles.

Felipe nunca dejó de insistir en que los demás Estados católicos participaran en la causa de la reforma. La aceptación de la autoridad espiritual de Trento, donde sus propios obispos habían contribuido poderosamente, era (en su forma de ver) absolutamente esencial en cualquier programa de reforma. Después de su vuelta de Alemania en 1551, permaneció en Barcelona por un par de días, a fin de dar la bienvenida personalmente a los primeros obispos españoles que regresaban de las sesiones de Trento. En 1553, tres años antes de ser rey, ordenó a su Gobierno que adoptase cada decreto del concilio a medida que fuera emitiéndose^[20]. Tras su llegada a España como monarca, en 1560, impartió al embajador francés «un largo discurso acerca de la utilidad de los concilios generales»^[21]. Trató de enviar a sus mejores hombres de España para que asistieran a las nuevas sesiones que se iniciaron en 1561. No se trataba de hombres serviles, y el rey no intentó controlarlos. Algunos de ellos fueron acusados por otros españoles de apoyar «cosas muy licenciosas»^[22], es decir, que eran demasiado reformistas. Durante las últimas etapas del concilio de Trento, ya en 1563, Felipe tuvo que ocuparse en España de una correspondencia muy voluminosa relacionada con sus sesiones, a través de su enviado especial, el conde de Luna. El soberano reiteró su opinión de que el concilio era «el único y verdadero

remedio que ha quedado»^[23]. Incluso preparó propuestas para reformas, escritas de su propia mano, con la esperanza de que los cardenales las discutieran. El concilio de Trento concluyó a finales de 1563 y sus decretos fueron comunicados oficialmente por el papa en junio de 1564. Dos semanas más tarde, el 12 de julio, Felipe aceptó en Madrid los decretos como leyes de España. Fue el primer dirigente europeo en hacerlo.

La clausura de las sesiones de Trento en 1563 tuvo un significado muy especial para el Escorial, ya que ese año, el 23 de abril, se había colocado la primera piedra del monasterio. Años más tarde, José de Sigüenza evocaba este evento y establecía sus propios paralelismos^[24]:

Cuarenta y seis años se tardó en edificar el templo de Ierusalem, y se tardó otro tanto en el Concilio Tridentino si lo miramos desde su origen que fue de la heregia de Martin Lutero, 1517, y se acabó en 63.

Para Sigüenza existía una analogía entre el templo de Jerusalén, el templo de Salomón, que era una obra de Dios, y la creación de la obra de Dios en el concilio. Sin embargo, la obra de Salomón y la obra de los padres de Trento también eran análogas a la construcción del gran monasterio de la orden de los Jerónimos, de la cual Sigüenza fue bibliotecario e historiador. Aunque se mostraba ávido por identificar el monasterio con el concilio, la realidad es que no fue tan simple.

¿Puede el Escorial identificarse de cualquier forma con la política de Contrarreforma de Trento y del rey? ¿O acaso, como aseguraba tenazmente una tradición clerical (especialmente elocuente durante el régimen de Franco), se trataba de una misma cosa, con lo que el Escorial manifestaba al mismo tiempo la invariable fe de España y la fe progresista de Trento? En un volumen conmemorativo que se publicó en 1963, un sacerdote afirmó prácticamente lo mismo cuando dijo que «el Escorial es expresión plástica de las consignas tridentinas» y que «el Escorial nace como expresión hecha piedra de la razón católica de España»^[25]. La fusión deliberada de estos dos conceptos era, por supuesto, un ejercicio ideológico, y como tal, tuvo muy poco que ver con lo que realmente pasó. La religión propuesta por Trento era, tal y como han subrayado varios estudios recientes, fundamentalmente distinta de la antigua religión de la España católica. En todos los ámbitos españoles se opusieron amargamente a las reformas tridentinas. Hubiese sido imposible para el Escorial representar simultáneamente la antigua España católica y las nuevas tendencias de Trento.

Esta distinción, que cabe resaltar, nos induce a reflexionar por un momento. Teniendo en cuenta el contexto que lo inspiró y la mentalidad de los diversos individuos que colaboraron a fin de promoverlo, parece correcto afirmar que el Escorial tenía más en común con las nuevas reformas que con la religión medieval. No cabe ninguna duda de que la política religiosa de Felipe era progresista, e incluso revolucionaria, y de ninguna forma una mera imposición del catolicismo tradicional. Brindó su apoyo absoluto a las novedades introducidas por Trento. La reforma

integral de todas las órdenes religiosas, la disciplina del clero, la enseñanza de los párrocos, la reforma de las prácticas religiosas entre el pueblo y el clero, la abolición de las misas antiguas y los viejos ritos, la adopción de una nueva misa, un nuevo libro de plegarias, un nuevo calendario, la formación de misioneros y el establecimiento de escuelas; todo ello constituyó un formidable programa de modernización que el rey trató de implementar^[26]. Sus intentos de reconfigurar las órdenes religiosas no fueron menos radicales que las medidas tomadas por los reformistas de la Inglaterra de Enrique VIII. Se ocuparon y cerraron monasterios y conventos en toda España, se expulsó a monjes y monjas y se confiscaron propiedades. Felipe, que nunca fue un conservador religioso, aceptó estos cambios con entusiasmo. Incluso contribuyó personalmente a realizar modificaciones textuales en la misa española^[27]. En cierta ocasión, propuso que se introdujera una nueva frase en el texto, «como lo tengo en un libro que fue de my visabuelo»^[28].

El Escorial se concibió y se construyó exactamente durante los años en que Felipe participó en el programa de reforma. Por tanto, sería lógico asumir que algunas de las ideas presentes en el monasterio-palacio estaban en consonancia con las perspectivas de Trento. Casi desde el principio, el rey fundó un seminario, que Trento había recomendado como instrumento útil de enseñanza. La Carta de Fundación estableció una escuela de teología para «algunos niños a manera de seminario». Se inauguró en 1567, con veinticuatro muchachos «de doze años arriba», y luego Sigüenza declaró que dicha escuela estaba destinada a realizar «lo que avia ordenado el santo Concilio de Trento»^[29]. Casi la totalidad del arte y la música que se hicieron efectivos en el edificio se basaban en las prácticas italianas y tridentinas. Por ejemplo, el espacio reservado para las plegarias dentro de la basílica seguía las normas impuestas por Italia, con un énfasis especial en un altar mayor central, de forma que pudiera verse desde todos los puntos de la iglesia. El hecho de que el público, como ya hemos mencionado, no tuviese acceso al culto, no afectó a esta realidad. Las nuevas formas musicales recomendadas por Trento también se introdujeron en el monasterio y la iglesia. El estudio de una autoridad en la materia señalaba que «en el Escorial, la música constituía parte esencial de una estrategia de Contrarreforma coherente, minuciosamente planeada, muy desarrollada, y políticamente motivada, creada por el mismo rey»^[30].

Los propósitos y políticas del rey, por tanto, no se ponen en duda. El Escorial intentaba cumplir en todos los sentidos, ya fuera a través de su arquitectura, su arte, su música o sus patrones de conducta, con el nuevo enfoque católico que denominamos Contrarreforma. Sin embargo, la realidad no siempre estuvo a la altura de las expectativas. Por un lado, el monasterio, aunque estaba inspirado personalmente por el rey, no se convirtió en un modelo para España. Como jurisdicción «exenta», administrada por separado del resto de la Iglesia en España, el Escorial no tenía autoridad para ser el centro de la política favorable a Trento, ni tampoco estaba en situación de llegar a serlo. Aunque la opinión del rey contaba

mucho, las demás iglesias españolas siguieron su propia inclinación y no prestaron ninguna atención a lo que se estaba haciendo en un remoto monasterio, habitado por monjes que desempeñaban un papel muy poco efectivo en el mundo, fuera de las paredes del claustro. Es más, el riguroso cumplimiento de las normas y prácticas del nuevo movimiento reformista, por lo visto, no cosechó muchos frutos culturales. En el ámbito de la música, por ejemplo, el Escorial era el primero en seguir los nuevos métodos de composición y canto. Sin embargo, se ha señalado que con «todo este dinero, todas estas oportunidades, y toda esta educación, nunca se compuso una sola partitura musical que cualquier persona en su sano juicio desee ejecutar hoy en día. Lo más curioso es que esta calamidad parece que solo ha afectado a la música»^[31]. En realidad, la música no fue la única área afectada, y puede afirmarse con justicia que en otros muchos ámbitos de la cultura tampoco hubo resultados significativos procedentes del nuevo monasterio. El Escorial se alimentó de multitud de influencias, casi todas de origen extranjero, pero germinó muy poco. Se trataba de un reflejo fiel de España, la cual, en materias religiosas y culturales, absorbía más que daba.

Con respecto a Trento, tal vez lo más negativo fuera la activa oposición por parte de los monjes. Los Jerónimos pertenecían por naturaleza a una era distinta, y se trataba esencialmente de una orden contemplativa, cuya tarea principal era la de rezar. En Italia, todas las nuevas órdenes religiosas, especialmente los jesuitas, habían dejado atrás la vida contemplativa y dedicaban sus energías a trabajar activamente en el mundo para convertirlo. Los Jerónimos del Escorial, por el contrario, no mostraban ningún interés por las nuevas ideas que emanaban de Italia. Lejos de ser un buen ejemplo de apoyo a las reformas del concilio de Trento, los monjes del Escorial, en realidad, se opusieron a ellas. Esto no era una excepción, y coincidía con la tendencia general de oposición que prevalecía en la mayoría de órdenes de toda España^[32]. En un capítulo general de la orden de los Jerónimos que tuvo lugar en 1567, poco después de la celebración de los concilios provinciales eclesiásticos en España, los ocho representantes que constituían el capítulo votaron en contra del breviario y misal nuevos emanados del concilio de Trento. Sus razones eran lógicas, y de ninguna manera se basaban en una oposición ciega al cambio. Ambos manuales habían sido aprobados y publicados oficialmente por el papado, en 1568 y 1569, respectivamente, pero las catedrales y monasterios de España opinaban que los libros contenían novedades molestas, como por ejemplo la abolición de costumbres, rituales y santos que formaban parte de su forma de culto tradicional. El rey tuvo que mostrarse precavido en sus relaciones con su propia fundación. Experimentó problemas similares en su otra fundación religiosa favorita, la abadía de Montserrat en Cataluña^[33] y como en Montserrat se valió de la táctica de transferir a otros monasterios a los monjes más problemáticos.

Resulta que el único papel activo que desempeñó el Escorial en favor de Trento fue como centro para la distribución de los misales importados de los Países Bajos, donde eran impresos por Christophe Plantin (véase más adelante, en este mismo

capítulo). En julio de 1573, Felipe II emitió una orden que decía que solo los breviarios y misales impresos por Plantin y distribuidos por el Escorial podrían usarse en la Iglesia castellana. Es posible que se le hubiese ocurrido este sistema de monopolio de distribución a fin de granjearse el apoyo del clero recalcitrante de su monasterio. La orden se hizo extensiva a la Iglesia de la Corona de Aragón en agosto^[34], y a América al término del año. Los textos que no eran de Plantin no podían imprimirse, importarse o venderse^[35]. Se estableció una gran librería en el monasterio de San Jerónimo, en Madrid, para la venta de los nuevos manuales, de cuyo precio los monjes recibían una tercera parte. Esta tienda siguió funcionando con aparente éxito hasta el término del siglo XVIII. Sin embargo, el monopolio del monasterio suscitó una gran indignación en toda la Iglesia española. El clero castellano elevó una protesta oficial al rey en 1575 y al papa en 1613. Muchos obispos se opusieron abiertamente al monopolio imprimiendo sus propios libros de misa de manera más barata en España y en Italia. Dicho conflicto perjudicó el programa de reforma, y durante más de un siglo, el clero, en grandes partes de España, se negó a orar o a decir misa según los textos sancionados por Trento. En este sentido, el movimiento de la Contrarreforma tuvo poca penetración en la Península. Las intenciones de San Lorenzo de encabezar el programa reformista no solo se vieron desbaratadas, sino que interfirieron en los cambios que el rey tenía la esperanza de introducir.

SÍMBOLO DE SEVERIDAD: EL ESCORIAL Y LA INQUISICIÓN

El impulso de la reforma era, por supuesto, solo una parte del dilema religioso que afectaba al Escorial. El perfil austero y lúgubre del exterior del monasterio nos da una idea inequívoca de la severidad que algunos han identificado como parte primordial de la política real. La opinión de Teófilo Gautier sobre la basílica como refugio «del sombrío Felipe II, un rey nacido para ser gran inquisidor»^[36], expresa de manera concisa un punto de vista arraigado. La imagen del rey como inquisidor la apoyaban normalmente las alegaciones del supuesto entusiasmo de Felipe por los autos de fe de la Inquisición. La revista *Time* escribía en 1963 acerca del Escorial: «muchos vieron en el macabro plan del monasterio una prueba visible de su voluntad de quemar vivos a todos los herejes de la fe católica»^[37]. Una vez más, la ficción formaba parte de tales afirmaciones. De haber sido el rey un devoto de los autos de fe, con toda seguridad, en el transcurso de los muchos meses y años que vivió en su amado Escorial, hubiese organizado por lo menos uno para celebrarlo allí y edificar al pueblo. Nunca se celebró ninguno. El rey, de hecho, asistió a cuatro autos de fe en España durante toda su vida, es decir, a uno cada dieciocho años, lo que difícilmente podría calificarse como celo de un fanático^[38]. En ninguno de ellos fue testigo de ejecución alguna. Su última comparecencia en un auto fue en 1591 y desde el último

al que asistió en España (1564) habían transcurrido casi treinta años. Ese año de 1591 el rey le escribía en una carta a su hija Catalina, duquesa de Saboya: «Vuestra hermana os avisará de un auto de la Inquisición que bimos ayer, que vos no haveys visto»^[39]. Sus palabras son reveladoras: ¡una princesa española de dieciocho años, hija de un supuesto fanático y que nunca en su vida había sido testigo de un auto!

Proteger España contra la herejía era factible, y Felipe lo intentó. Aislarla de Europa nunca fue, por el contrario, su intención. Medidas tales como el decreto de censura de 1558 y las restricciones a aquellos que deseaban estudiar en el extranjero tuvieron, por naturaleza, una influencia limitada^[40]. Se aplicaron solamente en los reinos de Castilla y, de cualquier forma, eran difíciles de imponer. En la práctica, los castellanos siguieron gozando de las mismas libertades de que disponían la mayoría de los europeos: podían publicar fuera del país y viajar sin impedimentos. En las regiones no castellanas de España se mantuvo el libre movimiento de libros, personas y estudiantes durante buena parte del reinado. Los estudiosos, técnicos y artistas extranjeros se aprovecharon de ello a fin de obtener el patrocinio del rey español.

Felipe era extremadamente consciente de la amenaza que se cernía sobre la fe, el orden público y la misma monarquía, ya fuera en España o en cualquier otro lugar. Por tanto, era irónico que en la década de 1560, después de regresar finalmente a España, lejos de considerársele un fanático, fuera acusado de ser demasiado blando con los herejes. Aunque es fácil que este aspecto pase inadvertido, su actitud era lo suficientemente clara para suscitar la animosidad del papa, quien expresó sus puntos de vista a través del nuncio en Madrid, el arzobispo Rossano. Felipe, a ojos del papa, no solamente no actuaba contra los herejes en sus reinos del norte, sino que además se negaba a actuar contra la reina hereje de Inglaterra. En los primeros meses de 1566, el papa Pío V criticó la tolerancia hacia los predicadores calvinistas en los Países Bajos y declaró que «es difícil de creer que esté pasando en contra de su voluntad, puesto que esto se opone a lo que me aseguró varias veces». El nuncio transmitió cumplidamente el mensaje al rey, que con el mismo vigor replicó al pontífice «que de ninguna manera deseaba gobernar sobre los herejes»^[41]. El rey, por esas fechas, intentaba cumplir con la promesa hecha a su tía, la gobernadora de los Países Bajos Margarita de Parma, de permitir que ejecutase su política de tolerancia por un cierto periodo de tiempo. Se trató, no obstante, de un periodo difícil, y el rey se volvió más y más impaciente ante la incapacidad de Margarita para controlar los acontecimientos^[42]. En una carta a su embajador en Roma, Requesens, repitió lo que había declarado durante meses al nuncio: «Podréis certificar a Su Santidad que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviese; porque no pienso ser señor de hereges»^[43]. Era su forma de decirle al papa que no deseaba que se le presionase para tomar una decisión.

Su objetivo, seguía repitiendo, no era emprender una campaña contra la herejía, sino acabar con una rebelión. Era cierto, le escribía al embajador en París en 1568,

que había aconsejado al monarca francés aplastar al enemigo, pero «mi intención fue siempre advertirles que lo que hiziessen fuesse con voz de castigo de rebeldes y no de religión, pues con lo primero se consigue de suyo lo segundo. Ni yo se lo he escrito ni dicho en otra forma ni en otro sentido»^[44]. Todas sus acciones hasta aquella fecha confirmaban sus palabras. Durante más de diez años había defendido abiertamente el régimen protestante de la reina Isabel de Inglaterra. Los aristócratas «rebeldes» que el duque de Alba acababa de ejecutar en Bruselas eran todos católicos, no protestantes; murieron no por su fe, sino por su supuesta rebelión. Hasta que se firmó el tratado de Cateau-Cambrésis en 1558, Felipe había compartido con otros soberanos europeos una actitud relativamente relajada con relación a las diferencias de fe.

Desde los años en que empezó a planear el Escorial, sin embargo, la actitud del rey se había endurecido, no porque hubiese cambiado de opinión, sino a causa de la terrible amenaza que se cernía sobre España por la agresión turca en el Mediterráneo, el incipiente nacionalismo en los Países Bajos, la inestabilidad dinástica en Francia y la beligerancia naval por parte de los aventureros coloniales ingleses. Detrás de esta amenaza acechaba la sombra de la subversión y la agresión protestantes. El austero perfil del magnífico edificio puede interpretarse de manera verosímil como una declaración de ortodoxia inflexible. Sin embargo, el hecho es que, como cualquier jefe de Estado razonable, Felipe era capaz de tolerar la herejía cuando se hacía necesario. Sus convicciones personales, que nunca comprometió, no representaban un obstáculo para la aceptación de necesidades políticas. A lo largo de su vida, nunca cambió su actitud. Durante la última etapa del gobierno de su padre, de 1547 a 1556, Felipe apoyo sin ambages la política de concesiones de Carlos con los príncipes luteranos de Alemania, y aceptó sin reparos la necesidad del íterin instaurado por el emperador en 1548. Durante sus visitas a Alemania y los Países Bajos, y durante sus dieciocho meses de estancia en Inglaterra a mitad de siglo, demostró una renuencia ostensible a interferir en los asuntos religiosos. Para Felipe siempre prevaleció la estabilidad política. Cuando fue rey, sin embargo, pudo tomar por primera vez una posición independiente sobre la religión, y dejó claro a sus representantes diplomáticos que no se harían concesiones a los luteranos, ya fuese en Alemania, Francia o los Países Bajos.

A pesar de ello, las precauciones políticas siempre fueron primordiales. La expedición más agresiva lanzada desde el Escorial, la famosa Armada que dirigió contra Inglaterra en 1588, restó protagonismo a los asuntos religiosos. El Gobierno inglés, ansioso por estimular el patriotismo, distribuyó propaganda alegando que Felipe ponía en peligro la libertad de creencia de los ingleses. Este nunca fue un tema relevante. Cuando por primera vez, en 1576, don Juan de Austria sugirió al rey la idea de una invasión, Felipe reflexionó acerca de ello y envió a don Juan un extenso memorándum^[45]. Al leerlo, uno se da cuenta de que el rey prácticamente estaba pensando en voz alta. Debatía los pros y los contras de una invasión, y subrayaba la necesidad de planearla cuidadosamente. Cualquier invasión, recalcaba Felipe, debe

sentar sus bases en el apoyo *dentro* del país: «Ningún reino, por muy débil o pequeño que sea, puede ganarse sin la ayuda del mismo reino». Una fuerza inicial de infantería de 4.000 hombres, apoyada por la caballería, sería suficiente. Una vez asegurado el país, se evitaría, por encima de todo, cualquier tipo de represión: «Que no aya nombre de rebelde ni hereje». El rey sabía lo suficiente para reconocer que había distintas formas de alcanzar la estabilidad política. Pueden citarse dos de las declaraciones más importantes y conocidas del monarca en sus tomas de decisiones^[46]. Cuando en 1573 hizo que Luis de Requesens sustituyera al duque de Alba en los Países Bajos, insistió a Requesens «que tratéis a los de allí con amor y buen acogimiento, pues en ello no se puede perder nada». En Aragón, en 1591, cuando el caso de Antonio Pérez provocó motines, su primera reacción fue en favor de la precaución: «si se puede asentar esto por buenos medios será mejor que obligarse a la fuerza». Los historiadores partidarios de la antigua leyenda liberal contra el rey, se abstuvieron de manera escrupulosa (y cabe preguntarse por qué) de citar estos pasajes, con los que presumiblemente se hallaban familiarizados.

Incluso hacia el final de su vida su voluntad de hacer concesiones se hizo evidente. En Aranjuez, en noviembre de 1589, el presidente del Consejo de Estado de los Países Bajos, Jean Richardot, sugirió un plan para llegar a un acuerdo de paz entre el sur de los Países Bajos y las provincias septentrionales de Holanda y Zelanda, entonces bajo el control calvinista, aun cuando la mayoría de la población era católica. La postura española era que «a trueque de que allí admitan también el publico ejercicio de Nuestra Santa Fe Catholica puede Su Majestad sufrir y tolerar que en algunos lugares particulares trata publicamente el ejercicio de sus erradas opinions»^[47]. Holanda y Zelanda tenían fuertes objeciones (que nunca cambiaron) a la propuesta de tolerancia. Felipe la apoyaba como una medida provisional, basándose en que «seria muy bueno conseguir por medio della tanto como se entiende»^[48]. El rey, como puede verse, siempre estuvo dispuesto a ceder cuando la realidad dictaba que así debía hacerlo. En este sentido, no era tan inamovible como el edificio del Escorial parecía sugerir.

SÍMBOLO DE SUPERSTICIÓN: LAS RELIQUIAS

Para un observador actual, tal vez el aspecto más insólito de la religión de Felipe sea su devoción por las reliquias^[49]. Numerosos historiadores del siglo XIX se deleitaron citando la obsesión del monarca por las reliquias como una prueba más de su fanatismo. Algunos escritores no católicos insisten aún en esta cuestión, puesto que puede utilizarse para presentar al rey como un pervertido mental. El papel que desempeñaron las reliquias en la ideología del Escorial fue indudablemente crucial. Empecemos, pues, por citar la cifra total de reliquias mencionada en las crónicas monásticas. Su colección final alcanzó los siete mil artículos. Entre ellos figuraban

diez cuerpos completos, 144 cabezas, 306 brazos y piernas, miles de huesos procedentes de varias partes de cuerpos sagrados, así como cabellos de Jesucristo y de la Virgen, además de fragmentos de la verdadera cruz y la corona de espinas. Cada reliquia solía guardarse en un receptáculo lujoso, normalmente de plata. Por tanto, dicha colección no tenía un aspecto tan morboso como la enumeración de su contenido parece sugerir.

¿Cuándo empezó el rey a recopilar su colección? La primera mención de ello se remonta al viaje de regreso de los Países Bajos en 1550, cuando el príncipe tenía apenas veintitrés años de edad. Ya señalamos (véase capítulo 1) que, tras salir de los Países Bajos, el séquito real se detuvo en Aquisgrán y luego en Colonia, donde el príncipe y los nobles compraron varias reliquias. La catedral de Colonia, en particular, presumía de guardar las cabezas de 11.000 vírgenes, de los tres Reyes Magos y de numerosos santos y mártires. El mayordomo del príncipe, Vicente Alvarez, se negaba a dar crédito a dichas supersticiones. «Todo este asunto», observaba él, «me hace sospechar engaño, y el temor de que en vez de comprar la cabeza de un santo, esté comprando la cabeza de alguien que fue al infierno. Prefiero confiar en los que están en el cielo que en sus huesos»^[50]. La opinión del príncipe, obviamente, difería de la suya, puesto que de inmediato hizo un pedido de varias reliquias. Por lo visto, fue así como empezó su devoción por coleccionar los restos sagrados de santos. A partir de entonces, siempre consideró Alemania como el lugar ideal para encontrar reliquias. También se llevó consigo reliquias que el cardenal de Augsburgo le había entregado. Hacia los últimos meses de su vida, en 1597, todavía seguía financiando búsquedas de reliquias en Alemania. Amasó su colección hasta el mismo día de su muerte: en abril de 1598 llegaron cuatro cajas procedentes de Colonia^[51].

Aunque es válido considerar (como los protestantes hicieron durante la Reforma) que las reliquias constituían una forma de superstición, hay que tener en cuenta que también poseían una relevancia social vital. En la Europa medieval, las reliquias desempeñaron un importante papel político, puesto que eran consideradas un símbolo de poder divino. En la tradición católica, todos los altares, a fin de confirmar su carácter sagrado, contenían fragmentos de santos o de sus prendas. Varios príncipes del siglo XVI, además de Felipe, eran famosos por sus colecciones de reliquias, entre ellos el elector de Sajonia, protector de Martín Lutero. Al rey le preocupaba primordialmente el significado religioso de los objetos que coleccionaba, pero sin olvidar su importancia sociopolítica. Este interés por las reliquias trascendió a su nueva fundación del Escorial. Tan pronto como se bendijo la iglesia del monasterio, en enero de 1568, ordenó que se depositara en ella un brazo de san Lorenzo. El primer depósito sustancial de reliquias se celebró con solemnidad en abril de 1574^[52]. Con ello, la autoridad espiritual del nuevo edificio se vio poderosamente acentuada. Felipe era plenamente consciente del papel político que desempeñaban las reliquias, lo que se demuestra en tres casos elegidos al azar.

El primer ejemplo data de noviembre de 1565, cuando se celebraron en Toledo una serie de complejas ceremonias públicas, en presencia del rey, con el propósito de devolver los presuntos restos mortales del obispo del siglo VII, san Eugenio, a su lugar de nacimiento. Aparentemente, sus restos mortales fueron transportados a Francia cuando los musulmanes ocuparon Toledo, y fue Carlos V quien durante su reinado solicitó que fueran devueltos. Esto no fue posible hasta 1564, después del matrimonio de Felipe con una princesa de Francia. El segundo ejemplo se remonta a la década de 1570, cuando el rey mandó a Ambrosio de Morales al norte de la Península (véase más adelante), pero desistió de tomar reliquias locales porque conocía la importancia que tenían para las comunidades de la zona. El tercer ejemplo data de 1581, después de que Felipe llegase a Portugal como nuevo rey. Ordenó que el obispo de Santiago de Compostela devolviera a la catedral de Braga las reliquias de dos santos populares^[53]. En todos los casos, Felipe era consciente de que las comunidades afirmaban su identidad a través de la posesión de venerados objetos sagrados.

La búsqueda de reliquias era, en cierto sentido, una repetición de la búsqueda de libros (véase capítulo 4), y ambas fueron llevadas a cabo por las mismas personas, como demuestran las actividades de su capellán Ambrosio de Morales. En junio de 1572, el rey envió a Morales a las provincias del nordeste de España con instrucciones explícitas de buscar tres clases de artículos para el Escorial: libros, reliquias y restos mortales de la realeza. A su regreso, a finales de febrero de 1573, «di relación en suma a Su Magestad». Aunque Morales aceptaba el punto de vista del rey de que llevar reliquias sagradas al Escorial serviría para darlas a conocer mejor entre el público, personalmente tenía serias dudas de lo acertado de esta idea. Las reliquias eran, en su opinión, «particulares de sus tierras», es decir, formaban parte intrínseca de su entorno y, por tanto, no debían ser trasladadas. Había experimentado personalmente disturbios populares en aldeas de León, donde el pueblo se había enterado de que llegaba para hacer acopio de sus reliquias^[54]. Morales, de regreso, aconsejó al rey sensatamente que no era recomendable sacar las reliquias de sus lugares de origen, ya que «sería sin justicia, y gran desconsuelo para la tierra, y aun ocasión para alboroto»^[55]. Por lo visto, este argumento convenció al rey, puesto que el último cuarto de siglo de su reinado tendió a buscar reliquias fuera del país, más que en España.

Las reliquias eran, sin lugar a dudas, una afirmación de la comunión de los santos, es decir, la comunicación entre todos los miembros, tanto vivos como muertos, de la Iglesia de Dios. Servían para elevar la creencia en esta comunicación, que en algunas ocasiones podía materializarse en forma de milagros. En este sentido, la colección era una forma clara de subrayar el papel que representaba el Escorial dentro del proceso de contacto entre Dios y el hombre. En tiempos anteriores, y en otros lugares de Europa, se habían empleado ciertas reliquias de santos cristianos como símbolos del poder celestial, a fin de afirmar la autoridad de los mandatarios. Felipe era, como ya

mencionamos antes, perfectamente consciente de ello. Sin embargo, en el Escorial, su intención no era ni mucho menos esta. No es probable que el monarca percibiese su colección de miles de reliquias como una ratificación de su propio poder o, como se ha sugerido, como un intento de reforzar su propia «autoridad un tanto precaria»^[56]. La autoridad del rey era la menos «precaria» entre los monarcas de la Europa occidental, y para acentuar su ya impresionante poder no necesitaba de la ayuda de las reliquias, que en cualquier caso nunca utilizó para fomentar de forma pública el culto a la monarquía. Por tanto, se trata de una teoría puramente especulativa sugerir que Felipe «aspiraba a captar la sagrada energía que emanaba de sus reliquias para consolidar su propio poder personal»^[57].

De hecho, Felipe recibía reliquias, en parte, debido a que otros reconocían su impresionante poder político. Como ha demostrado Rosemarie Mulcahy, las reliquias figuraban de forma prominente entre los obsequios con que los príncipes y diplomáticos extranjeros agasajaban al rey de España^[58]. Conociendo el especial interés del monarca por coleccionar objetos sagrados, las figuras públicas del mundo católico que deseaban mejorar su relación con él no cesaban de enviarle nuevas reliquias. Y por encima de todas ellas, los grandes duques de la Toscana, que siempre buscaron el apoyo de España frente a otros príncipes e incluso frente al papado. Fue así como Felipe recibió artículos procedentes no solo del norte de Europa, sino de todo el Mediterráneo católico.

Aunque estaba firmemente comprometido con la fe católica, parece ser que Felipe restaba importancia a la superstición popular. Entre otros ejemplos, vale la pena destacar cómo desdeñó el temor tradicional de los españoles respecto del martes (comparable al del viernes en el ámbito anglosajón). Con frecuencia emprendía sus viajes los martes, a fin de desestimar esta superstición^[59]. Su fe en las reliquias, por otra parte, era inquebrantable, aunque aceptaba el hecho de que los objetos por sí mismos eran meros símbolos, en el sentido de que poco importaba si a veces no eran genuinos. Declaró una vez: «no perderemos nuestro merecimiento delante de Dios reverenciando a sus Sanctos en los huesos, aunque no sean suyos»^[60].

Esta declaración de fe fue vital en todo lo que el rey hizo en su monasterio-palacio. La primera celebración religiosa que tuvo lugar en San Lorenzo fue la inauguración de la basílica la primera semana de agosto de 1586, cuando por fin se bendijo la iglesia. Durante los meses anteriores, Felipe supervisó el traslado a San Lorenzo de una gran cantidad de cuadros, la mayoría de carácter religioso. Buena parte de ellos eran obras de pintores neerlandeses, especialmente de Michel Coxcie^[61]. Se trataba de la contribución artística a la pieza central del edificio, la basílica. Su realización ponía fin a dos décadas de construcción, y era la culminación del Escorial. La empresa había sido todo un éxito, y el rey no trató de ocultar su enorme regocijo^[62]. Durante una solemne y brillante ceremonia, se instaló el sacramento en el altar mayor. El resplandor de las velas era tal, que «pareció se entraba en una gloria no vista jamás»^[63]. Se tomaron las medidas de seguridad más

rigurosas, ya que el rey había ordenado que se cubrieran todos los altares de la iglesia con oro, plata, joyas y las reliquias más valiosas. La celebración alcanzó su punto culminante con una misa mayor que tuvo lugar el 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo.

La última ceremonia solemne celebrada en el Escorial a la que asistió Felipe fue la consagración de la basílica, el 30 de agosto de 1595. No hay ningún historiador moderno que le otorgue importancia, al asumir, sin duda, que se trataba de un procedimiento común en la época, y que en nuestra era secular carece de interés. Algunos ni siquiera la mencionan, y hablan tan solo de la ceremonia religiosa vinculada a la finalización de la basílica y su bendición, en 1586. Sin embargo, la ceremonia de 1595 subrayaba un hecho crucial acerca del lugar que ocupaba el edificio dentro del programa cristiano del rey. El oficio de la «consagración» de la iglesia (o «dedicación», ya que ambas palabras son intercambiables en el rito romano) tenía un origen medieval, e implicaba que el edificio quedaba reservado exclusivamente a un uso sagrado. La ceremonia, que consistió, en esencia, en el ungimiento de doce cruces en los muros interiores de la iglesia^[64], podía llevarla a cabo solamente un obispo o un sacerdote delegado por el papa, y fue una de las recomendaciones expresas del concilio de Trento. Felipe estaba convencido de que debía ponerse en práctica, a fin de poder otorgar a la basílica un estatus sagrado.

Por desgracia, no había testimonio escrito de cuándo se llevaron a cabo oficios semejantes en las iglesias o catedrales de España. Sigüenza confiesa que se trataba de una «ceremonia desusada en España»^[65], prueba clara del grado en que España había perdido contacto con algunos de los ritos más básicos de la Iglesia en Europa. La ceremonia que tuvo lugar en el Escorial en 1595 simbolizaba, pues, no solo la inauguración del primer gran edificio eclesiástico fundado en el país desde los tiempos medievales, sino también la inclusión de dicho edificio dentro de las tradiciones y ritos de la reformada Iglesia católica de Trento. Puesto que el monasterio, como comentamos antes, se hallaba exento de la jurisdicción de los obispos españoles, el prelado que ofició las ceremonias fue el nuncio papal, Camillo Caetano, patriarca de Alejandría.

Sigüenza dedicó cuatro páginas impresas a la descripción del ceremonial de esa noche. Varios obispos españoles estuvieron presentes, junto con los principales ministros del Gobierno. Debido a sus dolencias, el rey no pudo participar activamente en los oficios, de modo que el papel principal como portavoz para el edificio lo desempeñó el heredero al trono, el infante Felipe. No obstante, el monarca estuvo al corriente de los preparativos para la ocasión. La noche anterior, ordenó que se colocaran antorchas (cada mecha con su propio recipiente de aceite) en cada ventana accesible del edificio. El número de antorchas era incontable; Sigüenza cita aproximadamente 5.000 en total. De repente, el edificio entero resplandeció rebosante de luz; los aldeanos acudieron a ver el despliegue de luminarias, y hubo testimonios que afirmaron que el monasterio podía vislumbrarse a kilómetros de distancia. El rey,

que estaba confinado en la silla inventada por el cortesano flamenco Lhermite (que todavía se exhibe en el monasterio), pidió que le trasladaran al extremo superior del claustro, cerca de sus aposentos, a fin de poder contemplar la maravillosa imagen del edificio entre el titilar de las luces^[66]. El infante subió en su propio caballo hasta la cima de las colinas para poder ver el espectáculo desde lejos.

En una sola ceremonia, Felipe confirmaba que había cumplido su objetivo. El monasterio y la iglesia se habían terminado conforme a sus deseos, y ahora eran dedicados al servicio de Dios. Todo cuanto se hizo satisfacía los requisitos de la sesión del concilio de Trento a la cual asistió un distante mes de agosto, casi medio siglo atrás.

LA BIBLIA REAL DEL ESCORIAL

Como parte de la empresa religiosa iniciada en la década de 1560, además de reformar la Iglesia, la liturgia y construir el Escorial, el rey también decidió preparar una edición moderna definitiva de la Biblia. La idea de este proyecto partió del impresor Christophe Plantin, residente en Amberes y, por tanto, subdito del rey. En diciembre de 1566 —unos pocos meses antes de la crucial intervención de las tropas de Alba—, Plantin expuso al secretario del rey un plan para imprimir una nueva edición de la Biblia en sus cinco lenguas clásicas: hebreo, arameo, caldeo, griego y latín. La última gran Biblia editada en múltiples idiomas se había publicado en España en 1501, y el impresor estaba ansioso por ganar reputación mediante la publicación de una obra significativa que garantizara sus ingresos. Ya se había puesto en contacto con el duque de Sajonia para tratar sobre la financiación, pero tuvo la suerte de recibir por fin el apoyo del rey^[67]. Felipe no accedió a la propuesta de Plantin hasta que vio las primeras galeradas. Incluso entonces, tuvo la cautela de pedir el consejo de expertos antes de tomar una decisión final. A fin de asegurarse de que la Biblia se editaría de la forma deseada, en 1568 envió a Amberes al estudioso de hebreo más eminente de España, Benito Arias Montano, con detalladas instrucciones acerca de cómo debían editarse los volúmenes^[68]. Montano trabajó en colaboración con un pequeño grupo de expertos lingüistas.

El primer volumen de esta Biblia se publicó en 1569, y con posterioridad, en 1573, se agregaron otros siete volúmenes. Plantin imprimió un total de 1.213 ejemplares de la obra completa en cuatro tipos de papel distintos, pero se imprimieron exclusivamente para el rey otros veintitrés ejemplares en papel especial y de pergamino. Además de los ocho volúmenes, se editaron libros de comentarios y diccionarios. Fue la mayor Biblia políglota del siglo XVI, catapultó a la fama a Plantin y lo convirtió en el impresor de más éxito de su época. La publicación de la Biblia fue solo parte de un acuerdo de negocios entre él y el rey, cuyo foco principal fue el Escorial. Como parte de este acuerdo, el monarca concedió al impresor —como ya

vimos antes— el monopolio para imprimir las nuevas publicaciones religiosas de la Contrarreforma, cuya distribución se confió a los monjes del Escorial.

La aprobación provisional de la Biblia se obtuvo de Roma en 1572 y 1576. En España hubo, no obstante, críticas considerables sobre el proyecto. Desde Roma, en 1575, Montano escribía quejándose de que había «un grande rumor que un maestro León de Castro que vive en Salamanca he levantado en aquella Universidad, reprendiendo y desacreditando la mayor obra que jamás en género ha salido al mundo impresa, que es la Biblia Real que S. Md para beneficio de la cristiandad mandó imprimir en Anvers por ministerio mío».

Al año siguiente, Felipe nombró a Montano bibliotecario del Escorial. Sin embargo, el monasterio no cesó de ser objeto de la crítica clerical. Poco después, en 1579, Montano se quejaba de los «hombres de letras que procuran hallar en mis escritos algún tropiezo para notarlos, y hacen extraordinarias diligencias para ello»^[69]. Se trataba de un conflicto principalmente entre eruditos, y las críticas sobre la Biblia políglota se perciben ahora justificadas en parte. Aunque se atemperó la tormenta, Montano siguió siendo el blanco de posteriores ataques, en este caso indirectos. El bibliotecario fue figura instrumental en los profundos cambios experimentados en 1592 por José de Sigüenza, cuya historia de la orden de los Jerónimos y del Escorial es fuente fundamental para el presente libro, en su vida espiritual. Montano, con su gran erudición y vasta experiencia, basada no solo en los libros, sino también en sus viajes por Europa, ejerció una enorme influencia intelectual sobre Sigüenza. Dichos cambios eran únicamente de índole espiritual, y no hay prueba alguna que demuestre ciertos alegatos según los cuales el Escorial, a través de estos dos hombres, se convirtió en un semillero de herejía^[70]. En 1592, algunos de sus más maliciosos colegas, motivados en parte por hostilidad antisemítica hacia los estudios hebreos de Montano, denunciaron a Sigüenza a la Inquisición. Se desarrolló entonces un breve juicio de tres meses, en el que se exoneró por completo a Sigüenza^[71]. La mayoría de estos conflictos, provocados por el resentimiento y los celos, siguieron sin ejercer impacto alguno en el mundo exterior. El vasto y aparentemente tranquilo monumento del Escorial seguía indefectiblemente suscitando temores y pasiones, y sin embargo, los que habitaban sus muros eran capaces de resistir las presiones más impropias. Montano trabajó tranquilamente organizando la biblioteca, decorando sus paredes y solicitando estatuas para el exterior del edificio. Sigüenza se sentó a escribir su historia. El gran monasterio, ya completo y consagrado, reposaba en las montañas castellanas como la culminación del sueño de un rey que había trabajado durante treinta años para alcanzar su perfección.

9 INVENTANDO EL ESCORIAL

Los extranjeros que visitaron España durante el siglo posterior a Felipe II elogiaban el extraordinario edificio que el rey había construido en las montañas de Guadarrama. Uno de los primeros comentarios procedió del inglés John Eliot, quien declaró en 1593 que el «Esquireal» era «el palacio más magnífico de toda Europa, [...] y es el edificio más bello que jamás he visto en la vida [...] el más grande, majestuoso e imponente que un hombre pueda imaginar; un lugar enriquecido por grandes jardines, parterres y huertos, y donde crecen los frutos más exóticos [...] a la orilla de un placentero río [...], Cien veces más formidable que cualquiera de Italia [...]. Un paraíso terrestre, como el que prometió el profeta Mahoma en su Corán»^[1].

Otro escritor inglés se refería al edificio en 1623 «tan trascendentalmente lleno de admiración que hay que temer que aquellos que gozan de sus placeres no salgan en busca de ningún otro paraíso»^[2]. Se trataba de citas imparciales y transmitían algunos de los deleites que el edificio podía evocar en esos días. Sin embargo, precisamente porque eran visitantes extranjeros, los ingleses no podían ver y hubiesen sido incapaces de entender que el monasterio suscitase reacciones menos favorables entre los españoles que acudían a visitarlo.

Incluso en la actualidad es motivo de polémica. Para algunas personas el edificio del Escorial es la esencia de España y un logro central de la cultura española. Un breve documental dirigido bajo el régimen de Franco, *El Escorial, piedra de España* (1964), venía a rubricar la identificación del edificio como elemento clave en la historia de la religión y la civilización españolas. Esta película contaba como protagonista con uno de los mejores actores de la época, Fernando Rey. Durante la promoción de la misma, se utilizó una referencia poco conocida de un escritor de 1594 que describía el monasterio como la «Octava Maravilla del Mundo»^[3]. Aproximadamente en la misma época, en el siglo XVI, el poeta Luis de Góngora también utilizaba esta descripción en uno de sus poemas. Esta frase, que ahora forma parte de la publicidad normal relacionada con el monasterio, no tiene en cuenta el hecho de que durante mucho tiempo, y para muchos españoles, el Escorial se consideró extraño y estuvo lejos de ser juzgado una «maravilla». En términos arquitectónicos, no era sorprendente. Nadie más en España construía palacios (aunque hubo quien, como los duques de Alba y de Mendoza, remodeló los suyos). Al contrario que la Francia de los Valois y la Inglaterra isabelina, la España del Renacimiento carecía de castillos aristocráticos nuevos, no había un equivalente de la Burghley House en Lincolnshire, ni del castillo de Chenonceau en el Loira. El Escorial, por tanto, sobresalía por su espléndido aislamiento, y era destacable no solo su arquitectura, sino su propia existencia. A pesar de lo que los comentaristas

extranjeros imaginaban en esa época, y de lo que se da a entender a los turistas de hoy en día, de ninguna forma se trataba de un reflejo de la España de aquellos tiempos. En cierto sentido, podría considerarse un símbolo de la era, pero era una novedad que muchos españoles tenían dificultades para entender.

En Castilla, y todavía más en otras regiones, el edificio del Escorial inspiraba una sorprendente indiferencia. Un escritor de mediados del siglo xx se lamentaba de que «el pueblo no le ha comprendido jamás»^[4]. Puede que esto fuera cierto, pero el público en general no era el único que no lo comprendía. Tampoco parecen haberlo interpretado correctamente muchos miembros de la élite castellana, puesto que decidieron ignorar el auténtico e histórico Escorial y dedicar sus esfuerzos a crear un mito de gloria/deshonra nacional que distorsionaba tanto su realidad como sus funciones. El monasterio se convirtió en víctima de la ideología. Valoremos las consecuencias que ello tuvo en dos puntos vitales de la historia, los años 1836 y 1936.

Durante los primeros años del siglo xix, los monjes de San Lorenzo sufrieron graves tribulaciones, incluida la pérdida de muchos tesoros a manos de las tropas francesas invasoras. La más importante dificultad que tuvieron que afrontar tuvo lugar en el verano de 1835, cuando se propagó por toda España una ola de violencia anticlerical, fomentada en parte por el Gobierno, que obligó a miles de miembros del clero a exiliarse. Para el mes de septiembre, la mayoría de los monasterios de España se hallaban cerrados y vacíos. El nuevo primer ministro, Mendizábal, introdujo una ley que suprimía las órdenes religiosas de España y confiscaba sus propiedades. En el decreto del 9 de marzo de 1836 «quedan suprimidos todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad o de instituto religioso de varones». Los seminaristas tuvieron que abandonar sus aposentos en el Escorial, y antes de finalizado el año 1837 todos los monjes Jerónimos habían desalojado el monasterio. El gran edificio quedó vacío. Los visitantes que llegaron después (como en el caso de Teófilo Gautier) pudieron observar solamente una masa de piedra desolada y vacía con cientos de ventanas de cristales rotos. Cuando por fin, mucho más tarde, regresaron los monjes al Escorial, estos pertenecían a la Orden de San Agustín.

Cien años después se repitió el mismo patrón. Durante la Segunda República, tras el acceso al poder en 1936 del profundamente anticlerical Frente Popular, el Gobierno contempló impasible la quema de los monasterios y el asesinato de monjes. Cuando el ejército rebelde del general Franco se acercaba a la ciudad de Madrid en noviembre de 1936, las autoridades gubernamentales —en particular, según un funcionario soviético, el activista comunista Santiago Carrillo— ordenaron que todas las personas detenidas fuesen aniquiladas. Según palabras de la historiadora Francés Lannon, el 7 de noviembre, los prisioneros «fueron deliberadamente asesinados en Paracuellos de Jarama y Torrejón de Ardoz, en el este de la ciudad, y sus cadáveres depositados en fosas comunes. Desde entonces y hasta el 4 de diciembre, este ultraje

se repitió varias veces, y por lo menos murieron 2.000 personas, incluidos 68 monjes de la Orden de San Agustín, procedentes de la comunidad de El Escorial». La autora califica la masacre de los monjes como «la mayor atrocidad por parte del bando republicano durante la guerra»^[5]. Como consecuencia, el régimen de Franco, que emergió triunfador al término de la guerra civil, sintió el deber de otorgar favores especiales a la comunidad monástica, la cual floreció durante el siglo xx. Estos dos años clave, 1836 y 1936, jalonan los triunfos y tragedias del palacio-monasterio de Felipe II, y el destino que sufrió repetidamente a manos de su propio pueblo en España.

¿POR QUÉ LOS CONTEMPORÁNEOS CRITICABAN EL ESCORIAL DE FELIPE II?

A partir del momento en que asumió el manto del poder imperial a finales del siglo xv, España empezó a padecer la hostilidad de aquellas naciones en las que sus tropas se hallaban activas. Este resentimiento, estudiado a fondo por numerosos eruditos, constituía tan solo una parte de un problema de mutua incompreensión. Desde aproximadamente el mismo periodo y hasta el siglo xxi, fueron muchos los españoles que también alimentaron una profunda animosidad hacia los extranjeros, su cultura y sus pretensiones. Esta xenofobia se hizo especialmente evidente en el rechazo que generaron todos los reyes después del año 1516^[6]. A Fernando e Isabel se les adoraba porque eran españoles. Por el contrario, Carlos V y su hijo inspiraban odio porque eran extranjeros. «Por Dios, señor embajador», exclamó el duque del Infantado en 1568 al enviado florentino cuando se pensó, tras la muerte de don Carlos, que el heredero de la corona pudiera ser un alemán. «¿Por qué siempre nos tocan príncipes extranjeros? ¡Ustedes los venecianos tienen la fortuna de que les gobiernan siempre los nativos!»^[7]. La élite de Castilla detestaba las costumbres foráneas introducidas en España por Carlos V, al igual que más tarde renegó de la cultura francesa importada por la dinastía de los Borbones el año 1700. Lo mismo podía decirse del Escorial, que le desagradaba y del que desconfiaba. Se trata de un hecho crucial que ha sido olvidado por muchos, que suelen ser de la opinión de que solamente los extranjeros han denigrado el monasterio-palacio de Felipe II^[8].

Los españoles siempre han sido los primeros en manifestar su descontento con sus propios dirigentes e instituciones, y no se mostraron reticentes en expresar sus opiniones acerca de los cincuenta años de reinado de Felipe II. En Castilla hubo indicios de insatisfacción desde los primeros años de su gobierno, en gran medida debido a que este reino era el que cargaba con el mayor peso de los impuestos y los reclutamientos militares que la monarquía necesitaba a fin de mantener sus compromisos imperiales. En 1564, como vimos en el capítulo 6, un corresponsal

informaba desde Madrid de que estaban «todos malissimo satisfechos de Su Magestad». En la década de 1570 empezaron a incrementarse los impuestos en Castilla. El Escorial no permaneció al margen de la tensión social. Los cronistas del monasterio señalan 1577 como el año de la primera aparición de un «perro negro» que empezó a aullar por las noches. Los rumores populares vinculaban la aparición del perro con «los gemidos de los pueblos» bajo la carga de los impuestos^[9]. Las manifestaciones abiertas de descontento —que, hay que recordar, fueron aceptadas como normales por el rey, y que nunca reprimió de ninguna forma— empezaron a surgir en la década de 1580, cuando la acumulación de problemas en el interior del país y las calamidades militares en el extranjero sirvieron para alimentar las críticas^[10]. El Escorial, como monumento manifiesto del poder y de la política del rey, no pudo evitar verse involucrado en la polémica. Cada aspecto de su creación (sobre todo, como es natural, su coste), cada trabajo o cuestión que pudiera relacionarse simbólicamente con el monarca que lo había construido, fue puesto en tela de juicio por algunos en Madrid. El famoso erudito francés Alfred Morel-Fatío dató en esta época un manuscrito anónimo del cual encontró una copia en la Biblioteca Nacional de París (la copia que yo he consultado se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid)^[11]. Sátira cáustica dirigida contra el Escorial, del que se mofaba y al que se refería como «escoria», el texto denunciaba con evidente exageración e histeria «esa tierra descortés, esse pueblo (yva a dezir maldito) del Escorial, pueblo sin comedimiento, montaña desgraciada, sitio sin afabilidad, adonde todo es horrible, todo abominable».

En medio de esta atmósfera, las voces disonantes, como por ejemplo la de la joven visionaria de Madrid Lucrecia de León, revelaron la existencia de una crisis de opinión real sobre determinados aspectos de la política del monarca. Lucrecia, que tenía veintidós años de edad cuando fue detenida por la Inquisición en 1590, era una vidente cuyas profecías y sueños estimularon a un pequeño círculo de la aristocracia de la corte^[12]. En sus sueños, que describió a la Inquisición durante los meses de la crisis de la Armada, veía a una España arrasada e invadida, y un Felipe demasiado débil para hacer frente a todo ello. En diciembre de 1587, ocho meses antes de que aconteciera, vaticinó la derrota de la flota española frente a los ingleses. En sucesivos sueños, que relató a sus confidentes, fue dibujando una imagen del reino que indudablemente era reflejo de las inquietudes que sentía y expresaba mucha gente. En un sueño de la primavera de 1590, uno de los personajes le dijo: «Felipe no sabe, y si lo sabe no quiere acabar de creer, que han de ser los enemigos presto en su tierra. Quiere yr a tener los veranos al Escorial, pues mire que no es tiempo de recogerse en el sin temor». «Mira», advertía otro de los personajes, «que es este el tiempo del trueno». En otro sueño que tuvo una semana más tarde Felipe aparecía como un tirano que «ha acabado los pobres», y que había de ser castigado por Dios a través del gobierno de Isabel de Inglaterra. Felipe vivía en su palacio «vendados los ojos y cerrados los oydos», rodeado de una España en ruinas: «llegada es la hora en que se

conosca el purgatorio en España»^[13]. Estas reflexiones constituían una acusación inequívoca de que el rey se había recluido en el Escorial, y que al hacerlo se había aislado de su pueblo.

Los más conscientes del impacto que tuvo la Armada fueron los monjes del Escorial. El rey se unió a ellos (y por supuesto a todas las iglesias del reino) para rogar por su éxito, y cuando la empresa terminó en catástrofe debieron de sentirse especialmente responsables por no haber podido reclutar a Dios para su causa. De todas las lamentaciones hechas durante esos terribles días que siguieron a la difusión de las malas noticias de la Armada entre el pueblo, ninguna fue más angustiosa que la que se oyó en San Lorenzo. Esta actitud de «golpearse el pecho» otros la consideraron inapropiada. En su biografía de Felipe II, escrita a principios del siglo XVII pero que no se publicó por completo hasta el siglo XVIII, Luis Cabrera de Córdoba criticó la actitud de los monjes.

Estos desacuerdos respecto a la Armada fueron solo parte de los muchos conflictos que reverberaron en el Escorial. En 1591, cuando Felipe ya se hallaba gravemente enfermo, estallaron disturbios en la ciudad de Zaragoza^[14]. Había críticos en Madrid que opinaban que el rey tenía que dejar el monasterio y hacerse cargo personalmente de los ciudadanos descontentos. El historiador Antonio de Herrera estuvo presente y dio cuenta de lo que sigue^[15]:

En la Corte del Rey, adonde por momentos acudían las nuevas destas cosas, se hazian varios juyzios llenos de duda y de temor. Los buenos sentían los trabajos y desventuras, los otros en odio del estado presente, que tenían por miserable, se alegravan, haziendo cargo al Rey, de que en tanto peligro se estava gastando el tiempo en cosas y negocios de menos importancia, afirmando que si se moviera con su presencia se quietara todo.

Existe una coincidencia muy significativa entre el legado de Antonio de Herrera y otras quejas de la época, aunque por lo visto fueron pocos los que dirigieron su ira expresamente a «ese pueblo maldito del Escorial», como hacía el documento que acabamos de mencionar.

Hay una consideración fundamental que explica en gran medida por qué el monasterio fue el blanco de tantas quejas. Cuando Sigüenza redactó su recuento de los hechos durante la primera década del siglo XVII, hizo todo lo posible por describir las distintas críticas y responder a ellas. Un análisis concienzudo de lo que escribió sugiere que había una razón muy simple en las raíces de dicha controversia. Las críticas, a decir verdad, no se originaron entre el público en general, ni tampoco existe ninguna prueba de que los castellanos en su conjunto las compartiesen. Fuera de la capital —situación que se daba también en otros países— era poca la gente consciente de lo que estaba pasando, y la mayoría de los españoles no sabía dónde estaba ni qué era el Escorial. En todos los sentidos, la controversia la generaron en Madrid algunos sectores de la élite gobernante que temían perder el único control que les quedaba sobre los recursos de la nación. Madrid —sede de la corte desde 1561— era víctima de un crecimiento urbano desorganizado y vivía de los artículos y

productos agrícolas de las zonas rurales adyacentes. Al término de la centuria era la única ciudad de España que podía competir en tamaño con Sevilla. Algunos grupos de la élite la adoraban porque era su ciudad. Habían construido en ella sus lujosas residencias, y fueron los primeros en quejarse cuando corrieron rumores de que Felipe II tal vez trasladaría la sede del Gobierno a Lisboa. Otros sectores, por el contrario, anhelaban huir de ella, y en la misma década en la que Sigüenza escribía su historia, el primer ministro del rey, el duque de Lerma, estaba planeando activamente sacar al monarca, su corte y el Gobierno de Madrid.

La función básica de la «corte» (es decir, el Gobierno) en Madrid era la casa real. Si el rey se ausentaba, se llevaba consigo a la mayor parte de sus miembros. El Alcázar se convertía entonces en una cascara vacía, compuesta solamente de su personal, algunos funcionarios del Gobierno y algún que otro miembro de la familia real. Únicamente la presencia de otros personajes de la realeza ayudaba a preservar la vitalidad de la vida social. En 1578, un embajador observaba que muchos de los nobles que acudieron a Madrid para servir al monarca se alejaron de la corte debido al coste elevado que significaba permanecer en una ciudad sin rey^[16]. Esta situación, a su vez, repercutía en toda la capital. Madrid, durante las ausencias de Felipe, tendía a convertirse en la guarida de nobles aburridos que, hambrientos de la actividad ofrecida por la presencia de la corte, consagraban su vida a apostar, a perseguir a las mujeres y a las juergas nocturnas^[17].

La oposición política, en pocas palabras, constituía la raíz de todas las objeciones, no solamente al Escorial, sino también a cada capital alternativa que pudiera proponerse. Los ministros del Gobierno en Madrid siempre se negaron a aceptar (una tendencia que todavía hoy sigue en vigor) que se pudieran tomar decisiones adecuadas fuera de la capital. Prueba manifiesta de ello fueron los dos años, de 1580 a 1582, en los que Felipe decidió hacer de Lisboa su base de operaciones. Inmediatamente se desencadenaron temores de que el rey pudiera quedarse en la ciudad portuguesa, que era de por sí mucho más atractiva al encontrarse en la costa. Además, le habían asegurado que «el clima de Lisboa es propio para la salud de S. M.»^[18]. La reacción en Madrid no fue en absoluto favorable. Los ministros lamentaron la retirada de la mano firme y la autoridad del monarca. Si el rey se va, comentaba un observador, todo se irá abajo. «Con solo salir Su Majestad de aquí al Pardo, los ministros de todos consejos y estados dan larga a los negocios y no vienen a las horas ni a las juntas»^[19]. Dicho pesimismo se hallaba justificado. La mala conducta, las disputas y la violencia se propagaron entre los nobles, «dicese que por no tener para qué acudir a palacio por las ausencias largas del rey»^[20]. Además, sin la presencia del soberano, se quebrantó la paz entre las facciones políticas y estallaron las disputas. «La guerra y mas guerra de allá nos alcanga acá», comentaba el presidente del Consejo Real, Pazos, desde Madrid, «que todos andamos enbueltos en alia, verdad es que la de allá es vyva y la de acá es pyntada»^[21]. Los efectos que todo ello tuvo en el Gobierno fueron perjudiciales. «Bien entendido», escribía Pazos,

«quan importante es la stada de su Magestad ay, pero también se deja consyderar quan necessaria es para lo de acá»^[22].

Las mismas tensiones se dieron tras el regreso de Felipe de Portugal. Los burócratas expresaban su resentimiento por la ausencia del rey si este viajaba a cualquier parte fuera de Castilla. Sus opiniones se reflejan en el comentario del embajador francés durante la primavera de 1585, cuando en Madrid se criticó que el rey se ausentara para pasar prácticamente un año en la Corona de Aragón. «El rey se pasa prácticamente todo un año entero fuera de Madrid, en compañía solo de unas cuantas personas, y siempre alejado del personal de la corte. Miremos donde miremos siempre hay un silencio sepulcral aquí»^[23]. En 1589, justo después de la derrota de la Armada, uno de los funcionarios del rey, Juan de Silva, comentaba sardónicamente acerca de las diferencias entre los administradores que trabajaban en el Escorial y los que lo hacían fuera del mismo^[24]:

No ay de que espantar sy los mismos que alojan en San Lorenzo an invidia a los de fuera, y es que el mundo habla tan claro que no dexa engañar a nadie.

Cuando De Silva salió para Madrid poco después, percibió en la capital una extraña tensión:

El aire de la corte me marea sin salir de casa. El trato y estilo de los negocios y de las amistades y de los amores, no le conozco mas que si naciera en la China.

En esos últimos años se entabló entre Madrid y el Escorial la guerra más intensa. Debido a que el rey pasaba más tiempo en San Lorenzo, había un grupo de ministros que trabajaba allí. Vivían en el pueblo, el cual (tal y como comentábamos en el capítulo 5) era mencionado en la correspondencia interna del Escorial como «abajo», mientras que el monasterio se denominaba «arriba». Sin embargo, había otro grupo, principalmente vinculado con las finanzas, que tenía que trabajar en Madrid. El Gobierno, por tanto, estaba compuesto por dos grupos ministeriales que trabajaban independientemente, e incluso a veces en direcciones opuestas. En agosto de 1595, el presidente del Consejo de Finanzas, Poza, se quejó de que «acá procuramos de hacer de las piedras pan, allá hacen del pan piedras»^[25]. Esta rivalidad a veces era jovial, y ambos grupos ministeriales solían intercambiarse chanzas que adjuntaban en sus documentos oficiales. Sin embargo, la división de la estructura de toma de decisiones fomentó el crecimiento de la oposición política. Los ministros que trabajaban desde el Palacio Real en Madrid sentían como una contrariedad tener que esperar las decisiones del otro palacio. Las críticas acerca del papel que el Escorial desempeñaba en la política se volvieron inevitables.

Las «quejas», enumeradas por Sigüenza, no eran tanto quejas como un proyecto político diferente. Esta fue una de las que se formularon alrededor del año 1601, según explicó Sigüenza^[26]:

¿Porqué no puso el Rey esta fabrica tan hermosa en medio o junto de una ciudad principal de España, donde todos la gozarán, donde entrarán chicos y grandes y fuera una común vista y recreo del pueblo, y no en un lugar tan apartado, tan áspero, frío, seco, feo, inaccesible y enfermo?

La «ciudad principal» era, por supuesto, Madrid, fuera de la cual parecía no existir nada más. Fue una creencia a la que se aferraron los funcionarios de la capital durante siglos. Sigüenza resultaba ocurrente en la defensa de San Lorenzo. Si el monasterio se encontraba en medio de la tierra salvaje, lo mismo podía decirse de otros grandes monasterios de España, como los de Montserrat y Guadalupe. Y puesto que ambos lugares se estimaban milagrosos, el Escorial podía ser considerado también como un milagro.

La segunda crítica de importancia de que era objeto el Escorial tenía que ver con su coste. Algunos comentaristas modernos han sugerido que el monasterio fue un producto de la egolatría del rey, y que la oposición al mismo procedía de voces progresistas, preocupadas por las repercusiones sociales de semejante derroche. Esta fue una opinión que, como ya veremos, estuvo muy extendida entre los autores del siglo XIX, cuyo desagrado por la monarquía incluía la antipatía hacia todas sus manifestaciones, especialmente los palacios. Pero, como demuestra la evidencia, esta opinión se hallaba vigente incluso en la época en que se estaba construyendo el monasterio. El diablo merodea por todas partes, decía Sigüenza, «indignando los pueblos, y haziendoles en creynte que aqui se gastavan todos los tesoros destos Reynos»^[27]. Sigüenza data esta queja alrededor del año 1577, coincidiendo con los cambios que el rey había propuesto en el sistema de impuestos de Castilla. En 1575, las Cortes de Castilla aprobaron el incremento del impuesto público principal, la alcabala, hasta la máxima cuantía legal, el diez por ciento. Fueron muchas las ciudades que se opusieron y se negaron a cobrar este impuesto. El Gobierno tuvo que enviar a sus propios funcionarios. Hubo protestas, tensiones y conflictos. «Estaba toda España penada y afligida y puesta en turbación», observaba un fraile del Escorial^[28]. En octubre de 1577 se acordó una nueva alcabala de porcentaje inferior. Sea como sea, sin embargo, los impuestos se incrementaron. Los ingresos fiscales en Castilla eran por entonces aproximadamente un 50% superiores a los de 1567. Este incremento fue muy mal recibido. La oposición desencadenó periódicamente incidentes, y en julio de 1577 en las puertas de los principales edificios públicos de Toledo se colgaron textos satíricos contra el rey. Casi con seguridad, el comentario irónico antes mencionado, en el que se comparaba al Escorial con la escoria, estaba relacionado con este periodo de crítica.

Puesto que Sigüenza tenía acceso a todos los documentos relacionados con la administración del edificio, podía rebatir las críticas con estadísticas. «No pretendo verdaderamente hazer apologéticos ni defensiones para esta casa ni su fundador, sino desarraygar la ignorancia de la gente que está engañada». Desde el principio señaló que al rey le preocupaba lo que pudiera costar. Felipe le preguntó a Herrera cuánto estimaba que costaría en total, y cuando le dijo que aproximadamente un millón de

ducados, su respuesta fue que era demasiado. Sin embargo, a Felipe le preocupaba menos el precio real «que la murmuración de su Reyno, que tan indiscretamente hablavava desta fabrica»^[29]. El precio total aproximado de la construcción iba a ser de más de cinco millones, cantidad que con la adición del precio de materiales lujosos, como el oro y la plata para los ornamentos, alcanzaría aproximadamente los seis millones y medio^[30]. Lo más caro fue, evidentemente, la basílica, que costó 1.250.000 ducados. Con las cifras ante sí, Sigüenza procedió a desarrollar argumentos en defensa de estos gastos, para lo que se basó principalmente en que la media de costes en un periodo de treinta y ocho años de obras alcanzaba como mucho los 160.000 ducados al año, lo que era una pequeña cantidad comparada con los beneficios espirituales y culturales que se recibían a cambio^[31].

La cuestión del coste, si lo comparamos con el de otros edificios prominentes, como Versalles, el Hermitage o el Taj Mahal, puede contemplarse desde una perspectiva totalmente distinta. Desde un punto de vista histórico, un monumento no tiene precio. Por otro lado, las cifras correspondientes a los gastos de cualquier edificio son inevitablemente inferiores al coste real. Es posible argüir que las cantidades que barajó Sigüenza se referían solamente al pago de facturas, sin tener en cuenta el coste social total. Si calculáramos no solamente el coste nominal del edificio y su decoración, que es lo que Sigüenza incluye, sino también gastos indirectos relacionados con la mano de obra, el transporte y los materiales importados, posiblemente estas cifras aumentarían considerablemente.

La tercera y última crítica a la que nos referiremos aquí concernía a los privilegios especiales de la orden religiosa que estaba a cargo del monasterio. España era el país de Europa con mayor beligerancia entre las órdenes religiosas. Se trata de un tema con el que podríamos llenar volúmenes, pero que nunca se ha documentado —y que en efecto no merece ser documentado—, puesto que tiene su raíz en pasiones humanas vinculadas a rivalidades, resquemores y ambiciones personales. Los miembros del clero se peleaban entre sí por tierras, privilegios, el control de las universidades, cargos de poder político y prioridad en sus apariciones públicas. Felipe II intentaba mantener feliz a todo el mundo contando con consejeros espirituales de distintos espectros del clero. Pero en el fondo se trataba de un problema insoluble. Hubo, por ejemplo, una hostilidad general cuando en la década de 1550 el rey demostró un cierto favoritismo por los jesuitas en España. De la misma forma, había órdenes que se resentían de la posición especial de que gozaban los Jerónimos del Escorial. El nivel de las hostilidades alcanzó su punto culminante cuando se concedió a los monjes el monopolio de la distribución de los nuevos misales, una década más tarde. Sigüenza menciona que hubo gestos apoyados por algunos ministros del rey con el propósito de expulsar a los monjes Jerónimos del monasterio y poner en su lugar a otra orden religiosa^[32]:

Procurando que el Rey mudasse de proposito, y diesse esta casa a otra religión que le sirviesse mayor y tratasse con mas primor y fruto; sobre lo qual se dieron hartos toques, y assi lo intentaron muchos de los

que andavan al lado del Rey.

En cierta medida, los españoles no comprendían el Escorial porque era extraño, tanto por su estilo como por el lugar que ocupaba. Incluso es posible que los mismos castellanos sintiesen que no formaba parte de su mundo. Esto justificaría el hecho de que Sigüenza hiciese todo lo posible por demostrar que toda la Península había participado en su creación^[33]. Así, mencionaba con detalle la multitud de jornaleros que habían llegado procedentes de todas partes de España a fin de poder participar en las obras de construcción. Los extranjeros también formaron parte de la fuerza laboral: «De Italia y Flandes han acudido muchos». Las únicas personas excluidas como trabajadores por orden del rey fueron «gente forçada ni pagana», es decir, los esclavos y los que no eran cristianos. Sigüenza insistía en que el monasterio lo habían construido los españoles, y que formaba parte integral de España. Los españoles de una generación posterior no compartían necesariamente la misma opinión.

LA IDEOLOGÍA DEL SIGLO XIX Y EL ESCORIAL

La moderna percepción del Escorial no se materializó hasta llegado el siglo XIX, cuando las observaciones de viajeros extranjeros confluyeron con las opiniones que los líderes políticos españoles habían empezado a formular acerca del edificio. En gran medida, los ataques contra el concepto del Escorial formaban parte de una campaña dirigida contra Felipe II, como encarnación de todo lo malo de la España tradicional. El mito de Felipe II^[34] como un soberano malvado se convirtió en parte integral del rechazo a comprender el Escorial. Un sacerdote y estudioso de mediados del siglo XX concluía diciendo que «el siglo XIX no penetró nunca en el secreto de El Escorial»^[35]. Las visiones anticatólica y anticlerical convergían en la mente de los visitantes que se acercaban a la vastedad de los muros del monasterio y se sumían en reflexiones de índole filosófica. Uno de los primeros en hacerlo fue el escritor francés Chateaubriand, que pasó por allí antes de 1808^[36]:

Viajé a través de Hesperia antes de la invasión francesa, y encontré que los españoles todavía se refugian en sus costumbres ancestrales. El Escorial me reveló, desde su lugar y su complejo de edificios, la severidad castellana: los cuarteles de una comunidad de monjes, construida por Felipe II en forma de la parrilla del mártir que conmemora una de nuestras catástrofes; el Escorial se construyó sobre una superficie rocosa en medio de la melancolía de las tierras estériles. Contenía sarcófagos reales, llenos o por llenar; una biblioteca repleta de telarañas, y obras maestras de Rafael que se estaban deteriorando en una vacía sacristía. De las mil ciento cuarenta ventanas, tres cuartos de ellas aparecen rotas y abren sus brazos a la tierra y al firmamento; la Corte y los Jerónimos se reunían allí anteriormente, una prueba viviente de la época y del hastío de sus tiempos.

Cerca de este temible edificio, como una semblanza de la Inquisición perdida en el desierto, se hallaba un parque barrido por una escoba, y una aldea cuyos edificios tiznados de humo revelaban el desgaste del tiempo. Es un Versalles de tierras yermas en el que residió intermitentemente la realeza. Vi a un tordo, inmundicia del brezal, posado en el tejado al rayar el alba. No hay nada más imponente que esa sombra

arquitectura religiosa, de fe invencible, expresión noble, y taciturna historia; una fuerza irresistible atrajo mis ojos a las sagradas pilastras, ermitas de piedra que cargaban en sus cabezas el peso de la religión.

¡Adiós a los monasterios que he vislumbrado en los valles de Sierra Nevada, y en la costa de Murcia! Allí, al doblar de una campana, que muy pronto dejará de sonar, bajo arcos que se desmoronan, entre lauras sin anacoretas, y tumbas silenciosas, yacen los muertos sin sombra; en refectorios vacíos y campos desolados donde Bruno dejó tras de sí su silencio, y Francisco sus zapatillas, Domingo su antorcha, Carlos su corona, Ignacio su espada, y Raneé su cilicio; allí, frente al altar de una fe moribunda, uno se acostumbra a despreciar el tiempo y la vida: si aún cabe soñar pasiones, la soledad de uno le presta allí cobijo a la vanidad de los sueños.

Entre estos edificios fúnebres, se entrevio la sombra de un hombre de negro, la de Felipe II, su creador.

Hubo pocos otros viajeros capaces de esgrimir una prosa tan expresiva. En 1830 Richard Ford se limitó a dar una simple descripción poco compasiva del edificio^[37]:

Frío como los ojos grises y el corazón de granito de su fundador, este monumento al terror y la superstición contrasta entre las flores y el sol resplandeciente de este valle feliz.

Esta imagen invariablemente negativa del Escorial, propia del siglo XIX, fue compartida por muchos viajeros, ya fueran españoles o extranjeros. El oficial de marina americano Alexander Slidell Mackenzie, que hablaba el español con fluidez y que visitó el edificio en dos ocasiones (la primera vez en invierno), comentaba en su obra *A Year in Spain* (1831) que era «deprimente». «Su sombría situación en la montaña lo expone al frío y a los vientos más feroces. No hay árboles ni arroyos, ni fuentes ni cultivo, ni tan siquiera industria, nada de nada salvo monjes, misas y granito»^[38]. Por lo menos él vio monjes. Cuando Teófilo Gautier pasó por allí en 1840, lo único que contempló fue la inmensidad de un monasterio sin residentes después de la ley de 1835. Lógicamente tuvo que recurrir a su imaginación porque no podía ver la realidad: «Abandoné este desierto de granito con una gran sensación de satisfacción y alivio. La culpa la tuvo esa pesadilla arquitectónica que me pareció interminable»^[39]. El monasterio proyectó su larga sombra sobre el siglo XIX, periodo en que los políticos pugnaban por demostrar que representaban el futuro del país, mientras que el Escorial representaba su pasado. No es de sorprender que los liberales y anticlericales se opusieran a un edificio que había costado (según ellos) millones que hubiese sido mejor invertir en causas progresistas, y que simbolizaba unas creencias religiosas que eran percibidas ahora como reaccionarias y anticuadas. El historiador Felipe Picatoste, por consiguiente, se refirió en la década de 1880 al monasterio como «una locura y un insulto a la miseria pública»^[40].

De manera asombrosa, ningún partidario de la tradición salió en su defensa. El gran erudito católico Marcelino Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas* calificaba el Escorial de incomprensible —«una esfinge colosal»— e incapaz de suscitar el entusiasmo debido a su «aridez de carácter, exento de poesía». De igual modo, el historiador más conservador de su tiempo, Antonio Cánovas del Castillo, solo pudo acumular el fervor suficiente para comparar al monasterio con la personalidad de su creador: «aquella pálida montaña de granito, uniforme, monótona, triste, grande, construida para la eternidad, pudo bien reflejar el alma de

Felipe II»^[41]. Estos tributos amargos al Escorial y al rey que lo construyó, por parte de intelectuales que debían haber sido los primeros en alabar la llamada «Octava Maravilla», son una prueba evidente de hasta qué punto había descendido el aprecio por el edificio entre los españoles. Durante sus años como profesor en Salamanca, Miguel de Unamuno solía emprender de vez en cuando viajes al campo como inspiración para los ensayos que escribía en su periódico. En uno de esos viajes, en el año 1912, llegó al pueblo y al monasterio del Escorial. En un ensayo falto de carácter que nada dice acerca del monasterio, que por lo visto ni siquiera entró a ver, comentaba acerca de cómo percibían los españoles este edificio histórico: «Casi todos los que a ver El Escorial se llegan, van con antojeras, con prejuicios políticos y religiosos, ya en un sentido, ya en el contrario; van, más que como peregrinos del arte, como progresistas o como tradicionalistas, como católicos o como librepensadores. Van a buscar la sombra de Felipe II, mal conocido también y peor comprendido, y si no la encuentran se la fingen»^[42].

Las opiniones negativas sobre el rey siguieron floreciendo hasta bien entrado el siglo xx. En un análisis acerca del Escorial, la *Encyclopedia Britannica* declaró que «Felipe II era mórbido y melancólico, además de ser un fanático religioso», una presentación sucinta y hostil del edificio y su creador. Parece ser que el Escorial casi nunca ha sido juzgado simplemente por sí mismo, sino más bien como un reflejo del personaje que lo creó. Este hecho nos confirma que hay que entender primero a Felipe II para poder evaluar su creación. Por desgracia, los comentaristas suelen imponer sus opiniones en vez de tratar de entender el tema. El siguiente caso ejemplifica su forma de proceder.

Cuando nos adentramos en la biblioteca del Escorial, podemos ver el retrato conmovedor y sombrío del rey a la edad de sesenta y dos años, pintado por Juan Pantoja de la Cruz^[43]. La voz inclemente de Richard Ford no vaciló en comentar^[44]:

Aquí lo vemos de carne y espíritu, pálido y abatido, y de ojos grises e intolerantes tiznados con la melancolía de su abuela, fríos como gotas de escarcha.

La frase «tiznados con la melancolía» hace referencia a la locura de la reina Juana la Loca. Esta combinación de locura e intolerancia venía a completar la imagen clásica de Felipe difundida por los historiadores protestantes. ¿Sin embargo, qué impresión tenían del rey los que vivieron junto a él?

Todavía de luto por su esposa Anna (desde su fallecimiento en 1580 invariablemente iba vestido de negro), y entristecido por la separación de su hija menor Catalina^[45], el rey tenía razones para sentirse decaído. Fue uno de los motivos que le condujeron al ambiente religioso de San Lorenzo. La opinión de Ford en el siglo xix, sin embargo, puede compararse con la expresada en el siglo xvi por el *Sieur de Longlée*, quien durante sus años como agente del rey de Francia en Madrid seguramente conoció a Pantoja y se hallaba en situación de observar al rey desapasionadamente en el tiempo en que el artista empezaba a pintar el retrato. Fue el

año de la Armada, en 1588, justo antes de la catástrofe naval. Longlée describió la persona del rey, sus problemas y su amor por el Escorial^[46]:

El rey es diligente en su trabajo y todos los asuntos pasan por sus manos. Como si solo tuviera cuarenta años de edad, no se los confía a nadie más. Le dedica también tiempo a la devoción; y en su tiempo libre, como ha hecho siempre y dependiendo del tiempo, sale en su carruaje acompañado de sus hijos o bien de paseo o de caza o a ver cómo otros cazan un ciervo, y a veces hasta se va de pesca. Se acuesta más bien tarde, como siempre ha sido su costumbre durante todo el tiempo que he servido aquí, y todavía no han corrido los rumores de que quiera desprenderse del negocio o del gobierno de los estados. Celebra audiencias, y no se oculta para nada, aunque sí es cierto que no son muchas las que le agradan, y aunque les da largas, no las rechaza. Siempre le ha complacido alejarse de Madrid, porque ama sus edificios, sus jardines y el aire del campo, más puro que el de las ciudades, donde puede ocuparse de sus asuntos a su gusto y sentirse menos presionado por la gente.

Como es costumbre suya, pasará este verano en las residencias que están a seis o siete leguas de aquí. [Longlée estaba escribiendo desde Madrid]. Es normal perder peso a esa edad. Su Majestad lo ha perdido, y en verdad está más bien delgado, y con los años la edad lo hará más patente. La Señora Infanta [Isabel] suele hacerle compañía, pero nunca se entromete en sus asuntos, incluso cuando su Majestad Católica se complace de entender la mayoría de ellos, debido a que pasa tanto tiempo con él.

Poco después, en 1590, el mismo año del cuadro de Pantoja, el cortesano flamenco Jean Lhermite hizo un esbozo del rey «en su sesenta y tres cumpleaños, muy achacado de gota, con el cabello blanco y una incipiente calva, pero en buena forma física, la mente clara y una memoria más buena que nunca»^[47]. El comentario ponderado de Lhermite no deja nada en la sombra. El mismo rey no tenía nada que ocultar, ya que ordenó que colgaran el cuadro en la biblioteca, a la vista de todos.

Sea como sea, y especialmente para algunos españoles empeñados en ver el Escorial como un emblema de sus esperanzas y temores, el edificio asumió a lo largo de la historia unas formas y significados que su fundador jamás hubiese llegado a imaginar. Se convirtió en un fenómeno misterioso e inexplicable, que sirvió de semillero para toda clase de razonamientos esotéricos, supersticiones y conjuras tenebrosas^[48], y en el cual, no obstante, muchos quisieron ver los rasgos característicos del auténtico espíritu de la nación. Los observadores interpretaron como quisieron su descarnado perfil. Sin embargo, han sido pocos los que han demostrado objetividad, como es el caso del escritor checo Karel Capek, que vio por primera vez el monasterio un verano al atardecer, recién inaugurado el siglo xx. Nos despedimos con sus palabras^[49]:

En la ladera rocosa y parda hay una vista milagrosa: jardines de verde oscuro, avenidas de cipreses sombríos y un parque tenebroso; una estructura cúbica enorme, austera y señorial con cuatro encrespados torreones; una soledad monumental, una ermita con mil ventanas arrogantes: El Escorial. El claustro de los reyes españoles. Un castillo de lamentos y orgullo que preside la aridez de los campos.

CRONOLOGÍA

| | |
|--------------------------|---|
| 21 de mayo de 1527 | Nace el príncipe Felipe en Valladolid. |
| 1539 | Fallece la emperatriz Isabel. |
| 1543 | Carlos V nombra a Felipe regente de España. |
| 1548-1551 | Felipe emprende el «felicísimo viaje» a través de Europa. |
| 1554-1555 | Estancia de Felipe en Inglaterra, donde se casa con María Tudor. |
| Octubre de 1555 | Carlos V abdica en Bruselas. |
| Enero de 1556 | Se inviste a Felipe en Bruselas como rey de España. |
| 10 de agosto de 1557 | Victoria del Ejército de Flandes sobre los franceses en San Quintín. |
| 27 de agosto de 1557 | Asalto a la ciudad de San Quintín. |
| 21 de septiembre de 1558 | Fallece Carlos V en Yuste. |
| Noviembre de 1558 | Muere en Inglaterra María Tudor; la sucede Isabel. |
| Abril de 1559 | Paz de Cateau-Cambrésis entre Francia y España. |
| Julio de 1559 | En Gante, Felipe contrata a Juan Bautista para que vaya a España. |
| Septiembre de 1559 | Felipe II llega a Valladolid. |
| 1560-1561 | Búsqueda de la ubicación para construir el planeado monasterio. |
| 1561 | Felipe II y la orden de los Jerónimos acuerdan fundar el monasterio. |
| 1562 | Plan del Escorial de Juan Bautista; empieza la preparación del terreno. |
| 1563 | Se nombra a Juan de Herrera como asistente de Juan Bautista. |
| 23 de abril de 1563 | Se coloca la primera piedra del monasterio. |
| Diciembre de 1563 | Sesión final de clausura del concilio de Trento. |
| Abril de 1567 | Felipe II publica la Carta de Fundación del monasterio. |
| Mayo de 1567 | Fallece Juan Bautista; Juan de Herrera lo sustituye. |
| 1574 | Comienza el traslado de los restos mortales reales a la basílica. |
| 1576 | Felipe II nombra a Arias Montano primer bibliotecario del Escorial. |
| 1584 | Se contrata a artistas italianos para que decoren la Sala de Batallas. |
| 13 de septiembre de 1584 | Se coloca la última piedra del monasterio del Escorial. |
| 1586 | Consagración de la basílica. |
| 1596 | Dedicación de la basílica. |
| 13 de septiembre de 1598 | Felipe II fallece en el Escorial. |
| 1605 | Fallece José de Sigüenza, historiador del Escorial. |
| 1617-1654 | Felipe III y Felipe IV |

| | |
|-------------------|--|
| 1617-1654 | construyen el Panteón. |
| 1671 | Un incendio ocasionado por un rayo destruye parte del Escorial y su biblioteca. |
| 1684 | Consagración del altar de la Sagrada Forma, obsequio de Carlos II. |
| 1692-1694 | Luca Giordano pinta la escalinata del monasterio. |
| Marzo de 1836 | Supresión de monasterios en España, incluido el Escorial. |
| Diciembre de 1936 | Asesinato de los monjes del Escorial a manos de las autoridades de la República. |

FUENTES

ABREVIATURAS

- AGS** Archivo General de Simancas, Valladolid.
AGS: CR AGS, sección Casas Reales.
AGS: E AGS, sección Estado.
AGS: E/K AGS, sección Estado, serie K.
- AHN Inq** Archivo Histórico Nacional, Madrid, sección Inquisición.
- BCR** Biblioteca Casanatense, Roma.
- BL** British Library, Londres, sala de manuscritos.
BLAdd Additional MS.
BLEg Egerton MS.
- BNac** Biblioteca Nacional, Madrid, sala de manuscritos.
- BP** Biblioteca del Palacio Real, Madrid.
- BZ** Biblioteca Zababuru, Madrid, colección de manuscritos.
- CODOIN** Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España.
- CSP** Foreign Calendar of State Papers, Foreign.
- CSPV** Calendar of State Papers, Venetian.
- Favre** Colección Favre, Bibliothèque Publique et Universitaire, Ginebra.
- HNSA** Haus-, Hof-, und Staatsarchiv, Viena.
- IVDJ** Instituto de Valencia de Don Juan, Madrid.
- MZA: RAD** Moravsky Zemsy Archiv, Brno: Rodinny Archiv Ditrichsteinu, República Checa.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- ALBERI, Eugenio, *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato*, Florencia, 1839-1840.
- ÁLVAREZ, Vicente, *Relation du beau voyage que fit aux Pays-Bas en 1548 le prince Philippe d'Espagne*, ed. M.-T. Dovillée, Bruselas, 1964.
- ÁLVAREZ TURIENZO, Saturnino, OSA, *El Escorial en las letras españolas*, Madrid, 1963.
- ANTOLÍN, Guillermo, «La librería de Felipe II», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 90, 1927.
- ANÓN, Carmen, y SANCHO, José Luis (eds.), *Jardín y Naturaleza en el reinado de Felipe II*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Unión Fenosa, Madrid, 1998.
- ARMITAGE, David, «The Elizabethan Idea of Empire», *Transactions of the Royal Historical Society*, 14, 2004, págs. 269-277.
- BOUZA, Fernando, *Imagen y Propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, 1998.
- BRAUDEL, Fernand, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols., Londres, 1973.
- BROWN, Jonathan, «Felipe II, coleccionista de pintura y escultura», *IV Centenario del Monasterio del Escorial, has Colecciones del Rey*, Madrid, 1986.
- , «Philip II as Art Collector and Patrón», en *Spanish Cities of the Golden Age. The Views of Antón van den Wyngaerde*, ed. Richard L. Kagan, Berkeley, 1989, cap. 1.
- BURY, John B., Reseña de *San Lorenzo el Real de El Escorial: Studien zur Baugeschichte und Ikonologie*, por Cornelia von der Osten Sacken, *The Burlington Magazine*, vol. 123, n.º 939, junio de 1981, págs. 366-367.
- BUSTAMANTE GARCÍA, Agustín, *La octava maravilla del mundo: estudio histórico sobre el Escorial de Felipe II*, Madrid, 1994.
- CABLE, Mary, *El Escorial*, Nueva York, 1971.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Filipe Segundo, rey de España*, 4 vols., Madrid, 1876-1877.
- CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal, *El Felicissimo Viaje del muy alto y muy poderoso Principe Don Phelippe*, Amberes, 1552.
- CAPPONI, Niccoló, *Victory of the West. The Story of the Battle of Lepanto*, Londres, 2006.
- CHECA, Fernando, *Felipe II, mecenas de las artes*, Madrid, 1992.
- DANVILA COLLADO, Manuel, *El poder civil en España*, 6 vols., Madrid, 1885.
- DELMARCEL, Guy, «Le roi Philippe II d'Espagne et la tapisserie. L'inventaire de Madrid de 1598», *Gazette des Beaux-Arts*, vol. 134, octubre de 1999.

- EDOUARD-LAURENT, Sylvéne, «Mystique et providentialisme dans la représentation de Philippe II», artículo de Internet, en el *Bulletin annuel des centres de recherches en histoire religieuse, Chrétiens et Sociétés. XVI-xxe siècles*, n.º 8, 2001, de la Universidad de Lyon 3.
- FORD, Richard, *A handbook for travellers in Spain and readers at home*, 3 vols., reimpresos, ed. Ian Robertson, Southern Illinois University Press, 1966.
- FORNERON, Henri, *Histoire de Philippe II*, 4 vols., París, 1881.
- GACHARD, Louis Prosper, *Carlos V y Felipe II a través de sus contemporáneos*, Madrid, 1944.
- , *Retraite et Mort de Charles-Quint au Monastère de Yuste: lettres inédites, Introduction*, Bruselas, 1854.
- , *Collection des Voyages des Souverains des pays-Bas*, 4 vols., Bruselas, 1876-1882.
- , *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, 6 vols., Bruselas, 1848-1879.
- , *Don Carlos et Philippe II*, París, 1867.
- GAUTIER, Théophile, *A Romantic in Spain*, Nueva York, 2001.
- GOODMAN, David C, *Power and Penury. Government, Technology and Science in Philip II's Spain*, Cambridge, 1988.
- HANSEL, Sylvaine, *Der Spänische Humanist Benito Arias Montano (1527-1598) und die Kunst*, Münster, 1991.
- HILLGARTH, Jocelyn N., *The Mirror of Spain, 1500-1700*, Ann Arbor, 2000.
- HOWARTH, David, *Images of Rule. Art and Politics in the English Renaissance, 1485-1649*, Berkeley, 1997.
- ÍÑIGUEZ ALMECH, Francisco, *Casas reales y jardines de Felipe II*, Madrid, 1952.
- JARDINE, Lisa, y BROTTON, Jerry, *Global Interests: Renaissance Art Between East And West*, Ithaca, 2000.
- JORZICK, Regine, *Herrschaftssymbolik und Staat. Die Vermittlung königlicher Herrschaft im Spanien der fruhen Neuzeit (1556-1598)*, Viena y Munich, 1998.
- KAMEN, Henry, *Imagining Spain. Historical Myth and National Identity*, New Haven y Londres, 2008. Versión en español: *Del imperio a la decadencia. Los mitos que forjaron la España moderna*, Madrid, 2006.
- KAMEN, Henry, *Philip of Spain*, New Haven y Londres 1997. Trad. al español: *Felipe de España*, Madrid, 1997 (varias reediciones, 1997-2007).
- , *The Phoenix and the Flame. Catalonia and the Counter-Reformation*, New Haven y Londres, 1993. Trad. al español: *Cambio Cultural en la sociedad del Siglo de Oro: Cataluña y Castilla 1500-1700*, Madrid, 1998.
- KUBLER, George, *Building the Escorial*, Princeton, 1982.
- LAZURE, Guy, «Possessing the Sacred: Monarchy and Identity in Philip IFs Relie Collection at the Escorial», *Renaissance Quarterly*, vol. 60, n.º 1, 2007.
- LHERMITE, Jean, *Le Passetemps*, 2 vols., Amberes, 1890-1896.

- MARIANA, Juan de, «Del rey y de la institución real», *Obras del padre Juan de Mariana*, 2 vols., Madrid, 1854 (BAE, vols. 30, 31).
- MERRIMAN, Roger Bigelow, *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*, 4 vols., Nueva York, 1918-1934. Reedición: *Philip the Prudent*, vol. 4, 1962.
- MORALES, Ambrosio de, *Viaje por orden del Rey D. Felipe II a los Reinos de Castilla, León, Galicia y Principado de Asturias*, Oviedo, 1866.
- MORAN, José Miguel, y CHECA, Fernando, *El coleccionismo en España: De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*, Madrid, 1985.
- MOUSSET, Albert, *Dépêches diplomatiques de M de Longlée, resident de France en Espagne (1582-1590)*, París, 1912.
- MULCAHY, Rosemarie, *Philip II of Spain, Patron of the Arts*, Dublín, 2004.
- MUÑOZ, Andrés, *Viaje de Felipe Segundo a Inglaterra*, ed. P. Gayangos, Madrid, 1877.
- NOONE, Michael, *Music and Musicians in the Escorial Liturgy under the Habsburgs, 1563-1700*, Rochester, Nueva York, 1998.
- PARÍS, Louis, *Négociations, Lettres et Pièces relatives au règne de François II*, París, 1841 (Collection des Documents Inédits sur l'Histoire de France, I.ª serie).
- PARKER, Geoffrey N., *The grand Strategy of Philip II*, New Haven y Londres, 1998.
- PRESCOTT, William H., *History of the Reign of Philip the Second*, 3 vols., Londres, 1855.
- QUEVEDO, José, *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, Madrid, 1849.
- RIVERA, Javier, *Juan Bautista de Toledo y Felipe II*, Valladolid, 1984.
- RODRÍGUEZ, Pedro, y RODRÍGUEZ, Justina, *Don Francés de Álava y Beamonte. Correspondencia inédita de Felipe II con su embajador en París (1564-1570)*, San Sebastián, 1991.
- SAN JERÓNIMO, fray Juan de, *Memorias*, CODOIN, Madrid, 1845. Reimpresión: Vaduz, 1964.
- SANTOS, fray Francisco de los, *Descripción breve del Monasterio de S. Lorenzo El Real del Escorial*, Madrid, 1657.
- SEPÚLVEDA, fray Jerónimo de, *Historia de Varios Sucesos y de las Cosas Notables... acaecidos en España entre 1584 y 1603*, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, vol. 4, ed. Julián Zarco Cuevas, Imprenta Sáez, Madrid, 1924.
- SHARPE, Kevin, «Representations and Negotiations: Texts, Images, and Authority in Early Modern England», *The Historical Journal*, vol. 42, n.º 3, septiembre de 1999, págs. 853-881.
- SIGÜENZA, José de, *Historia de la Orden de San Gerónimo*, 2 vols., Madrid, 1907-1909 (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vols. 8, 12). (Las citas del presente

libro proceden del vol. 12 de la edición NBAE, citada como vol. II, o la edición de dos volúmenes).

STRONG, Roy, *The Cult of Elizabeth. Elizabethan Portraiture and Pageantry*, Berkeley, 1977.

—, *The Tudor and Stuart Monarchy: Pageantry, Painting, Iconography*, 3 vols., Woodbridge, 1995.

TAYLOR, Rene, «Architecture and Magic. Considerations on the Idea of the Escorial», en *Essays in the History of Architecture presented to Rudol/Wittkower*, 2 vols., Londres, 1967, vol. 1.

VAREY, Simón (ed.), *The Mexican Treasury. The Writings of Dr Francisco Hernández*, Stanford, 2000.

—, CHABRÁN, Rafael, WEINER, Dora B. (eds.), *Searching for the Secrets of Nature. The Life and Works of Dr Francisco Hernández*, Stanford, 2000.

VILÁ Y TOMÁS, Lara, «Épica e Imperio. Imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI» (tesis sin publicar del Departamento de Filología de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001, disponible en Internet).

WEISS, Charles, *Papiers d'État du Cardinal de Granvelle*, 9 vols., París, 1841-1852 (Documents Inédits pour l'Histoire de France).

WILKINSON ZERNER, Catherine, *Juan de Herrera. Architect to Philip II of Spain*, Yale University Press, 1993.

ZARCO CUEVAS, fray Julián (ed.), *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, 4 tomos, Imprenta Sáez, Madrid, 1924.

El Escorial 1563-1963, 2 vols., Ediciones Patrimonio Nacional, Madrid, 1963.

Felipe II y el arte de su tiempo, Fundación Argentería, UAM ediciones, Madrid, 1998.

Los Leoni (1509-1608): Escultores del Renacimiento italiano al servicio de la corte de España, Museo del Prado, Madrid, 1994.

Real Monasterio-Palacio de El Escorial. Estudios inéditos en conmemoración del TV Centenario, Madrid, 1987.

Spanish Cities of the Golden Age. The Views of Antón van den Wyngaerde, ed. Richard L. Kagan, Berkeley, 1989.

Notas

[1] *Time*, 27 de septiembre de 1963. <<

[2] Carlos M. Eire, *From Madrid to Purgatory. The art and craft of dying in sixteenth-century Spain*, Cambridge, 1995, pág. 261. <<

[3] Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, 1988, pág. 83. <<

[4] Escrito de esta forma por el rey, y también en este libro. La costumbre moderna de escribir «San Lorenzo de El Escorial» es incorrecta. <<

[1] «Los diferentes reyes españoles no acometieron nunca un proyecto semejante»: Bustamante García, pág. 31. <<

[2] En esta fecha «España» —igual que Italia y Alemania— no era un país unificado, sino más bien una amalgama de territorios autónomos que compartían el mismo soberano. <<

[3] Nota del rey, 28 de diciembre de 1574, BZ 144, f. 39. <<

[4] W. S. Maltby, *The Black Legend in England*, Durham, N. C, 1971, brinda una perspectiva de la opinión de los ingleses acerca del tema. <<

[5] Sobre los puntos de vista españoles del siglo XIX acerca de la consideración de «extranjero» de Felipe, véase Kamen, 2008, págs. 49-50. <<

[6] Braudel, vol. II, pág. 904. <<

[7] El humanista catalán Calvet; en la correspondencia original que he visto, escribió su nombre y firmó como «Calvet». La forma «Calvete» parece que fue usada por los castellanos que así encontraban su nombre más fácil de pronunciar. Para evitar confusiones, utilizaré la forma incorrecta de «Calvete» en este libro. <<

[8] Calvete de Estrella, pág. 5. También había otras embarcaciones que transportaban a sirvientes y caballos. <<

[9] Carta del 30 de noviembre a su padre, impresa en CSP, Inglaterra y España, IX, 318 (la carta original se encuentra en el archivo de Simancas); y del 1 de diciembre de 1548 a Lope Hurtado de Mendoza, en BZ 114, f. 63. Las cartas fueron escritas por su secretario, Gonzalo Pérez. <<

[10] Carlos tomó medidas para reforzar la autoridad de Felipe al investirlo como duque de Milán durante una ceremonia privada que tuvo lugar en Guadalajara, el 16 de septiembre de 1546. <<

[11] Brown, 1986, pág. 30. <<

[12] La relevancia de la amistad entre Felipe y los protestantes se describe en el capítulo 8. <<

[13] Álvarez, pág. 56. <<

[14] El emisario veneciano Soranzo, en 1565: Alberi, ser. I, vol. 5, pág. 112. <<

[15] Calvete de Estrella, f. 52 <<

[16] Es interesante que un lujoso volumen publicado por el Gobierno español con motivo de la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Felipe II, *Jardín y Naturaleza en el reinado de Felipe II* (Madrid, 1998), se ilustrara con fotografías de palacios y jardines de Francia, Italia e Inglaterra, pero no incluyera ninguno español, salvo el Palacio Real de Madrid. <<

[17] Los jardines por los cuales fue famoso más tarde el castillo, diseñado por el ingeniero Salomón de Caus, no se empezaron hasta la primera década del siglo XVII.
<<

[18] Álvarez, pág. 70. <<

[19] Felipe a Gonzaga, Heidelberg, 8 de marzo de 1549, AGS: E, leg. 645, f.30. <<

[20] Álvarez, pág. 77. <<

[21] Citado por Gachard, 1854, *Introduction*, pág. 18. <<

[22] Álvarez, pág. 79. <<

[23] Cita de Forneron, vol. I, pág. 11, del embajador veneciano. <<

[24] Sobre Binche, véase Calvete de Estrella, págs. 182-205. <<

[25] Alvarez, pág. 112. <<

[26] Calvete de Estrella, f. 281. <<

[27] Cartas autografiadas por Felipe a Maximiliano, julio-noviembre de 1549, HNSA
Spanien Hofkorrespondenz, kanton 1, mappe 3, ff. 143-144. <<

[28] Álvarez, pág. 120. <<

[29] *Ibíd.* <<

[30] Felipe a Maximiliano, autógrafo desde Colonia, HHSA Spanien Hofkorrespondenz, karton 1, mappe 3, f. 161. <<

[31] Merriman, vol. III, pág. 406. <<

[32] Obispo de Arras a María de Hungría, 13 de octubre 1550, CSP, Inglaterra y España, X, 156. <<

[33] Alvarez, págs. 131-132. <<

[34] Felipe a Juan Hurtado de Mendoza, Augsburgo, 12 de septiembre, 1550, AGS:E,leg. 645, f. 81. <<

[35] AGS:E,leg. 645, f. 87. <<

[36] Mark A. Meadow, «Hans Jacob Fugger and the Origins of the Wunderkammer», en Pamela H. Smith y Paula Findlen (eds.), *Merchants and Marveis: Commerce, Science and Art in Early Modern Europe*, Nueva York, 2002, pág. 194. <<

[37] Braudel, vol. II, pág. 915. <<

[38] El padre de Antoine, Nicolás Perrenot, cardenal de Granvelle, murió en agosto de 1550. Antoine lo reemplazó como consejero principal de Carlos V. <<

[39] Había tres documentos: un contrato entre Maximiliano y Felipe, un compromiso de Felipe y un compromiso de Maximiliano. <<

[40] Los movimientos de Felipe están confirmados por el cronista de los Países Bajos que documentó todos los viajes del emperador y que ahora acompañaba al príncipe de regreso a España, Jean de Vandenesse, en Gachard, *Collection des Voyages*, vol. iv.
<<

[41] «La feste Dieu», Gachard, *Collection des Voyages*, vol. IV, pág. 4. <<

[42] Para la cúpula en la arquitectura religiosa medieval, véase Wolfgang Born, «The Introduction of the Bulbous Dome into Gothic Architecture and Its Subsequent Development», *Speculum*, vol. 19, n.º 2 (abril de 1944), págs. 208-221. Para los cambios posteriores, véase Henry-Russell Hitchcock, «The Schmuzers and the Rococó Transformation of Mediaeval Churches in Bavaria», *The Art Bulletin*, vol. 48, n.º2 (junio de 1966), págs. 159-176. <<

[43] Todas las descripciones de los viajes del príncipe proceden de Gachard, *Collection des Voyages*, vol. IV, pág. 4. <<

[44] Constancio Gutiérrez, *Trento: un concilio para la unión (1550-1552)*, 3 vols., Madrid, 1981, III, pág. 398. <<

[45] Gachard, *Collection des Voyages*, vol. IV, pág. 5. <<

[46] AGS: E, leg. 646, f. 226. <<

[47] Soriano, en Alberi, ser. I, vol. 3. Cf. los comentarios de Merriman, vol. III, pág. 366, que al igual que otros acepta el punto de vista veneciano. <<

[48] Moran y Checa, pág. 77. <<

[49] Véase el informe sobre ella que hizo Francisco de Borja a Felipe en 1554: *Monumenta Historica Societatis Iesu*: Borgia, Madrid, 1908, vol. III, pág. 161. <<

[50] Felipe a Maximiliano, 16 de septiembre de 1551, HHSA Spanien Hofkorrespondenz, karton 1, mappe 4, f. 23. <<

[51] Felipe a Maximiliano, 25 de septiembre de 1551, HHSA Spanien Hofkorrespondenz, karton 1, mappe 4, f. 27. <<

[52] Vandenesse, en Gachard, *Collection des Voyages*, vol. IV, pág. 7. <<

[53] Felipe a Maximiliano, 29 de septiembre de 1551, HHSA Spanien Hofkorrespondenz, karton 1, mappe 4, f. 29. <<

[54] Felipe a Maximiliano, 2 de enero de 1552, HHSA Spanien Hofkorrespondenz, karton 1, mappe 4, f. 39. <<

[55] Felipe a Maximiliano, 5 de abril de 1552, HHSA Spanien Hofkorrespondenz, karton 1, mappe 4, f. 44. <<

[56] John Eider, *The Copie of a letter sent in to Scotlande*, Londres, 1554. <<

[57] Muñoz, pág. 99. El embajador veneciano alegaba que hablaba el español con fluidez (CSPV, VI, ii, 1055), pero el testimonio de Muñoz es más firme. Isabel, la hermana de María, también hablaba un poco de español. <<

[58] Detalles en G. Constant, «Le mariage de Marie Tudor et de Philippe II», *Revue d'Histoire Diplomatique*, 26 (1912), págs. 244-260. <<

[59] Felipe a Juana, 2 y 18 de septiembre, 1554, AGS: E, leg. 808, ff. 38, 40. <<

[60] Cf. D. M. Loades, «Philip II and the government of England», pág. 190, en C. Cross *et al.* (eds.), *Law and government under the Tudors*, Cambridge, 1988. <<

[61] Citado en Kamen, «Toleration and dissent», pág. 14, en *Crisis and Change in early modern Spain*, Aldershot, 1993. <<

[62] Castro no vivió para ocupar su puesto. Acompañó a Felipe a Flandes, y murió en Bruselas en 1558. <<

[63] Gachard, 1854, *Introduction*, págs. 80-103. <<

[64] *Ibíd.*, pág. 98, demuestra que Felipe hablaba unas pocas palabras en francés. <<

[65] Sébastien de l'Aubespine, obispo de Limoges, al rey Francisco II, Gante, 27 de julio de 1559, en Louis Paris, *Négociations, Lettres et Pièces relatives au règne de François II*, París, 1841 (Collection des Documents Inédits sur l'Histoire de France, I.^{ere} serie), págs. 49-54. <<

[66] Checa, pág. 87. <<

[67] Es excelente la sinopsis de J. K. Steppe, «Mécénat espagnol et art flamand au XVP siècle», en *Splendeurs d'Espagne et les villes belges 1500-1700*, 2 vols., Bruselas, 1985, 1, págs. 247-282. <<

[68] Brown, 1986, pág. 17. <<

[69] Louis París, pág. 64. <<

[70] «La cultura española del siglo XVI se engendró a partir de modelos italianos mayormente, a los que tendríamos que añadir en menor medida influencias nórdicas»: Joan-Ramón Triado, «La Cultura», en *Historia de España*, Planeta, Madrid, 1988, vol. 5, *El Siglo de Oro*. <<

[71] Max J. Friedlander, *Antonis Mor and his contemporaries*, Leiden, 1975. <<

[72] Gachard, 1867, pág. VII. <<

[73] Felipe a Carlos, Vlissingen, 22 de agosto de 1559, CODOIN, II, 548. <<

[74] Challoner a Cecil, 27 agosto de 1559, CSP Foreign 1558-1559, 503. <<

[1] Varios relatos modernos reiteran erróneamente que la batalla se entabló durante el «cumpleaños» del santo. Según la costumbre cristiana, el día de conmemoración fue siempre el aniversario de «ida al cielo», es decir, el día de la muerte y, en este caso, el día del martirio de san Lorenzo. <<

[2] Es posible que el rechazo general al estudio de las batallas de España estuviera motivado por razones políticas. Un historiador reciente comenta que «la historia de la guerra en la época moderna todavía no ha alcanzado en nuestro país el nivel que se merece, por un lado, por el desprecio ideológico que aún mantienen determinados sectores de nuestra historiografía, y, por otro, el escaso número de contribuciones que reflexionan sobre la materia»: Antonio Espino López, «La historiografía hispana sobre la guerra en la época de los Austrias. Un balance, 1991-2000», *Manuscrits*, Barcelona, 2003, pág. 21. <<

[3] Cabrera de Córdoba, *Filipe Segundo, rey de España*, primera parte, libro 4, caps. 5 al 9. <<

[4] Carlos Martínez de Campos, *España bélica: el siglo XVI*, 2 vols., Madrid, 1966, vol. II, cap. 1. <<

[5] Henri Forneron, *Histoire de Philippe II*, 4 vols., París, 1881, y sir Charles Oman, *A History of the Art of War in the Sixteenth Century*, Londres, 1937. <<

[6] *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, 2 vols., editado por E. García-Hernán y Davide Maffi, Madrid, 2006. <<

[7] William H. Prescott, *History of the Reign of Philip the Second*, 2 vols., Boston, 1855-1856, vol. I, cap. VII. <<

[8] E. Lemaire, E. Fleury, E. Theillier *et al.*, *La Guerre de 1557 en Picardie*, San Quintín, 1896 (Société des Sciences, Arts, Belles-Lettres et Agriculture de Saint-Quentin). <<

[9] CSPV, VI, ii, 1179 <<

[10] CSPV, VI, ii, 1063. <<

[11] «Todo nervio, poca carne [...] nacido para mandar»: Cabrera de Córdoba, vol. I, pág. 166. <<

[12] El rey a Saboya, 26 de julio de 1557, AGS: E/K 1490 n.º 40. <<

[13] El relato que sigue se basa en gran parte en los comunicados militares originales (y hasta hace poco, desconocidos) de Felipe, en BL Add. 28264. Una versión más breve aparece en el capítulo 2 de mi obra *Felipe de España*. En inglés, los recuentos típicos datan de historiadores americanos del siglo XIX, que demostraban un evidente prejuicio contra Felipe II. Por ejemplo, un relato muy entretenido pero claramente hostil sobre Felipe en San Quintín lo brinda Motley, págs. 89-99. En Merriman, vol. IV, pág. 11, se caricaturiza a Felipe garabateando cartas en vez de acudiendo personalmente a la batalla. Sorprendente mente, ningún historiador español ha demostrado interés en la batalla, con el resultado de que no hay relatos documentados en español. <<

[14] Rey a Saboya, Bruselas, 20 de julio de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 41. <<

[15] Rey a Saboya, Bruselas, 26 de julio de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 40. <<

[16] BL Add. 28264, ff. 10-12. Este paquete de documentos está formado por los comunicados originales, de algunos de los cuales existen copias en E/K 1490. <<

[17] BL Add. 28264, f. 17. <<

[18] *Ibíd.* f. 19. <<

[19] Desde Cambrai, 8 de agosto, BL Add. 28264, f. 19. <<

[20] La letra cursiva es mía: BL Add. 28264, ff. 26-27. Existe una copia de esta carta en AGS: E/K 1490, n.º 57, con palabras ligeramente distintas. <<

[21] Saboya al rey, 8 de agosto de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 65. <<

[22] Saboya a Eraso, 8 de agosto de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 67b. <<

[23] Ambroise Paré, *Journeys in Diverse Places*, traducción de Stephen Paget, vol. 38, parte 2, The Harvard Classics, Nueva York, 1909-1914. <<

[24] La noción de que la letra de Felipe era ilegible carece de fundamentos. Cuando se sentía relajado su escritura era buena y fácil de leer. Sin embargo, cuando el tiempo apremiaba (como solía ser el caso cuando tenía que ocuparse de la correspondencia administrativa) su caligrafía era más difícil de descifrar. <<

[25] Felipe a Carlos, 11 de agosto de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 72. <<

[26] El embajador veneciano Suriano, Bruselas, 11 de agosto de 1557, CSPV, VI, ii, 1244. <<

[27] *La Guerre de 1557 en Picardie*, pág. lii. <<

[28] El análisis que sigue se basa en los excelentes datos incluidos en *La Guerre de 1557 en Picardie*, pág. 237, documento 70. <<

[29] Su observación al embajador veneciano Suriano: CSPV, VI, ii, 1348. <<

[30] Quien falleció esa semana de gota, a la edad de cincuenta y un años. <<

[31] Informe de Suriano, 17 de agosto de 1557, Bruselas, CSPV, VI, ii, 1345. <<

[32] CSPV, VI, ii, 1345. <<

[33] Suriano al Senado, 24 de octubre de 1557, CSPV, VI, ii, 1354. Las cartas de Suriano ponen de manifiesto que la retirada después de San Quintín fue una decisión impuesta por el Consejo. <<

[34] John L. Motley, *The rise of the Dutch republic* (publicada el siglo XIX en varias ediciones, pero que ahora se encuentra disponible en formato de libro electrónico), Londres, 1912, pág. 96: «El carácter pusilánime de Felipe le impidió cosechar los frutos dorados de su triunfo». Motley admite, sin embargo, que la supuesta «cólera» de Carlos al enterarse de la decisión de no avanzar hacia París no ha sido confirmada por la correspondencia del emperador. <<

[35] Felipe a Saboya, Bruselas, 21 de octubre de 1557, AGS: E/K 1490, f. 98. <<

[36] Felipe a Fernando, 29 de agosto de 1557, San Quintín, CODOIN, II, 493-496. <<

[37] Bedford a William Cecil, citado en *La Guerre de 1557 en Picardie*, pág. 324. Felipe, conforme a sus propias cartas, ordenó la evacuación de mujeres y niños de la ciudad a fin de salvarlos de los soldados. Motley, pág. 97, presenta esto como un acto de crueldad. <<

[38] Cabrera de Córdoba, primera parte, libro 4, caps. 7 al 9. <<

[39] Felipe a Juana, 2 de septiembre de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 82b. <<

[40] Stephanie Breuer, *Alonso Sánchez Coello y el retrato en la corte de Felipe II*, Madrid, 1990, artículo 1 del catálogo. <<

[41] Braudel, vol. II, pág. 942, lo califica como «un momento decisivo para la historia de Occidente». <<

[42] BLAdd. 28264, ff. 41-44. <<

[43] Nunca he visto personalmente este cuadro. Si el rey lo valoraba tanto, seguramente era no solo debido al presunto vínculo entre la sábana y la figura histórica de Jesucristo, sino también porque esta pintura era una lazo simbólico con su hija favorita, ausente. <<

[1] Citado en Álvarez Turienzo, pág. 35. <<

[2] Sigüenza, vol. II, pág. 407. <<

[3] Cromwell comentaba en una carta al *speaker* de la Cámara de los Comunes acerca de su victoria en la batalla de Worcester (1651): «Las dimensiones de esta merced sobrepasan mis expectativas. Por lo que sé, es la más grande de las mercedes». <<

[4] Felipe a Juana, 2 de septiembre de 1557, AGS: E/K 1490, n.º 82b. <<

[5] Gautier, pág. 101. <<

[6] Sigüenza, vol. II, pág. 404. <<

[7] Sigüenza, vol. II, pág. 423. <<

[8] Rivera, pág. 62. <<

[9] Llegó a salvo por mar desde Nápoles, pero un buque que zarpó posterior mente y que transportaba a su esposa e hijos, así como sus libros, volcó, de modo que todos los pasajeros de a bordo perdieron la vida. <<

[10] *Spanish Cities of the Golden Age. The Views of Anton van de Wyngaer* (ed.), Richard L. Kagan, Berkeley, 1989, págs. 120-122. <<

[11] Quevedo, pág. 6. <<

[12] Quevedo, pág. 6. <<

[13] Rivera, pág. 294. <<

[14] Informe de Francisco de Luzón, AGS: CR, leg. 247, f. 30. <<

[15] Hecho comunicado por un sirviente del emperador a Jean Lhermite: Lhermite, vol. I, pág. 101. <<

[16] Checa, pág. 34. <<

[17] He usado la excelente edición inglesa de *On Architecture*, 2 vols., Yale, 1996, traducida del italiano y editada por Vaughan Hart y Peter Hicks. La sección sobre la cúpula aparece en el vol. I, págs. 101-103. <<

[18] Citado en Álvarez Turienzo, pág. 195. <<

[19] En este libro nos referiremos al arquitecto simplemente por el nombre de Juan Bautista, puesto que no se sabe con certeza su apellido. <<

[20] En un artículo de 1985 —«Planning a style for the Escorial: an architectural treatise for Philip of Spain», *Journal of the Society of Architectural Historians*, marzo de 1985, vol. XLIV, n.º 1— Catherine Wilkinson declara que «en 1559 Felipe II de repente alteró su estilo de patrocinio arquitectónico» al invitar a extranjeros e italianos. Sin embargo, parece ser que estuvo en contacto directo con libros y arquitectos italianos desde 1548 como mínimo. <<

[21] Alfonso Rodríguez, «En torno a Felipe II y la arquitectura», en *Real Monasterio-Palacio de El Escorial*, pág. 125. <<

[22] Una notable excepción fue la familia Mendoza. Para una perspectiva de los nobles en su conjunto, véase la publicación de Luis Gil Fernández *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981, págs. 299-327. En el siglo XVI, gracias al tercer duque, la familia Alba también alcanzó un alto nivel cultural: véase Henry Kamen, *El Gran Duque de Alba*, Madrid, 2004. <<

[23] El embajador Khevenhüller, citado en Friedrich Edelmayer, «Aspectos del trabajo de los embajadores de la casa de Austria en la segunda mitad del siglo XVI», *Pedralbes*, 9, 1989, pág. 47. <<

[24] Cf. Kamen, 1993, págs. 391-393. <<

[25] Sus instrucciones de importar grandes cantidades de papel para escribir aparecen documentadas en el archivo de Simancas. <<

[26] Cf. la útil discusión en A. Alvar Ezquerro, *Felipe II, la Corte y Madrid en 1591*, Madrid, 1985. <<

[27] Para lo que sigue, Rivera, págs. 198-243. <<

[28] Tal vez el mejor análisis del Alcázar sea *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la Corte de los Reyes de España*, Madrid, 1994. Este bien ilustrado estudio cuenta con expertas contribuciones de especialistas. <<

[29] Rivera, págs. 215-216. <<

[30] Carl Justi, «Felipe II como amante de las bellas artes», en W. Maurenbrecher, M. Philippson y Carl Justi, *Estudios sobre Felipe II*, Madrid, 1887, pág. 242. <<

[31] Rivera, pág. 276. <<

[32] BL Add. 28350, ff. 19-26, 32. <<

[33] Checa, págs. 63-64. <<

[34] Citado en Checa, pág. 63. <<

[35] AGS:CR,leg.247. <<

[36] Reproducido en *Spanish Cities of the Golden Age*, pág. 120. <<

[37] Kubler, pág. 42. <<

[38] En el estudio de Gregorio Marañón *Antonio Pérez* (publicado por primera vez en Madrid en 1948), que ha sido reeditado varias veces tanto en español como en inglés.
<<

[39] Bustamante García, pág. 20. <<

[40] Estos temas se abordan en mi libro *Felipe de España*. <<

[41] Cartas de Isabel a Lope Hurtado de Mendoza, 14 de junio y 7 de julio de 1532, BZ 114, ff. 108, 111. <<

[42] El rey a Ladrada, 25 de octubre de 1570, BL Add. 28354, ff. 51-52. <<

[43] El rey a Ladrada, 23 de diciembre de 1570, 5 de abril y 15 de diciembre de 1571, BL Add. 28354, ff. 113, 176, 306. <<

[44] El rey a Ladrada, 9 de marzo de 1572, BL Add. 28354, f. 362. <<

[45] AGS: E, leg. 60, f. 56. <<

[46] Para su papel, véanse varias referencias en Kamen, 1997. <<

[47] El recuento más fiable sobre Juana corresponde al contemporáneo Juan Carrillo OFM, *Relación Histórica de la Real Fundación del Monasterio de las Descalzas de Sta Clara de la villa de Madrid*, Madrid, 1616. <<

[48] Cabrera de Córdoba, vol. II, pág. 212. <<

[49] *Ibíd.*, 6. <<

[50] María de Hungría nació en 1505, en Mechelen, y falleció en 1558 en Valladolid. Se casó siendo joven con el rey de Hungría-Bohemia, más tarde nombrado regente de los Países Bajos por su hermano el emperador Carlos V, con quien se retiró después, en 1556, a España. Existe un cuadro que refleja el extraordinario atractivo de la joven reina, a la edad de dieciocho años, pintado por el artista Hans Krell, y que ahora se exhibe en Bayerische Staatsgemälde-sammlungen, Múnich-Staatsgalerie Bamberg.

<<

[51] Morales, *Viaje*, pág. 11. <<

[52] Sigüenza, vol. II, pág. 454. <<

[53] Juan Hernández Ferrero, «Orígenes históricos del Monasterio de El Escorial», en *Real Monasterio-Palacio de El Escorial. Estudios inéditos en conmemoración del IV Centenario*, Madrid, 1987, pág. 16. <<

[54] Serlio (ed. 1996, citado anteriormente), vol. I, págs. 101-103. <<

[55] Howarth, pág.153. <<

[56] Cf. Catherine Wilkinson Zerner, «Body and Soul in the Basilica of the Escorial», *Fenway Court*, XXVIII, «The Word made Image», 1998, págs. 70-75. <<

[57] Longlée, 29 de junio de 1586, en Mousset, pág. 275. <<

[58] Fernando Bouza Álvarez (ed.), *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid 1988, pág. 111. <<

[59] Sigüenza, vol. II, pág. 471. <<

[60] *Ibíd.*, pág. 470. <<

[61] «Copia auctentica de la traslación que se hizo de los cuerpos reales» «bóveda debaxo del altar mayor de San Lorenzo», AGS Estado, leg. 156, f. <<

[62] «Por no recibir pena», dice un monje, él no vino: Sepúlveda, pág. 30. <<

[63] No se quiso hallar en esta traslación»: CODOIN, VII, 410. <<

[64] Mariana, vol. II, pág. 554. <<

[65] BL Add. 28350, f. 10lv. <<

[66] Virginia Tovar, «El arquitecto Juan Gómez de Mora y su relación con lo “escorialense”», *Real Monasterio-Palacio de El Escorial*, pág. 198. <<

[67] Cf. Kamen, 1997, págs. 182, 201, entre otras muchas referencias. <<

[68] Felipe a Ruy Gómez, 19 de febrero de 1559, en Weiss, vol. v, pág. 491. <<

[69] Una excepción sigue siendo el excelente volumen de J. Miguel Moran Turina y Fernando Checa Cremades, *Las casas del Rey. Siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986, especialmente las páginas 103-125. <<

[70] *Jardín y Naturaleza*. La única parte aceptable de este desafortunado volumen, recopilado a fin de catalogar una de las exposiciones sobre el tema de Felipe II organizada en 1998, es la pequeña sección titulada «Las Influencias. Los jardines que el rey conoció», y que habla de los jardines de los Países Bajos, Inglaterra y Austria, pero sin tratar de identificar ningún vínculo entre Felipe y dichos jardines. <<

[71] Joaquín Romero, «Los jardines en El Escorial», en *El Escorial 1563-1963*, pág. 684. <<

[72] Cf. Kamen, 1997, pág. 184. <<

[73] Cf. Elisabeth Woodhouse, «Spirit of the Elizabethan Garden», *Garden History*, vol. 27, n.º 1, verano de 1999, pág. 14 <<

[74] Iñiguez Almech, pág. 165. <<

[75] Aurora Rabanal, «Felipe II y los jardines», en *Felipe II y el Arte*, pág. 404. <<

[76] Iñiguez Almech, pág. 203. <<

[77] BZ 146, f. 35. <<

[78] Rivera, pág. 251. <<

[79] Citado en Danvila, vol. II, pág. 389. <<

[80] «Memorial de algunas cosas particulares», AGS: CR, leg. 247, f. 60. <<

[81] AGS: CR, leg. 247, § 49. <<

[82] Sigüenza, vol. II, pág. 441. <<

[83] Wilkinson, pág. 95. <<

[84] Pedro Navascués Palacio, «El Patio y templete de los Evangelistas de El Escorial», en *Real Monasterio-Palacio de El Escorial*, págs. 69-72. <<

[85] Howells, *Familiar Spanish Travels*, Nueva York, 1913, pág. 104. <<

[86] Para lo que sigue, Rivera, págs. 123-183. <<

[87] L'hermite calculó que Aranjuez en la década de 1590 tenía 222.695 árboles:
L'hermite, vol. II, pág. 108. <<

[88] Cf. Wilkinson, págs. 140-144. <<

[89] «Memoria de mano de Su Mgd de lo que es servido que se haga en Aranjuez», 11 de junio, 1563, BL Add. 28350, ff. 52-55. <<

[90] Hoyo al rey, 1562, BZ 146, f. 11. <<

[91] Kubler, pág. 70. Para la tesis sobre Salomón, el artículo de A. Martínez Ripoll, en *IV Centenario del Monasterio: La Biblioteca*, Madrid, 1986, págs. 53-73. <<

[92] Aranjuez, abril de 1567, en Iñiguez Almech, pág. 201. <<

[93] BLAdd. 28350, f. 100. <<

[94] Cf. Wilkinson, pág. 84. La publicación en 1589 de dibujos del edificio vinculó para siempre el nombre de Herrera con su construcción: véase Juan de Herrera, *Svmario y breve declarado de los diseños y estampas de la Fabrica de san Lorencio el Real del Escorial*, Madrid, 1589. <<

[95] Cf. Wilkinson, pág. 103, donde se arguye que el diseño que por fin prevaleció fue el de Herrera. <<

[96] Cf. Checa, págs. 231-232, hablando del supuesto aspecto «secreto o reservado» de la distribución. <<

[97] AGS: CR, leg. 247. <<

[98] Sigüenza, vol. II, pág. 451. <<

[99] *Ibíd.*, pág. 450. <<

[100] Mulcahy, 2004, pág. 33. <<

[101] Véase, en general, Checa, págs. 134-161. <<

[102] Badoero, en Gachard, 1944, pág. 39. <<

[103] Jane C. Nash, *Veiled Images. Titian's mythological paintings for Philip II*, Philadelphia, 1985, es interesante, pero plantea una antítesis inaceptable entre los temas paganos de Tiziano y la supuesta extrema severidad religiosa de Felipe. <<

[104] L'hermite, vol. I, pág. 98. <<

[105] Sigüenza, vol. II, págs. 635-639. <<

[106] J. K. Steppe, en *Splendeurs d'Espagne*, vol. I, pág. 272. <<

[107] Checa, pág. 137. <<

[108] Annie Cloulas, «Les choix esthétiques de Philippe II: Flandre ou Italie», *Actas XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte*, 3 vols., Granada, 1977, II, págs. 236-241. <<

[109] No he podido consultar Stephanie Breuer, *Alonso Sánchez Coello*, Munich, 1984. Sin embargo, su introducción a *Alonso Sánchez Coello y el retrato* es definitiva. <<

[110] Sobre El Greco en este periodo, véase Jonathan Brown, «El Greco y Toledo», en *El Greco de Toledo*, Madrid, 1982. <<

[111] Wilkinson, pág. 67. <<

[112] *Ibíd.*, pág. 138. <<

[113] Cloulas sugiere que Felipe podía elegir entre «Flandres ou Italie», pero parece razonable concluir que «ou» debería haber sido «et». <<

[114] Carl Justi, «Felipe II como amante de las bellas artes», en *Estudios sobre Felipe II*, Madrid, 1887, pág. 269. El ensayo de Justi fue escrito en 1885; el volumen I que he citado suele encontrarse catalogado bajo el nombre de G. Maurenbrecher; el original era en alemán. <<

[115] Detalles de Michael Cooper, *The Japanese Mission to Europe, 1582-1590: The Journey of Four Samurai Boys Through Portugal, Spain and Italy*, Folkestone, 2005.
<<

[116] Eta Harich Schneider, «Renaissance Europe through Japanese Eyes: Record of a Strange Triumphal Journey», *Early Music*, vol. 1, n.º 1, enero de 1973, págs. 19-25.
<<

[117] Hay otros detalles fascinantes en el libro escrito por Cooper. De los cuatro jóvenes japoneses, más tarde uno dejó de ser cristiano y se casó, otro murió joven, otro tuvo que exiliarse y el último murió como mártir. <<

[1] Obras populares escritas en español sobre el Escorial en décadas recientes han optado casi siempre por la fantasía, desde imaginativas novelas hasta relatos acerca de la supuesta magia, misterio y demonología oculta en los espacios más recónditos del edificio. <<

[2] 2 Por ejemplo, una página web de un estudioso holandés de Delft, Marinus Gout, declara que Felipe II «ordenó al jesuita Villalpandus que llevase a cabo un minucioso estudio del templo del rey Salomón con la intención de construir en el siglo XVI un edificio en el cual reunir bajo el mismo techo a la Iglesia y al Estado. Este edificio se convertiría en el epicentro del gobierno de todo el imperio del rey Felipe II». La totalidad de esta declaración es una fantasía indocumentada. <<

[3] Édouard, 1991, pág. 19. <<

[4] Taylor, en Bibliografía selecta. <<

[5] Cornelia von der Osten Sacken, *San Lorenzo el Real de El Escorial: Studien zur Baugeschichte und Ikonologie*, Mittenwald, 1979. Este libro fue traducido al español en 1984. <<

[6] La mayor parte de lo que sigue se basa en la Introducción del excelente catálogo del Museo de Ciencia e Historia, en Broad Street, Oxford, de la exposición *The Garden, The Ark, The Tower, The Temple: biblical metaphors of knowledge in early modern Europe* (1998), con texto de Jim Bennett y Scott Mandelbrote. <<

[7] Se suponía que el rey Salomón era el autor de varios libros sagrados sobre la Biblia que la Iglesia de los primeros cristianos aceptó, pero que más tarde excluyó de los cánones oficiales de la Biblia. Además, el llamado «Testamento de Salomón», o el «Libro de Salomón», que se distribuyó como manuscrito a partir del siglo xv en Europa, poseía un carácter señaladamente oculto. <<

[8] Samantha Kelly, *The new Solomon: Robert of Naples (1309-1343) and fourteenth-century kingship*, Londres, 2003. <<

[9] Maurice Lee, *Great Britain's Solomon: James VI and I in his Three Kingdoms*, Urbana, Illinois, 1990. <<

[10] Howarth, págs. 82-84. <<

[11] Cf. la útil descripción de la obra de Montano en Hansel, que aparece en Bibliografía selecta. <<

[12] Ehsan Ahmed, «Wisdom and Absolute Power in Guillaume Budé's *Institution du Prince*», *Romanic Review*, marzo de 2005. <<

[13] James Cracraft y Daniel Rowland (eds.), *Architectures of Russian Identity, 1500 to the present*, Ithaca, 2003, pág. 45. Para una presentación popular de la figura de Salomón en la historia y mitología de Rusia, véase la página web (en ruso) <http://sergmoro.narod.ru/part1.html>. <<

[14] Muñoz, pág. 135. <<

[15] «Moscow-The Third Rome or the New Israel?», Daniel B. Rowland, *Russian Review*, vol. 55, n.º 4, octubre de 1996, págs. 591-614. <<

[16] «David, envejecido y lleno de días, eligió a su hijo Salomón como rey». <<

[17] Calvete, págs. 127, 284. <<

[18] *Ibíd.*, pág. 65. <<

[19] Vilá y Tomás, pág. 292. <<

[20] Calvete, pág. 211. <<

[21] «No he impuesto límites a su poder». <<

[22] Calvete, pág. 84. <<

[23] *Ibíd.*, págs. 90, 158. <<

[24] Felipe de la Torre, *Institución de un rey christiano, colegiada principal mente de la Santa Escritura y de Sagradas Doctores*, Amberes, 1556. <<

[25] Felipe al emperador Fernando, Londres, 18 de mayo de 1557, en CODOIN, II, 476. <<

[26] Años más tarde, De Heere se volvió calvinista y huyó a Inglaterra, donde se convirtió en un eminente pintor de retratos. <<

[27] Sigüenza, vol. II, pág. 414. <<

[28] *Ibíd.*, pág. 440. <<

[29] «Die wichtigste Zeit für Arias' Künstlerische Aktivitäten bildeten sicherlich die knapp sechs Jahre in den Niederlanden», Hansel, pág. 203. <<

[30] Kamen, 2003, pág. 211. <<

[31] Citado en Álvarez Turienzo, pág. 198. <<

[32] Bustamante García, págs. 636-639; Hansel, pág. 163. <<

[33] Sigüenza, vol. II, pág. 215. <<

[34] Sharpe, pág. 872, n.º 115. <<

[35] Cf. Vaughan Hart, *Art and Magic in the Court of the Stuarts*, Londres, 1994, pág. 69. <<

[36] H. Rosenau, *Vision of the Temple: the Image of the Temple of Jerusalem in Judaism and Christianity*, Londres, 1979. <<

[37] Ludwig Heinrich Heydenreich, *Architecture in Italy 1400-1500*, Yale, 1996, pág. 105. <<

[38] La relevancia del hospital de Milán fue sugerida primero, así creo, por Secundino Zuazo, en «Los orígenes arquitectónicos del Monasterio Real de San Lorenzo de El Escorial», págs. 105-154, discurso leído en el acto de su recepción pública. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 1953. <<

[39] Taylor, citado en Bibliografía selecta. <<

[40] J. B. Bury indica que «una de las diferencias más sobresalientes entre las composiciones arquitectónicas de Juan Bautista y las de sus contemporáneos y sucesores en El Escorial es su predilección por las figuras y espacios cúbicos basados en múltiples cubos», *The Burlington Magazine*, vol. 137, n.º 1.106, mayo de 1995.
<<

[41] Taylor, vol. I, pág. 89. <<

[42] *Ibíd.*, pág. 85. <<

[43] Taylor, vol. I, pág. 94. <<

[44] Taylor, vol. I, pág. 90. La declaración de Sigüenza era que el plan de Herrera «imitó mucho al del mismo Salomón», Sigüenza, vol. II, pág. 440. <<

[45] Sigüenza, vol. II, pág. 662. <<

[46] Juan Rafael de la Cuadra Blanco, «The Origins of Solomonism of the Es corial in the Netherlands», en Wim de Groot, *The Seventh Window*, Hilversum, 2005, pág. 169. <<

[47] La lista de especulaciones en el ensayo de Juan Rafael de la Cuadra Blanco es demasiado extensa para ser detallada aquí. He hecho todo lo posible por aceptar cualquier sugerencia probable, pero es obvio que la tesis de Cuadra Blanco se basa por completo en una hipótesis. Parece ser que solo un hecho, tal y como declara el autor, permanece «indisputable»: mientras vivía en Bruselas, en 1558, Felipe II tenía un perro al que llamaba Salomón (pág. 173). Mi escepticismo acerca de los alegatos de Cuadra Blanco no desvirtúa la admiración que me merece su meticulosa dedicación al tema de «Salomón» y sus conexiones con Felipe II. Su recopilación de datos puede consultarse en su página web: <http://www.delacuadra.net/escorial/>. <<

[48] Juan Rafael de la Cuadra Blanco, «The origins of Solomonism», pág. 173. <<

[49] Cabrera de Córdoba, vol. I, pág. 246. <<

[50] La fecha de diciembre corresponde a un sermón conmemorativo predicado en la catedral de Bruselas en honor del emperador muerto. <<

[51] Cuadra Blanco sugiere que a Felipe se le ocurrió dicha idea ese día mientras escuchaba el sermón de un notable clérigo de Flandes, quien hizo referencias al rey Salomón. Puesto que el sermón se pronunció en francés, idioma que Felipe no entendía por aquella época (incluso su padre, cabe recordar, le hablaba en castellano y no en francés), es probable que el rey no entendiera nada de lo que dijo el predicador. <<

[52] El Escorial entra en juego, por ejemplo, por parte del historiador Jorge Cañizares-Esguerra en un alegato general a favor de la «historia del Atlántico»; véase su «Entangled Histories: Borderland Historiographies in New Clothes?», en *The American Historical Review*, vol. 112, n.º 3, junio de 2007. <<

[53] Como excepción consta la contribución de Osten Sacken. Las especulaciones más persistentes proceden de Cuadra Blanco, «El Escorial y el Templo de Salomón», en *Anales de Arquitectura*, n.º 7, Valladolid, 1996. Véanse mis comentarios anteriores en la nota 47. <<

[54] Las cartas de Siliceo que siguen las cita J. M. March, *Niñez y juventud de Felipe II*, 2 vols., Madrid, 1941, 1, págs. 68-78, a menos que se afirme lo contrario. <<

[55] En mi *Felipe de España* no fui lo bastante generoso comentando las habilidades de Felipe. Diez años más tarde siento que hay buenas razones para revisar mis juicios previos. <<

[56] Para la situación del latín entre la élite española, véase Luis Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981. <<

[57] Juan Huarte de San Juan, *Examen de Ingenios para las ciencias*, Sevilla 1594, f. HOv. <<

[58] Ángel González Palencia, *Gonzalo Pérez*, 2 vols., Madrid, 1946,1, pág. 108. <<

[59] Antolín, pág. 341. <<

[60] AGS: CR, leg. 78. <<

[61] Quizá la única biblioteca privada española notable por aquella fecha era la que pertenecía a Fernando Colón, en Sevilla. <<

[62] Juan Páez de Castro, *Memoria a Felipe II sobre la utilidad de juntar una buena biblioteca*, Junta de Castilla y León, 2003, págs. 61, 62. <<

[63] Torre, *Institución de un Rey Christiano*, pág. 24. <<

[64] Cf. Lazure, pág. 73. <<

[65] Rey a Álava, 24 de diciembre de 1568, en Rodríguez y Rodríguez, n.º 143. <<

[66] Rodríguez y Rodríguez, n.º 132. <<

[67] Rey a Álava, 17 de diciembre de 1567, en Rodríguez y Rodríguez, n.º 77. <<

[68] Los estudios sobre la biblioteca son muy numerosos. Entre los ensayos más recientes figura el de Francois Géal, «Supervivencias humanísticas en la España tridentina de finales del siglo XVI. El caso de la Biblioteca escurialense», *CRITICÓN*, 78, 2000, págs. 5-28. <<

[69] Antolín, pág. 367. <<

[70] BL Eg 2047, f. 296. <<

[71] *Ibíd.*, f. 302. <<

[72] Gil Fernández, págs. 710-715. El poeta clásico griego Hesíodo describe el Caos en su poema *Teogonía*. <<

[73] Sigüenza, vol. II, pág. 437. <<

[74] Morales, pág. 214. <<

[75] Zayas a Álava, Madrid, 10 de septiembre de 1568, en Rodríguez y Rodríguez, n.º 113. <<

[76] Baudouin (1520-1573) participó activamente en debates religiosos en los Países Bajos. <<

[77] Rodríguez y Rodríguez, doc. 51. <<

[78] Quiroga a Felipe II, 23 de septiembre de 1577, BL Eg 1506, f. 67v. <<

[79] Hace muchos años, solicite al British Museum un libro que después de todo se encontraba en un repositorio secreto. Convocaron mi presencia ante el bibliotecario y, detenidamente, examinaron mis motivos para desear leer esta obra prohibida. François Géral, «La notion d'enfer de la bibliothèque dans l'Espagne des XVI^e et XVII^e siècles», *Bulletin du bibliophile*, n.º 2, París, 2004, págs. 271-300, brinda una breve información acerca del tema. <<

[80] AHN Inq., leg. 44701 n.º 4; leg. 45171 n.º 1. Cf. también J. Pardo Tomás, *Ciencia y censura, la Inquisición Española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991, págs. 289-291. <<

[81] Sigüenza, vol. II, pág. 441, parece declarar que la visita de la reina Anna tuvo lugar en junio de 1576. <<

[82] Los archiduques Albert y Wenzel, hermanos menores de Anna, vinieron a España con ella. <<

[83] San Jerónimo, *Memorias*, CODOIN, VII, 126-128. <<

[84] Luis García Ballester, *Los moriscos y la medicina*, Barcelona, 1984, pág. 39. <<

[85] García Ballester, pág. 54. <<

[86] Para Francés de Álava, Escorial, 28 de mayo de 1567, en Rodríguez y Rodríguez, n.º 51. <<

[87] Jeremy Lawrence, «‘Une bibliothèque fort complete pour un grand seigneur’: Gondomar’s manuscripts and the Renaissance Idea of the Library», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 81, n.º 7-8, 2004, pág. 1089. <<

[88] Mariana, «Del rey y de la institución real», *Obras*, vol. II, pág. 553. <<

[89] Antolín, pág. 400. <<

[90] *Ibíd.*, pág. 402. <<

[91] H. de Vries de Heekelingen, *Correspondance de Bonaventura Vulcanius pendant son séjour a Cologne, Genève et Bale (1573-1577)*, La Haya, 1923, pág. 28: «In Hispania omnibus maximum fit studiorum detrimentum. inter áulicos summa con miseria degitur. Compluti nullus fere est profitendi locus cum utilitate conjunctus, na milli suas habent cathedras, quas vocant, neque iis nisi Hispanos praeficiunt. Praterea aestate summa hic per totos quinqué menses solitudo est. Salamantiae vigent leges, sordet medicina, sordent literae». De Smit (citado en latín como Vulcanius) abandonó España por Bélgica en 1570 en compañía del duque de Medinaceli. Murió en 1614, como profesor de griego en Leiden. <<

[92] Lo que sigue ha sido extraído principalmente del excelente ensayo de Goodman, págs. 3-19. <<

[93] 19 de agosto de 1579, nota del rey sobre cartas de Pedro Núñez a Mateo Vázquez, en Gaspar Muro, *Vida de la princesa de Éboli*, Madrid, 1877, apénd. 62. <<

[94] Francisco Rodríguez Marín, *Felipe II y la alquimia*, Madrid, 1927, pág. 21. <<

[95] A Zúñiga, 29 de agosto de 1574, BL Add. 28357, vol. 1, f. 41. <<

[96] Los cuernos y otros huesos de animales aparecen enumerados en el inventario de artículos vendidos en 1603: Favre, 37, ff. 123-131. <<

[97] Goodman, págs. 233-238. <<

[98] Paula de Vos, «The Science of Spices: Empiricism and Economic Botany in the Early Spanish Empire», *Journal of World History*, vol. 17, n.º 4, págs. 399-427. La autora declara (pág. 423) que en la década de 1580 «dos millones de libras de jengibre llegaban anualmente a Sevilla», pero dudo seriamente que esto sea cierto. Además, tal y como Robert W. Allen y Ken Albala indican en su *Food in Early Modern Europe*, Westport, Connecticut, 2003, pág. 46; «El jengibre fresco nunca hubiese durado en un viaje tan largo desde la India». ¿Quién consumía jengibre? Ciertamente, no los españoles. Los usos medicinales del jengibre eran importantes, pero si el jengibre no llegaba en buenas condiciones, ¿cómo podía procesarse? <<

[99] Paula de Vos, pág. 425. <<

[100] Cf. Braudel, vol. II, pág. 762, para otras perspectivas. <<

[101] J. A. Maravall, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, 1966. <<

[102] *Spanish cities of the Golden Age. The views of Anton van den Wyngaerde*, ed. Richard L. Kagan, Berkeley, 1989. Durante esos mismos años Joris Hoefnagel también preparó una serie de esbozos de ciudades españolas para una obra que publicó en 1572. <<

[103] Ambrosio de Morales, *Las antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares, 1575, pág. 4. <<

[104] Hernández a Felipe II, 30 de abril de 1572, en Varey, *Mexican Treasury*, pág. 49.

<<

[105] Varey, *Mexican Treasury*, págs. 52, 55, 62. <<

[106] *Ibíd.*, pág. 4. <<

[107] Para las diversas publicaciones extranjeras de fragmentos de la obra, véase concretamente el capítulo de J. M. López Pinero y J. Pardo Tomás, en Simón Varey *et al.*, *Searching for the Secrets*. <<

[1] Edward Grierson, *The Fatal Inheritance*, Londres, 1969, pág. 146. <<

[2] Ford, vol. III, pág. 1205. <<

[3] Norman Davies, *Europe: a history*, Oxford, 1996, pág. 534. <<

[4] Mulcahy, pág. 31. <<

[5] Mariana, *Obras*, vol. II, pág. 550. <<

[6] Véase el diagrama de sus viajes en Henry Kamen, *Spain 1469-1714, a Society of Conflict*, 3.^a ed., Nueva York, 2005. <<

[7] Challoner a la reina, 3 de agosto de 1559, CSP Foreign 1558-1559, 503. <<

[8] Feria a Granvela, 7 de septiembre de 1560, BP MS. 11/2291, ff. 205-208. <<

[9] Felipe a Granvela, Toledo, 27 de diciembre de 1559, en Weiss, vol. v, pág. 672. <<

[10] Fernando Checa, «Monarchic Liturgies and the Hidden King», en Alian Ellenius (ed.), *Iconography, Propaganda and Legitimation*, Oxford, 1998, pág. 98. Checa es perfectamente consciente del hecho de que se había visto a Felipe en más rincones de España (y que, por tanto, no se «ocultaba») que a ningún otro monarca español después de Fernando e Isabel. <<

[11] Alberi, serie I, vol. 5, pág. 357. <<

[12] Contarini, *Relazione*, en Alberi, serie I, vol. 5, pág. 422. <<

[13] Gautier, pág. 104. <<

[14] Antonio Ballesteros, en *Síntesis de Historia de España*, Barcelona, 1986, pág. 299. <<

[15] Cf. Carmelo Lisón Tolosana, *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, Madrid, 1991, pág. 85: «Su expresión glacial, siempre vestido de negro [...] a ritmo lento y grave». Sería interesante descubrir de dónde obtuvo el autor esta imagen completamente ficticia. <<

[16] Atribuido anteriormente a Sánchez Coello. <<

[17] Gachard, 1944, pág. 121: «El rey llevaba calzas de terciopelo de color plateado, con calcetas de seda, un jubón de raso del mismo color y vestía de seda negra con gran elegancia. Llevaba una capa de damasco forrada de martas y en cima el collar del Toisón». <<

[18] Como cualquier persona que haya vivido en España sabe, normalmente los viudos y viudas —hasta no hace demasiado— llevaban luto el resto de sus vidas. En los pueblos pequeños, hace apenas una generación parecía que todo el mundo vistiera permanentemente de negro. <<

[19] Juan de Mal Lara, *Recebimiento que hizo la muy noble y muy leal Ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1570, pág. 47. <<

[20] Juan de Varaona, *Viaje de Felipe II a Inglaterra en 1554*, en CODOIN, I, Madrid, 1842, pág. 572. <<

[21] El secretario Courtewille, citado en Gachard, 1867, pág. 51. <<

[22] El embajador veneciano Soranzo, citado en Gachard, 1867, pág. 99. <<

[23] Henrique Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585*, ed. A. Morel-Fatio y A. Rodríguez Villa, Madrid, 1876, pág. 226. <<

[24] Longlée a Enrique III, 31 de enero de 1586, en Mousset, pág. 217. <<

[25] Cock, pág. 253. <<

[26] Longlée a Catalina de Médici, 8 de febrero de 1586, en Mousset, pág. 226. <<

[27] El espléndido John L. Motley, en su obra clásica *The rise of the Dutch Republic*, Londres, 1912, págs. 75-76, se refiere a Felipe como «carente de energía viril, pedante, fanático, frío, mediocre y vulgarmente licencioso». <<

[28] Algunos de los embajadores venecianos, que apenas podían ocultar su de sagrado hacia el rey y todo lo que era español, fueron las fuentes principales del alegato (aceptado incuestionablemente por Gachard, por ejemplo) de que «al rey le gustan poco las festividades y espectáculos. Durante su juventud, a veces participó en justas y torneos, pero no porque le gustasen, sino más bien para satisfacer la opinión pública»: Gachard, 1867, pág. 203. El embajador Morosini, uno de los más inventivos, declaró que Felipe «governa questi popoli di Castiglia con virga férrea», lo que dio lugar al siguiente refrán: «Dicono in Spagna per proverbio che dal riso del re al coltello non vi sia distanza alcuna», ambos se citan en Gachard, págs. 221, 227. Es importante tratar estos informes venecianos con mucha precaución. Además de sus prejuicios antiespañoles, tienden a contradecirse, y a veces incluso se copian los unos a los otros sin atribución. <<

[29] Ambas aparecen en mi biografía, *Felipe de España*. <<

[30] Esta es la imagen (indocumentada) que se ofreció en la obra de Gregorio Marañón, *Antonio Pérez*, 2 vols., Madrid, 1958,1, págs. 44-47, y que después siguieron varios historiadores. <<

[31] Pérez de Herrera, en Cabrera de Córdoba, vol. iv, pág. 359. <<

[32] Gachard, 1944, pág. 112. <<

[33] Bustamante García, pág. 675. <<

[34] J. Zarco Cuevas, *Ideales y normas de gobierno de Felipe II*, Escorial, 1927, pág. 48. Este documento pretende ser el «testamento» del rey, pero no existen pruebas que lo corroboren. <<

[35] Para una descripción detallada de todos sus viajes, véase Kamen, 1997. <<

[36] HHSA Spanien, Varia, karton 2, n.º 1. <<

[37] *Ibíd.*, s. f. 34. <<

[38] *Ibíd.*, s,ff. 34,43. <<

[39] Gachard, 1867, pág. 335. <<

[40] Kubler, pág. 109, declara incorrectamente que el rey durmió por primera vez en San Lorenzo en 1571. También se equivoca al declarar (pág. 126) que el rey no estuvo en San Lorenzo entre 1571 y 1575. <<

[41] BL Add. 28354, f. 392. <<

[42] En 1585, por ejemplo: MZA: RAD, K 9/24, «Relación [...] para [...] Dietristan», febrero de 1585. <<

[43] Sigüenza, vol. II, pág. 434. <<

[44] El rey al mayordomo mayor, 10 de julio de 1572: BL Add. 28354, f. 422. El mayordomo mayor de la reina en esas fechas era Antonio de la Cueva, marqués de Ladrada. <<

[45] BLAdd. 28354, f. 414. <<

[46] El rey a Vázquez, San Lorenzo, 13 de julio de 1577, IVDJ, 53, carpeta 6, £39. <<

[47] Cabrera de Córdoba, vol. II, pág. 198. <<

[48] Memorandum de la junta a los ministros, Toledo, 11 de junio de 1591, BZ 186, f. 6. <<

[49] Diario del secretario Antonio Gracián, BL Add. 28355, f. 30v. El rey es tuvo ocupado trabajando en sus papeles durante todo el día de Navidad y el día después, pero el mensajero no pudo llevarse los papeles debido a una enorme tormenta de invierno. <<

[50] BL Add. 28354, f. 370. <<

[51] El rey al marqués de Ladrada, 2 de octubre de 1572, BL Add. 28354, f. 490. <<

[52] Sigüenza, vol. II, pág. 441 <<

[53] Sigüenza, vol. II, pág. 465. <<

[54] Gachard, 1867, pág. 63. <<

[55] San Jerónimo, *Memorias*, CODOIN, VII, 369. <<

[56] HHSA, Spanien, Varia, karton 3, c, f. 26. <<

[57] Mousset, pág. 59, carta del 21 de abril de 1584. <<

[58] Detalles de Sepúlveda, pág. 29. <<

[59] San Jerónimo, *Memorias*, CODOIN, VII, 385, 394. <<

[60] HHSA Spanien, Varia, karton 3, c. f. 37a. <<

[61] Fernando Bouza Álvarez, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, 1988, pág. 107.

<<

[62] Longlée a Catalina de Médici, 12 de mayo de 1586, en Mousset, pág. 261. <<

[63] Sigüenza, vol. II, pág. 474. <<

[64] Sigüenza, vol. II, pág. 479. <<

[65] Sepúlveda, pág. 117, en Zarco Cuevas, vol. iv. <<

[66] Quevedo, pág. 75. <<

[67] L'hermite, vol. I, pág. 257. <<

[68] Sepúlveda, pág. 170, en Zarco Cuevas, vol. iv. <<

[69] L'hermite, vol. I, pág. 292. <<

[70] En 1581, BZ 142, f. 63. <<

[71] Esto se explica en los «Avisos de la Corte», en HHSA Spanien, Varia, karton2, p, f. 30. <<

[72] Embajador Soranzo, 1565, Alberi, serie I, vol. 5, pág. 113. <<

[73] El cura catalán Miquel Giginta les informó de que coincidió con el francés durante un viaje de Madrid a Barcelona: Giginta a Mateo Vázquez, 11 de enero de 1583, IVDJ, 21, ff. 148-157. <<

[74] «Espejo que se propone», BL Eg. 330, ff. 4-20. <<

[75] Para la cita de Lafuente y su contexto, véase Kamen, 2008, cap. 5. <<

[1] Dumas, *Adventures in Spain*, citado en Cable, *El Escorial*, pág. 139. <<

[2] Jean-Frédéric Schaub, *La France espagnole. Les racines hispaniques de l'Absolutisme français*, París, 2003, pág. 31. Hubo muchos antecedentes acerca de esta idea, y tal vez el primero de ellos sea la publicación del exiliado protestante francés Quesnot de la Chesnée, *Parallèle de Philippe II et Louis XIV sur le renversement de la Monarchie Universelle*, Colonia, 1709. <<

[3] Henri Hauser, *La prepondérance espagnole (1559-1660)*, París, 1933. <<

[4] Cf. Schaub, págs. 63-64. <<

[5] Braudel, *Mediterranean*. La obra de Braudel se publicó por primera vez en 1949.

<<

[6] El mejor análisis sobre la toma de decisiones de Felipe se debe a Hugo de Schepper, «Ensayo sobre el modelo del proceso de decisión política en los Países Bajos de Felipe II», *Tussen twee culturen*, Nimega, 1991, págs. 173-198. <<

[7] Su correspondencia acerca de ello, despachada sobre todo desde el Escorial, se encuentra en AGS: E, leg. 168. <<

[8] Édouard,2001,pág. 9. <<

[9] Marie Tanner, *The last descendant of Aeneas: the Hapsburgs and the mythic image of the emperor*, New Haven, 1993, pág. 133. <<

[10] Roy Strong, *Splendour at Court. Renaissance spectacle and Illusion*, Londres, 1973, págs. 101-109, 133-140. <<

[11] Concretamente, durante el «felicísimo viaje» del príncipe Felipe (véase capítulo 1) a los Países Bajos, y durante la visita de la reina de España en compañía de la familia real francesa a Bayona, en 1565 (véase Kamen, 1997, pág. 103). <<

[12] Las obras publicadas acerca de esta cuestión son abundantes, pero este libro no es el lugar adecuado para profundizar sobre el tema. <<

[13] En el caso de Francia, existen muchas obras históricas acerca de los orígenes de la teoría y la práctica del absolutismo. <<

[14] Cabe destacar al jesuita Juan de Mariana, cuyo estudio *De Rege* fue escrito durante el reinado de Felipe II y publicado el mismo año del fallecimiento del monarca. <<

[15] Jerónimo Castillo de Bobadilla, *Política para corregidores*, 2 vols., Madrid, 1597, especialmente el vol. I, págs. 584-586. <<

[16] La idea de que Felipe anhelaba la corona ha sido repetida por escritores que, por lo visto, no han estudiado ninguno de estos documentos. Por ejemplo, en uno de ellos se declara: «Son système de représentation revele, durant tout son règne, sa détermination à s'investir de la fonction impériale», Edouard, 2001, pág. 9. Este testimonio es, en pocas palabras, completamente ficticio. <<

[17] Cf. sus instrucciones a Luis de Venegas, 26 de agosto de 1555, citado en W. Maurenbrecher, M. Philippon y Carl Justi, *Estudios sobre Felipe II*, Madrid, 1887, pág. 78. <<

[18] El rey al conde de Luna, 28 de enero de 1562, CODOIN, XCVIII, 287. <<

[19] El rey al conde de Luna, 4 de julio de 1562, CODOIN, XCVIII, 344. <<

[20] J. H. Elliott, *Imperial Spain 1469-1716*, Harmondsworth, 1970, pág. 253. <<

[21] Wilkinson, pág. 115. <<

[22] *Ibíd.*, págs. 115, 136. <<

[23] Destruído en el terremoto de 1755. <<

[24] Frase tomada de Wilkinson, pág. 77. <<

[25] Una autora, sin embargo, cree que «el interés de Felipe en formular un vocabulario imperial que argumentara el dominio providencial de los Habsburgo se manifiesta claramente en el edificio y la decoración del Torrealto»: Barbara von Barghahn, *Age of gold, age of iron. Renaissance Spain and symbols of monarchy*, 2 vols., Nueva York, 1985, 1, pag. 99. <<

[26] Véase el muy informativo volumen sobre *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la Corte de los Reyes de España*, Madrid, 1994.
<<

[27] Bouza, pág. 22. <<

[28] «Pocos príncipes del siglo XVI estuvieron tan atentos como Felipe II a los términos en que se producía la difusión de la imagen monárquica», Bouza, pág. 138. La tendencia del rey a este respecto tenía como objeto exclusivo suavizar su imagen en vez de fortalecerla. <<

[29] Cf. Kamen 1997, págs. 169-175. <<

[30] El hecho importante de que la intensa publicidad de imágenes en los Países Bajos carecía de toda relación con España es algo que suele ignorarse con demasiada frecuencia. Por ejemplo, en una excelente tesis publicada sobre «Épica e Imperio. Imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI» (tesis del departamento de Filología, Universidad Autónoma de Barcelona, 2001), Lara Vilá y Tomás nos hace notar (págs. 277-278) los significativos grabados de Hieronimus Wierix, pero omite vincularlos al contexto en el que fueron publicados, en este caso los Países Bajos. Por el contrario, los vincula a un país donde nunca se vieron ni publicaron, España. <<

[31] Sarah Schroth, «Veneration and Beauty. Messages in the Image of the King in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en Chiyo Ishikawa (ed.), *Spain in the Age of Exploration 1492-1819*, Lincoln, Nebraska, 2004. <<

[32] Maria Kusche, «El retrato cortesano en el reinado de Felipe II», en *Felipe II y el arte de su tiempo*, Madrid, 1998, pág. 350. <<

[33] Cf. Jorzick, *Herrschafts symbolik*, pág. 197. <<

[34] *Ibíd.*, pág. 198. <<

[35] Información citada, sin atribución, en Gérard Sabatier y Sylvène Édouard, *Les monarchies de France et d'Espagne (1556-1715)*, París, 2001, pág. 184. <<

[36] Barghahn (véase nota 25), vol. I, pág. 93; Lara Vilá y Tomás, pág. 282. Lara Vilá también (págs. 289-290) prolonga la metáfora del Sol del Escorial, al que identifica (con escasas pruebas) como imagen solar. <<

[37] Jorzick, págs. 218-219. <<

[38] *La tres admirable et triumpante entrée du tres hault et tres puissant Prince Philipe*, Amberes, 1550. El triunfo de Felipe en la ciudad duró cinco días. Sobre este lema, cf. Jorzick, pág. 222. <<

[39] Cf. Jorzick, págs. 224-226. <<

[40] Alfonso Rodríguez de Ceballos, «Felipe II y la escultura», en *Felipe II y el Arte*, pág. 434. <<

[41] Parker, 1998, declara que (pág. 5) se convirtió en «el logotipo oficial de la monarquía». Ha tenido varios seguidores británicos, uno de los cuales afirma en una reseña sobre el libro de Parker que Felipe, «mucho antes que James Bond, utilizó el lema *Non Sufficit Orbis*, ‘El mundo nunca es suficiente’». En realidad, este lema se había usado anteriormente, como en el caso del rey Francisco II de Francia (esposo en un momento dado de María de Escocia, y como tal, rey de Escocia), y nunca fue una divisa oficial de Felipe II. Sea como sea, el emblema encontrado por los marineros ingleses en Santo Domingo en 1586 se hizo, según constata el escritor inglés George Puttenham tres años después en *The Art of Poesie* (1589), «por casualidad, sin el conocimiento del rey Felipe» (*The Art of Poesie*, pág. 88). <<

[42] Cf. Rainer Wohlfeil, «Las alegorías de la paz de la fachada occidental del palacio de Carlos V», *Cuadernos de la Alhambra*, vols. 31-32 (1995-1996), Granada, 1998.
<<

[43] Una obra española popular pero mal informada, de Víctor Mínguez, *Los reyes solares. Iconografía astral de la monarquía hispánica*, Alicante, 2001, defiende que Felipe II, y junto con él todos los reyes de España, eran reyes solares. <<

[44] Schroth, pág. 113, citado anteriormente, sugiere que el «simbolismo de la armadura ha sido ignorado en su mayoría por los historiadores de arte». Es posible que esto sea cierto, pero el supuesto simbolismo de la armadura, en el caso de Felipe II, se ha exagerado. <<

[45] Stephen V. Grancsay, «Un caso hecho para Felipe II de España», *The Metropolitan Museum of Art Bulletin*, New Series, vol. 13, n.º 9, mayo de 1955. <<

[46] *Ibíd.*, pág. 272. <<

[47] Curiosamente, los estudiosos peninsulares han ignorado el papel que desempeñaron los tapices cuando tienen en cuenta la iconografía pública de Felipe II. Por el contrario, los estudiosos belgas se muestran más sensibles a este tema. De noviembre de 2008 a marzo de 2009 se realizó una exposición, organizada principalmente por Fernando Checa, de la Universidad de Madrid. <<

[48] Cf. Hendrik J. Horn, *Jan Cornelisz Vermeyen. Painter of Charles V and his conquest of Tunis. Paintings, etchings, drawings, cartoons and tapestries*, 2 vols., Doornspijk, 1989. <<

[49] Debo parte de las ideas que siguen al estimulante volumen de Lisa Jardine y Jerry Brotton, *Global Interests*, que aparece en Bibliografía selecta. <<

[50] Iain Buchanan, «The tapestries acquired by King Philip II in the Netherlands in 1549-50 and 1555-59: new documentation», en *Gazette des Beaux-Arts*, vol. 134, octubre de 1999, pág. 133. <<

[51] Delmarcel, pág. 156. <<

[52] Alberto de Nobili, *La triomphale entrata del Serenissimo Prence dispagna nell'indita citta di Milano*, Milán, 1548. <<

[53] Jardine y Brotton, pág. 126: Alba pidió un «un pequeño grupo de la serie de Túnez en la década de 1550; una composición sobre la victoria de Túnez que data del 1568; y una imponente colección titulada <<

[54] Victorias del Duque de Alba, tejida en los Países Bajos en la década de 1560». 54 Para este incidente, véase mi *Alba*, págs. 118-119. <<

[55] Todos los datos de Delmarcel, pág. 157. <<

[56] Cf. Jardine y Brotton, cap. 3, pág. 135. <<

[57] *Enrique II a caballo*, por el taller de François Clouet (1536-1572), de aproximadamente 1547, en Upton House. <<

[58] Se trata de un sello del príncipe Felipe del año 1555, Archivo Segreto Vaticano, A. A., *Arm. I-XVIII*, 522; de oro puro y 111 mm de diámetro. <<

[59] Por ejemplo, existe un dibujo ecuestre, así como una reproducción de dos arcos ceremoniales en Juan de Mal Lara, *Recibimiento* (nota 61), al final de la publicación.
<<

[60] *The Copie of a letter sent in to Scotlande*, de John Eider, Londres, 1554. <<

[61] Véase el apéndice en Juan de Mal Lara, *Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal Ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1570. <<

[62] Longlée al rey Enrique III, 6 de marzo de 1586, en Mousset, pág. 237. <<

[63] Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*, ed. Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa, Madrid, 1879, pág. 74. <<

[64] L'hermite, vol. I, pág. 200. <<

[65] Rosemarie Mulcahy, «Two letters by Alonso Sánchez Coello», *The Burlington Magazine*, vol. 126, diciembre de 1984, pág. 777. <<

[66] William Cohén, «Symbols of Power: Statues in Nineteenth-Century Provincial France», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 31, n.º 3, julio de 1989. <<

[67] Diego Villalta, «Tratado de estatuas antiguas», citado en Alfonso Rodríguez G. de Ceballos, «Felipe II y la escultura», en *Felipe II y el Arte*, pág. 433. <<

[68] Famiano Strada, *Guerras de Flandes*, 7 vols., Amberes, 1748, II, págs, 734-735.

<<

[69] Los reyes eran Josafat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manases. <<

[70] Parker, 1998, pág. 97. <<

[71] «Al rey no le gustaba la escultura»: *Los Leoni*, pág. 24. Esta declaración, por supuesto, necesita ser precisada, puesto que hemos mencionado que al rey le agradaba tener estatuas de figuras bíblicas y mitológicas en lugares determinados del Escorial. <<

[72] Tanner (véase nota 9), pág. 132. Tanner coloca estas palabras estratégicamente junto a una ilustración de la estatua. <<

[73] *Los Leoni*, págs. 128-129. <<

[74] Cf. los comentarios de Kamen, 2008, pág. 34. <<

[75] Wilkinson, pág. 104. <<

[76] Brown, 1989, pág. 25. <<

[77] Véase Parker, 1998, en Bibliografía selecta. <<

[78] Parker también vincula estas dos figuras en su ensayo, «The place of Tudor England in the Messianic Vision of Philip II of Spain», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 12, 2002. <<

[79] Bouza, pág. 13. <<

[80] El embajador Lippomano, 6 de mayo de 1587, CSPV, VIII, 272, 277. <<

[81] El embajador veneciano Gritti, desde Roma, 19 de marzo de 1588, CSPV, VIII, 345. <<

[82] El conde de Portalegre a Esteban de Ibarra, 9 de diciembre de 1589, BCRMS.2417,f. 60. <<

[83] Marzo de 1601, en CODOIN, XLIII, 570. <<

[84] Don Juan de Silva al marqués de Velada, 8 de noviembre de 1597, Biblioteca Nacional, Madrid, MS. 6198, f. 32v. <<

[85] David Armitage, «The Elizabethan Idea of Empire», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 14, 2004, págs. 269-277. Es también necesario mencionar la reciente película de origen británico *Elizabeth: la Edad de Oro* (2007), que establece un enorme contraste entre la heroica Isabel y el diabólico Felipe. <<

[86] *Ibíd.*, pág. 275. <<

[87] Parker, 1998. <<

[88] A continuación, evito lo que hubiese sido un ejercicio interesante pero excesivamente largo, una comparación detallada de los dos monarcas basada en fuentes inglesas y españolas. Por el contrario, mis breves observaciones se centran solamente en Felipe II. <<

[89] Armitage, pág. 275. <<

[90] La estimulante presentación de «Elizabethan imperialism» de Frances Yates, en *Astraea. The Imperial Theme in the Sixteenth Century*, Londres, 1975, págs. 38-59, es perfectamente válida dentro del contexto cultural que está describiendo, pero no puede aplicarse a la esfera económica. <<

[91] Un análisis de amplio espectro de los varios mitos españoles acerca del poder imperial se halla en Kamen, 2008, cap. 4, en el que además se analiza con más detalle el tema de Felipe II como imperialista. <<

[92] Juan Cristóbal Calvete de Estrella, *El Felicísimo Viaje del muy alto y muy Poderoso Principe Don Phelippe*, Amberes, 1552, pág. 47. El texto en latín significa: «No he puesto límites a su imperio, ni tampoco de tiempo ni espacio». <<

[93] Véase, por ejemplo, Yona Pinson, «Imperial Ideology in the Triumphal Entry into Lille of Charles V and the Crown Prince (1549)», *Assaph. Studies in Art History*, n.º 6, 2001. <<

[94] Calvete de Estrella, págs. 84, 90. <<

[95] *Ibíd.*, págs. 115-116. Las frases en latín significan: «Abraham dio a Isaac todo lo que poseía» y «Yo le nombro heredero de todos los pueblos de la tierra». <<

[96] Véase, por ejemplo, el ensayo de Teresa Ferrer Valls, «Las fiestas públicas en la monarquía de Felipe II y Felipe III», artículo de Internet (www.uv.es/entresiglos/teresa/pdfs/fiestaspub.PDF). <<

[97] Armitage, pág. 275. <<

[98] Cf. Jean Barbey, *Etre roi. Le roi et son gouvernement en France de Clovis I^{er} à Louis XVI*, París, 1992, pág. 150. <<

[99] Luis Sánchez Agesta, «El “poderío real absoluto” en el testamento de 1554», en *Carlos V (1500-1558)*, págs. 439-460. Cf. también los puntos de vista sobre el absolutismo de José Antonio Maravall: J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, 2 vols., Madrid, 1972, 1, págs. 279-284. <<

[100] Maravall, vol. I, pág. 253. <<

[101] El uso de la palabra «majestad» puede encontrarse tanto en Castilla como en Cataluña (véase Maravall, I, págs. 255-256), pero casi nunca como un título oficial.
<<

[102] Felipe de la Torre, *Institución de un Rey Christiano*, Amberes, 1556. El libro de De la Torre se centra en los temas de educación, no de poder. <<

[103] Kamen, 1997, pág. 225. <<

[104] Cf. los comentarios en Kamen, 2008, cap. 4. <<

[105] Estos aspectos cruciales nunca han sido adecuadamente estudiados en el caso de Felipe, pero no los tocaremos en este ensayo. <<

[106] Véase el estudio fundamental e importante de Teófilo Ruiz sobre la «Unsacred Monarchy. The Kings of Castile in the Late Middle Ages», reimpresso en *The City and the Realm: Burgos and Castile 1080-1492*, Aldershot, 1992, cap. XIII. <<

[107] España brilla por su ausencia en los ensayos editados por János Bak, *Coronations. Mediaeval and Early Modern Monarchic Ritual*, Berkeley, 1990. <<

[108] El culto a Isabel fue un ejercicio propagandístico considerable, patrocinado por la corte y puesto en práctica por sus agentes. Existe un resumen excelente de sus dimensiones en Roy Strong, *The Cult of Elizabeth. Elizabethan portraiture and pageantry*, Berkeley, 1977. <<

[109] «Avisos de la Corte de España», informe de octubre de 1564 al archiduque Maximiliano, HNSA Spanien, Varia, karton 2, 1564, ff. 13-14. <<

[110] Richard C. McCoy, *Alterations of State. Sacred Kingship in the English Reformation*, Nueva York, 2002, pág. 59. <<

[111] Armitage, pág. 276. <<

[112] Cf. mi *Imagining Spain*, cap. 4. <<

[113] Anthony Pagden, *Lords of all the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*, New Haven y Londres, 1995, pág. 49. <<

[114] Cf. la cita de Vázquez de Menchaca en Pagden, 1995, pág. 58. <<

[115] Véase Henry Kamen, *El Duque de Alba*, New Haven y Londres, 2004, pág. 153.

<<

[116] Entre los muchos estudios en inglés, véase John M. Archer, *Sovereignty and Intelligence. Spying and Court Culture in the English Renaissance*, Stanford, 1993; Alan Haynes, *Invisible Power. The Elizabethan Secret Services 1570-1603*, Stroud, 1992. <<

[117] Para el concepto de magnificencia, cf. Yates, *Astraea*, pág. 149. <<

[118] Strong, 1995, vol. II, pág. 123. <<

[119] Véase el capítulo 9 acerca del origen de esta pintura. <<

[120] Strong, 1995, vol. II, pág. 5. <<

[121] Strong, 1977, pág. 49. <<

[1] Cf. Kubler, pág. 34. <<

[2] Parker, 1998, pág. 97. <<

[3] www8.madrid.org/gema/goc/131/12/267/ <<

[4] Historiador anónimo, que escribió en nombre del general Franco, en *El Escorial*, vol. I, pág. 3. <<

[5] Agustín Bustamante García, «La arquitectura de Felipe II», en *Felipe II y el Arte*, pág. 504. <<

[6] Jonathan Brown, *La Sala de Batallas de El Escorial*, Salamanca, 1998, es un breve libro acerca de aspectos de la sala. <<

[7] Una reciente obra popular española se las ingenia para elaborar una lista en la que enumera los catorce nombres de «las grandes batallas de la historia de España»; pero de las catorce, cuatro (entre ellas la de Trafalgar) son famosas derrotas, cinco (incluida la de San Quintín) son acciones en las que los españoles desempeñaron un papel menor, y solo dos de ellas (Las Navas de Tolosa y Bailen) tuvieron lugar dentro de España. Juan Eslava Galán, *Grandes batallas de la Historia de España*, Madrid, 1994, pág. 11. Siempre ha existido una necesidad obvia de otorgarle a San Quintín un papel histórico significativo. <<

[8] Véase, por ejemplo, Edouard, 2001: «La construction du modele de vertus, dont l'Escorial fut la vitrine, se place dans un contexte de volonté iréniste. L'irénisme, dans le système de représentation de Philippe II, se profile derrière la puissante image du roi de guerre». De hecho, no existen imágenes de un rey belicoso en el Escorial, de la misma forma que no hay imágenes de un rey poderoso. <<

[9] Cf. la referencia anterior, en el capítulo 2, a la presentación de Merriman de un Felipe II temeroso de invadir Francia después de la victoria de San Quintín. <<

[10] *Adventures in Spain*, en *Cable*, pág. 139. <<

[11] *Castilian Days* (1871), en Cable, pág. 141. <<

[12] Cf. Thomas P. Campbell, *Tapestry in the Renaissance: Art and Magnificence*, Nueva York, 2002, pág. 321. <<

[13] Guy Delmarcel, pág. 155. <<

[14] Cf. los detalles sobre Mühlberg en mi *Duque de Alba*, Madrid, 2004, págs. 63-65.

<<

[15] *Spanish Cities of the Golden Age*, Yale, 1990. <<

[16] Gachard, 1944, págs. 38, 93. <<

[17] AGS: CR, leg. 78, n.º 38: «los retratos q Su Alteza tiene en su cámara». Este retrato de Felipe se exhibe ahora en el Prado. <<

[18] Todas las pruebas de las declaraciones que siguen pueden encontrarse en mi biografía *Felipe de España*. <<

[19] Cf. el excelente artículo de Philip Williams, «The Strategy of Galley Warfare in the Mediterranean (1560-1620)», en *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica*, vol. I, págs. 891-920, obra ya citada, en el cap. 2, nota 6. <<

[20] Las obras acerca de Lepanto son abundantes. Un resumen reciente es el de Capponi, de 2006. El estudio clásico de trasfondo pertenece a *Mediterranean*, de Braudel. <<

[21] Gachard, 1944, pág. 118. La supuesta impasibilidad de Felipe al oír las noticias forma parte de la curiosa mitología fabricada en torno a la figura del rey. <<

[22] Cabrera de Córdoba, vol. II, pág. 121. <<

[23] W. Stirling Maxwell, *Don John of Austria*, 2 vols., Londres, 1883, I, pág. 450. <<

[24] Memorias de fray Juan de San Gerónimo, en CODOIN, VII, 82. <<

[25] Stirling-Maxwell, vol. I, pág. 461. <<

[26] Por ejemplo, F. Javier Campos y Fernández de Sevilla, «Cervantes, Lepanto y El Escorial», *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma de Mallorca, 2001, pág. 19. <<

[27] Braudel, vol. II, pág. 1128. <<

[28] Sigüenza, vol. II, p. 425. <<

[29] Capponi, *Victory of the West*, pág. 294. <<

[30] Cf. Vilá y Tomás, pág. 296. <<

[31] Capponi, pág. 294. <<

[32] Incluso en la actualidad, las pinturas sobre Lepanto se realizan en Italia. Tal y como escribía en septiembre de 2008, el Museo del Prado celebró una exposición con un enorme friso sobre el tema, obra del artista estadounidense Cy Twombly para la Bienal de Venecia, en 2001. <<

[33] «Es él quien les apoya [Pérez y su esposa] y siempre lo ha hecho»: MZA: RAD, G. 140, karton 9, sign. 12a, «Relación [...] para [...] Dietristan». Quiroga debió su nombramiento como arzobispo de Toledo a la influencia de Pérez sobre el rey. <<

[34] Cf. Moran y Checa, pág. 157. <<

[35] Angela Delaforce, «The Collection of Antonio Pérez, Secretary of State to Philip II», *The Burlington Magazine*, vol. 124, n.º 957, diciembre de 1982, págs. 742-753 <<

[36] Capponi, pág. 294, declara que «Los seis grandes lienzos sobre la batalla, obra de Luca Cambiaso, y que se encuentran ahora en el Escorial, fueron probablemente un obsequio de Giovanni Andrea Doria al secretario real Antonio Pérez, y que más tarde adquirió el rey». <<

[37] El nombre Djerba era difícil de pronunciar para los castellanos y, por consiguiente, se adaptó a «Gelves», una confusión de nombres que sigue desconcertando hoy a los estudiantes de historia. <<

[38] Bustamante García, ob. cit. <<

[39] Favre, 31, ff. 169,293. <<

[40] He seguido la versión ofrecida por Famiano Strada, *Guerras de Flandes*, 7 vols., Amberes, 1748, v, pág. 1190, como la más verosímil. Sin embargo, ni esta ni otras versiones de la respuesta de Felipe son verificables. <<

[41] Famiano Strada, *Guerras de Flandes*, 1 vols., Amberes, 1748, v, pág. 1191. <<

[42] Gachard, 1848-1879, vol. II, pág. LXXVI. <<

[43] Acerca de una carta de Vázquez al rey, 4 de septiembre de 1588, IVDJ, 51, f. 190.

<<

[44] Gachard, 1848-1879, vol. II, pág. LXXVII. <<

[45] Lippomano al Senado, 6 de septiembre de 1588, CSPV, VIII, 386. <<

[46] Sepúlveda, pág. 59. <<

[47] Es interesante observar que un puñado de historiadores castellanos sugiere ahora (uno de los profesores que contribuye al volumen mencionado anteriormente en el cap. 2, nota 5, sigue esta línea de razonamiento) que la Armada fue en realidad una victoria española, y que los historiadores ingleses han falsificado hechos deliberadamente acerca de este episodio. <<

[48] Presidente Pazos a Mateo Vázquez, 19 de septiembre de 1580, IVDJ, 21, f. 803.

<<

[49] Cabrera de Córdoba, vol. II, pág. 616. <<

[50] Cifras procedentes del recuento enviado por el embajador Zane, Madrid, 23 de julio de 1582, en CSPV, VIII, 39. <<

[51] Recuento impreso sobre la batalla en CSPV, VIII, 41. <<

[52] Mateo Vázquez al rey, 22 de agosto de 1583, IVDJ, 51, f. 105. <<

[53] Comentarios del rey sobre la carta de Vázquez dirigida al rey, 22 de agosto de 1583, IVDJ, 51, f. 105. <<

[54] San Jerónimo, *Memorias*, CODOIN, VII, 364. <<

[55] La explicación que sigue es mi sugerencia respecto a la forma en que se tomaron las decisiones. Una investigación detallada acerca de la correspondencia del rey, ciertamente, sacaría a la luz hechos que nos permitirían llegar a una explicación más precisa de las circunstancias descritas aquí. <<

[56] Cf. Mulcahy, 2004, pág. 36. <<

[57] Mariana, vol. II, pág. 554. <<

[58] Peter Paret, *Imagined Battles. Relections of War in European Art*, Chapel Hill, 1997; John Hale, *Artists and Warfare in the Renaissance*, Yale, 1990. <<

[1] Parker, 1998, pág. 97. <<

[2] Para un debate acerca de este punto, véase Hillgarth, cap. 3. <<

[3] Hillgarth, pág. 131. <<

[4] Guicciardini, «Relazione di Spagna», *Opere*, Bari, 1929-1936, vol. x, pág. 131. <<

[5] Para una discusión acerca de puntos de vista religiosos, así como referencias acerca de estudios recientes sobre esta cuestión, véase Kamen, 2008, cap. 3. <<

[6] Parker, 1998, pág. 97. Parker declara que «Felipe ciertamente se veía a sí mismo como *rex et sacerdos*» (pág. 96), pero no ofrece ninguna referencia documentada de esta declaración o de que Felipe usara la frase mencionada. Es evidente que de haberse «visto a sí mismo» de esta manera, lo habría dicho. <<

[7] Justo dos años después de la beatificación oficial de los mártires de Gorcum por el papa en Roma, el mes de noviembre de 1675. <<

[8] Edward J. Sullivan, «Politics and Propaganda in the Sagrada Forma by Claudio Coello», *The Art Bulletin*, vol. 67, n.º 2, junio de 1985, ofrece el mejor argumento acerca del asunto. La reliquia de la Sagrada Forma, preservada en un ostensorio, todavía pueden admirarla los fieles en el Escorial una o dos veces al año a finales de otoño. <<

[9] Este cuadro fue rebautizado *Alegoría de la Liga Santa* por Anthony Blunt en 1940, pero la mayoría de las autoridades en la materia prefieren el nombre *Adoración del nombre de Jesús*, que probablemente encaja mejor con el contexto histórico. <<

[10] Sigüenza, vol. II, pág. 442. <<

[11] Parker, 1998, pág. 75. <<

[12] El rey a Vázquez, sin fecha, IVDJ, 53, carpeta 7, f. 67. <<

[13] Entre los muchos estudios sobre ello, tres son los más importantes: Kamen, 1993; Sara T. Nalle, *God in La Mancha. Religion, Reform and the People of Cuenca 1500-1650*, Baltimore, 1992 (libro electrónico); y Allyson M. Poska, *Regulating the People. The Catholic Reformation in Seventeenth-Century Spain*, Boston, 1998. <<

[14] Este estudio fundamental es de Marcel Bataillon, *Erasme et l'Espagne*, París, 1937. <<

[15] Calvete de Estrella, pág. 281. <<

[16] Es una equivocación común presentar a los jesuitas como una orden española. Los misioneros que llegaron a España eran en efecto españoles, porque tenían que hablar el idioma, pero la orden tenía su sede en Roma y estaba dirigida desde Roma.
<<

[17] Para el componente italiano de la Contrarreforma en España, véase Kamen, 1993.
<<

[18] Lynette M. F. Bosch, en *Fenway Court*, n.º 28, 1998, pág. 41. <<

[19] La Iglesia española, gracias a la autoridad única ejercida sobre ella por la corona, era en la práctica autónoma del control papal. <<

[20] Orden al Consejo de Estado, abril de 1553, AGS: E, leg. 98, f. 156. Es necesario subrayar la importancia de esta orden. Muchos historiadores presentan una inexplicable imagen errónea de un rey que se oponía a los decretos de Trento. <<

[21] L'Aubespine a Francisco II, 16 de septiembre de 1560, en Paris, pág. 551. <<

[22] Martín de Córdoba, obispo de Tortosa, al marqués de Pescara, Trento, 26 de mayo de 1562, CODOIN, IX, 217. <<

[23] El rey a Luna, 12 de mayo de 1563, CODOIN, XCVIII, 438. <<

[24] Sigüenza, vol. II, pág. 414. <<

[25] Fray Gabriel del Estal, en *El Escorial 1563-1963*, pág. 467. <<

[26] Para detalles sobre todo esto, véase Kamen, 1993. <<

[27] Los cambios que propuso para la misa de 1575 ocupan cuatro hojas escritas por ambos lados: IVDJ, 53, carpeta 7, f. 51. <<

[28] «Advertimientos de mano de Su Md», fechado en 1571, AGS: E, leg. 583, ff. 258-260. <<

[29] Sigüenza, vol. II, pág. 420. <<

[30] Noone, pág. 9. <<

[31] El comentario se debe a Peter Phillips, en una reseña del libro de Noone en *Musical Times*, otoño de 1998. <<

[32] Timothy J. Schmitz, «The Spanish Hieronymites and the Reformed Texts of the Council of Trent», *Sixteenth-Century Journal*, xxxvii, 2, 2006. <<

[33] Véase Kamen, 1993, págs. 154-155. <<

[34] Es relevante indicar que la llamada «Iglesia española» estaba compuesta por dos iglesias autónomas, una en Castilla (cuya sede metropolitana era Toledo) y una en Aragón (cuya sede metropolitana era Tarragona). <<

[35] Christian Péligrý, «El monasterio de San Lorenzo de El Escorial y la difusión de los libros litúrgicos en España (1573-1615)», *Primeras Jornadas de Bibliografía*, Madrid, 1977. <<

[36] Gautier, pág. 104. <<

[37] *Time*, 27 de septiembre de 1963. <<

[38] 38 Los autos fueron los del 25 de febrero de 1550 en Toledo, 8 de octubre de 1559 en Valladolid, 5 de marzo de 1564 en Barcelona, y 25 de febrero de 1591 en Toledo. También asistió a uno en Lisboa, el 1 de abril de 1582. <<

[39] El rey a Catalina, Toledo, 10 de junio de 1591, en Erika Spivakovsky, *Felipe II. Epistolario familiar. Cartas a su hija, la infanta doña Catalina (1585-1596)*, Madrid, 1975, pág. 127. <<

[40] Existen pruebas absolutamente claras acerca de este y otros temas relacionados; véanse referencias en Henry Kamen, *The Spanish Inquisition. A Historical Revision*, New Haven Connecticut y Londres, 1993, y en Kamen, 2008. <<

[41] El arzobispo al cardenal Alessandrino, Madrid, 26 de octubre de 1566, BNac, MS8246, f. 176, «Registro di Lettere di Monsign Arcivescovo di Rossano». <<

[42] Kamen, 1997, págs. 112-114. <<

[43] Luciano Serrano, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede*, 4 vols., Madrid, 1914, II, pág. XXXIX. <<

[44] Francés a Álava, 14 de octubre de 1568, en Rodríguez, n.º 126. <<

[45] Felipe a don Juan, noviembre de 1576, AGS: E, leg. 570, f. 88. <<

[46] Las fuentes de estas declaraciones se encuentran en Kamen, 1997. <<

[47] «Lo que pareció sobre los quatro papeles que dio a Su Majestad el presidente Richardot por orden del Duque de Parma. En Aranjuez a 11 de noviembre 1589», AGS: E, leg. 2855. <<

[48] Se comunicó la propuesta al papa, quien se negó a aprobarla. <<

[49] El artículo de Guy Lazure (véase Bibliografía selecta) plantea una discusión útil.
<<

[50] Álvarez, pág. 121. <<

[51] Sigüenza, vol. II, pág. 500. <<

[52] *Ibíd.*, pág. 431. <<

[53] Regresaban de Santiago a Braga: Favre, vol. 29, f. 132. <<

[54] Morales, págs. 204-205. <<

[55] Ambrosio de Morales, *Viaje por orden del rey Phelipe II a los reynos de León y Galicia y Asturias*, Madrid, 1765, pág. 207. <<

[56] Palabras de Lazure, pág. 64. <<

[57] Lazure, pág. 66. <<

[58] Mulcahy, págs. 71 y sigs. <<

[59] Balthasar Porreño, *Dichos y hechos del rey D. Felipe II*, Madrid, 1942, pág. 94.

<<

[60] Citado en Lazure, pág. 60. <<

[61] Cf. Checa, págs. 408,417. <<

[62] Cabrera de Córdoba, vol. II, pág. 198: «gozando lo que tanto deseaba». <<

[63] Sigüenza, vol. II, pág. 467. <<

[64] *The Catholic Encyclopedia*, 15 vols., Nueva York, 1908, iv, pág. 281, artículo «consagración». <<

[65] Sigüenza, vol. II, pág. 485. <<

[66] Otro monje declaró que trasladaron al rey hasta la ladera de una montaña para que pudiera contemplar el panorama desde su supuesto enclave favorito, la Silla del Rey, pero en vista del estado de salud de Felipe, esto parece improbable, y Sigüenza nunca lo menciona. <<

[67] El mejor resumen de los orígenes de la Biblia lo ofrece Ángel Sáenz-Badillos, «La Biblia Regia», en *Felipe II en la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1998. <<

[68] B. Rekers, *Benito Arias Montano*, Leiden, 1972, cap. 3. Este interesante estudio tiene varios errores factuales importantes. <<

[69] CODOIN,XLI,316,387. <<

[70] Esta teoría se presenta en B. Rekers, ob. cit. <<

[71] Gregorio de Andrés, *Proceso inquisitorial del Padre Sigüenza*, Madrid, 1975. <<

[1] Citado por Hillgarth, pág. 95. <<

[2] Hillgarth, pág. 97. <<

[3] El autor era Juan Alonso de Almela, la obra se titula «Descripción de la Octava Maravilla del Mundo», un manuscrito de 1594 que no se publicó hasta 1962. <<

[4] Álvarez Turienzo, pág. 208. <<

[5] Frances Lannon, *The Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, 2002, pág. 48. <<

[6] Para un análisis de esta hostilidad xenofóbica hacia la monarquía, véase Kamen, 2008. <<

[7] Carta del embajador florentino, Madrid, 31 de julio de 1568, citado en Gachard, 1867, pág. 481. <<

[8] Kubler, por ejemplo, otorga importancia principalmente a la denigración por parte de extranjeros (cap. 1 de su libro). <<

[9] Quevedo, pág. 49. <<

[10] Para críticas sobre el rey, véase Kamen, 1997, cap. 12. <<

[11] La totalidad de este documento se ha impreso en un apéndice del estudio de Kubler sobre el Escorial. <<

[12] Richard Kagan, *Lucrecia's Dreams. Politics and Prophecy in Sixteenth Century Spain*, Berkeley, 1990, pág. 127. Véase también María Jordán, «Real Dreams, Created Dreams: The Prophetic Tradition in the Dreams of Lucrecia de León», tesis doctoral, Universidad de Minnesota, 1998. <<

[13] «Sueños desde fin de marco de 1588 hasta 18 de abril 1590», AHN Inq, leg. 37122 exped. 2, pieza 4, ff. 25, 27, 33, 38. <<

[14] Los disturbios los provocaron los partidarios de Antonio Pérez, el ex secretario del rey, que escapó de Zaragoza. <<

[15] Antonio de Herrera, *Historia General del Mundo, del tiempo del Señor Rey don Felipe II el Prudente, desde el año de 1559 hasta el de 1598*, 3 vols., Madrid, 1601-1612, III, pág. 291. <<

[16] Embajador Badoero, en Alberi, ser. I, vol. 5, pág. 277. <<

[17] Cabrera de Córdoba, vol. III, pág. 205. <<

[18] Memorias sin firmar, impresas en CODOIN, VI, 452. <<

[19] El jesuita Ribadeneira, citado en Bouza, 1987, pág. 101. <<

[20] Cabrera de Córdoba, vol. II, pág. 205. <<

[21] El presidente Antonio Maurino de Pazos a Vázquez, Madrid, 9 de junio del 580, IVDJ,21,f. 782. <<

[22] El presidente a Vázquez, Madrid, 10 de marzo de 1582, IVDJ, 21, f. 875. <<

[23] Despachado por Longlée, 23 de abril de 1585, en Mousset, pág. 130 <<

[24] BCR, MS. 2417, f. 37. <<

[25] Consulta de Poza, 1 de agosto de 1595, BL Add. 28377, ff. 72-73. <<

[26] Sigüenza, vol. II, pág. 409. <<

[27] Sigüenza, vol. II, pág. 443. <<

[28] San Jerónimo, *Memorias*, CODOIN, VII, 155. <<

[29] Sigüenza, vol. II, pág. 439. <<

[30] *Ibíd.*, págs. 653, 656. <<

[31] Entre paréntesis, se puede comentar que los 160.000 ducados no eran ni mucho menos una suma pequeña, incluso para los criterios de la época. <<

[32] Sigüenza, vol. II, pág. 443. <<

[33] *Ibíd.*, pág. 679. <<

[34] Para una descripción de estos mitos, véase Kamen, 2008. <<

[35] Alvarez Turienzo, pág. 208. <<

[36] *Chateaubriand's Memoirs (Mémoires d'outre-tombe)*, vol. 20, en Internet, traducción al inglés de A. S. Kline, 2006. <<

[37] Ford, vol. III, pág. 1206. <<

[38] Mackenzie, *A Year in Spain, by a Young American*, 2 vols., Londres, 1832, II, pág. 410. Washington Irving, entonces en Londres, lo describió como «el libro de moda del día». <<

[39] Gautier, pág. 107. <<

[40] Citado en Álvarez Turienzo, pág. 199. <<

[41] Tanto Menéndez Pelayo como Cánovas, citados en Álvarez Turienzo, pág. 199.

<<

[42] Miguel de Unamuno, *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, 1988, pág. 83. <<

[43] Se ha sugerido recientemente que el retrato no es obra de Pantoja sino de Sánchez Coello: María Kusche, «El retrato cortesano», citado en el cap. 6, nota 32. <<

[44] Ford, vol. III, pág. 1216. <<

[45] Catalina dejó España en 1585, cuando se casó con el duque de Saboya; falleció en 1597, y su padre lamentó terriblemente su muerte. <<

[46] Longlée a Enrique III, 30 de abril de 1588, en Mousset, pág. 366. <<

[47] L'hermite, vol. I, pág. 94. <<

[48] Una película española del año 2008 lleva por título *La conjura de El Escorial*, cuando la «conjura» que describe nada tiene que ver con el Escorial. <<

[49] Karel Capek, *Letters from Spain*, Londres, 1931, pág. 20. <<